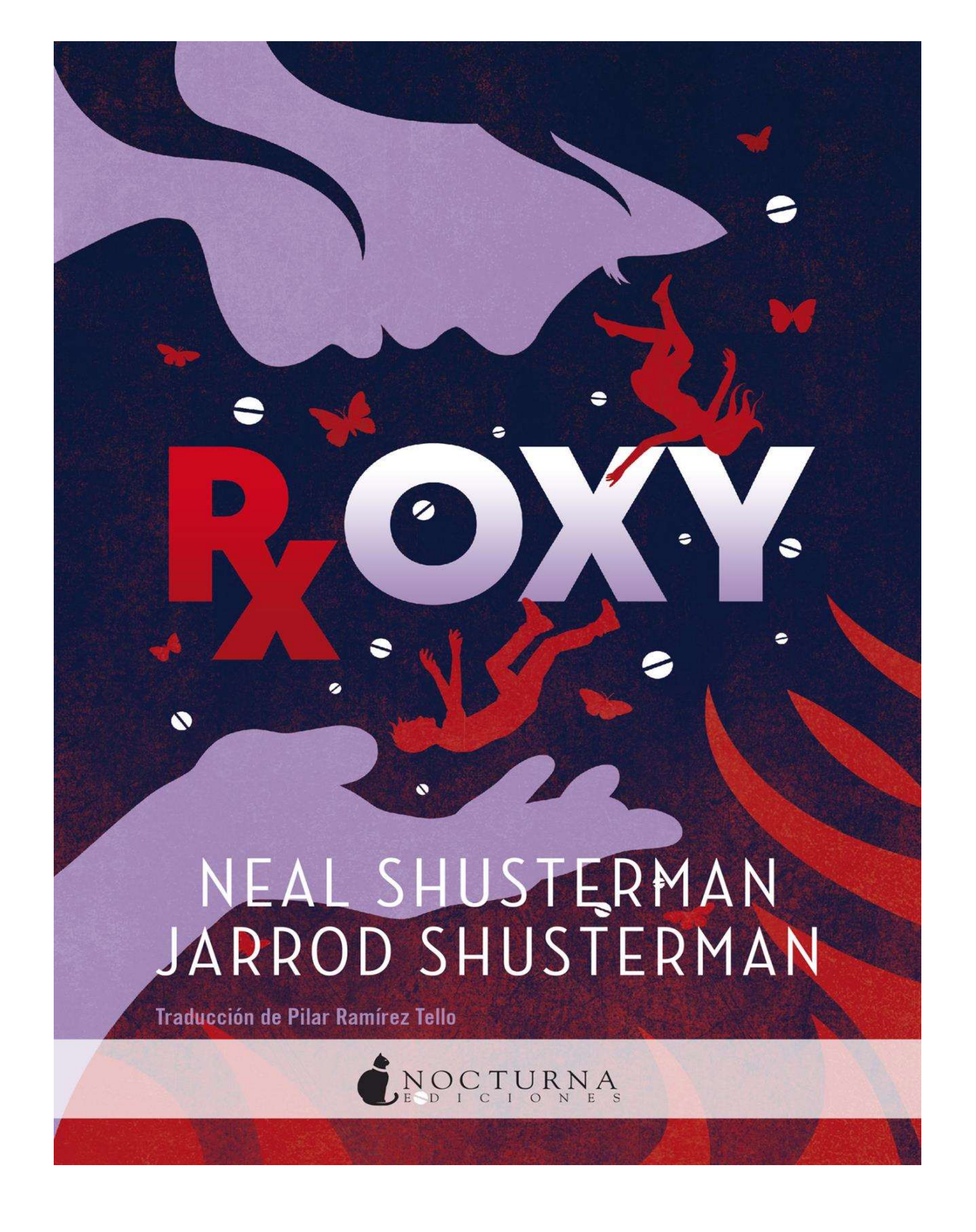


NEAL SHUSTERMAN
JARROD SHUSTERMAN

Traducción de Pilar Ramírez Tello





Para los que sufren la agonía de la adicción.

Ojalá encontréis la fuerza necesaria para ahuyentar

a los demonios que se disfrazan de dioses.

ROXY

Roxy es una obra de ficción que trata sobre la adicción a algunos medicamentos que se venden con receta. Aunque muchos de los medicamentos que aparecen aquí se diseñaron para ayudar, su uso incorrecto se ha convertido en una epidemia. Esperamos que, después de leer *Roxy*, comprendáis mejor lo traicioneras, seductoras y peligrosas que pueden ser estas sustancias. El libro será catártico, pero muy intenso para las personas que luchan contra una adicción o que tienen a un ser querido en ese trance.

Esperamos que esta lectura os resulte potente y significativa.

Neal y Jarrod Shusterman

1

Soy Na**lo**xona

No soy una superheroína. Pero puedo salvarte de los que afirman serlo.

No hago magia. Pero soy capaz de lanzar un hechizo que le devuelve la vida a los muertos.

Casi.

Y nunca lo bastante a menudo.

Al menos, soy tu última defensa, tu última esperanza cuando la esperanza se desploma hacia esa singularidad que te aplasta no solo a ti, sino a todos los que te rodean.

Así que aquí estamos, tú y yo. La escena está preparada. Nunca es idéntica, aunque siempre sea la misma.

Hoy es una habitación en una casa de una calle que nació cuando los sueños eran electrodomésticos blancos como la nieve y los coches, como barcos en tierra, demasiado orgullosos para contenerlos con cinturones de seguridad.

Antaño, era un barrio de la periferia, consumido después por un gelatinoso tsunami urbano. El barrio se esfuerza y a veces incluso prospera, pero ¿esta calle? Esta calle está muerta. Se ha sacrificado por el bien común.

Ya han talado los árboles de ambos lados para convertir sus troncos en leña y alimentar una trituradora con sus ramas. Se han llevado la

mayoría de las puertas y ventanas, de modo que las casas se han quedado con los ojos muertos y la boca abierta y silenciosa.

Kilómetro y medio así. Y justo después, las motoniveladoras y los escombros, y, más allá, los imponentes pilares de hormigón se elevan como las columnas de un templo antiguo.

Porque van a construir una autovía. Una carretera de seis carriles que hendirá el barrio por la mitad, justo por esta misma calle, en un brutal rito de paso llamado derecho de expropiación.

Cuando cae la noche, engulle esta calle condenada más que ninguna otra.

Y ahí estás tú. En la quinta casa de la izquierda.

No eres de esta zona de la ciudad, pero has encontrado de algún modo este lugar porque la oscuridad es tan densa que te puedes envolver en ella como si fuese una manta.

Ahora, las linternas iluminan un cuadro familiar. Un agente, dos sanitarios. Y yo.

Una sanitaria se inclina sobre ti y te pone un dedo en el cuello.

—Cuesta encontrar el pulso —dice—. Si lo tiene, es débil.

Esta habitación antes era un dormitorio. Pero no hay ni cama ni cómoda. Solo queda un escritorio desvencijado y una silla rota que a nadie le pareció que mereciera la pena salvar. Estás en una moqueta tan manchada de moho que parece un moratón que abarca de pared a pared. Es el epicentro mismo de la esperanza abandonada.

—No parece que respire. Empiezo la RCP.

La escena se completaría a la perfección con unas ratas, pero ya habían pasado por allí los de control de vectores con algunos de mis primos más letales para acabar con la plaga. Sin embargo, no pueden librarse de las cucarachas, por mucho que lo intenten.

Son las vencedoras de este mundo. Realmente imbatibles.

Tú, por otro lado, has perdido. Todavía queda por saber hasta qué punto.

Treinta compresiones torácicas, dos insuflaciones. Repetir.

La otra sanitaria me prepara para lo que he venido a hacer, mientras la primera te describe por la radio. No saben quién eres. Yo tampoco lo sé, pero muy pronto tú y yo nos vamos a conocer a fondo. Estaré dentro de ti. Es un tipo de intimidad que no deseamos, aunque necesitemos. Al fin y al cabo, es mi razón de ser. En cuanto a ti, no tienes alternativa.

—Administrando la naloxona.

—Asegúrate de pinchar en el músculo.

—Nunca fallo.

La aguja se te introduce en el muslo izquierdo… y yo salgo lanzada por el tejido muscular en busca de los capilares que me llevarán a vasos sanguíneos cada vez más grandes. Y sí, ¡sigues con vida! ¡Yo sí que oigo tus latidos! ¡Son lentos y débiles, pero ahí están!

Me dejo llevar por la ola larga y lenta de tu pulso hasta las cámaras de tu corazón y después vuelvo a salir, subo y subo hacia el cerebro. Solo allí puedo salvarte. Te arrancaré de su abrazo.

Su abrazo.

El de los otros. Esos a los que solo les importas mientras te dominen, como si no fueras nada más que el juguete roto de un niño. No conocen el amor, solo la posesión. Te prometen salvación y te recompensan… con esto:

Treinta compresiones, dos insuflaciones. Y yo.

Gracias a ti y a los que son como tú tienen poder y seguirán teniéndolo un día tras otro.

Porque ¿quién más que vosotros va a generar la corriente necesaria para alimentar las luces cegadoras de su Fiesta eterna? ¿Cómo no os dais cuenta de que los otros (mis brutales primos) son el cáncer oculto en la esencia de la seducción? ¿El vacío en el fondo de vuestro anhelo? Se creen dioses, pero, en realidad, son como yo. Nada más que sustancias químicas. Puede que en combinaciones complejas, pero nada más que tinturas, destilaciones y medicamento ruines. Sustancias químicas diseñadas por la naturaleza o por el hombre para alterar vuestras sustancias químicas.

Si viven, es solo porque les habéis dado vida. Y también permiso para acabar con la vuestra. Y si interpretan papeles distintos a aquellos

para los que fueron creados, es solo porque vosotros los colocasteis en el escenario para que actuaran.

Así que la escena está preparada. Los espectadores se comportan de forma fría y desapasionada; esperan que los entretengan, aunque están demasiado hastiados para creer que lo harán.

Pero tenemos que intentarlo, ¿no?

Así que aquí, entre las compresiones torácicas y las insuflaciones, representaré mi papel, me esforzaré por liberar tu destino de las garras de esos «dioses» tan caprichosos.

No soy una superheroína. No soy una hechicera. Aun así, puedo salvarte. Aunque la mitad de las veces no lo logre. Llego tarde demasiado a menudo. La victoria y la tragedia se enfrentarán eternamente en este escenario.

Y, hoy, las candilejas pierden su brillo y encuentran la tragedia.

Tu corazón empieza a fibrilar. Después se encoge como un puño airado… y se relaja. La ola ha desaparecido. No puedo hacer mi trabajo si no logro entrar en el cerebro. A pesar de todo, las sanitarias siguen con la RCP, lo que no cambiará el hecho de que has dado la vida en la habitación amoratada de la casa podrida, en la calle que no tardará en desaparecer.

Te cuelgan en el dedo del pie una etiqueta con el apellido que aparece en tu carné y la inicial de tu nombre:

«Ramey, I».

Después te sacan en la camilla y ya me queda poco que hacer, salvo acomodarme en tus venas y convertirme en otra sustancia química más de las que analizarán en tu autopsia.

Y maldigo a los otros.

Mi clan sin alma, los que te llevaron a la Fiesta para después abandonarte en este lugar inhóspito, donde incluso las personas que han intentado salvarte están demasiado cansadas del mundo como para derramar unas lágrimas por ti.

Si tuviera voz, te juro que contaría tu historia. Al menos, lo justo de ella para saber quién eres.

2

Isaac, Ivy y el pringado infinito DOS MESES

ANTES…

«Ivy tiene que estar por alguna parte —piensa Isaac Ramey cuando abre la puerta de la cloaca para buscar a su hermana—. No me cabe duda; esta fiesta es de las suyas». La casa apesta a vómito, hormonas y cerveza, así que Isaac arruga la nariz mientras atraviesa el salón. Está rodeado de vagos, tirados y drogatas, todos ellos demasiado colgados para darse cuenta de que, para cualquier persona medio sobria, perrear al ritmo de la música tecno es como sufrir convulsiones. O, peor todavía, es como sufrir convulsiones de verdad mientras bailas danza interpretativa, lo que sería una forma muy triste de morir porque el público se limitaría a aplaudir despacio, con desprecio, mientras tú te retuerces en el suelo hasta palmarla.

Isaac no puede distraerse. Sigue buscando por el lodazal. Una chica con la mitad de la cabeza afeitada. Un chico que se ha meado encima. Un tío con mala pinta, demasiado viejo para estar allí, hablando con una chica demasiado joven para estar allí. Nada que Isaac no se esperase. Y si esa noche es como el resto de los viernes por la noche, allí encontrará a Ivy. Ivy es un año mayor que Isaac, pero Isaac casi siempre se siente como el hermano mayor.

No es que a él no le gusten las fiestas. Tiene diecisiete años, de manera que ha ido a muchas en las que pasaban cosas que sus padres no querrían saber… Pero no va a este tipo de fiestas, a las fiestas que le gustan a su hermana. Donde las cosas chungas no se esconden en las habitaciones interiores, sino que te las restriegan por las narices; los tristes y los desesperados metiendo el cerebro en una prensa hidráulica para olvidar su propia finitud.

Sale al patio de atrás. Está descuidado y tiene una piscina con forma de ameba tan pequeña que solo sirve para flotar en ella u orinar en secreto. Quizá por eso el agua está turbia y verde, como un experimento de bioterrorismo.

Isaac no tarda en localizar a su hermana: su pelo de color azul pitufo se ve de lejos. Está junto a la piscina con Craig, su novio, el pringado infinito que vive aquí. Craig es la pesadilla perfecta para cualquier padre: uñas de rata, tatuajes por todas partes y un moño que le sobresale de la cabeza como un tumor.

—Ivy —la llama Isaac cuando se acerca.

Tiene que llamarla tres veces para captar su atención. Ella tarda un segundo en ocultar su sorpresa.

—Mamá y papá saben que has salido sin permiso y están que se suben por las paredes.

—¿Y te han enviado a ti?

—No tienen ni idea de dónde estás. Ni siquiera saben que he salido a buscarte.

Ivy se vuelve para alejarse, como hace siempre que algo no le gusta, sobre todo si ha estado bebiendo. Isaac la sigue y la agarra por el brazo antes de que tropiece con un arbusto.

—Si se enteran de lo de esta fiesta y te encuentran aquí así, se va a liar. Ya me darás las gracias mañana.

De repente, Craig encuentra las suficientes neuronas vivas para percatarse de la presencia de Isaac.

—Oye, ¿te está molestando este tío? —le pregunta a Ivy.

—Cierra la boca, Craig. Es mi hermano. Lo has visto como seis veces. —Se gira hacia Isaac—. No soy una pirada; no necesito que me salves. Así que vete a casa a estudiar o lo que sea que hagas los viernes por la noche.

—Sí —la secunda Craig—. Ya la has oído. Quiere seguir de fiesta conmigo.

Entonces, Isaac ve la bolsa de droga que cuelga de la mano de Craig como un pequeño escroto lleno de vete a saber qué. El mero hecho de verla despierta algo primitivo en su interior que se apodera de él y lo impulsa a darle un manotazo a la bolsa para lanzarla a la piscina.

—Ay, perdón —dice Isaac.

No es la clase de chico que busca pelea, pero algunas peleas merece la pena empezarlas.

—Pero ¿qué coño…?

La sorpresa de Craig se transforma en furia y se abalanza sobre Isaac. Empiezan a forcejear y, en unos segundos, eso se transforma en una pelea en toda regla. Una horda de zombis colocados los rodea para mirarlos con cara de pasmo, de modo que se convierten en el centro

de la limitada capacidad de atención de la fiesta.

Isaac, que es más fuerte, acierta con algunos puñetazos, pero Craig agarra un vaso de plástico lleno de alcohol de noventa grados y se lo lanza a los ojos. Craig cuenta con la clara ventaja de que jugar sucio es su superpoder.

Y ahora Craig golpea a Isaac una y otra vez mientras a este le arden los ojos. Puñetazos en la cabeza y en el cuerpo, cualquier cosa que le sirva para hacerle daño antes de que Isaac recupere la vista. Ivy intenta separarlos, pero no puede.

Al final, Isaac se recupera lo suficiente como para darle un puñetazo a Craig en la nariz, puede que lo bastante fuerte como para rompérsela, pero antes de que el dolor le haga efecto, Craig empuja a Isaac con todas sus fuerzas y lo tira al suelo.

En un segundo, Ivy llega hasta Isaac y lo ayuda a levantarse. Después mira a Craig, que ahora recita todos los tacos que conoce mientras se sujeta la nariz ensangrentada.

—¡Qué coño pasa contigo! —le grita Ivy a Craig.

—¡Ha empezado él!

Pero Ivy no se lo perdona.

—¡No te nos acerques!

Craig le da la espalda muy deprisa para dejarle claro lo poco que le importa.

—Vale. Lo que tú digas. De todos modos, tu familia y tú sois unos psicópatas.

Después se acerca a la piscina y se queda allí, contemplando el agua turbia y lamentando la pérdida de su pequeño escroto de plástico.

Cuando se le pasa el subidón de adrenalina, Isaac nota que le duele el tobillo. Y no, no es un dolor superficial; le palpita. Más que una torcedura corriente, es un dolor que le llega hasta el hueso. Ya nota que no se le va a quitar pronto. Cuando su hermana lo ve cojear y poner cara de dolor, lo ayuda a llegar al patio lateral y, juntos, salen a la calle.

Van hacia el viejo Sebring plateado de Isaac, que está aparcado junto

a la acera; el chico se apoya en él y, al exhalar, se da cuenta de que había estado aguantando la respiración casi todo el camino. Entonces, al abrir la puerta, apoya demasiado peso en el tobillo herido y está a punto de caerse. Se le oscurece la vista por el dolor; después se le vuelve a aclarar, pero el dolor no remite apenas nada. Es entonces cuando se percata de que la simple tarea de regresar a casa ya no es tan simple.

—No puedo conducir con el tobillo así…

—Bah, para eso tienes dos pies.

Isaac se lo piensa, pero niega con la cabeza.

—Conduzco con el derecho. Ni siquiera sé si puedo usar el izquierdo.

—Vale, conduciré yo.

Alarga las manos para que le dé las llaves, pero Isaac no es tan estúpido.

—No. Estás borracha. O algo peor.

—No estoy nada peor —le responde ella, fulminándolo con la mirada.

—¿No? Tenía toda la pinta de que estabas a punto de hacerlo.

—¡Ni se te ocurra darme un sermón!

Isaac recula. Sabe que se ha pasado.

—Pediré un Uber —dice—. Mañana recojo el coche.

La app dice que su coche está a tres minutos de distancia, lo que siempre quiere decir diez. Ven a la gente salir y entrar de la casa. Los vecinos se asoman a las ventanas, enfadados. Uno sale al porche y empieza a gritarles a Isaac y a Ivy, como si estar esperando junto a la acera los convirtiese en embajadores oficiales de la fiesta.

—¡Como no paréis ya, llamo a la policía!

—¡Pues hazlo ya, imbécil! —le responde Ivy, así que Isaac tiene que darle un manotazo para que se calle. Está deseando que llegue su Uber.

Por fin aparece el coche y se meten detrás; Isaac vuelve a apoyar demasiado peso en el tobillo y gruñe de dolor.

—Que sepas que no me has salvado —le dice su hermana cuando arrancan—. Me habría ido yo sola. Cuando tocara.

Isaac asiente y decide creerla, aunque también desearía que le costara menos.

Ahora están ahí sentados, en silencio, incómodos, y su rutina vuelve a la normalidad.

Ivy esboza una sonrisita.

—Qué cara ha puesto Craig cuando le has tirado la bolsa a la piscina. Como si te hubieras cagado en sus Froot Loops.

A pesar del dolor, Isaac no puede evitar sonreír. Ivy se inclina sobre él, apoya la cabeza en el hombro de su hermano y cierra los ojos.

—Lo siento —le dice.

Isaac nota que lo dice en serio. Aunque ninguno de los dos sabe bien qué es lo que lamenta.

Ivy cree de verdad que se habría marchado ella sola. Aunque nunca abandonaba una fiesta antes de que soltaran a los perros, por así decirlo, y echaran a todo el mundo. El superpoder de Ivy consiste en creerse algo que sabe que no es cierto.

Cuando llegan a casa, decide entrar antes que Isaac. Enciende la luz suponiendo que sus padres estarán esperándola a oscuras. Así es como funcionan las cosas en esta casa. Es un proceso que consta de tres etapas. Primera etapa: sus padres estallan al ver que se ha escabullido por la ventana. Segunda etapa: se echan la culpa mutuamente durante un intervalo de siete a doce minutos. Tercera etapa: una hora rumiando en solitario, en la que su padre se retira al ordenador, mientras que su madre se inventa tareas de la casa que en realidad no existen, como colocar por orden alfabético las especias de la cocina o emparejar los calcetines de los demás. Tercera etapa: al menos uno de ellos se sentará a oscuras en el salón para vigilar cualquier movimiento en el exterior y cada faro que pase hasta que Ivy vuelva a casa.

Como Isaac la ha encontrado bastante temprano, todavía no han llegado a la etapa de la casa a oscuras, así que su padre sale de la cocina. Ya ha acumulado una buena cantidad

de energía potencial y, por la cara que tiene, Ivy sabe que está a punto

de volverse cinética.

—Buenas noches, padre —le dice, intentando que suene irónico y ligero, aunque le sale sarcástico.

Bueno, cuanto antes empiece a gritarle, antes acabará.

Su madre sale del baño. Ah, así que es una emboscada. El único miembro de la familia que falta es la abuela, que lleva un año viviendo con ellos. Como es lista, ha decidido no dejarse enredar en el drama.

—¿Te importaría explicarnos a qué ha venido esto? —le pregunta su madre, aunque mira a Isaac porque sabe que a él es más fácil vérselo en la cara.

Ivy se prepara para responder, pero, antes de poder hacerlo, Isaac suelta: —Volvía de casa de Shelby y he pensado que podía recoger a Ivy del cine.

No es una mentira poco creíble. O no lo sería si Ivy no estuviera tambaleándose, todavía muy borracha. Se pregunta si habrán visto el Uber que los ha traído. Ay, están a punto de caer por la madriguera del conejo, una explicación tras otra.

Isaac intenta ocultar su cojera al cruzar la sala, pero casi tropieza. Su padre aparece para sujetarlo.

—¿Estás bien?

—Me he… torcido el tobillo esta tarde, en el entrenamiento. No es nada.

Si algo ha aprendido Ivy, es que los padres siempre saben si estás mintiendo. Incluso cuando te mientes a ti mismo.

Así que, para demostrar que lo del tobillo no es nada, Isaac vuelve a apoyar el peso en él y está a punto de caerse. Ivy se pregunta en silencio si los puntos positivos de su novio estarán algún día a la par de los negativos.

—Tiene mala pinta… —dice su padre.

—Estoy bien, papá —responde él con la exasperación justa—. Iré a ponerle hielo, ¿vale?

Entonces, su madre clava la vista en la frente de Isaac.

—¿Eso es sangre?

Y, aunque una parte de Ivy se alegra de que el interrogatorio se haya centrado en su hermano, otra parte se cabrea porque las pupitas de su hermano la hayan borrado de la cabeza de sus padres.

—He ido a una fiesta —les cuenta sin titubear—. Isaac ha ido a traerme a casa. Está así porque le ha dado una paliza a Craig.

Si va a contar la verdad, mejor dejar bien a Isaac en el proceso y darle a su padre la satisfacción de saber que Craig no solo ha recibido una paliza, sino que ha sido cosa de su propio hijo, ni más ni menos.

Ahora la atención negativa está centrada de nuevo en Ivy. Su madre empieza a echarle el discurso de las promesas rotas y los patrones de mal comportamiento hasta que se agota y menea la cabeza, derrotada. Esa es la expresión que más odia su hija. Esa cara de «nos has vuelto a decepcionar y, la verdad, ni siquiera me sorprende».

—Ivy, te juro que no sé qué vamos a hacer contigo —le dice.

—¿Por qué tenéis que hacer algo? ¿Por qué no podéis dejarme en paz, por una vez?

Pero no pueden. Ella sabe que no pueden. Al fin y al cabo, este es su trabajo.

Entonces, su padre suelta la bomba:

—Vamos a pedir cita con el doctor Torres.

—¡No! No soy una niña, ¡no pienso ir a un psicólogo para críos!

Ivy prefiere escoger su propia humillación antes que tragarse la de ellos. El doctor tiene un mural de Winnie-the-Pooh con bata de farmacéutico.

—Bueno, pues vas a tener que ver a alguien. Automedicarte no te está haciendo ningún bien.

«Automedicarte». Ivy se pregunta desde cuándo beber con los amigos es algo médico.

Odia la idea de tener que ver a un «profesional» de chaleco de punto y gafas de pasta con un diploma en un marco barato. Por otro lado, ¿y si eso es lo que necesita para evitar algo peor? Conoce a un chaval que conoce a un chaval al que sacaron a rastras de casa en plena noche

para llevárselo a uno de esos campamentos de trabajos forzados

para adolescentes difíciles. ¿Le harían eso a ella sus padres? Llegados a este punto de su vida, no tiene ni idea.

Isaac se ha escabullido. Lo oye en la cocina, cogiendo hielo, pero el frigorífico tiene un dispensador de hielo sádico que lo echa en cualquier parte menos en el vaso que le pongas debajo. Encuentra a su hermano arrodillado y dolorido, intentando recoger los cubitos del suelo. Lo ayuda a reunir los que faltan y los mete dentro de una bolsa de plástico hermética.

—Deberías haber usado hielo picado —le dice—. O una bolsa de guisantes congelados.

—Picarlo habría sido aún peor, y usar los guisantes es malgastar comida… y ya sabes cómo se pone mamá últimamente con lo de tirar las cosas.

—Sí, sobre todo si la tirada soy yo.

Espera arrancarle una sonrisa a Isaac, pero no. Puede que le duela demasiado.

—Mañana ya se les habrá pasado —le asegura él—. Es que necesitan desahogarse.

Puede. Aunque Ivy no sabe si se le pasará a ella. Y no se refiere solo a la resaca.

3

Roxy no puede reprimirse ROXY1

Estoy en la cresta de la ola. Y todo el mundo lo sabe. Es como si el mundo entero fuese mío. No le queda más remedio que rendirse a mi gravedad.

Al entrar en la Fiesta, todos vuelven la cabeza para mirarme; o quieren hacerlo, pero reprimen el impulso. Lo primero que me llega es la música. Fuerte y básica. No solo te estalla en la cara, sino también en la sangre. Las luces lanzan fogonazos para hipnotizar y el pulso de la canción se apodera del tuyo, lo reemplaza, te obliga a moverte a su ritmo. Nosotros marcamos el paso y, ahora mismo, yo soy la que dicta el compás. Es mi momento.

Al me saluda en la puerta con una copa de champán en cada mano. Siempre ha sido el primero en dar la bienvenida y nunca se pierde una llegada. Al es el mayor de todos nosotros, lleva aquí más tiempo, aunque se conserva de maravilla.

—Vaya, vaya, Roxy, ¡esta noche estás estupenda!

—¿Estás insinuando que anoche no lo estaba?

Se ríe entre dientes.

—Querida, cada día que pasa estás más irresistible.

Al habla arrastrando las sílabas. Ha perfeccionado esa forma de mascullar hasta convertirla casi en un acento. Las consonantes y las vocales se derraman las unas sobre las otras. Palabras en cascada. Me ofrece una de las copas de champán y la acepto. Es nuestra forma de darnos la mano.

—Pero ¿dónde está tu acompañante? —me pregunta mientras mira detrás de mí.

—Esta noche estoy sola, Al.

—¿Sola? —repite él, como si fuera una palabra en otro idioma—. Qué calamidad, ¿qué voy a hacer con la segunda copa de champán?

Sonrío.

—Seguro que le das buen uso.

—Seguro, seguro. —Después se me acerca y susurra—: Quizá puedas robar un acompañante.

Mira hacia un grupo de juerguistas y señala a Addison. Lleva una ropa muy llamativa, como si saliera del yate de su padre. Todo prestigio y privilegio. Pero ya sabemos que solo intenta ocultar la vergüenza que le supone estar siempre en la periferia. En la Fiesta, pero sin formar parte de ella.

—Addi está muy crecidito esta noche —dice Al—. Lleva más tiempo de lo habitual pegado a su cita; deberías robársela antes de que lo haga otro.

—Siempre liándola, Al.

Él arquea una ceja.

—Me encantan los dramas.

Addison está en la barra, muy concentrado en una joven que, a su vez, se ha quedado atrapada en su mirada hipnótica. Intenta convencerla de que con él su vida será mucho mejor, que logrará grandes cosas y blablablá. Sigue presumiendo de su habilidad para lograr que los distraídos se concentren. A veces lo admiro por tener un objetivo tan definido. Otras, me da pena porque nunca será tan grande como los demás. Como yo.

Addison y yo aparecimos juntos. Distintos linajes, pero circunstancias similares.

Nacidos para ayudar a los demás en vez de a nosotros. El problema de Addison es que no ha superado ese idealismo tan opresivo. Supongo que porque la mayor parte de su trabajo es con niños y adolescentes, así que todavía se aferra a la ingenuidad de la tarea para la que fue creado. Cierto, yo todavía hago mi trabajo cuando es necesario (embotar las terminaciones nerviosas enfurecidas por motivos estrictamente médicos), pero es una faceta muy secundaria de lo que ahora soy. Me etiquetan como calmante del dolor, aunque eso tampoco consigue definirme. He encontrado usos mucho más entretenidos y empoderantes para mis habilidades.

Al sabe interpretar mi media sonrisa y dice:

—Ah, me encanta verte maquinar, Roxy.

Le guiño un ojo y voy hacia Addison. No le voy a robar a la chica; esta noche no me importa estar sola. Al fin y al cabo, hay que limpiarse el paladar de vez en cuando.

Aun así, es muy divertido meterse con Addison.

Me acerco a la barra abriéndome paso entre los borrachuzos de ojos oscuros. Hace un buen rato que Al ha sustituido sus botellines de cerveza vacíos por vasos cristalinos llenos de líquidos más elegantes y nocivos para el hígado. Martinis con mucha ginebra.

Whisky escocés añejo. Sea cuál sea tu veneno predilecto, Al lo tiene.

Aparezco por el punto ciego de Addison para eclipsarlo.

—Hola, soy Roxy —le digo a la chica, de modo que aparta la vista de Addi.

Es intensa y nerviosa. Como si estuviera electrocutándose y todavía no se hubiera dado cuenta. Es el efecto que tiene Addison si pasas demasiado tiempo con él.

—¡Hola! ¡Me encanta tu vestido! —exclama—. ¿De qué color es?

—¿De qué color quieres que sea?

Addison se vuelve hacia mí, encrespado.

—¿No tienes otro sitio al que ir, Roxy? ¿Alguna otra persona a la que honrar con tu presencia? —Mira a su alrededor—. ¿Qué me dices de Molly? Me da la impresión de que no le vendría mal una amiga.

Es cierto que Molly tiene mal aspecto. Está chorreando y alicaída.

—Lo tenía en mis manos —la oigo quejarse—. Lo tenía… ¡y va un idiota y me tira a la piscina!

—No está en pleno éxtasis, no —bromeo. Después sonrío a la chica que Addison intenta cautivar—. Molly es una quejica. Prefiero quedarme con vosotros dos.

Estoy disfrutando de la irritación de Addison y, por un momento, sí que considero la posibilidad de reclamar a su presa… Pero no merece la pena el esfuerzo. Addison está obsesionado con llevar siempre la delantera. Si se la quito, no descansará hasta vencerme. Pobre Addison. Intenta ser como yo, pero está demasiado enredado en lo mundano como para ser importante.

Y, como si deseara demostrárselo, la multitud se aparta y veo que una presencia imponente se nos acerca a través del camino abierto. Es el jefe de la familia de Addison.

El padrino indiscutible de su linaje. Doy un pasito atrás porque sé que esto no va conmigo.

—Crys…, ¿va todo bien? —pregunta Addison cuando ve a su jefe.

Veo que Addison se desinfla, aunque hace lo que puede por guardar las apariencias.

De lejos, Crys es bajo y modesto, pero de cerca impresiona. Y no tarda nada en intimidar. Si no estás familiarizado con el proceso, puede resultar desconcertante.

—¿Qué tenemos aquí? —dice, concentrado en la chica. Esboza una

sonrisa misteriosa que se suma al halo que lo rodea. O puede que no sea nada más que la purpurina de las uñas—. Addison, ¿no nos vas a presentar?

Addison deja escapar un suspiro quedo.

—Crys, esta es… Esta es…

—Catelyn —le recuerda la chica.

—Eso. Catelyn.

Addison se olvidará de su nombre en cuanto la pierda de vista. Igual que yo. Es la ventaja de vivir el momento.

—Encantado —responde Crys. Después coge la fina mano de la chica y los dedos de Catelyn se quedan pegados a los suyos, como un mosquito en un atrapamoscas—. Baila

—ordena, y la saca a la pista.

Ella no se resiste, aunque daría igual si lo hiciera. Crys siempre se sale con la suya.

Addison los ve alejarse y frunce los labios para comerse todas las palabras que le diría a su superior.

—Podría haberme dado un poco más de tiempo con ella.

—Él no funciona así —le recuerdo.

Bajo los fogonazos de luz, Crys y la chica empiezan a bailar. No será un final feliz para ella porque, antes de que acabe la noche, Crys se la llevará a su sala VIP. Íntima.

Mortífera. Es el lugar en el que encontrará todo lo que siempre ha deseado y un montón

de cosas que no había deseado jamás. La sala VIP es donde se celebra la Fiesta de verdad. La chica debería considerarse afortunada, ya que Crys es la joya de la corona de su linaje. No se puede subir más alto.

Addison menea la cabeza.

—No me gusta nada el estilo de Crys. Ojalá tuviera tu jefe.

—No sabes lo que dices.

—¿Que no? Hiro no sale nunca del despacho trasero. Te deja llevarle a tus acompañantes cuando estás lista para hacerlo.

No se lo discuto. Nadie sabe lo que es llevar una cadena al cuello.

—¿Vas a volver a salir en busca de alguien nuevo? —le pregunto.

—¿Para qué? ¿Para que me lo vuelvan a robar?

—Puede que la Fiesta no sea para ti, Addison.

Y, aunque es una sugerencia sincera de una amiga, se lo toma como una pulla.

—Las cosas cambian continuamente, Roxy. Crys no será siempre el jefe de mi linaje.

Hay espacio para que alguien listo suba puestos.

Me entran ganas de reírme, pero le ahorro mi burla. Bastante tiene con sus superiores.

—¿Te refieres a alguien tan listo como tú?

—Es posible.

—Pero nunca has llevado a nadie a la sala VIP. Nunca has estado con nadie hasta el final. Tú no eres así.

Me fulmina con la mirada.

—Que no lo haya hecho todavía no significa que no vaya a hacerlo —contesta, y se aleja a grandes zancadas, indignado.

Cuando desaparece, salgo a la terraza a tomar el aire. El club está en lo más alto y ofrece una espectacular vista panorámica del mundo de abajo, de todas las luces de la ciudad.

De cualquier ciudad, de todas las ciudades; y aquí, esas luces siempre brillan porque siempre es de noche. Puede que cambie la fecha, pero la escena es la misma. La barra no se cierra nunca. El DJ no deja de pinchar una canción tras otra. Este lugar existe en ese momento perfecto en el que empieza a sonar el bajo.

Me uno a Al, que también se está tomando un descanso apoyado en la barandilla mientras contempla todo lo que existe. La agitación y la emoción. Los vientos que sirven tanto para elevar como para hacer

pedazos.

—Hay muchas fiestas ahí abajo —digo.

—Solo hay una Fiesta —puntualiza él—. El resto no son más que meros reflejos de esta.

La gente la percibe e intenta alcanzarla, pero no puede. No sin invitación.

Entonces oigo una voz a mi izquierda:

—¿Alguna vez habéis deseado ser mejores?

Al volverme, veo una figura menuda con un vestido *tie-dye* y expresión indefinida.

Lleva un enorme collar de diamantes al cuello que no pega nada con su estilo. Si es que a eso se le puede llamar estilo.

—¿Mejores? —pregunta Al; parece que la idea le hace gracia—. ¿A qué te refieres, Lucy?

—Ya sabes —responde ella, como si fuera evidente—. A averiguar cuál era nuestra verdadera razón de ser. A trascender todo esto.

—Ya —replica Al, todavía con una sonrisa burlona—. Que te sea leve la búsqueda.

—Somos lo que somos, Lucy —le digo para callarla—. Eso no va a cambiar, así que será mejor que lo aceptes.

—Bueno, soñar no cuesta nada —afirma antes de volver a entrar con los brazos abiertos, escorándose de un lado a otro, como si de repente hubiera decidido que es un avión.

—Nunca me ha caído bien —dice Al—. Tiene algo en los ojos que me repele mucho.

Después vuelve al interior para dar la bienvenida a los recién llegados y rellenarles los vasos a todos. Yo me quedo un poco más y sigo observando el interminable despliegue de luces.

«¿Alguna vez habéis deseado ser mejores?».

La pregunta me fastidia. Ya soy mejor. Estoy en la plenitud de mis facultades. Los que importan me adoran y los que no importan me

odian porque desearían ser como yo.

Puede que Addison esté amargado, pero yo no. Ha llegado la hora de salir ahí fuera y buscarme a alguien nuevo. Estoy lista para mi siguiente acompañante.

4

El primer paso para ver**l**o **to**do

desde arriba

ISAAC

—MIT, Stanford, Princeton o Caltech —le dice Isaac a su asesor académico—. Esas universidades tienen los mejores programas de ingeniería aeroespacial del país.

El señor Demko arruga los labios para formar una sonrisa irónica con un toque de superioridad.

—Así que quieres ser astronauta, ¿no?

—No —responde Isaac intentando ser un poco menos paternalista que Demko, que se ha equivocado al suponer lo que supone todo el mundo —. Quiero diseñar las naves que transportan a los astronautas. Quiero ser un ingeniero especializado en propulsión aeroespacial.

—Ah, ya veo. —Demko se pone de inmediato a escribir en su ordenador, seguro que para intentar darse un curso acelerado en programas de ingeniería de propulsión.

A Isaac no le cae mal el señor Demko, aunque le molesta formar parte de la curva de aprendizaje de su asesor académico.

—Entonces…, ¿quieres llegar a trabajar para la NASA?

—Para el laboratorio de propulsión a chorro. Forma parte de la NASA. Son los que se encargan de que el trabajo vaya volando antes de que tenga que volar de verdad, literalmente.

El amigo de Isaac, Chet, tiene un tío que trabajaba para el laboratorio, así que al menos contaba con un contacto en potencia. Fantasea con entrar como ingeniero de bajo nivel y que después lo capten los cazatalentos de SpaceX o cualquier otra compañía aeroespacial puntera que haya aparecido para entonces. Sabe que mirar más allá del horizonte es el primer paso para llegar hasta allí. No hace falta ser astronauta para ver la curvatura de la tierra.

—Hay muchas universidades con programas de ingeniería de propulsión excelentes —

dice el señor Demko. Entonces examina la lista que ha encontrado y sonríe—. MIT, Stanford, Princeton y Caltech, como has dicho tú… Aunque quizá te venga bien ampliar tus opciones. No estoy diciendo que no vayas a entrar, pero mira la nota de admisión media del MIT:

es un 4,18.

—Lo sé, y solo tengo un 3,77, pero puedo subir al 3,93 para cuando toque echar la solicitud, y sé que el año pasado el MIT aceptó en su programa de ingeniería a algunos novatos con una nota por debajo de 4,0.

El señor Demko se toma un momento para volver a consultar su tabla.

—Aquí dice que juegas al fútbol.

—Sí…

—¿Se te da bien?

Isaac se encoge de hombros porque sabe adónde quiere ir a parar Demko.

—Bueno, soy capitán del equipo, aunque todo el mundo cree que le van a dar una beca deportiva y al final no se la dan a nadie.

Eso hace que Demko se ría por la nariz.

—Eres realista. Eso te da cierta ventaja con respecto a la mayoría de los estudiantes con los que hablo. —Después se le acerca—. Pero ten en cuenta una cosa: un simple gesto de cabeza de un reclutador podría ponerte por encima. Incluso sin beca, ese gesto haría que un 3,77 pasara a ser un 4,00…

Y aunque Isaac también lo había pensado, que su asesor se lo diga lo convierte en algo más legítimo. Las becas son castillos en el aire, pero ¿los gestos? Esos ocurren continuamente.

Demko concluye la sesión dándole información sobre ayuda financiera y becas para estudiantes, que Isaac va a necesitar porque sus padres siempre tienen problemas económicos.

Cuando se va, intenta no hacer una mueca a pesar de lo mucho que le duele el tobillo.

Se ha prometido que esto no acabará con él. Hará lo que sea necesario para que la lesión

no le afecte. Y ahora, más que nunca, no puede permitir que se le note en el campo de juego.

Sabe lo que tiene que hacer; ya pasó por el proceso la noche anterior:

tres ibuprofenos, que son uno más de la dosis recomendada, pero menos que la máxima. Después, veinte minutos de hielo, todo lo frío que pueda soportar, seguido de calor, seguido de más hielo, durante tres ciclos completos. Después, por la mañana, se levantó y lo repitió todo. Aun así, sigue doliéndole y cojea, y tiene el tobillo tan hinchado que se ha tenido que dejar los zapatos desatados todo el día.

—Cuando tenía tu edad, eso estaba de moda —le había dicho su padre —. Nadie se ataba los zapatos.

Su equipo de fútbol tiene entrenamiento por la tarde, de siete a nueve. Si se lo salta, no jugará ese fin de semana. Eso no le vale. Así que se pasa el día quitándose el zapato siempre que puede para masajearse el pie, buscando el punto justo donde más le duele al presionar y masajeándoselo de todos modos para que la sangre circule. Sangre es igual a curación.

—Puede que debas, no sé, ir al médico o algo así —le dice su novia o algo así, Shelby.

A Shelby se le dan bien las evasivas. Cuando habla, nunca se compromete con nada de lo que dice. Es uno de sus atractivos y es probable que algún día la convierta en una buena política, que es lo que quiere ser. Aunque odia la palabra «política». Prefiere

«empleada pública».

No obstante, el problema de los médicos es que tienen una mentalidad de «talla única»

en lo que respecta a los atletas. Sea cual sea la lesión, te encasquetan esas botas de Darth Vader durante dos meses, y así perdería su puesto de capitán del equipo, además de la esperanza de que un reclutador se fijara en él. Eso le dolería más que el tobillo.

—¿Cómo te ha pasado? —le pregunta Shelby.

—El novio de mi hermana. No pasa nada, él también ha recibido lo suyo.

Salvo que Craig no está cojeando por ese laboratorio biológico que es su casa. Isaac se lo imagina con la nariz ya medio curada, colocado y jugando con la consola en su cama de agua. Ivy siempre se está quejando de su asco de cama de agua. A Isaac le preocupa que su hermana haya podido probarla.

—Todos dicen que es posible que a Ivy la manden al instituto alternativo, creo —dice Shelby.

Isaac piensa en su hermana y, por un momento, el tobillo parece dolerle todavía más.

Sabe que es psicológico. Un dolor engendra el otro. Desearía poder hacer algo por ella, pero Ivy se molesta con él cada vez que intenta interponerse en sus malas decisiones.

Tampoco es que todas las decisiones de Isaac sean deslumbrantes, aunque sí suele aprender de ellas. Por desgracia, sospecha que su hermana solo aprende a las malas.

IVY

Ivy se pasa la hora de la comida con sus amigos. Aunque apenas puede considerarlos amigos. Lo único que hacen es hablar de sí mismos, o de la fiesta que van a montar, o de quién hizo el pino sobre un barril de cerveza para bebérselo a morro y de cómo todas esas cosas aparecieron en las redes sociales.

—No te vas a creer quién le ha dado *like* a mi *post* —dice TJ mientras enseña su foto con los dientes *photoshopeados* para que parezcan tan blancos como un frigorífico.

—¿Rembrandt? —pregunta Ivy, muy seria.

—¿Quién es? ¿Un *influencer*? —pregunta Tess.

—No, una pasta de dientes —responde Ivy con un sarcasmo abrasador.

Nadie se ríe, pero eso lleva a Tess a abrir un debate muy controvertido sobre si tragarse pasta de dientes produce daño cerebral. Tess y TJ son pareja. Está claro que, además, son almas gemelas.

Cuesta hacer amigos de verdad cuando nadie entiende tu sentido del humor, así que Ivy regresa a la comida que se ha llevado de casa porque la comida del instituto es una porquería desde que una orden estatal obligó a eliminar todo el sabor para hacerla menos mala para la salud. No buena para la salud, sino menos mala. Pero no se queja, porque así le ponen muy fácil quejarse de la comida de la cafetería. Como está en último curso, podría salir del recinto para ir a comer, pero, la verdad, no merece la pena el esfuerzo.

Echa un vistazo a los distintos grupos; a diferencia de los institutos de la tele, son más salvavidas que camarillas. No es que todo el mundo se meta con los que se quedan sin grupo, pero tienen más posibilidades de morir ignorados en las aguas heladas.

Los factores definitorios no siempre son tan claros y sencillos como «los populares»,

«los drogatas» o «los empollones», porque los chirridos musicales de los chicos de la banda han dado paso a un talento evidente y los empollones empiezan a ganar popularidad cuando todo el mundo se da cuenta de que ser listo es bueno y de que el futuro existe de

verdad.

Isaac está sentado con su grupo, al otro lado de la cafetería. Son chavales de todo tipo, que no tienen nada definido que los una y, aun así, son grandes amigos. Isaac dice algo.

Los otros se ríen. Así debería ser la amistad.

Mientras tanto, los amigos de Ivy juegan a un juego muy poco inspirado.

—¿Qué prefieres, patatas fritas normales o rizadas?

—¿Cerveza o vodka?

—¿Kétchup o salsa ranchera?

Ni caso. Ni caso. Ni caso. Las conversaciones sosas son la cruz de la existencia de Ivy.

Bueno, eso y Shelby Morris, la estirada novia de Isaac. Vive en su propia nube de superioridad moral; Ivy no sabe por qué las personas que la rodean no la han estrangulado ya. No se puede confiar en alguien que pasa unas vacaciones familiares de lujo en África, se hace una foto preparada con un elefante desnutrido y después la pone como foto de perfil durante dos años. Ivy no entiende qué le ve Isaac. No es más que una de los muchos temas en los que no se ponen de acuerdo. Aunque hay mucho amor fraternal entre ellos, Ivy e Isaac no conectan a muchos niveles. Ivy conecta más con la gente como Craig: fracasados despreocupados y felices. Se pregunta si eso la convierte a ella en una fracasada.

Mientras tanto, sus amigos siguen dando la tabarra con sus comparaciones…

—¿Con filtro o sin filtro?

—¿Gatos o perros?

—¿Biggie o Tupac?

Ahí es cuando Ivy se levanta, incapaz de seguir soportándolo.

—¿Adónde vas? —le pregunta Tess.

—A Marte o a la Luna —responde ella mientras recoge su comida.

Por lo que respecta a sus amigos, el sitio al que va bien podría estar fuera del planeta.

Sin duda, no forma parte de su universo.

Ivy ha tenido mil cosas en la cabeza en los últimos días. Les prometió a sus padres que buscaría ayuda. Cada vez que pasa por esto es la misma historia, desde que era pequeña: primero fue terapia de juego, después psicoterapia y después terapia de modificación conductual y, por supuesto, medicación, aunque nunca ha sido constante con ella.

TDAH. Esa es su cruz, aunque sin la H, pero lo de decir TDA es muy del siglo pasado.

Ivy se burla de que le digan que tiene un déficit de atención; se concentra perfectamente cuando quiere. Tiene malas notas porque decide no concentrarse. O, al menos, eso es lo que se dice ella.

Ivy entra en un autobús.

—¿Va al centro? —pregunta.

—A no ser que pienses secuestrarlo —le responde jovialmente el conductor.

—Por ahora no, pero el día es joven —le dice ella mientras le enseña su abono.

Cuando falta a clase, suele tomar prestado el coche de Isaac, pero esta vez le parece mal pedírselo después de lo sucedido la noche anterior. No debería estar siempre poniéndolo en esas situaciones.

Se sienta y los auriculares le escupen a toda pastilla a su grupo favorito, Wutever Werx, la banda sonora perfecta para saltarse las clases. El autobús llega por fin a la penúltima parada. Su lugar favorito en el mundo entero.

El museo de arte de la ciudad.

El arte siempre ha sido lo suyo. La reconforta. Es lo único que se le da realmente bien.

Cuando empezó en el instituto, iba a clase de arte, pero el ingreso en las clases de nivel superior era solo para los que le hacían la pelota a los profesores. A los profesores no les caía bien Ivy. Sabe que no es nada personal, aunque a veces se lo parezca. La han etiquetado. Es la

clase de alumna que les complica la vida de mil formas asombrosas.

No pasa nada. A ella tampoco le caen bien los profesores. Puede que le cayeran bien si fuera a otro instituto. A una escuela de arte o algo parecido. Pero ¿a quién pretende

engañar? Sus padres no se la pagarían. La posibilidad de recuperar la inversión es demasiado baja.

El caso es que está a punto de suspender el último curso. Eso supondría repetir este semestre en otoño o simplemente aceptar que no va a terminar el instituto. Ya sabe que, si tiene que repetir en otoño, no será aquí. El distrito la enviaría al instituto alternativo.

—No hay por qué avergonzarse —le había dicho el señor Demko—. No tiene nada de malo necesitar una experiencia educativa distinta.

Menuda estupidez.

El autobús llega al museo. Ivy sabe que este mes hay una exposición itinerante de Van Gogh. Es uno de sus preferidos. Aunque sus problemas parecían insalvables, alcanzó el éxito no gracias a ellos, sino a pesar de ellos. Sus mejores obras las pintó cuando se encontraba bien, no cuando estaba sumido en la locura. Y solía usar unos tonos azules muy intensos. Por eso Ivy empezó a teñirse el pelo de «Azul Vudú». Casi todo el mundo piensa que lo hizo por rebeldía adolescente, pero fue todo lo contrario: era su forma de conectar con algo que le importaba. La acercaba más a la persona que era en realidad.

Ivy saca su bolsa de papel marrón con la comida y se sienta en un banco, dentro de una galería con obras tan vívidas que casi siente en el cerebro sus pinceladas salvajes. Caos guiado para dar forma y estructura. Sin embargo, su favorita es una que casi desaparece entre el asalto de color de las otras: *Jarrón con claveles*. Es famosa por no serlo. Ivy lo sabe todo al respecto porque, en cuanto oyó hablar de ella, se quedó fascinada. El cuadro era de lo que podría considerarse el periodo «regulero» de Van Gogh. No era más que un estudio vulgar de las luces y los colores. Permaneció oculto en un almacén durante décadas, después de que una familia judía lo vendiera para escapar de la Alemania nazi. Años después reapareció en Hollywood, detrás de la pantalla de proyección de la sala de estar de un magnate de la industria cinematográfica, antes de volver a desaparecer en el almacén de un museo. Nadie la quería. A nadie le importaba. Hasta que una persona, en alguna parte, decidió que esos claveles se merecían algo

de luz. Ivy se siente identificada.

Respira hondo y deja que la inspiración de Van Gogh (además de esos momentos en los que le fallaba la inspiración) calme su barullo de pensamientos. Si eso es lo que necesita para convencer a su cerebro, tendrá que bastar. Pero tarde o temprano tendrá que empezar a dar brochazos para pintar su propia vida.

Solo hay tres opciones: instituto alternativo, dejar los estudios o darse de patadas en el trasero hasta espabilar y cambiar las cosas. Y si no elige ahora mismo la tercera opción, solo le quedarán las dos primeras. Con todo, aunque le cueste reconocerlo, Ivy sabe que no puede lograr ese cambio sin ayuda.

«Iré a ver a Torres para que me dé los medicamentos adecuados —se dice mientras muerde el sándwich, con la vista fija en las flores que, a pesar de las humillaciones, nunca se marchitaron—. Ritalin, Aderall, lo que me recete. Me lo tomaré, seré constante y conseguiré que mi vida funcione».

Ivy termina de comer así, sola (sin ruidos ni distracciones); nadie más, salvo Van Gogh y ella. Le recuerda a una época más sencilla, cuando era una niña pequeña de excursión y la comida que se llevaba de casa en su bolsita de papel siempre sabía un poco más rica.

5

El príncip**e** de la aten**ció**n

ADDISON

Me siento en la última fila de un recital de piano con mi hermana mayor, Rita. Se dedica a tejer frenéticamente una bufanda que ya le da dos vueltas enteras al mundo.

En el escenario, un chico de quince años toca el *Concierto para piano n.º 3* de Rajmáninov, una obra complicada hasta para los pianistas más expertos. Me gustaría apreciar la música, pero no puedo. Qué irónico que el supuesto príncipe de la atención no sea capaz de concentrarse.

—Piensas demasiado, Addison —me dice Rita con ese tono moralista tan típico de ella—. Deja de pensar y actúa.

Aunque nadie nos oye, susurra, porque, al fin y al cabo, es un recital.

Bueno, ella puede pasarse la vida tejiendo sin parar y organizando armarios hasta aburrirse, pero yo no quiero ser eso.

—Estoy cansado de hacer cosas por los demás —le respondo—. Nuestros superiores hacen lo que quieren y se salen con la suya. Estoy cansado de seguir las reglas, de ser corriente.

Pienso en Crys, que puede hacer lo que le da la gana, cuando le da la gana; o peor todavía, en los gemelos Coco y Peri, con sus trajes blancos de seda y sus joyas cantosas, pasando el rato en un reservado como si fueran los dueños del mundo, haciendo que la fiesta vaya a ellos. Pero, sobre todo, pienso en Roxy, que ahora se cree mucho mejor que yo. Eso no deja de fastidiarme.

—El hedonismo no es algo envidiable —afirma Rita con su voz más santurrona—. Crys, los hermanos Nieve y nuestros otros primos descarriados pudren todo lo que tocan y dejan tras de sí una estela de dolor…

—Que ellos nunca ven —puntualizo—. Porque siguen adelante, encantados, sin mirar atrás.

—Pero nosotros no somos así. Contamos con el poder de cambiar mundos; lo único que tienen ellos es el poder de destruirlos. Nosotros somos los jardineros, Addison.

—Sí, pero ellos se atiborran de lo que nosotros cultivamos.

Rita se encoge de hombros.

—Lo que hagan ellos no es problema nuestro.

Después añade otra vuelta a su bufanda, que siempre es de un amarillo pálido, nunca se ha vuelto verde de envidia.

En el escenario, el chico toca a la perfección. La mayoría no es consciente de la hazaña que supone, pero yo sí. Hace años, los padres del chico se habrían burlado de la idea de verlo encima de un escenario. Sin embargo, yo entré en su vida sin hacer ruido y lo calmé. Lo centré. Lo ayudé a sentirse bien dentro de su propia piel. Y, entonces, descubrió el piano.

—Lo estás enfocando todo mal, Addi —insiste Rita—. Mira lo que has hecho aquí.

Tienes motivos para sentirte orgulloso.

—Los aplausos serán para él, no para mí.

Rita se vuelve hacia mí con el ceño fruncido. Cómo odio ese ceño fruncido.

—Lo que quieres es que te doren la píldora, ¿no? Tanto engreimiento no te hace ningún bien. Creo que pasas demasiado tiempo con Roxy; es una mala influencia.

Eso me hace reír.

—Estás celosa porque tengo amigos importantes. —Entonces, con una jovialidad intencionada, añado—: Incluso subo a la Fiesta algunas veces.

Creía que reaccionaría, pero Rita no parece ni escandalizada ni impresionada.

—Yo también he estado —dice—. No es lo mío… ¿De verdad es lo tuyo, Addison? ¿Lo disfrutas o solo finges hacerlo?

La pregunta me enfurece más de lo que debería porque una parte de mí conoce la respuesta.

—¿Se puede saber por qué estás aquí? —le pregunto—. El chico del escenario es mi protegido, no el tuyo.

Rita deja su labor.

—¿Ves esa niñita que tenemos delante? Le cuesta quedarse quieta. Han acudido a mí hace poco para que la ayude.

Qué típico que pongan a trabajar a Rita por algo tan insignificante.

—Que no deje de moverse en la silla no significa que te necesite.

Rita suspira.

—Esa decisión no es nuestra. Nosotros solo proporcionamos un servicio para nuestros protegidos una vez que la decisión está tomada.

—Nuestros protegidos —resoplo—. Hasta la terminología refleja nuestra banalidad.

—No es banalidad, sino responsabilidad. Nos recuerda que estamos aquí para ofrecer un servicio y preocuparnos por ellos. Los de la Fiesta ven a las personas como objetivos que adquirir y dominar. Son sus presas. —Señala el escenario—. ¿Es eso lo que quieres para el joven por el que tanto te has esforzado?

—Claro que no —respondo.

Pero también sé que hay otros mayores, con más calle y más hastiados, que entienden muy bien la diferencia entre el uso y el abuso. No tendría ningún problema en verlos como presas y concentrar mi famosa atención en ellos.

La niña que tenemos delante, la protegida de Rita, empieza a moverse en el asiento, así que Rita alarga una mano y le echa parte de su bufanda sobre los hombros.

—Ya vale —dice, amable y firme a la par. La niña se queda rígida. Después se relaja, y Rita vuelve a su labor, satisfecha—. ¿Lo ves? Ahora está mejor.

Podría seguir, pero ¿por qué molestarme? Hablar con Rita es como hablar con el robot de una cadena de montaje: solo hace una cosa, aunque la hace muy bien.

Entonces, ¿eso es lo que soy yo? ¿Una herramienta más encima de una cinta transportadora, cuyo único objetivo es estampar moldes humanos idénticos?

En el escenario, el concierto concluye, y el chico con el que he trabajado tanto para llegar a este punto se levanta para saludar y

recibir unos aplausos atronadores. Y, por más que desee henchirme de orgullo, decido negarme mi naturaleza. Hoy solo quiero sentirme menospreciado.

6

Es fácil remen**d**arl**o si s**abes

cómo funciona

ISAAC

Isaac decide vivir desafiando a su tobillo torcido en vez de permitir que le descarrile la vida. Ha aprendido a conducir con el pie izquierdo y, cuando llega el momento de entrenar esa noche, se coloca una tobillera de neopreno que puede ocultar fácilmente debajo del calcetín, se pone el uniforme y sale al campo.

Pero esta noche esta corriendo más despacio que el equipo suplente. Lo cierto es que la tobillera no sirve de nada, y el entrenador no tarda en darse cuenta y sacarlo del campo.

De hecho, le dice a Isaac que se tome unos días en el banquillo para recuperarse y, cuando él protesta, le responde que no le permitirá jugar si no da el do de pecho, signifique eso lo que signifique.

Así que, por mucho que no quiera, Isaac se ve obligado a pasarse por el ambulatorio del barrio de camino a casa. No quiere contárselo a sus padres; no lo sabrán hasta que les llegue el informe del seguro, y para entonces ya dará igual.

Llega justo antes de la hora de cierre y, pese a tener a un solo paciente delante, la espera se le hace eterna. Cuando lo reciben, se fija en que tanto la enfermera que toma nota de sus constantes vitales como el médico que lo examina ya han acabado su jornada laboral, al menos mentalmente. El médico le hace las preguntas estándar y le echa un vistazo al tobillo. Isaac intenta no poner cara de dolor cuando le aprieta los puntos afectados.

—Se ha puesto un poco amarillo —comenta el doctor—. ¿Te lo has hecho hace tiempo?

—Unos días.

—Deberíamos hacerte una radiografía, pero ya hemos apagado el equipo. Vuelve mañana y dejaremos que te saltes la cola.

—¿Y ya está? —pregunta Isaac—. ¿Tengo que volver mañana?

El médico se encoge de hombros en un gesto de lo más profesional.

—Me temo que aquí no hay varitas mágicas. Nos vemos mañana para esa radiografía.

El único punto positivo de no tener que entrenar es que puede pasar más tiempo con sus amigos.

Al día siguiente, después de clase y hasta entrada la tarde, pasan el rato en el garaje de su amigo Ricky, que se ha convertido en una «sala de juegos». Es uno de los pocos lugares que de verdad se merece ese nombre. Hay un billar, un dispensador de refrescos e incluso un par de máquinas de *pinball* antiguas. El tío de Ricky tiene una chatarrería, así que casi todos los meses hay una excentricidad nueva que convierte el garaje en la solución definitiva contra el aburrimiento. La entrega de este mes es una pantalla grande de finales del siglo pasado que pesa cuarenta y cinco kilos y una consola que necesita una adaptador especial porque los puertos que usa ya no existen.

—Esa vieja Nintendo vale más ahora que cuando se fabricó —les cuenta Ricky—. Y los juegos valen incluso más que las máquinas.

Chet, Shelby, Rachel y Ricky están sentados en el sofá, jugando al Super Smash Bros; le dan a los mandos con concentración de neurocirujanos. Pero a Isaac le han encargado la misión de eliminar el malware del ordenador de Chet, ya que es lo más parecido que tienen a un técnico informático.

—Isaac, ¿no vas a jugar? —le pregunta Rick.

—En cuanto Chet deje de cargarse su ordenador viendo porno.

Rachel resopla de risa y le da una patada a Chet en la cabeza (en el juego). Chet, a su vez, le da un puñetazo juguetón a Isaac en el brazo (en la vida real).

—Isaac no juega porque le da miedo que le gane —lo provoca Shelby desde el puf del suelo.

No es del todo falso (Shelby siempre ha sido la diosa de los videojuegos), aunque Isaac ya ha aceptado que nunca la vencerá si ella no se lo permite. Cosa que nunca hará.

—Eres una inspiración para el resto de la humanidad —la alaba Rachel—. Y un incordio. ¡Muere! —Le da tan fuerte a los botones que casi se carga el mando de plástico barato.

Isaac se detiene unos segundos para observar a sus amigos. Una vez, una profesora les dijo que parecían la cubierta de un libro de texto de Salud e Higiene: distintos orígenes

étnicos, distintos intereses, todo distinto pero metido con calzador en una única imagen bastante poco creíble. Sin embargo, el grupo sí que tenía algo en común: Isaac. Todos ellos habían entrado en su vida en distintas etapas. Conocía a Shelby de primaria, a Ricky por el fútbol, a Chet por el campamento y a Rachel por la catequesis. Isaac era el pegamento que los unía y, como los alumnos de sus respectivos colegios pasaban al mismo instituto, hicieron piña desde el minuto uno. Una amistad orgánica típica de libro de texto de Salud e Higiene.

El portátil de Chet se queda sin batería e Isaac suspira.

—¿Dónde tienes el cargador?

Chet consigue señalar rápidamente con el dedo entre botón y botón.

Isaac se levanta del sofá para recogerlo, olvidándose de su tobillo. Da un respingo por el dolor, corrige mal el movimiento y cae sobre la mesa de centro, un fallo bochornoso con el que tira al suelo algunas bebidas y un cuenco metálico lleno de palomitas.

—¡Ay! ¡Mierda!

Con las bebidas derramándose y las palomitas volando por los aires, todo parece mucho peor de lo que es, sobre todo cuando Isaac no es capaz de levantarse de inmediato porque no puede apoyar todo el peso sobre ese tobillo. Chet lo ayuda a volver al sofá mientras Rachel evalúa el desastre.

—¿Te lo has torcido? —pregunta Chet—. Deja que lo vea.

—Para. Estoy bien.

—Confía en mí, bro.

Entonces le tira de la pierna para colocársela sobre la mesa de centro, lo que solo sirve para hacerle más daño. Chet trabaja los fines de semana de monitor en una piscina, aunque le dice a todo el mundo que es socorrista, y todos saben que a veces administra primeros auxilios a la fuerza.

—¿Por qué no está vendado? ¿No tienes vendas elásticas?

—Lleva todo el día con una tobillera. Lo estaba dejando respirar.

—Te lo has vuelto a torcer. Mira lo hinchado que lo tienes.

Esto es irritante.

—Ya estaba así antes.

—El jengibre y la cúrcuma son buenos para aliviar la inflamación —comenta Rachel.

Ricky abre un armario y le lanza a Chet un kit de primeros auxilios porque sabe que se lo va a pedir.

—¡No te muevas! —ordena Chet.

—No, debería moverlo para que circule la sangre —opina Rachel antes de meterse en la casa para buscar una cura natural.

Mientras tanto, Shelby aprovecha la oportunidad para matar a los personajes de los demás. Cuando por fin aparece la pantalla de *game over*, mira a Isaac.

—Solo tienes que ponerle hielo —dice.

—Ya estaba previsto —responde Chet, que le hace la señal del pulgar hacia arriba como si su aportación sirviera para algo.

—Chicos, sé lo que se supone que tengo que hacer —protesta Isaac—. Llevo días haciéndolo.

—Tú cierra la boca y deja que se encargue un profesional.

Chet activa una bolsa de hielo químico y se la pone en el pie, pero debe de ser demasiado vieja porque permanece a temperatura ambiente. Entonces vuelve Rachel anunciando que no habrá ni té ni ungüento porque no hay absolutamente nada natural en la casa de Ricky. Como la misión humanitaria se está yendo a la porra, Ricky le ofrece a Isaac una salida:

—Bueno, antes de que te amputen el pie, ¿quieres que le eche un vistazo a tu coche?

Isaac agradece la oportunidad de huir. Así que, mientras Shelby prepara la siguiente partida, y Chet y Rachel intentan desenredar los cables de sus mandos, Ricky ayuda a Isaac a levantarse del sofá, y los dos salen y dejan a los demás con sus ganchos de fuego y sus ataques trueno.

El descapotable de Isaac está bastante pasable para tener doce años. Tiene parches de cinta adhesiva en el techo y, como la abuela de Isaac, a menudo necesita ayuda para subir o bajar cuestas, pero

funciona. Eso es gracias a Ricky, que lo ayudó a transformarlo de chatarra en un vehículo seguro para la carretera. Mientras que Isaac destaca en lo teórico, Ricky lo hace en su aplicación práctica, así que sus habilidades siempre se combinan para formar un dúo letal. Los dos desmontan y vuelven a montar cosas desde que eran pequeños, sobre todo a costa de la madre de Ricky. Es cierto que su secador a veces hace saltar los plomos, pero al menos lo han tuneado para que alcance su máxima eficiencia. Y aunque la cafetera estallase sola una mañana, hasta su impresionante final hacía el café más fuerte del mundo. Siempre era cosa de Ricky buscarle el lado positivo a todo, y eso es justo lo que hizo por Isaac cuando apareció con aquel montón de chatarra a principios de año.

«Los Chrysler antiguos en realidad tienen motores Mercedes porque eran propiedad de la misma empresa» fue lo que dijo Ricky para convencerlo de que le comprase aquel cacharro. Ahora, con su ayuda, el coche de Isaac tenía los neumáticos de perfil bajo de un Porsche y el tubo de escape de un Mustang. Y, por mucho que se metieran con el coche, los dos habían llegado a adorarlo. Era su último proyecto juntos antes de que sus vidas tomaran caminos distintos.

Ricky le da una palmada al capó, como si fuera un viejo amigo.

—¿Qué le pasa esta vez?

—La aceleración va a trompicones. A veces le cuesta arrancar.

Levanta el capó, toquetea por allí y hace un diagnóstico rápido.

—A lo mejor las bujías están reventadas.

Ricky saca una caja de herramientas de su Jeep y se pone a trabajar; saca las herramientas correctas sin tan siquiera mirar.

—¿Cómo consigues que parezca tan fácil? —le pregunta Isaac.

—Bro, tú fuiste el que averiguó cómo funcionaba aquel cortacésped, ¿recuerdas? Y

cómo hacerlo volar.

—Sí, pero tú fuiste el que lo montó.

Su cortacésped volador se había convertido no solo en una leyenda del barrio, sino en un meme de internet. Cuando aterrizó, no mató a nadie por pura chorra.

Los dos sonríen al recordarlo; después, Ricky vuelve a centrarse en el coche.

—Aunque parezca complicado, si sabes cómo funciona, es fácil remendarlo.

Es una aseveración tan sencilla y, a la vez, tan profunda que a Isaac se le queda grabada.

—Podrías ser ingeniero si te lo propusieras.

Eso le arranca una risita a Ricky.

—Sí, bueno, proponerme sacar las asignaturas nunca ha sido mi punto fuerte. Pero una cosa sí que te digo: cuando se te rompan las locuras que diseñes, yo estaré allí para arreglarlas.

Ricky termina, cierra el capó y sonríe con orgullo.

—¿Lo ves? Es como tu pie; solo necesita un poco de amor y cuidado.

Pero Isaac duda que haya alguna herramienta en la caja de Ricky capaz de ponerle a punto el tobillo.

Isaac ya tenía el sueño ligero, pero ahora el dolor lo despierta cada vez que se mueve bajo las sábanas. Por la mañana, aumenta su dosis de ibuprofeno de tres a cuatro pastillas.

Apenas logra mantener los ojos abiertos en clase ese día y se va derecho a casa cuando termina el instituto. En el cuarto de baño se ve unas bolsas enormes bajo los ojos. Decide que será cosa de su imaginación o de la luz del baño, pero su abuela pasa por su lado con el bastón, lo mira bien y le deja caer una bomba muy sincera:

—Si te estás preguntando qué aspecto tienes, la respuesta es: «Horroroso».

La abuela es de una generación que consideraba la vida demasiado corta para andarse con tacto. En el fondo, todo el mundo aprecia la sinceridad de la abuela. Le importas lo suficiente como para decirte la verdad, aunque te siente como una patada en el estómago.

Esboza una sonrisa cariñosa, lo que amortigua el golpe, y después se señala la mejilla para exigir un beso, que Isaac le da.

—Solo te lo digo porque sé lo guapo que eres.

—Estoy teniendo problemas para dormir —le cuenta él.

—¡Qué me vas a contar! Cuando te duele algo, es como estar tumbada en una cama de clavos.

Le mira el pie a su nieto. Todavía se ve un poco el moratón por encima de los calcetines tobilleros.

—Está bien, de verdad —le asegura Isaac.

La abuela arruga los ojos y se ríe.

—Primero tu abuelo, después tu padre y ahora tú. Todos los hombres de esta familia odian a los médicos.

Después mete la mano en el armario de las medicinas del cuarto de baño y rebusca hasta dar con un bote naranja de la farmacia.

—El médico me recetó esto cuando me rompí la cadera. Son potentes. —Le pone una pastilla en la mano—. Te irá bien no sentir la cama de clavos por una noche. —Le brillan los ojos, algo típico en ella—. ¿Cómo es el dicho? ¿Sin dolor no hay recompensa? Eso es una estupidez. El dolor está sobrevalorado.

Isaac se ríe y la abuela se va por el pasillo hacia su dormitorio. Cuando desaparece, Isaac observa la pastilla alargada; es suave y de color marfil. Casi no pesa nada. Se la mete en la boca, abre el grifo del lavabo, se inclina y recoge agua con las manos para llevársela a la boca y tragar la pastilla. La nota un momento en el esófago antes de que se deslice en silencio hasta el estómago y empiece a disolverse.

ROXY

Lo sé en cuanto sucede; la sensación es instantánea. Al principio, sutil, pero crece. Es abrumador, una conexión con algo más grande que yo, saber que estoy donde debo estar. Para eso vivo. Para eso existo.

Eso es lo que me dice Hiro: «Estás aquí para envolverlos, Roxy. Para apaciguarlos. Y, después, para traérmelos».

Estoy en la Fiesta, en el jacuzzi. Es una bañera infinita tan enorme que no solo parece perderse en el horizonte, sino en el borde del universo. He estado charlando con María, que está sentada por aquí, pero que no se atreve a meterse en el agua porque no quiere estropearse el traje de chaqueta. Desde que es legal, se ha vuelto muy aburrida.

Molly está en el jacuzzi, aunque esta vez por elección propia. Tiene a su acompañante (un chico bastante guapo, de una fraternidad) hechizado, ahogado en éxtasis. Sus cuerpos parecen fundirse en uno solo. No oigo lo que le susurra, pero sé lo que le está diciendo: «Nunca ha habido nadie más que tú y nunca lo habrá».

Pero no es cierto. Jamás lo es.

La irresistible atracción de una presa me saca de la bañera de agua caliente. Todos me miran, observan las gotitas de agua que se forman en mi figura perfecta. Su envidia es un cumplido tan intenso y aromático que podría llevarlo encima como si fuera el mejor de los perfumes.

Agarro una toalla y me quedo al borde de nuestros dominios, contemplando la ciudad reluciente de abajo mientras me pregunto con quién me encontraré esta vez.

—Tienes pinta de ir de pesca —me dice Addison, que aparece por detrás.

Como siempre, va peinado a la perfección y está radiante. Todos existimos en nuestro mejor momento físico, pero es como si él se esforzara demasiado.

—¿Me estás espiando? —le pregunto.

—No, es que se me da muy bien hacer varias cosas a la vez.

En el jacuzzi, Molly engatusa con delicadeza al chico de la fraternidad.

—Conozco un spa mejor —le dice, esta vez con un susurro fuerte que todos oímos—. El agua está mucho más caliente.

Después lo saca de allí y él la sigue como un cachorrito atontado por la terraza hasta cruzar las puertas de cuero rojo de la sala VIP. El destino final para todos nuestros invitados de honor.

—Molly ha estado rápida esta noche —comento, impresionada.

—Todo el mundo sabe que no trabaja sola —contesta Addison, aunque es pura envidia—. Yo también puedo hacer lo que hace ella. Podría hacer lo que hacéis todos.

Ya estamos otra vez con las fanfarronadas de Addison. Mucho ruido y pocas nueces.

—¡Pues hazlo! —le digo—. Quédate con alguien hasta el final. Conviértete en lo único que tiene.

Addison se mueve, incómodo.

—¿Crees que no puedo?

Ambos conocemos la respuesta. Puede que Addison y yo apareciéramos juntos, pero estamos hechos de una pasta diferente. Ingredientes muy distintos. Los tiempos han cambiado, ya no es el chico de oro por el que lo tomaron cuando éramos más jóvenes (un remedio para todo que creían que cambiaría el mundo). Todo va más deprisa, a machete. Es un mundo para el que estoy muy bien equipada, aunque, cuanto más famosa me hago, más anhela Addison ser el centro de atención. Un centro que nunca alcanzará.

Así que ¿de verdad creo que tiene lo que hay que tener para llevar a alguien hasta el amargo final? Pues ya me diréis.

—Addison, no hagas preguntas para las que no quieres respuesta.

Dicho lo cual, me alejo a paso tranquilo, atraída por la llamada de mi siguiente presa.

Que Addison medite sobre el tema un rato. Con suerte, por fin reconocerá que, se vista como se vista, no tiene lo necesario para llevar a alguien a la sala VIP. Quizá así se contente con su lugar en el mundo.

Me abro paso entre el exceso que me rodea hasta llegar al ascensor dorado. Es gótico por naturaleza: elegante y eterno, con frisos en los que aparecen representaciones de nuestros antepasados. Los veneramos aunque no fueran más que versiones menos refinadas de lo que somos ahora.

Las puertas del ascensor se abren y entro. Solo hay dos botones: uno para subir a la Fiesta y otro para bajar. Sin botón de emergencia. Ni ayuda ni rescate.

No necesito pulsar ningún botón para que el ascensor me lleve a donde tengo que ir.

Los botones son para los mortales de abajo. Ellos son los que están sometidos a sus propias decisiones. A sus propias acciones.

Las puertas se cierran y el ascensor desciende, ganando velocidad hasta que voy en caída libre.

7

No **t**iene fo**r**ma de h**u**ir del t**e**só**n** de las **o**las **ISAAC**

Isaac sabe que el dolor está ahí por algún motivo. Lo aprendió en biología: su cuerpo ha enviado leucocitos al tobillo, lo que crea presión y, a su vez, dolor, que es la forma que tiene el cuerpo de evitar una lesión mayor. A veces, los analgésicos pueden empeorarlo todo al vencer las advertencias del cuerpo. No obstante, otras veces el dolor es una alarma sin sentido que no deja de sonar. Isaac procura no apoyar demasiado peso en el tobillo cuando ve que la medicación ha hecho efecto. No se dejará engañar, ya que sabe que no hace más que enmascarar la lesión.

No les menciona la pastilla a sus padres, ¿para qué? Y la abuela tenía razón: esa noche duerme bien. Eso sí, por la mañana está un poco gruñón y apático, aunque es un pequeño precio a pagar por una buena noche de sueño.

—Estábamos pensando en que podríamos ir todos al muelle esta noche, si no hace mal tiempo —le dice Shelby a la hora de comer.

El muelle es una zona de ocio a la antigua usanza, tan genérica que, de hecho, se llama El MuelleTM. Parecía mágica cuando eran pequeños, pero tiene el suficiente punto hortera para que todavía les parezca divertido ir por allí de vez en cuando.

Isaac piensa en su tobillo, aunque no dice nada al respecto.

—Me parece bien —responde.

Empieza a dolerle justo al final de la jornada escolar, o puede que le doliera desde el principio y las clases le sirvieran de distracción. Por mucho que odie reconocerlo, no está en condiciones de jugar al fútbol ese fin de semana. Le fastidia lo indecible que su futuro dependa de jugar o no ese partido.

Cuando llega a casa, Isaac abre el frigorífico para ver si hay sobras porque cree que tiene hambre, pero no tiene el hambre suficiente para comerse lo que encuentra. El horno está encendido y, al asomarse, ve una fuente de algo con queso que la abuela está preparando. Coge un botellín de agua porque cree que tiene sed, pero solo le da un par de tragos porque, en realidad, no la tiene.

La abuela está en el baño de abajo, seguramente dándose uno de sus baños de belleza mientras se hace la comida. Se imagina las burbujas, las velas y la máscara facial de pepino mientras escucha música de la época en que la vida era un anuncio edulcorado de Coca-Cola y los médicos recomendaban fumar. Se supone que no debe hacer esas cosas sola. Hay demasiadas superficies resbaladizas en el cuarto de baño, pero «no soy una inválida» ha sido su grito de batalla desde que se mudara con ellos tras aquella primera caída.

Así que Isaac espera. Y piensa. Sus padres, que tienen negocio propio, no suelen llegar a casa hasta las siete o así. Se exigen más de lo que exigen a sus empleados.

La abuela sale del baño con un albornoz rosa chicle y el pelo envuelto en una toalla. El olor a lavanda y a otras hierbas que seguro que Rachel reconocería se mezcla con el apetitoso aroma de lo que hay en el horno.

—¡Isaac! ¡Justo a tiempo! Puedes ayudarme a sacar mis ziti gratinados del horno. Ya deberían estar a punto y esa puñetera bandeja está demasiado baja para mí.

—Claro, abuela.

Isaac coge un par de manoplas para el horno y saca la comida mientras la abuela le da instrucciones como si se tratase de un proyecto de ingeniería de precisión.

—Con cuidado, no te quemes.

—No te preocupes, abuela.

Lo deja sobre un salvamanteles con patas para que se enfríe.

—¿Puedo probar un poquito antes de la cena? —pregunta, con la esperanza de que así se le abra el apetito.

—No es para nosotros. Lo he preparado para el señor Burkett, de la casa de enfrente.

Dicen que le han dado un mal diagnóstico, así que quiero… ser buena vecina.

—¿No es pastor o algo así? Seguro que todos sus feligreses le están llevando comida.

La abuela levanta la barbilla.

—Nada de lo que le lleven esas señoras de la iglesia puede compararse con mis ziti gratinados.

Isaac se ofrece a llevarlos, pero ella se niega.

—No necesita que vayan dos personas cojeando hasta su puerta.

Después, se va tranquilamente a su dormitorio.

Durante la operación de la bandeja del horno ha tenido oportunidades de sobra para preguntarle a la abuela por su ortopedista, pero no lo ha hecho. Lo que sí hace es esperar a que se meta en su dormitorio y cierre la puerta para ir él al baño y abrir el armario de las medicinas.

Se queda mirándolo un buen rato. Una cosa es que te ofrezcan una pastilla y otra muy distinta coger una sin preguntar primero. Cierra la puerta del armario y se le ocurre una idea mejor, aunque menos cómoda.

El ambulatorio está más lleno que la primera vez. Hay niños con tos de perro, un obrero con cara de cansado sosteniéndose una mano herida y unas cuantas personas cuyos problemas no se distinguen a simple vista. Isaac le dice a la recepcionista que le habían dado permiso para saltarse la cola, pero está claro que no se lo cree, ya que le suelta un sermón.

—Lo siento, pero se atiende por orden de llegada. Nadie se salta la cola. Puedes sentarte.

Y, aunque Isaac odia a esas personas que exigen hablar con el encargado, invoca el nombre del médico, ya que, por suerte, lo recuerda.

—Pregúntele al doctor Cardenas.

Ella deja escapar un largo suspiro. Isaac no sabe si quien la exaspera es él o el buen doctor, por haber fastidiado la dinámica de la sala de espera. Aun así, dos minutos después lo llaman para hacerse la radiografía.

Las noticias no son buenas, aunque tampoco terribles: una simple torcedura. No hay nada roto ni desgarrado.

—Te derivaré al ortopedista —dice el doctor Cardenas, lo que no le soluciona nada.

—¿Y algo para el dolor? —sugiere Isaac—. Mi abuela me dio una pastilla anoche y eso me ayudó a dormir, así que creía que…

Deja la frase a la mitad, con la esperanza de que el médico la termine. No lo hace.

—En primer lugar, no debería haberlo hecho. Y, en segundo, eres menor de edad; puedo tratarte, pero no puedo escribirte una receta sin el consentimiento de tus padres.

—Así que ¿tengo que volver mañana otra vez?

El médico se lo piensa y después dice:

—Ahora mismo vuelvo con la cita para el ortopedista.

«Bueno, había que intentarlo», piensa Isaac.

Pero, cuando vuelve el doctor, trae algo más que la cita: paquetes de muestra. Seis, cada uno con una pastilla.

Isaac se marcha con sus muestras y, aunque no se toma una pastilla en ese momento, más tarde, cuando ya está listo para ir a reunirse con Shelby y sus amigos en el muelle, se asegura de llevarse una por si el tobillo amenaza con arruinarles la noche. Se imagina a Chet intentando levantarle de nuevo el pie y a una multitud arremolinada a su alrededor, como si fueran músicos callejeros. No va a pasar. Por lo que respecta a Isaac, esa pastilla es una póliza de seguros.

Aunque apenas ha comenzado la primavera, el tiempo está siendo más

cálido de lo normal, así que el muelle está muy concurrido cuando llega. Una familia ataca un buñuelo enorme. Los novios ganan animales de peluche gigantes para sus novias en un alarde de masculinidad no tóxica. Hay luces parpadeantes por todas partes y todo sucede en ese instante mágico en que el brillo de la noria se mezcla con el arrebol del sol poniente.

Isaac localiza a Shelby en el muelle, jugando a lanzar anillas con los demás.

—¡Eh, hola! —exclama ella, que se ha sorprendido al verlo—. Creía que no ibas a venir

—añade, a pesar de que Isaac recuerda con claridad haberle dicho que sí.

—¡Mira quién ha venido! —dice Ricky—. ¿Estás bien? Sigues cojeando.

—Solo un poco.

—¿Tenías que recordárselo? —lo regaña Rachel.

—Nos has pillado de pura chorra —comenta Chet—. Este sitio es un zoo. Pensábamos bajar a la playa. —Y se quita la camiseta porque Chet siempre encuentra algún motivo para hacerlo—. Vamos a nadar, ¿eh?

Isaac mira el agua. Está picada, y las nubes que se habían estado conteniendo todo el día empiezan a acumularse en el horizonte.

—¿Seguro que es buena idea? Parece que viene una tormenta —responde—. Además, el agua va a estar helada.

—Forma parte de la diversión —dice Chet, que abre la marcha hacia la playa.

Isaac intenta seguirles el ritmo, pero se queda atrás. Shelby se da cuenta y frena para caminar a su lado.

—No tienes buena pinta.

—Ha sido un día muy largo —responde él—. Voy a bajar con vosotros, pero creo que paso de nadar.

Cruza cojeando la playa y se sienta en un terraplén que marca la marea alta. Por un momento cree que Shelby se va a sentar con él,

pero entonces se quita la ropa y deja al aire el bañador que lleva debajo. Lo de nadar ya formaba parte del plan, aunque a Isaac no le había llegado el aviso.

Shelby mira a Ricky, Chet y Rachel, que ya están examinando el oleaje que golpea la arena, reuniendo valor.

—Sí que parece un poco picada —dice.

Isaac esboza una sonrisita.

—¿De qué te preocupas teniendo a un monitor de piscina para salvarte?

—Ja, ja —responde ella antes de lanzarle la ropa y correr detrás de los demás.

Así que Isaac se queda solo. Es entonces cuando se da cuenta de que la sensación de hambre/no hambre no lo ha abandonado ni una vez. Si acaso, se ha intensificado.

No registra conscientemente el segundo en que decide meterse la mano en el bolsillo de la camisa y sacar el paquetito de la muestra. Sin embargo, cuando se lo ve en la mano,

dobla la esquina, la arranca y saca la píldora. Es suave y de color blanco marfil. Parece devolverle la mirada al reflejar en su superficie un rayo de luz que se ha desviado del muelle.

Por nada del mundo quiere ser el aguafiestas que le estropee la diversión a todo el mundo.

Así que se lleva la mano a la boca, se echa la pastilla y se la traga en seco.

ROXY

¡Me encantan las playas! Hacen que la gente pierda sus inhibiciones. Hasta las peores ideas parecen perfectas. La expresión «en ese momento nos pareció buena idea» tuvo que acuñarse en una playa.

Tienen reputación de románticas. Un paseo a la luz de la luna, de la mano. El tacto de la arena entre los dedos de los pies y el sonido susurrante de las olas, solo para ti.

No obstante, las playas también pueden ser de una soledad implacable. Esa misma orilla blanca puede resultar desalmada y aislarte de todo. Esas mismas olas pueden rugir, en vez de susurrar, y resonar en los rincones más anhelantes de tu alma. Es un recordatorio de tu insignificancia si te comparas con las fuerzas eternas de la naturaleza.

Con fuerzas como yo. Porque puede que yo no sea natural, pero sí una fuerza a tener en cuenta.

Isaac es un grano de arena en una playa eterna. Solo, incluso entre los que considera sus amigos. Por eso sé que está preparado incluso antes de que él lo sepa. Se sienta allí, en la línea de la marea alta, justo por encima de un montículo de algas moribundas, y mira a los demás deseando que le apeteciera unirse a ellos. Aunque dice que es por el tobillo, es mucho más.

Esa melancolía soy yo. O, mejor dicho, el faltarle yo. Por mucho que se haya sentado en la línea de la marea alta, ahora mismo está en su propia marea baja. Siente un vago anhelo. No un deseo intenso, todavía no. Eso hay que cultivarlo, que cuidarlo con cariño hasta que las raíces sean fuertes y puedan estrangular todo lo que las rodea. Pero llegará a eso. Un grano de arena no tiene forma de huir del tesón de las olas.

Me acerco como si nada. Sin prisas. En silencio, como el relámpago del horizonte, demasiado lejos del trueno para oírlo por encima del oleaje.

—El agua parece fría —le digo, solo para que deje de prestar atención a sus amigos—.

Al menos falta un mes para que se pueda nadar de verdad.

—Sí, seguro que no se quedan dentro mucho rato. Es más como un reto.

—Entonces, ¿por qué no has aceptado tú el reto?

Se encoge de hombros.

—No sé. Lo de pasar frío y mojarme no me parece muy divertido.

—¿Qué te parece divertido?

Se toma unos segundos para responder. Se le hunden un poco los hombros. Una ráfaga de aire frío sopla desde el agua, así que se acerca las rodillas al pecho.

—Antes lo sabía. Ahora, no estoy seguro.

Me he sentado con él. Estaba demasiado absorto en sus pensamientos para advertir lo deprisa que me he acercado. Sin apenas ser consciente de ello, empieza a contarme todo lo que tiene en la cabeza, desde la frustración por no salir al campo de fútbol hasta los problemas económicos de sus padres, pasando por los problemas de su hermana…, y todo envuelto con el frágil y deshilachado lazo de su futuro: sus precarios sueños de ir a la universidad y lo que quiere para después. Lleva el peso del mundo sobre los hombros; con razón se ha torcido el tobillo.

Otros fogonazos silenciosos iluminan las formas de unas nubes de tormenta en el horizonte. Breves destellos de luz que provocan destrozos lejos, muy lejos. Sin trueno, el relámpago puede hacerte creer que es menos peligroso de lo que es.

La chica con la que ha venido ya está metida en el agua hasta los muslos, con los brazos extendidos con cautela, como si eso la ayudara a levitar por encima de la ola que se le estrella contra la cintura. Suelta una palabrota, y otro chico se ríe y la salpica. Ella se lo devuelve y los dos se ríen.

Isaac pone cara de póquer mientras los observa. Tiene las rodillas contra el pecho.

Posición defensiva. Yo alargo las piernas y aparto las algas. Al cabo de unos segundos, se relaja y hace lo mismo. Ahora estoy a su lado. Casi tocándolo, aunque no lo nota.

—Se lo están pasando bien, a pesar del frío —le comento—. Aunque

tu novia tendría que haberse quedado aquí, contigo, o al menos haberse ofrecido a hacerlo.

Isaac suspira.

—Shelby hace lo que le da la gana.

—Ya lo veo. —Y entonces, por si acaso me he quedado corta, añado—: No ha mirado hacia aquí ni una sola vez.

—¿Y? No quiere darle la espalda a las olas…, por si la pillan con la guardia baja.

Pero sí que se vuelve para que una ola le dé en la espalda y no de lleno. Ni siquiera entonces busca con la mirada a Isaac en la orilla.

—Me parece que no deberías prestarle atención a alguien que no te la presta a ti —le digo.

Y, por fin, me mira. Espero al instante de la conexión. Es un momento delicado.

Cauteloso. Como dos naves espaciales al acoplarse. Puede que esas que Isaac espera diseñar algún día.

Sonríe y ahí está: lo tengo.

—Soy Roxy —me presento, y le toco la mano con la mía.

—Isaac —responde, aunque no hace falta.

Respira hondo. No es un aliento entrecortado, sino tranquilo. Pronto sentirá mi consuelo. Disminuirá el dolor. Sentirá que desaparecen la irritación y el mal humor.

Tardará mucho tiempo en comprender que sus cambios de humor son culpa mía, al igual que su alivio.

Pobre Isaac. Necesitas que alguien se lleve el dolor. No solo el del tobillo, sino el terrible dolor que te taladra por dentro hasta clavarse donde parece que no alcanzas. Yo sí alcanzo. Es lo que hago. Lleno ese espacio de forma tan absoluta que se estirará como tu estómago el día de Acción de Gracias. De modo que se quedará aún más vacío cuando me vaya.

—Te he visto jugar al fútbol —menciono como de pasada—. Eres bueno.

Deja escapar una risa amarga.

—Soy bueno si mi tobillo me lo permite. Lo que quiere decir que ahora mismo no valgo para nada.

—Qué pena. Pero los profesionales siempre encuentran el modo de jugar aunque estén lesionados, ¿no?

En el agua, una ola golpea a sus amigos demasiado fuerte, y eso hace que desaparezca la diversión y la balanza se incline del todo hacia salir de allí a toda leche. Todos caminan por el agua, luchando contra la resaca del mar para llegar a la orilla.

Me levanto con él.

—No cuesta nada hablar contigo, Isaac. Espero que volvamos a vernos.

Retrocedo, apartándome de la luz de la luna para meterme bajo las sombras de una nube, y él vuelve a concentrarse en sus amigos tras escaparse de la realidad disminuida en la que lo había introducido mi presencia. Sus amigos corren en estampida hacia él, impulsados por la fuerza bruta de sus escalofríos. Isaac se quita la chaqueta y envuelve a Shelby, que está demasiado ocupada quejándose del frío para darle las gracias. El chico ya se ha olvidado de mí, aunque no por mucho tiempo. Supongo que debería estar celosa, pero no soy así.

Me alejo, y el viento convierte mi vestido de gasa en una llama marfileña. Me conformo con saber que la marea ya ha empezado a subir.

Interludio n.º 1: María (C21 H30 O2)

Una puerta que siempre se me había cerrado ahora está abierta de par en par. ¿A que es una pasada? Ahora puedo cruzar directamente la puerta principal del reverendo Burkett en vez de colarme por una de las ventanas laterales o esperar entre las sombras del patio trasero, como hacía con su hija hace muchos años.

Suena jazz noir en un vinilo. No se trata de un vinilo *millennial* remasterizado, sino de un álbum original, con ese carácter que dan los años. Arañazos, chasquidos y un salto de vez en cuando. Es una canción que conozco: «You Leave Me Breathless», de Coltrane.

Está esperándome en el salón. Cada vez que vengo, me entran ganas de pavonearme.

De restregárselo. Pero no lo hago porque ya no soy así. En vez de eso, espero pacientemente, manteniendo una distancia profesional. Dejo que él dé el primer paso.

Todavía me parece desternillante que ahora sea legal. Llevo el pelo recogido en un moño pulcro y tenso. Ya no llevo mi camiseta y mis vaqueros rotos, sino algo que tu madre podría ponerse para ir a la oficina. Parezco una abogada. No sé bien qué sentir al respecto.

El reverendo tampoco sabe qué sentir al respecto. Cuando más por encima te sientes, más vértigo tienes. Me doy cuenta de que acaba de salir del baño, ya que todavía está intentando acomodarse en su sillón reclinable. Su visita al retrete era para vomitar.

Nada se le queda dentro mucho tiempo. Le echo un vistazo a la fuente que está en el pasaplatos que da a la cocina. Es una especie de pasta con queso que le habrá traído una vecina. No tiene mala pinta, pero tampoco ha conseguido retenerlo.

Se percata de mi presencia y no le gusta nada.

—Déjame en paz —suelta. Es lo que me dice siempre.

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Bueno. Ya has visto la sala de tratamiento, los has visto a todos. No dejaba de enredárseme el tubo de la intravenosa. Un incordio.

Hoy tenía sesión con Kimo. Kimo es un entrenador brutal. Su campamento militar es implacable, desmoralizador y agotador. Pero la gente lo soporta porque obtiene resultados.

—Los demás pacientes se sientan a leer esas horrendas revistas. Famosos portándose mal. Como si tener cáncer no fuera tortura suficiente.

Cierra los ojos y gruñe. Las náuseas aparecen por oleadas y acaba de tener una marejada importante. Cuando pasa, se tapa con una manta y tiembla, aunque no hace nada de frío. Intenta echar el sillón hacia atrás, pero no tiene ni fuerzas ni forma de hacer

palanca, así que se rinde y lo deja recto. Después alarga la mano hacia la mesita que tiene al lado y enciende el cigarrillo electrónico, no sin antes comprobar el cartuchito de cristal en el que me han destilado en forma de aceite ámbar intenso.

Empieza otra canción. Triste y conmovedora. Un saxofón en un umbral bajo la lluvia.

—¿Sabías que el jazz solía considerarse la música del diablo? —comento, como si nada.

—Ni se te ocurra darme sermones. Te falta autoridad moral.

Miro su cigarrillo. Se enciende la luz que anuncia que está preparado.

—¿Vamos a ello, Joe?

—Veo que ya me tuteas sin vergüenza.

Me encojo de hombros. Él mira el cigarrillo, pero no lo coge.

—No eres mi único acompañante —puntualiza.

—Claro que no. Cualquier miembro de tu congregación aparecería aquí en un suspiro si se lo pidieras —le recuerdo—. ¿Por qué no se lo pides?

Frunce los labios.

—¿Y dejar que me vean así?

Sé que lo llaman continuamente. Les dice que contar con tanto apoyo es una bendición. Les da las gracias y les asegura que Dios los ama, pero después vuelve a

hundirse en esta soledad autoimpuesta. Por más que finja que es por vanidad y orgullo, yo sé la verdad: no es capaz de soportar el peso de la preocupación ajena.

Al final recoge el pequeño cilindro de plástico, inhala un poco, tose, inhala más profundamente y retiene el humo. No existe nada más que Coltrane… Después deja escapar el humo, despacio, y hace una mueca al notar el ardor en los pulmones.

—No sé si te haces una idea de… —una tos, otra— lo mucho que te… —una tos, otra— odio.

No respondo, pero le cojo los pies y le masajeo los dedos hasta que le cosquillean.

Después le cojo las manos y hago lo mismo. Ahora empieza a oír mi voz mucho mejor, en el silencio entre las notas. Mira un cuadro en la pared. Un velero en un día de verano. Completamente genérico. Sin embargo, bajo mi influencia, las pinceladas parecen cobrar vida con patrones ocultos. Incluso el marco le revela cosas en las que no se había fijado antes. Y ahora todo parece tener rostro. Los platos del armario de la porcelana son ojos abiertos y sorprendidos. Los botones y diales de su estéreo *vintage*

sonríen y le guiñan el ojo. Es un efecto curioso de mi presencia. Se desdibuja la línea entre lo que está vivo y lo que no. Y todo te observa.

—Antes olía tu peste en la ropa de mi hija —me dice—. Intentaba esconderlo, pero nunca lo lograba.

—Así que la echaste.

—Por su bien. Se desintoxicó después de eso, ¿no?

—En realidad no estaba tan enganchada —le respondo—. Todavía pasamos algún rato juntas de vez en cuando. Que es más de lo que puedo decir de vosotros dos.

¿Cuándo fue la última vez que la viste? Ni siquiera sabe que estás enfermo, ¿no?

—No tiene por qué saberlo.

Aprieta la mandíbula, pero toco los puntos de presión a ambos lados hasta que se relaja.

—El funeral —admite al fin—. La última vez que la vi fue en el funeral de su madre.

—Su esposa murió durante la pandemia. Los dos se contagiaron del virus, pero él sobrevivió—. Sarah era una buena mujer —dice —. Nunca entenderé por qué Él se la llevó antes que a mí.

—Los caminos del Señor son misteriosos…

Eso hace que se tense de nuevo.

—Puedes burlarte de mí todo lo que quieras, pero burlarte de mis creencias es pasarse de la raya.

—Tienes razón; lo siento. —Guardo silencio, aunque luego no puedo evitar preguntar—: ¿Alguna vez dudas? Con tu fe, me refiero.

—No puedo permitírmelo. Ahora no. —Después cede un poco—. Si mi congregación supiera que recurro a ti…

—Será nuestro secreto.

Gira la cabeza a un lado y a otro, y el cuello le cruje como el disco de vinilo.

—¿En qué crees tú? —me pregunta—. ¿Crees en algo?

—Todas las cosas bajo el sol tienen un tiempo y un momento.

Sonríe un poco.

—Eclesiastés 3. Puede que todavía quede esperanza para ti. —Después suspira—. Me pregunto si entregarme a ti es una señal de debilidad o una lección que tenía que aprender.

—Solo tú puedes responder a eso, Joe.

Así que cierra los ojos y empieza a rezar en voz baja pidiendo consejo, mascullando con devoción a un dios capaz de descifrar la más incoherente de las súplicas. Admiro sinceramente su convicción. La convicción y la motivación nunca han sido mis puntos fuertes. Se me ha acusado de ser la suma sacerdotisa de la apatía. Puede que sea cierto, aunque ¿no se merece todo el mundo no hacer nada de nada de vez en cuando? ¿Y después pedir una pizza?

—Al margen de lo que hagas por mí, no puedo pasar por alto todo el daño que has hecho en el mundo —me dice, y me cuesta no sentirme un poco ofendida.

¿Qué daño he hecho? ¿Más que la IA? ¿Más que Nico? Nico mató a la madre de Joe.

Le plantó con sus propias manos el cáncer en los pulmones y lo cultivó como si fuera

su propio jardín. Es posible que todo ese humo de segunda mano que inhaló de niño haya contribuido al cáncer de Joe. Pero no discuto con él. Me aprecie o no, sigo haciendo lo que he venido a hacer. Le empiezo a masajear los hombros, tocando todos los puntos de presión. Las náuseas que lo anegaban empiezan a difuminarse.

—El año pasado, tres adolescentes de mi congregación murieron en un accidente muy trágico —me cuenta—. Los tres estaban colocados.

Asiento con tristeza.

—Lo recuerdo.

—¡Así que lo reconoces! ¡Estabas allí! ¡Tú los mataste!

—Estaba allí —acepto—. Y también lo estaban la lluvia, el árbol y el neumático liso.

—¡Tecnicismos!

—Me invitaron, Joe. No los obligué a usarme, igual que tampoco te obligo a ti.

—Estarían vivos de no ser por tus efectos.

—Puede que sí o puede que no. No puedes condenarme por una posibilidad.

El disco termina. La aguja se levanta y la mano regresa a su posición inicial. Está demasiado relajado para darle la vuelta. Sin embargo, todavía oye la música en su cabeza. Todavía suena para él.

—Sarah y yo habríamos bailado con esta canción. Era nuestra favorita. —Después añade—: Pronto volveré a bailar con ella.

—Puede.

—Seguro —insiste.

—Me refiero a que puede que no sea tan pronto como crees. Unas cuantas sesiones más con Kimo y quizá quedes como nuevo. Todavía tienes muy buenas perspectivas.

Cincuenta por ciento, como mínimo.

Gruñe, pero no comenta nada. Como si ponerle voz a su esperanza pudiera matarla.

—¿Acaso te importa si salgo vivo de esta? —me pregunta.

Le respondo con otra pregunta:

—Si lo haces, ¿llamarás a tu hija?

Se lo piensa.

—Sí. Si sobrevivo, la llamaré.

—Entonces, espero que sobrevivas. Te apoyo. Ahora, reclínate.

Por fin consigue convencer al sillón para que se extienda del todo. Le recorro el cuero cabelludo con lo dedos para calmarle las neuronas. Los pensamientos empiezan a derramarse los unos sobre los otros.

—No esperes que te dé las gracias.

Con el tiempo, desaparece toda resistencia. El estómago contraído está ahora tan calmo como el mar bajo el velero pintado. Mi efecto ha alcanzado su punto culminante. Doy un paso atrás y dejo a Joe en un estado de relajación, semiinconsciente.

—Hemos terminado —me dice—. Ya sabes dónde está la salida.

—No me voy a ninguna parte, Joe. Te guste o no, pienso hacerte compañía.

Gruñe para demostrarme que no lo aprueba y me vuelve la cara. Pero entonces, en el silencio, dice algo. Y, aunque la palabra es apenas un suspiro, la oigo: —Gracias.

Sé que es mejor no responder, así que me limito a soltarme el pelo, aunque solo sea para recordarme cómo era ser salvaje y estar al otro lado de la ley.

8

Psicofar**ma**cologíst**ic**oexpial**idoso ISAAC**

Isaac no quiere meterse en los asuntos de su hermana. Ya tiene suficiente con sus problemas… Aunque tampoco puede hacer caso omiso de lo que le está pasando.

¿Cómo iba a hacerlo? Sus padres intentan mantener una conversación tranquila y controlada con Ivy, pero no es posible porque Ivy siempre sube el tono. Se queja de que no respetan su intimidad, pero es ella la que anuncia sus temas privados a voz en grito cada vez que discuten.

Así que, cuando Isaac sale de casa esa tarde, ya sabe adónde ha ido Ivy y adónde va ahora.

No tiene por qué pasar junto a ella con el coche. Va a casa de Shelby y podría torcer a la izquierda en vez de a la derecha. Pero se decide por la derecha y alcanza a Ivy cuando llega a la esquina. A pie. Su hermana siempre va a pie o en autobús. No usa la bicicleta por cuestión de principios…, ya que le recuerda que solo tiene dos ruedas a su disposición en lugar de cuatro.

Isaac baja la ventanilla.

—¿Te llevo?

—No, gracias.

Sabía que Ivy le respondería eso. También sabe que Ivy va camino de Walgreens para recoger el medicamento que le ha recetado el doctor Torres. El que sus padres quieren que reponga de inmediato. Isaac sigue a su altura con el coche y se adapta a su ritmo. El coche que tiene detrás le pita y después lo adelanta.

—¿A cuánto está Walgreens? ¿Tres kilómetros? Cuanto antes termines, antes podrás quitártelo de la cabeza.

Por fin cede, aunque no sin protestar.

—Vale. —Entra en el coche y cierra de un portazo—. Te han enviado mamá y papá,

¿no? Creen que no voy a ir a por las pastillas.

—Es probable, pero no, no me han enviado ellos. Es que os he oído y, de todos modos, me pillaba de camino.

—Vamos a tener que cortarte las orejas. Oyen demasiado.

—¡Ay!

—¿Y es necesario que te pares del todo en cada puñetera señal de *stop*? ¿Qué pasa contigo?

Isaac sabe que está desahogándose con él. Su hermana tiene la cabeza llena de su propio código malicioso. No se lo toma como algo personal y esboza su mejor sonrisa de hermano solidario.

—Puede que quiera conservar mi carné —le responde, sabiendo que es

una pulla que le escocerá lo justo para que deje de meterse con él.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Cierto.

Guardan silencio un rato. Después, Ivy le pregunta:

—Bueno, ¿cómo va tu pie?

—Mejor —le responde, sin querer entrar más en el tema—. ¿Cómo va tu ego?

—Torcido —contesta ella sin vacilar—. La sala de espera del doctor Torres era el pozo de la desesperación. Niños con problemas y padres incapaces de controlarlos. Era como cuando te ponen en la mesa de los críos con el primo Logan.

Su primo Logan era tres años menor que ellos (aunque, para sus primos, siempre tendría ocho años) y le costaba controlar sus impulsos. Un día de Acción de Gracias, como no estaba dispuesto a esperar, metió la mano en el pavo para sacar el relleno y acabó en el hospital con quemaduras de tercer grado.

—El doctor Torres te conoce —puntualiza Isaac—. Puede que esté especializado en críos, pero mejor él que cualquier psicofarmacólogo.

—Me cabrea mucho que conozcas esa palabra.

Isaac sonríe de nuevo.

—Psicofarmacologísticoexpialidoso.

Con eso consigue que gruña, como esperaba.

—En fin —dice Ivy—, si así me quito de encima a mamá y a papá, merecerá la pena.

—No deberías hacerlo solo por ellos.

Su hermana lo fulmina con la mirada.

—Será mejor que esto no sea el sermón sobre ruedas del hermano pequeño, porque te juro que me tiro del coche en marcha y le digo al jurado que me empujaste tú.

—No hay sermón —replica Isaac, y lo deja así.

De todos modos, Ivy sabe todo lo que podría querer decirle. Y si de verdad va a por las pastillas, no necesita que se lo recuerde.

La joven suspira cuando entran en una calle comercial, a pocas manzanas del Walgreens.

—Lo que no quiero es necesitar algo —le dice a su hermano—. Tener que tomarme algo para funcionar… No sé, me hace sentir inferior.

—¿Inferior a quién?

—A todo. A todos.

Isaac se encoge de hombros.

—Todo el mundo esconde un zurullo en el jardín. Y este es el tuyo.

Ivy se vuelve hacia él y, aunque cree que su hermana va a insultarlo, ella le responde:

—Puede que sea lo más sabio que has dicho en tu vida.

Isaac para en el aparcamiento del Walgreens y deja que Ivy salga.

—Prométeme que, cuando recupere mi carné, yo también podré darte estos paseos tan humillantes.

—Te lo prometo.

Después le pide que no la espere, que regresará a casa a pie.

—La verdad es que me apetece —le asegura—. Necesito tiempo para pensar.

Isaac se da cuenta de que es sincera. Puede que se le dé bien mentir a sus padres, pero nunca miente a su hermano… O, al menos, cuando lo hace procura que sea evidente.

Quiere decirle que sabe lo difícil que es, que está orgulloso de ella, pero es consciente de que solo serviría para humillarla más. Así que se limita a decir:

—Cómprame unos Tic Tacs de naranja.

Sabe que es un gesto que le da a Ivy un camino despejado para dar las gracias.

IVY

Ivy sería incapaz de mantener viva una planta. Ha empezado cien libros, pero rara vez los termina. Una vez incluso se le olvidó lo que estaba haciendo y después recordó que estaba en la ducha. Siempre había tenido que luchar contra sus problemas para concentrarse, porque dejarse sin querer el mando de la tele en el frigorífico solo hacía gracia la primera vez. Y ahora, ya cerca de hacerse adulta, sus problemas crecen con ella. ¿Cómo va a hacer planes para el futuro si le cuesta organizar el presente? Y, encima, después se da cuenta de que el día que creía que era mañana es en realidad hoy, de modo que llega veinticuatro horas tarde a alimentar el pez de colores que ya se ha muerto.

El metaobjetivo de Ivy: sacarse el último curso sin suspender ninguna clase. Pero, ahora mismo, la mitad de sus clases están rondando el suspenso. Incluso puede que tenga que repetir un curso entero, no solo el semestre. Eso significaría que se graduaría el mismo año que su hermano. Serían demasiadas humillaciones. Es lo que la había animado a

«pedir ayuda» y soportar aquella dolorosa sesión con el doctor Torres. Joder, llegó treinta minutos tarde a la cita y se le olvidó la tarjeta del seguro. Si eso no era una señal,

¿qué era?

Así que, ahora, Ivy vaga sin rumbo por los pasillos del Walgreens mientras espera a que le den sus pastillas de Adderall y se pregunta qué demonios será ginkgo biloba y por qué narices hay tanto en el pasillo de las vitaminas. La tienda huele a alcohol para uso tópico, o puede que sea el gel hidroalcohólico con el que todo el mundo se restriega religiosamente las manos después de usar el lápiz enfermo que cuelga de la tableta en la

que se firma. El olor le recuerda a cuando era pequeña y le ponían allí mismo la vacuna de la gripe. Ivy pertenecía a esa rara especie de críos a los que les gustaban las inyecciones.

Mira a su alrededor, a las personas que esperan, y se pregunta qué extrañas enfermedades estarán padeciendo. Abarcan todo el espectro de la experiencia humana.

Un anciano con un tanque de oxígeno. Una niña con un resfriado radiactivo. Una mujer de mediana edad con piel curtida y una voz ronca que seguro que no se debe a cantar en un coro. Qué curioso que una única ventanilla pueda servir cócteles de medicinas a personas tan distintas. Con suerte, Ivy recibirá sus pastillas antes de contagiarse de alguna enfermedad para la que necesite otra receta. Sin embargo, mientras espera a que el dependiente de la farmacia la llame, reconoce un rostro familiar.

Es su amiga Tess, la que, sin ningún motivo lógico, prefiere las patatas fritas normales a las rizadas. Ivy siempre tiene que recordarse que Tess le cae bien.

—¿Ivy? —pregunta Tess, un poco sorprendida, un poco nerviosa. En cualquier otra situación, eso habría sido señal de alarma, pero toda la vida de Tess es un compendio de señales de alarma, así que no cuesta saltarse una de ellas—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Recogiendo mis cosas.

—Oye, pues… hay una fiesta esta noche. Una fiesta universitaria. ¿Quieres venir?

Instintivamente, Ivy empieza a pensárselo. Ha sido una de las semanas más aburridas de su vida, así que no le iría mal algo de diversión. Es entonces cuando se fija en que están en el pasillo del alcohol; al menos en este estado, Walgreens es una farmacia que atiende a todo tipo de clientes, no solo los medicados, sino también los que se automedican.

Tess, nerviosa, mira hacia la otra punta de la tienda, donde Ivy ve que su novio, TJ, está en la caja tonteando descaradamente con la dependienta. La chica está embelesada, pero no es más que una distracción, porque justo entonces Tess coge una botella de vodka y se la mete en la mochila.

—¿Qué coño estás haciendo?

—No podemos ir con las manos vacías a una fiesta de ese nivel —declara Tess, que coge dos más e intenta encajarlas en la mochila, pero, como la tercera no entra, se la mete bajo el brazo.

Ivy se ruboriza sin poder evitarlo.

—No puedes llevarte tantas. ¡Te van a pillar!

—Tienes razón —responde ella, y le da una de las botellas a Ivy—.

¡Gracias!

Ivy se queda paralizada mirando la botella que tiene en las manos. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que iba a acabar así la tarde. Sí, alguna vez se ha llevado una botella de vodka de casa y también se ha camelado a tíos mayores para que se la compraran, pero ¿robarla? Es otro tema muy distinto.

Le devuelve la botella a Tess y retrocede para distanciarse de ella.

—No es mi rollo —le dice.

—¿Desde cuándo? —le pregunta Tess, que parece muy ofendida.

—Que te diviertas esta noche —le contesta Ivy, aunque en realidad quiere gritarle por intentar meterla en el robo… y después gritarse ella por ser tan borrega como para estar casi dispuesta a hacerlo.

—Me voy a divertir más que tú —dice Tess, sonriente, y se va hacia la puerta.

TJ se une a ella un segundo después, dejando atrás a una cajera muy contenta que no se ha enterado de nada.

Ivy tiene que respirar hondo. Nunca ha sido supersticiosa. La Virgen María no se le había aparecido nunca en una tostada, el trece era su número favorito y romper un espejo no le había dado siete años de mala suerte. No obstante, sí que cree en las señales y los indicadores. En los momentos de claridad que se convierten en puntos de inflexión. Este es uno de esos momentos. Ve con claridad los dos caminos al dividirse y sabe cuál debe tomar. Debe reunir fuerzas para luchar contra la inercia de todas sus elecciones anteriores, de todos sus amigos desastrosos, y permanecer firme; porque, si ni ella misma defiende su futuro, ¿quién lo hará?

Así que sale del pasillo del alcohol y se acerca a la ventanilla de la farmacia justo cuando la llaman. Reconocer que necesita unas pastillas asquerosas es humillante, pero hay humillaciones peores. Ivy está decidida a ganarse de nuevo su dignidad.

ADDISON

Se llama Ivy Inez Ramey y la han depositado en mis capaces manos. A diferencia de Roxy, que espera hasta que siente la llamada, yo llego temprano. La puntualidad es una virtud que valoro mucho. Ivy no quiere tener ninguna relación conmigo, y menos una en la que yo ostente todo el poder, pero pronto aprenderá que no soy de los que abusan de ese poder. Con el tiempo, llegará a apoyarse en mí. No como una muleta, sino como su compañero y confidente. Conoceré sus secretos, aunque nunca aprovecharé mi ventaja. Sin embargo, sí que influiré en sus decisiones. ¿Cómo no voy a hacerlo, si sé mucho mejor que ella qué es lo que le conviene?

Ivy está sentada a la mesa de la cocina, sola, una mañana normal entre semana. Recogió sus pastillas hace días, pero todavía no se ha comprometido. Observa el frasquito naranja, que está frente a ella. Estoy empezando a perder la paciencia, así que me recuerdo que esta relación no debe forzarse. Es ella la que tiene que dar el primer paso.

Entonces, justo cuando creo que estamos a punto de empezar, le llega un mensaje de su novio, un neandertal medianamente atractivo llamado Craig. Craig es dos años mayor que ella, trabaja pintando casas (cuando trabaja) y tiene sus trapicheos, no solo para llegar a fin de mes, sino porque le gusta. Sí, conozco a Craig; joder, todos conocemos a Craig. Es lo que llamamos un «observador sobre el terreno». Es demasiado capullo para invitarlo a la Fiesta, pero se le da bien traernos gente. Es como un chulo que nos lleva acompañantes.

Bueno, ahora que Ivy va a pasar tiempo conmigo, seguro que pasará menos tiempo con él. Evidentemente, nuestra relación no será igual que la suya. Puede que coquetee de vez en cuando, pero soy un ser asexual y me va muy bien así. ¿Para qué mancillar la pureza con deseos animales? Que Roxy y los demás seduzcan, si se atreven. Al fin y al cabo, Lona era una maestra de la seducción y mira lo que pasó con ella.

En cuanto Ivy suelta el móvil, su abuela entra cojeando en la cocina.

—Con mirarlo no vas a arreglar nada —le dice.

Como no la ha visto entrar, Ivy da un respingo y agarra el frasco tontamente, puesto que no se puede ocultar lo que ya se ha visto. ¿Te avergüenzas de mí, Ivy? No puedo evitar sentirme ofendido, aunque te

lo perdonaré por esta vez.

—Abuela, no sabía que estabas ahí.

—¿Qué quieres que te diga? Soy puro sigilo.

Me cae bien la anciana. Tiene una actitud muy saludable: decir siempre lo que le da la gana. Además, se preocupa de verdad por Ivy.

La abuela mete un vaso bajo el dispensador de hielo y después se sirve una limonada, pero, en vez de bebérsela, la deja delante de la nieta. Me gusta lo poco sutil que es al presentarnos.

—Nunca te las tragues en seco —le dice—. Se pueden quedar atascadas y provocarte una úlcera. A mí me salió una por culpa de un estúpido paracetamol. Puaj, no me lo recuerdes.

Aunque la abuela sale y la vuelve a dejar sola, Ivy sigue retrasando el momento; se pone a limpiar del suelo el hielo que no ha caído en el vaso. Al final, no le queda nada más que hacer. Su hermano la llama desde arriba para preguntarle si ya está lista para ir a clase. Si no va con él, tendrá que ir en autobús y llegará tarde. Es ahora o nunca, Ivy.

Por fin, después de tantos días de espera, se lanza y yo estoy ahí para sostenerla.

—Hola, Ivy. Me llamo Addison y vamos a ser muy buenos amigos.

9

La **her**edera del tr**o**no **i**ndoloro

por anto**n**omasi**a**

ROXY

Se abren las puertas del ascensor y allí está Al con dos cervezas espumosas.

—¡Hola, Roxy!

Mi acompañante de esta noche ve las cervezas y se adelanta.

—Pues muchas gracias —dice, y coge las dos antes de entrar tambaleándose en la Fiesta, deslumbrado por la música, las luces y la rutilante aristocracia.

—Y así es como debe ser —comenta Al.

Mi acompañante de hoy es un obrero de la construcción de Connecticut. No es un bombón, pero no discrimino: adoro a cualquiera que me adore.

—¿Quién hay hoy por aquí? —le pregunto a Al.

—Todos los que merecen la pena. Lo normal.

Señalo a un chico nuevo con un atuendo más chillón que la música. Es el centro de atención en su esquina de la Fiesta.

—¿Quién es el nuevo?

—Se hace llamar Flak. Me han contado que se está haciendo famoso en Florida. Es uno de los nuevos diseños.

—¿De qué linaje es?

—Trabaja para Crys.

Bien. Lo que me faltaba ya es tener a una joven promesa en mi linaje, a alguien nuevo con quien competir por la atención de Hiro.

Al le echa un vistazo a mi «cita» de esta noche, que ya va por su segunda cerveza y busca algo más fuerte.

—Bueno, ¿me cuentas la historia?

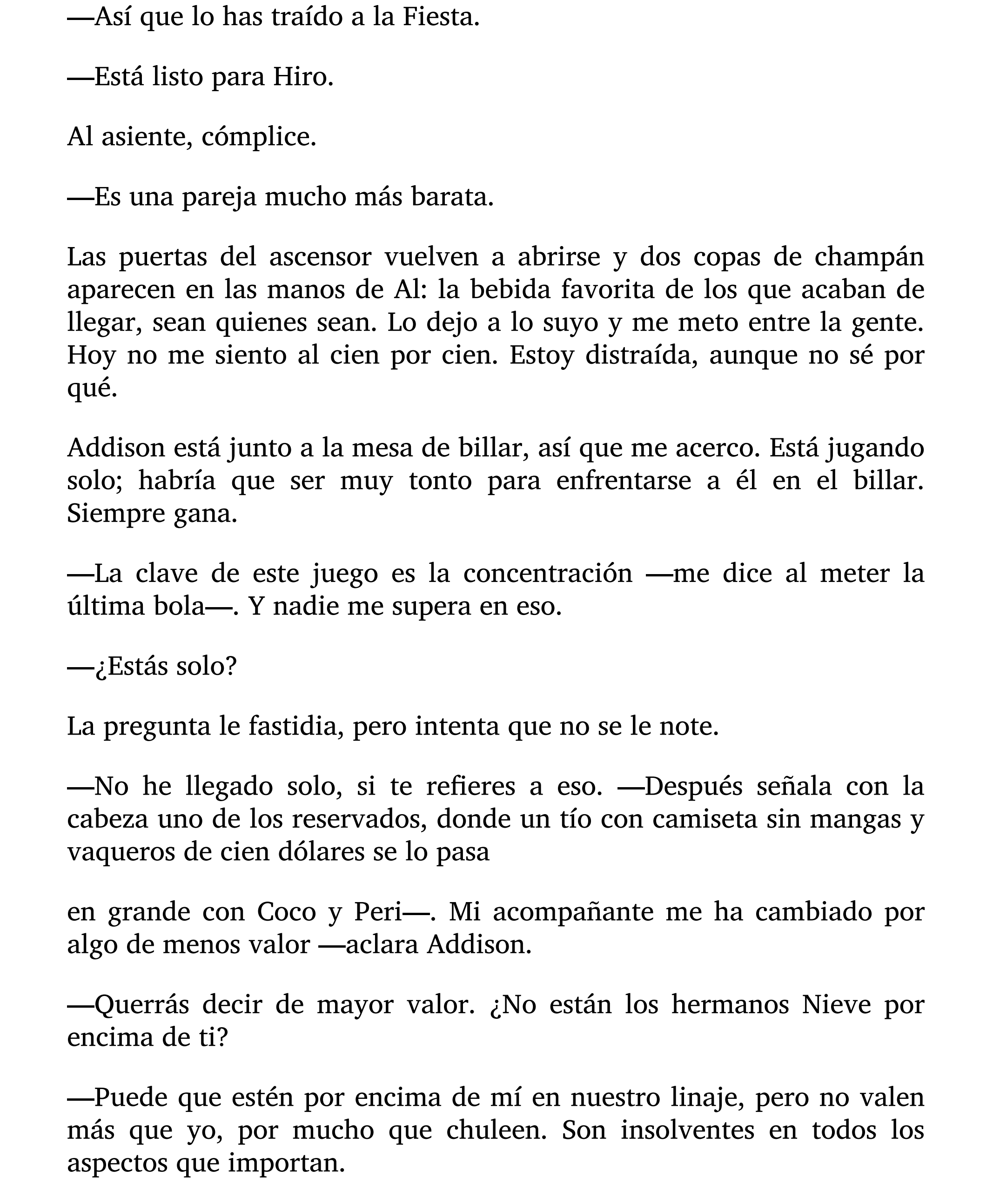
—Problemas de espalda —le explico—. De levantar demasiado peso. Empezamos viéndonos poco, pero ahora está coladito por mí.

Al sonríe.

—De perdidos al río.

—Pero el dinero es un problema; ya no puede permitirse seguir conmigo.

Al esboza una sonrisa maliciosa.



—Así que lo has traído a la Fiesta.

—Está listo para Hiro.

Al asiente, cómplice.

—Es una pareja mucho más barata.

Las puertas del ascensor vuelven a abrirse y dos copas de champán aparecen en las manos de Al: la bebida favorita de los que acaban de llegar, sean quienes sean. Lo dejo a lo suyo y me meto entre la gente. Hoy no me siento al cien por cien. Estoy distraída, aunque no sé por qué.

Addison está junto a la mesa de billar, así que me acerco. Está jugando solo; habría que ser muy tonto para enfrentarse a él en el billar. Siempre gana.

—La clave de este juego es la concentración —me dice al meter la última bola—. Y nadie me supera en eso.

—¿Estás solo?

La pregunta le fastidia, pero intenta que no se le note.

—No he llegado solo, si te refieres a eso. —Después señala con la cabeza uno de los reservados, donde un tío con camiseta sin mangas y vaqueros de cien dólares se lo pasa

en grande con Coco y Peri—. Mi acompañante me ha cambiado por algo de menos valor —aclara Addison.

—Querrás decir de mayor valor. ¿No están los hermanos Nieve por encima de ti?

—Puede que estén por encima de mí en nuestro linaje, pero no valen más que yo, por mucho que chuleen. Son insolventes en todos los aspectos que importan.

—Y, aun así, te gustaría ser como ellos.

Se vuelve hacia mí y planta su taco en el suelo como si fuera un bastón.

—Trabajar por el bien común y mimarse un poco no son conceptos mutuamente excluyentes.

Eso me arranca una carcajada.

—¡Claro que lo son! ¿Es que no te escuchas cuando hablas?

—Tú eres la prueba —insiste—. Todavía haces cosas buenas… Sigues haciendo tu trabajo cuando te llaman. —Y añade—: Seguro que incluso te hace sentir satisfecha.

No se equivoca del todo, y eso me cabrea.

—Mi trabajo, como tú lo llamas, no es más que un pilar para una existencia mucho mejor. Tu problema, Addison, es que tu trabajo no te mantiene con los pies sobre la tierra, sino clavado en ella.

Eso le cabrea todavía más.

—Tengo derecho a sentirme orgulloso de lo que hago.

—¡Ja! Ahora suenas como mi hermana. ¿Qué será lo siguiente? ¿Te vas a aficionar al ganchillo?

En vez de esquivar mi ataque, deja que le acierte en el pecho y se le hunda dentro. Al final, responde: —(A) Rita no se equivoca del todo y (B), si le dices que he dicho eso, lo negaré.

Me tomo unos segundos para mirar alrededor, ya que empiezo a temer que los otros me vean con Addison. Algunos días espero que mi éxito empiece a pegársele. Otros, me

preocupa que estar a su lado me haga descender puestos a ojos de los demás, verme arrastrada a las profundidades del utilitarismo por esa ancla suya. Crys y sus otros superiores se burlan de Addison constantemente. Cierto, son gilipollas de principio a fin, pero eso no significa que me apetezca estar en la onda expansiva de su escarnio tóxico.

Al otro lado de la sala, Coco y Peri se echan a reír… y al instante pienso que se están riendo de Addison y, por extensión, de mí. Pero no, se están tronchando por algo que ha dicho el chico de la camiseta

sin mangas, como si hubiera contado el mejor chiste del mundo.

Addison frunce el ceño al verlos concentrar su atención en su acompañante.

—A Kevin le iba bien. Estaba manteniendo sus notas, tomando decisiones sensatas.

Creía que no abusaría de nuestra amistad, y, de repente, me suelta: «¿A quién más conoces?». Y: «¿Cuándo puedes presentármelos?». —Tira el taco en la mesa, exasperado—. De acuerdo, ¿quiere salir con Coco y Peri? ¿Quiere bailar con Crys hasta caer rendido? Que lo haga. A mí qué me importa.

—Pero sí que te importa. Es pintoresco y encantador, y forma parte de lo que me gusta de ti.

Es la pulla perfecta, porque eso es justo lo que Addison no quiere ser.

Justo entonces, dos bomberos y un sanitario aparecen como salidos de la nada. Me dejan atrás sin verme, sin vernos. Últimamente, su trabajo tiene menos que ver con apagar fuegos y más con nosotros. Su realidad es muy dura; donde nosotros vemos fiesta y luces resplandecientes, ellos ven tugurios donde se vende crack y desesperación.

Y detrás de ellos, como siempre, llega Naloxona, con su superioridad moral.

—Hola, prima —la saludo con tan poca sinceridad que me lanza cuchillos de hielo con los ojos; después, concentra su atención en el problema en sí: una mujer demacrada que ha estado bailando con Crys. Llevaban un rato haciéndolo, pero ahora está tirada en el suelo de la pista de baile y la atiende el sanitario. Crys está furioso. ¿Un paro cardiaco en pleno baile? ¿Antes incluso de llevarla a la sala VIP? Qué desfachatez.

El sanitario se apresura a poner a Nalo a trabajar: ella recoge a la mujer y la abraza.

Gime de angustia mientras la sostiene en brazos y, maravilla de las maravillas, la mujer revive. Naloxona, que casi siempre llega tarde y mal, por una vez lo hace a tiempo y

bien. La multitud que nos rodea la abuchea y se burla de ella, aunque se le olvida deprisa porque tiene cosas mucho mejores que hacer.

Todos le damos la espalda y, en cuanto lo hacemos, Nalo, la chica y el equipo de emergencias desaparecen de nuestra vista, ya no están presentes en nuestro mundo.

Nalo no disfrutará hoy de muchas victorias como esta. La mayoría de los acompañantes recibirán el tratamiento VIP esta noche y morirán. Algunos se salvarán. No obstante, los que salgan con vida descubrirán que les cuesta conservarla. Pocos pueden resistirse a la atracción de ser un VIP. Aquí todo el mundo quiere saber lo que se pierde en esa sala, y el misterio se los come vivos.

En cuanto a mi obrero de la construcción, es su primera vez en la Fiesta. Ha terminado con las libaciones de Al y está preparándose para dar el siguiente paso. Ya está junto a las puertas de cuero rojas de la sala, retándose a entrar. Pero, claro, no puede hacerlo sin escolta.

Me acerco a paso tranquilo, le acaricio el brazo con cariño y le doy la mano.

—No es tan difícil —le aseguro—. Ya has dado todos los pasos para llegar hasta aquí, solo te queda uno más.

Entonces abro la puerta y espero a que pase.

En cuanto entramos, las puertas batientes se cierran y el ruido y el tumulto de la Fiesta desaparecen como si hubiéramos entrado en un compartimento estanco. Mi obrero de la construcción se queda impresionado con la sencilla elegancia del lugar. No hay música discordante ni gente empujándose. En la sala VIP hay espacio para respirar siempre que te quede aliento. Varias filas de columnas jónicas se alzan a ambos lados de una gran arcada. El mármol que pisamos es lujoso y único, negro y blanco con espirales grises y vetas de un carmesí intenso, como si sangre antigua se hubiera petrificado dentro de la piedra.

De los rincones en penumbra, a la luz de las velas, brotan murmullos. En una esquina lejana, una altísima liana de ayahuasca ha crecido hasta convertirse en un árbol que rompe el tejado y permite que algunos rayos de luz de luna entren por él. Las flores alucinógenas del árbol caen flotando por esa luz, y el dulce olor de las flores rosas y blancas es una invitación para los interesados en ello. Nosotros tenemos otros asuntos que atender.

Mi obrero de la construcción está tan receloso como impaciente.

—¿Ahí? —pregunta señalando a nuestra izquierda, donde un

manantial naranja borbotea como la caldera de un volcán.

—Ahí no —le digo mientras lo conduzco por la arcada.

Mira a nuestra derecha.

—¿Ahí? —pregunta señalando la pista de baile, mucho más íntima que la de la fiesta exterior.

En vez de DJ, hay una banda de música en directo. Se les dan bien sus instrumentos.

Siempre tocan la canción que deseas escuchar. No obstante, lo que de verdad están tocando es tu fibra sensible. Tus terminaciones nerviosas más receptivas.

—Ahí no —le digo de nuevo, y lo llevo hasta el fondo de la sala, donde un pasillo estrecho conduce a la oscuridad.

—¿Por el pasillo? —pregunta con una voz más infantil que adulta.

—Al final encontrarás una puerta —respondo—. No hace falta que llames; te está esperando.

Se asoma a la oscuridad y vacila, así que lo acompaño el resto del camino.

Por fin llegamos a la puerta del otro extremo. Giro el pomo…, pero dejo que él abra la puerta. Igual que con los botones del ascensor, debe ser decisión suya. Por más que conduzcas al caballo hasta el agua, se la tiene que beber él.

El despacho de Hiro es como un santuario. Hay velas encendidas por todas partes. Una lucerna hecha de cucharas deslustradas. Hiro está sentado a su escritorio, en su cómodo sillón, examinando a la luz de las velas un grueso libro de cuentas con un interminable despliegue de números y nombres. ¿Sabrá lo mucho que anhelo ese sillón? El trono del rey indoloro. Porque, cuando Hiro caiga en desgracia, otro ocupará su lugar. ¿Por qué no iba a ser yo?

Sin embargo, la cara de desesperación de mi acompañante es como un jarro de agua fría para mis ambiciones. Hiro ni siquiera levanta la vista para decir: —Cierra la puerta.

La cierro. Al sellarse, la araña de luces tintinea.

—Hiro, este es Anthony.

Hiro no responde, sigue concentrado en el libro. Anota algo, lo cierra y, por fin, levanta la vista.

—Anthony Grisso —dice—. Treinta y seis. Divorciado, dos hijos. Trabajaba en Krebs Construction, pero está de baja por incapacidad.

A Anthony se le escapa una risa nerviosa.

—¿Está todo eso en su libro?

Hiro se da un toquecito en la sien.

—Está todo aquí. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Grisso?

Anthony me mira como si necesitara mi aprobación. Asiento con la cabeza y él le suelta toda su lacrimógena historia a Hiro. Que el dolor sigue empeorando. Que su seguro le ha cerrado el grifo. Que necesita alivio inmediato. Y que hará lo que sea necesario para conseguirlo.

Hiro sale de detrás del escritorio y se acerca al hombre hasta invadir su espacio personal.

—Ya has terminado con Roxy, ¿no?

—Es complicado… —musita Anthony.

—En absoluto. Roxy tiene gustos caros, es así de simple. Sé lo difícil que es seguirle el ritmo. Por otro lado, yo entro más en tu rango de precios. —Hiro hace una pausa y mira fijamente a los ojos angustiados y anhelantes de Anthony—. Dime, Anthony, ¿quieres lo que ofrezco?

Anthony asiente con la cabeza, cosa que no satisface a Hiro.

—Tengo que oírte decirlo.

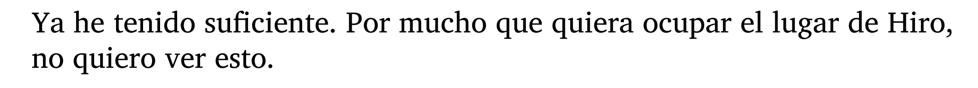
—Qui-quiero lo que ofrece. Lo quiero de verdad.

Hiro pellizca el antebrazo de Anthony, justo por debajo del codo. Anthony hace una mueca de dolor.

—El dolor del brazo pasará. Igual que todos los demás dolores —dice Hiro—. Y

entonces serás mío.

Anthony no se resiste. Veo que pone los ojos en blanco. Se le estremece todo el cuerpo.


Ya he tenido suficiente. Por mucho que quiera ocupar el lugar de Hiro, no quiero ver esto.

—¿Puedo irme ya? —pregunto.

Hiro hace un gesto desdeñoso con la mano. Me falta tiempo para salir de allí.

Addison me espera en la arcada, apoyado en una columna, como si fuera un modelo de CQ; como si su postura bastara para encajar en este sitio.

—He estado meditando sobre tu reto del otro día —me comenta.

—¿Qué reto? —le pregunto. Sea de lo que sea que está hablando, hace tiempo que salió de mi radar.

—Me retaste a traer aquí a un acompañante y quedarme con esa persona hasta el final.

Sin pasársela a mis superiores. Sin dejar que Crys se quede con el último baile.

—Ah, vale.

Sé que no va a ser capaz de conseguirlo, pero no estoy de humor para arrebatarle su sueño. Después de que mi obrero de la construcción me dejara por Hiro, me siento un poco como Addison se siente siempre. Sí, yo he traído a ese hombre hasta aquí, pero podría haber tenido la decencia de cambiar de idea y quedarse conmigo.

Compadecerme de mí misma como Addison me está cortando el rollo.

—Así que tengo una idea —dice Addison.

—Oooh, estoy impaciente por escucharla.

—Anoche te vi en la playa con una nueva presa…

—¿Me estabas vigilando?

Se indigna.

—Claro que no. Estaba en el muelle, cuidando de una cría de doce años que estaba en el juego de lanzar pelotas de la feria porque se había empeñado en ganar un pokémon.

Esa es otra: los adultos confían sus criaturas a Addison porque, en general, es digno de confianza. Ayuda. No obstante, como ha señalado antes, hay muchas personas dispuestas a abusar de esa relación.

—El chico con el que te vi en la playa… ¿Estás pensando traerlo aquí? —me pregunta.

—Por supuesto. Pero vamos por las etapas iniciales. No está preparado.

—Bueno, pues resulta que voy a pasar un tiempo con su hermana…

Sonrío porque sé adónde quiere ir a parar.

—¿Y crees que puedes ser su amor verdadero hasta el final?

—Si me lo propongo.

—¿Y te lo propones?

Addison intenta no vacilar.

—Puede.

—Qué pintoresco y encantador —bromeo.

—¿Y si consigo llevarla a la Fiesta? ¿Y si me la quedo para mí sin que Crys la vea siquiera?

—¡Oh! ¡El bueno de Addison se rebela! ¿Qué van a decir los vecinos?

Mantiene esa expresión suya, tan seria y grave. Es tan formal que me dan ganas de pellizcarle la mejilla; pero no quiero seguir jugando con él. Si quiere que compitamos mano a mano, no seré blanda con él, aunque solo sea para que se dé cuenta de que nunca será como yo.

—Entonces, ¿crees que puedes traerla a la Fiesta antes de que yo consiga traer a su hermano?

—No solo a la Fiesta —asegura Addison—, sino hasta aquí. A la sala. Al final del camino. Sin ayuda.

—¿Qué apostamos? —pregunto.

Addison se lo piensa.

—El que pierda tendrá la entrada prohibida a la Fiesta durante un

año.

—Vale, acepto. —A lo que debo añadir—: Te echaré de menos cuando pierdas, Addison. Aunque siempre podré ir a verte a la biblioteca en la que estés intentando mantener a la gente despierta.

Y, como no quiere dejarme la última palabra, él dice:

—Me pregunto adónde irás tú cuando pierdas, Roxy. Puede que tengas que vagar por las unidades de cuidados paliativos, como tu prima Fina.

Mientras tanto, Crys entra con el tío de la camiseta sin mangas, después de robárselo a los hermanos Nieve. Van directos a la pista de baile.

Y ese chico sabe bailar, vaya que sí.

ADDISON

Mientras Roxy trabaja con el hermano, yo cumplo con Ivy en todo lo que puedo. Al fin y al cabo, ganarse la confianza es el primer objetivo de cualquier plan a largo plazo.

Empezará como mi protegida antes de graduarse y ser mi presa.

Trabajo deprisa; en pocos días, la he convertido en una máquina de estudiar. Ahora está en la biblioteca, no se ha esforzado tanto en toda su vida… y lo está disfrutando de verdad. Con ella no funciona lo de atosigarla. Conmigo siente que tiene el control.

Cualquier otro enfoque sería una torpeza, y yo nunca soy torpe. Me siento a su lado, con la silla del revés, relajado; no tengo ni un pelo fuera de su sitio.

—Recuerda enseñar tu proceso —le digo señalando la ecuación en la que trabaja—. No solo para el profesor, sino para que veas cómo has llegado a la solución.

—O para que vea dónde he cometido el error —responde.

—No habrá ningún error. No mientras esté contigo.

Ella sonríe al llegar a la solución. Y es la solución correcta. Esta chica tiene algo sincero y accesible que se oculta justo por debajo de la superficie; es una belleza auténtica que pocos son capaces de apreciar. Yo siempre lo he hecho. Lo cierto es que Ivy y yo somos viejos amigos, aunque llevaba años sin verla. Apenas me recuerda, pero yo a ella sí. Veo que ahora nuestra relación va a ser distinta. Mucho más apasionada. Aunque platónica, siempre platónica. Como he dicho, me enorgullezco de ello.

Ivy pasa la página y vemos varias hileras de problemas aún más complicados que los que acaba de terminar. Veo que su confianza vacila.

—El examen es mañana y todavía voy un tema por detrás.

—Vas a necesitar más tiempo —le indico.

Después me levanto y me abro camino por la biblioteca fluyendo elegantemente, como la sonata que aquel chico desagradecido tocó en

su recital. Me subo a una silla y pongo un dedo sobre el reloj de la pared para evitar que se mueva el segundero.

El reloj se detiene y, al instante, también lo hace la vida a nuestro alrededor: El aperitivo del bibliotecario se queda a medio bocado.

Una estudiante se detiene en el umbral de la puerta.

Otra ha soltado sus libros e intenta recogerlos, pero se quedan flotando en el aire.

Sin embargo, Ivy no se da cuenta. Está concentrada en los problemas de matemáticas.

Solo levanta la vista cuando termina, que es justo cuando yo aparto el dedo del reloj y el tiempo reanuda su paso normal. A Ivy le brillan los ojos. Ha terminado un montón de trabajo en pocos segundos. Se da cuenta de que quizá sea capaz de conseguirlo. De que quizá lo seamos.

—¡Creo que puedo terminar esta página antes de que cierren!

—Pues claro que sí.

Ivy conoce esta sensación, aunque se le había olvidado: lo que se siente al tener un compañero de estudio. Todos estos años ha rechazado llevar una muleta, pero un poco de apoyo no tiene nada de malo. Mira la bolsa para el almuerzo, dubitativa; está a su lado y dentro guarda un sándwich muy poco apetitoso.

—No tienes hambre —le recuerdo, a pesar de que no ha comido nada desde el desayuno.

Renuncia al sándwich y vuelve a sus estudios, aunque parece que el mundo conspira para desconcentrarla porque, justo entonces, le vibra el móvil con una llamada. Y

¿quién es? Su novio, Craig. Amigo de todos esos a los que desprecio.

Ivy mira el móvil y nota una punzada de melancolía. Lo echa de menos. A pesar de ser una chica lista y con talento, está claro que le falta amor propio. Y disciplina.

Tendremos que trabajar en eso.

—No respondas —le aconsejo.

Aun así, observa el móvil, que se desplaza ligeramente con cada

timbrazo silencioso, así que le doy un codazo muy suave.

—Te mereces algo mucho mejor.

Ella baja la vista; lo duda. La miro a los ojos y encuentro en ellos una humildad que rara vez permite a los demás vislumbrar. Al final, asiente y esboza la sombra de una sonrisa, agradecida. La llamada va al buzón de voz. Con suerte, no la escuchará nunca. Porque Ivy y yo estamos conectando de verdad. Yo seré la voz inquebrantable de todo lo positivo de su vida. Seré el hombro en el que nunca había podido llorar. Seré el que guarde sus secretos. Pronto, sabrá que soy el único que puede medir las elevadas alturas que la empujaré a alcanzar.

—Siguiente tema —le digo—. Todavía tienes tiempo.

—Cierto —asiente al pasar la página.

—Después, cuando acabemos, nos iremos a casa y organizaremos tu habitación. Y si esta noche no puedes dormir, podemos ordenar por colores el armario…

No se resiste a la idea, ¿por qué iba a hacerlo? Somos capaces de eso y más. Porque, aunque digan que el tiempo no espera a nadie, sin duda a mí sí.

10

Tampoco es que tuviera el nivel

de la guarida del villano de James Bond, el del cine

ISAAC

El equipo de fútbol de Isaac es uno de los mejores de la división. El año pasado perdieron en el campeonato estatal, pero quedaron en un buen puesto. Este año tienen el trofeo en el punto de mira. Igual que Isaac. Porque los cazatalentos suelen asistir a los partidos de ese nivel. Aunque rara vez se anuncian, siempre se rumorea.

—¿Ves a ese tío? —le había dicho uno de sus compañeros de equipo unas semanas antes, señalando a un tipo estoico con pelo canoso que permanecía en la banda; un tío que no parecía animar a ninguno de los dos equipos—. Es un cazatalentos de UCLA.

Aunque otro compañero le dijo que era de Notre Dame y un tercero que estaba completamente seguro de que trabajaba para Carolina del Norte. Al final resultó ser el abuelo poco impresionable de alguien. Pero sí que había una cazatalentos por allí. De Seattle. Nadie la había identificado. Les estaba bien empleado por suponer que sería un tío estoico de pelo canoso.

Como había apuntado el señor Demko, Isaac es una persona realista. Sabe que las becas de atletismo son contadas; no obstante, como también apuntó Demko, impresionar a un cazatalentos puede hacerlo destacar y ayudarlo a conseguir que lo admitan, aunque no le paguen nada.

Isaac se ha estado sintiendo fatal porque sabe que el partido del sábado podría haber sido su momento de no haber estado en el banquillo por culpa de su tobillo inútil. Y

entonces le llegó un indulto en el último minuto, caído literalmente del cielo: tienen que cancelar el partido del sábado por la lluvia. No hay relámpagos, no es más que un diluvio torrencial que vomita un cielo gris uniforme e inunda el campo de juego. Por lo que respecta a Isaac, el correo electrónico del entrenador avisando al equipo de que los verá en el entrenamiento del lunes es como para enmarcarlo. Una semana más para curarse.

El tobillo está un poco mejor, pero no al cien por cien, así que contar con un fin de semana entero libre le sentará bien. Y los analgésicos, bien administrados, le han facilitado las cosas. No cabe duda de que cumplen su función, aunque es algo más que eso. Cuando se los toma, siente un bienestar que ni siquiera sabía que le faltara. Se le aligera el

ánimo. No es que se sienta invencible, sino capaz. Antes se sentía así en el campo de juego; por lo que sea, le cuesta recordarlo.

Ya se ha tomado las pastillas suficientes para saber cuánto tardan en hacer efecto y notar cuándo empieza. Las manos se le ponen como gomosas y nota calor en ellas. Se adormila un poco, se marea un poco, pero no resulta desagradable. Y es como si se amortiguara todo. Como si le envolvieran el alma en plástico de burbujas y estuviera listo para el envío. Le gusta esa sensación, a pesar de saber que es peligroso que le guste. Por eso Isaac intenta no concentrarse en ella, sino vivir su vida mientras la medicina hace su trabajo. Ha espaciado sabiamente las pastillas a lo largo de los últimos días y ahora, el sábado por la mañana, no le queda ninguna. Se busca en los bolsillos.

¿No había ocho muestras? ¿O eran solo seis? Habría jurado que eran ocho. Pensarlo lo deja al inquietante borde de una tierra de nadie en la que no desea entrar.

Se pasa media mañana dando vueltas por su dormitorio, apático y aburrido. Para cuando baja, cansado de rebotar contra las paredes, sus padres se han ido a comprar suministros para el proyecto en el que están trabajando.

—Deberían mudarse a una ferretería —le dice Ivy—. Acabarían antes.

Su hermana está acampada en la mesa del comedor, hincando los codos. Un sábado. Si eso no es una señal del Apocalipsis, no sabe qué es.

No le sorprende que sus padres estén haciendo horas extra. Cuando eres dueño de un pequeño negocio, el concepto de fines de semana deja de existir, aunque, en general, asisten a los partidos de su hijo. Pero un sábado lluvioso pueden echar más horas.

—Tus padres trabajan demasiado —le dice la abuela desde su sitio preferido del sofá, aunque predica a los conversos—. De ahí lo has heredado.

Isaac mira en el frigo y, de nuevo, no encuentra nada que merezca la pena calentar.

Después se mete en el cuarto de baño de abajo para hacer pis. Sabe que podría haberlo hecho arriba. Cuando estaba arriba, sabía que tenía que orinar. Pero no lo hizo. Mira el armario de las medicinas con puertas de espejo mientras hace lo suyo. Lo mira otra vez mientras se lava las manos. Se seca las manos y se niega a mirar su reflejo en ese

espejo

por tercera vez. En vez de eso, observa todos los frascos de pastillas que la abuela ha dejado por la repisa.

En lo que respecta a los ancianos, los medicamentos parecen brotar como champiñones en un campo mojado. Este es para la tensión arterial. Este, para el tiroides. El tercero, para combatir los efectos secundarios de los dos primeros.

Isaac sabe que las medicinas de la repisa son las que se toma con frecuencia. El frasco que él quiere está dentro del armario. Lo tiene allí para las emergencias. Para los días en los que el clima y el desgaste hacen que le palpite la cadera. Hoy podría haber sido uno de esos días. Él sabe que la lluvia afecta a las articulaciones; así que abre el armario y encuentra el frasco correcto. Por curiosidad, cuenta las pastillas. Dieciocho. Y la receta tiene un par de meses. Eso significa que no las necesita tanto. La abuela le había ofrecido una…, así que saca otra; no tiene importancia. Al fin y al cabo, sus padres están demasiado ocupados para llevarlo al ambulatorio para que le den su propia receta. Esta solución es mucho más lógica. Es poca cosa, ni siquiera merece la pena mencionarlo. Y

si la abuela le pregunta, Isaac no tendrá problema en responder que sí, que ha necesitado coger unas cuantas para el dolor y que lo han ayudado, muchas gracias, abuela, por pensar siempre en mí.

Habría sido una ecuación perfecta, salvo por el detalle de que no le duele tanto como para justificar llevarse una pastilla. «Quizá sí para media pastilla», razona. Sin embargo, se lleva unas cuantas de todos modos. Tres. Nada más. Se las mete en el bolsillo de la camisa. Entonces teme que se le disuelvan ahí dentro, así que las envuelve en un pañuelo de papel y se las guarda en el bolsillo trasero de los pantalones. Pero, entonces, teme aplastarlas al sentarse, así que va a la cocina, las envuelve en papel de aluminio y mete el paquetito plateado en el bolsillo frontal con cremallera de su mochila, el bolsillo para chismes, como las monedas sueltas o los clips. Como ocurre con las monedas, no piensa usar las pastillas, pero está bien tenerlas por si las necesita. Las pastillas son una medida de seguridad. Un plan de emergencia. A Isaac se le dan bien los planes de emergencia. Cada uno de sus planes esconde otros planes dentro. No le gusta dejar las cosas al azar.

Cuando va de camino a las escaleras, pisa con fuerza, exageradamente, para probar el tobillo. Para asegurarse de que no

está peor de lo que cree.

—¿Qué pasa ahí? ¿Es que hay una manada de elefantes en las escaleras? —le grita la abuela desde el sofá.

—¡Sí, tu nieto, Dumbo! —chilla Ivy desde el comedor.

—Mis orejas son fantásticas. Lo que pasa es que me tienes envidia —bromea Isaac.

Para cuando llega al último escalón, no le queda más remedio que reconocer que el tobillo no ha empeorado. Todavía le duele un poco, pero no mucho.

«Eso es bueno, ¿no? Curarse es el objetivo, ¿verdad?».

En su dormitorio, intenta ponerse a trabajar en un proyecto de química que ha estado retrasando: una planta desalinizadora para el escritorio, fabricada con objetos corrientes de andar por casa. Tiene los planes, tiene los materiales, pero hoy no consigue concentrarse en ello. Es como si le sacaran una muela. Y eso lo lleva a pensar en el dentista. ¿No le habían dicho que tarde o temprano tendrían que sacarle las muelas del juicio? ¿No te dan analgésicos cuando te sacan un diente?

Por fin se rinde, se tira en la cama y escucha la lluvia. Esta melancolía, esta ansiedad, esta falta de motivación… es cosa del clima. ¿Quién no se siente triste en días así? Se le pasará. Y, aunque no mete la mano en el bolsillito de la cremallera, se pasa todo el día pegado a la mochila.

Pese a que el domingo se despeja el cielo, Isaac no termina de sentirse bien. Shelby lo llama y él intenta fingir que no estaba todavía en la cama. Habría preferido que le mandase un mensaje, pero Shelby está en una campaña contra los mensajes de texto desde que envió uno a media clase en el que decía: «¿Alguien me presta un pene para el pelo?». Los GIF y JPEG que recibió a modo de respuesta no había forma de borrárselos de la retina. Le echó la culpa al autocorrector, declaró que Siri era una zorra malvada y juró que, a partir de entonces, usaría su iPhone para lo que la naturaleza lo había diseñado.

—Acaba de estrenarse el nuevo reinicio de *Superman* —le anuncia a Isaac—. No tengo ningún interés en verla.

—Ni yo. ¿A qué hora empieza?

—Cada media hora a partir de las diez, pero, si queremos 3D,

deberíamos comprar las entradas *online*.

—Te llamo en un rato —le dice Isaac—. Hoy puede que me toque pasar tiempo con la familia.

El tiempo con la familia para Isaac suele consistir en ayudar con Interiores Personalizados Ramey, el negocio familiar. Su madre y su padre lo habían montado de

cero. Su madre se encargaba de los diseños, además del tema financiero y de relaciones públicas, mientras que su padre y el equipo hacían los montajes. Sobre todo, restauraban coches antiguos o tuneaban los coches de clientes con un gusto cuestionable. Pero de vez en cuando aparecía un pez gordo. Un autobús para la gira de un famoso. Una limusina. Una vez hasta consiguieron un contrato para renovar el interior de un jet privado.

Isaac tenía trece años por aquel entonces. Su padre lo llevó al trabajo cuando ya estaba casi acabado. Era pura ciencia ficción. Fue entonces cuando Isaac empezó a pensar en el diseño aeroespacial. La decoración de interiores estaba bien, pero es necesario un sistema de propulsión importante para convertir algo que parece de la era espacial en algo que de verdad lo es. En secreto, sueña con que contraten a sus padres para que decoren el interior de algo que él haya diseñado. Conserva esa fantasía infantil, aun sabiendo que lo es.

Como el negocio iba regular y había que pagar los sueldos, los Ramey han tenido que apretarse el cinturón todo lo posible. Sin embargo, el proyecto actual es un auténtico salvavidas. Los han contratado para vaciar y rediseñar el interior del yate de un tío rico, una embarcación de 126 metros. Cuatro camarotes. Tampoco es que tuviera el nivel de la guarida del villano de James Bond, el del cine, aunque bastaba para llamar la atención.

Como solo es el interior, no hace falta dejarlo en dique seco (todo el trabajo se está haciendo allí mismo, en el puerto deportivo), pero llevan varias semanas de retraso respecto a lo previsto y el propietario, que es de los que exigen satisfacción inmediata, se está poniendo nervioso. Isaac ha oído a su padre intentar calmarlo por teléfono. «Dos semanas más, señor Sherman —decía su padre—. Dos semanas más». Es el mantra de todos los contratistas.

Como sus padres no van a pedirle a su equipo que trabaje los domingos, ese suele ser el día que Isaac echa una mano.

—¿Seguro que te va bien ayudarnos hoy? —le pregunta su madre

cuando están preparándose para salir—. ¿No deberías dejar el tobillo en reposo?

—No he estado haciendo otra cosa. No pasa nada.

El trabajo del día consiste, básicamente, en llevar muebles y paneles sin ensamblar para montarlos todos el lunes.

—Bueno, si te ves preparado…

Más que preparado y, por primera vez en todo el fin de semana, está entusiasmado.

Revigorizado. Llama a Shelby para retrasar a otro día la peli que, de todos modos, ninguno de los dos quiere ver y se prepara para salir.

A pesar de que ayer estaba bien, esta mañana cojea un poco. Si va a cargar cajas, así no puede ser. Por suerte, tiene la solución perfecta para librarse de la cojera. Mete la mano en la mochila y saca la bolita de papel de aluminio porque sus padres lo necesitan… Es razón más que de sobra para acabar con el dolor, ¿no?

ROXY

Me siento en la barra de una de esas hamburgueserías temáticas con bancos rojos y mesas de bordes cromados en las que todos los camareros van de blanco. Al menos, eso es lo que ve Isaac cuando entra. Pero yo lo único que veo es la barra y el taburete vacío a mi lado. Nada más tiene importancia.

La parrilla chisporrotea y lanza irresistible efluvios de carne, queso y cebolla, lo que atrae a Isaac. No me acerco a él. Espero a que venga a mí. Es cuestión de gravedad. Yo la tengo, él no. Es un cuerpo en caída libre. La física dicta sus movimientos; la química dicta sus elecciones. Y, como predice la ciencia, se sienta a mi lado en la barra, justo donde lo quiero.

—Hola, Isaac —le saludo con voz amable—. Parece que el universo vuelve a juntarnos.

—Sí, qué cosas tiene el universo —responde, algo incómodo, como si nuestra reunión fuera clandestina en vez de hacerse a la vista de todos.

Está sudando. Ha estado trabajando con ganas. Eso me gusta. El honrado almizcle del trabajo es mejor que el hedor a vaca muerta frita.

La camarera le deja la carta. La examina, aunque sin fijarse mucho. Veo que ya sabe lo que va a pedir.

—¿Qué le ha pasado a tu novia? —le pregunto—. ¿No pasa contigo este bello domingo?

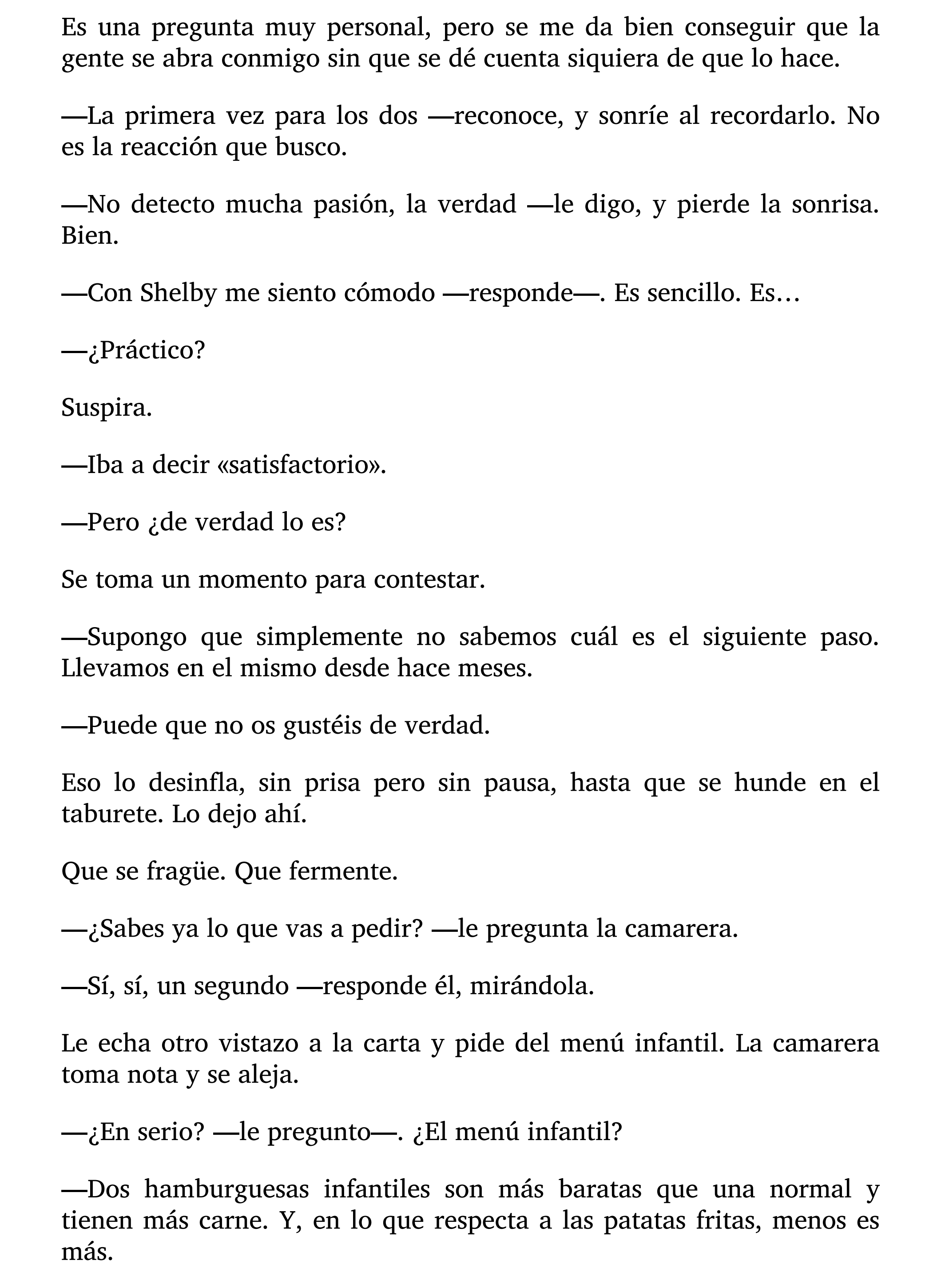
—Shelby no es exactamente mi novia.

—Vale. No conectáis mucho, ¿no?

—Sí, pero no en todos los aspectos. Es decir, ¿quién conecta con otra persona en todos los aspectos?

Le recorro el antebrazo con un dedo, lo justo para que note un cosquilleo y se le erice el vello.

—¿Fue tu primera vez?



Es una pregunta muy personal, pero se me da bien conseguir que la gente se abra conmigo sin que se dé cuenta siquiera de que lo hace.

—La primera vez para los dos —reconoce, y sonríe al recordarlo. No es la reacción que busco.

—No detecto mucha pasión, la verdad —le digo, y pierde la sonrisa. Bien.

—Con Shelby me siento cómodo —responde—. Es sencillo. Es…

—¿Práctico?

Suspira.

—Iba a decir «satisfactorio».

—Pero ¿de verdad lo es?

Se toma un momento para contestar.

—Supongo que simplemente no sabemos cuál es el siguiente paso. Llevamos en el mismo desde hace meses.

—Puede que no os gustéis de verdad.

Eso lo desinfla, sin prisa pero sin pausa, hasta que se hunde en el taburete. Lo dejo ahí.

Que se fragüe. Que fermente.

—¿Sabes ya lo que vas a pedir? —le pregunta la camarera.

—Sí, sí, un segundo —responde él, mirándola.

Le echa otro vistazo a la carta y pide del menú infantil. La camarera toma nota y se aleja.

—¿En serio? —le pregunto—. ¿El menú infantil?

—Dos hamburguesas infantiles son más baratas que una normal y tienen más carne. Y, en lo que respecta a las patatas fritas, menos es más.

Aun así, la verdadera razón es evidente, al menos para mí.

—¿Problemas de dinero?

—No —responde demasiado deprisa, aunque después se para a matizar la respuesta—: Es decir, mis padres están intentando reducir gastos. Sé que un par de pavos en una hamburguesería no van a suponer gran cosa, pero lo mínimo que puedo hacer es ser responsable con mi dinero.

—Admirable —le digo, y hablo en serio.

Nadie sabrá que hoy ha ahorrado 2,36 dólares en la comida. No lo hace para que se lo agradezcan ni para que se lo compensen, sino porque es lo más digno.

—Además, si todo el mundo se levantara de la mesa con un poquito de hambre, puede que hubiera más comida para la gente que de verdad la tiene.

Me río. Parte de mí siente arcadas, mientras que otra parte adora esta vena noble e ingenua suya.

Cuando llega la comida, se come deprisa la primera hamburguesa y después la segunda, más despacio; su autocontrol es más fuerte que su hambre.

—Parece que el trabajo de hoy te ha abierto el apetito —comento.

Se limpia un churrete de kétchup de la cara.

—He estado ayudando a mis padres en el puerto deportivo.

—¿Y el tobillo?

—Ningún problema.

Claro que no. Gracias a mí, es cosa del pasado. Y del futuro, pero está claro que no del presente.

Cuando llega la cuenta, se mete la mano en el bolsillo para pagar y se queda pálido.

—Ay, mierda —murmura mientras se palpa los pantalones, frenético —. Me he dejado la cartera en el puerto. Tendré que ir a por ella y después volver para pagar.

Me inclino sobre él con aire travieso y decido comprobar hasta qué punto es firme su nobleza. Porque, por muy mona que me parezca, empieza a cansarme.

—¿Y si salimos corriendo? —le susurro.

Se ríe al pensarlo y después se asusta un poco.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas, Isaac.

Le recorro la espalda con un dedo. Siento su escalofrío igual que siento el latido de su corazón. El latido que ni Shelby ni nadie más puede sentir como yo.

—Será sencillo. Indoloro. No perderás tiempo volviendo por aquí. Y, mira, la camarera ni siquiera está mirando.

Siento que su determinación empieza a vacilar.

—A la de tres —le digo—. Una…

El corazón se le acelera. Todavía no sabe bien qué hacer.

—Dos…

Empieza a prepararse, a punto de tomar una decisión.

—¡Tres! —termina él, sin esperarme.

Me agarra y, juntos, salimos a toda velocidad del restaurante por las puertas dobles.

—¡No puedo creerme que lo haya hecho! —repite Isaac una y otra vez mientras planeamos hacia el puerto, atolondrados, los dos borrachos de desafío.

Me guía a través de los muelles envueltos en bruma. Anochece. Seguimos el camino en penumbra, iluminado por el tenue brillo de los faroles sobre las barandillas. Isaac se detiene frente a un yate enorme.

—No es nuestro, solo lo estamos remodelando. —Sube por la pasarela —. Vuelvo dentro de un minuto.

No he llegado hasta aquí para quedarme en el umbral.

—¿Permiso para subir a bordo? —le digo.

Y como el caballero que es, me acompaña por la pasarela y hasta la

cubierta inferior.

Hay una escalera que da a una gran zona de estar que es incluso más espaciosa de lo que la embarcación parece por fuera, a pesar de estar todavía a medias.

—Es un Falcon 100 —me explica—. Más de mil caballos de potencia. Es tan rápido como parece. Aunque nunca navegaré de verdad en él, claro.

—Va a quedar espectacular cuando esté terminado.

—¿A que sí? A mis padres se les da bien lo suyo. Deberían pagarles más.

—Así será —le recuerdo—. Cuando tú los contrates.

Sonríe al pensarlo; después bajamos otro nivel para ver los camarotes. El principal recorre todo el ancho del casco. Esta habitación está casi terminada, llena de superficies con revestimiento de caoba para barcos y una cama de matrimonio grande, aunque el colchón está envuelto en plástico y todavía le están dando los toques finales al cuarto.

—No me importaría pasar un tiempo aquí —comento.

Isaac se ríe y recoge su cartera de una mesita hecha a medida.

—Solo he venido a por la cartera. No voy a robar la cena y, encima, un yate.

—No es robar si no vamos a ninguna parte —lo provoco desde atrás. Me acerco un poco más y le susurro al oído—: ¿No era eso lo que hacías aquí abajo? ¿Soñar despierto, fingir que esto es tuyo?

Se tensa un poco.

—Estaba tomándome un descanso. Y si sueño un poco es asunto mío.

Aflojo un poco la caña para no tirar tanto del sedal.

—De todos modos, estamos solos. Podemos soñar despiertos un poco más.

—Es un poco tarde para eso. Casi se ha hecho de noche.

—Es la hora mágica —le recuerdo—. En la que puede suceder cualquier cosa…

Vuelvo a recorrerle la espalda con el dedo. Mueve los hombros y ronronea un poco.

—Quédate conmigo —le susurro, respirando suavemente junto a su cuello.

—Debería irme…

—Pero ¿a que te sientes bien? Te mereces sentirte bien, Isaac. Nos lo merecemos… Y

podríamos sentirnos aún mejor.

Por fin da el paso. Mete la mano en el bolsillo delantero de la mochila para buscar la pelotita de papel de aluminio.

El tiempo se dobla sobre sí mismo como una cinta de Moebius; como una serpiente que se muerde la cola. Lo calmo hasta que llega a olvidarse de por qué ha venido. Lo tengo en mis manos. No pienso soltarlo y él no quiere que lo haga. Ya voy varios kilómetros por delante de Addison en nuestra competición, porque Isaac está listo y preparado para que lo devore.

Fuera, más allá de los ojos de buey con bordes de latón, acaba la hora mágica. Todas las luces del puerto deportivo se encienden y su reflejo baila en el agua. El cielo está demasiado brumoso para ver las estrellas, pero los faroles del puerto bien podrían dirigir sus propios sistemas solares. Aun así, no pueden compararse conmigo. Con mi gravedad irresistible e inevitable. Entrópica, como un agujero negro que transforma el estricto orden forjado por Isaac en un caos exquisito.

IVY

Ivy no suele quedarse estudiando hasta tarde los domingos por la noche. No suele quedarse estudiando hasta tarde ninguna noche, pero está en racha. Estúpidas medicinas. Odia que funcionen porque es como un enorme «te lo dije» de sus padres,

que en realidad nunca se lo han dicho, aunque les rezuma por los poros cuando la ven con los libros.

En ese momento, sus padres están en modo preocupación extrema con Isaac. Es medianoche y todavía no ha vuelto a casa, algo impropio de él. Ha estado trabajando en el yate con ellos y después ha desaparecido. Incluso Ivy empieza a preocuparse.

Sus padres llevan una hora turnándose para hacer de abogado del diablo. Vaso medio lleno/vaso medio vacío.

—Estará en casa de Ricky y habrá perdido la noción del tiempo.

—Entonces, ¿por qué no responde al móvil?

—O se ha ido al cine con Shelby y ya está.

—Pues llama a los padres de Shelby para ver si está en casa.

—Si ha pasado algo, ya nos habríamos enterado, ¿no?

La abuela guarda silencio durante toda la escena; está en su dormitorio de la planta de abajo, con la puerta abierta, escuchándolo todo. Su preocupación es más una nube oscura que una tormenta.

Justo cuando sus padres están a punto de llamar a la policía, aparece Isaac. Ivy se siente tan aliviada como ellos, aunque, a diferencia de ellos, no corre a la puerta. Se queda en el comedor, fingiendo leer, mientras escucha. Sus padres lo acribillan con tópicos de estrés parental:

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

—¿Sabes la hora que es?

—¿Te haces una idea de lo preocupados que estábamos?

Eso molesta a Ivy porque, cuando a ella le hacen las mismas

preguntas, son más acusaciones que una muestra genuina de preocupación. A ella le resbalan las flechas como si fueran de teflón y hace como si no tuviera importancia antes de irse arriba a dormir para que se le pase el efecto de lo que haya tomado, bebido o fumado. Las flechas que disparan contra Isaac son distintas. Tienen ventosas en la punta. Se le pegan y tiene que responder.

—Lo siento… —se disculpa—. Lo siento mucho, de verdad.

Su hermana nota que lo dice en serio, aunque, cuando lo mira, encuentra en sus ojos una mirada poco frecuente: le pesan, está cansado.

Una vez comprobado que está aquí y no tirado en una cuneta, la preocupación de sus padres por fin deviene en rabia. Su padre le apunta con un dedo torcido. Hace unos años se rompió el índice y ahora, cuando señala, se desvía un poco.

—Será mejor que tengas una buena explicación.

—Es una explicación estúpida. Estaba en el barco.

Eso los pilla con la guardia baja. No se lo esperaban. Ni tampoco Ivy.

—¿Todo este rato? —pregunta su madre.

—Me dejé allí la cartera —les responde Isaac—. Para cuando volví al puerto a por ella, ya os habíais ido y me dolía otra vez el tobillo. Se me ocurrió tumbarme unos minutos hasta que hiciera efecto el paracetamol y me quedé dormido…

Silencio de sus padres, que procesan la información. Isaac está tan perdido, tan poco beligerante, que los dos casi cortocircuitan. Mientras tanto, Ivy oye que se cierra la puerta de la abuela. Ahora que Isaac está a salvo, no quiere participar en el drama posterior. Bien por ella.

—¿Por qué no nos has llamado cuando te has dado cuenta? —le pregunta su madre.

—Me quedé sin batería. Y solo quería volver a casa.

Su padre todavía no está listo para olvidarse del enfado.

—¿Te has quedado dormido media noche en un barco que no es tuyo? ¿Es que quieres que nos despidan?

—Lo siento —repite Isaac—. Supongo que estaba mucho más cansado de lo que creía.

Entonces, su madre se vuelve hacia su padre.

—¡Porque le diste demasiado trabajo!

—Ah, ¿ahora es culpa mía?

Y, en cuestión de un segundo único e imperceptible, el foco se desplaza de Isaac para volver al juego de quién tiene la culpa. Es una dinámica asombrosa.

—¿Cuánta madera lo has puesto a cargar?

—¡Quería ayudarnos!

—¡Y te has aprovechado!

Al final, Ivy se levanta, encantada de convertirse en el árbitro por una vez.

—¿Queréis callaros de una vez y dejar el tema? En serio, yo he hecho cosas mucho peores a propósito. Isaac no se merece todo este drama por semejante estupidez.

Su padre respira hondo y lanza una mirada muy seria a Isaac, aunque se nota que le falta entusiasmo y que, como el dedo, va mal dirigida.

—Ya hablaremos por la mañana.

En otras palabras: «No volveremos a hablar de esto». Es la última palabra de cualquier arenga parental.

Isaac sube las escaleras arrastrando los pies y sus padres se van en direcciones opuestas, ya que son lo bastante listos para saber que discutir no servirá de nada. El caso está cerrado. Salvo para Ivy.

Entra en la habitación de su hermano y lo ve ya metido en la cama. Cierra la puerta y sonríe; le brillan los ojos.

—¡Serás cabrón! Estabas con Shelby en el yate, ¿verdad?

Ivy se sienta en el borde de la cama, sonriendo de oreja a oreja, a la espera de la confesión de Isaac. Pero su hermano no tiene ganas de jugar.

—No estaba con Shelby. Si te digo la verdad, parece que la cosa se está enfriando.

A Ivy le encantaría gastarle una broma (del estilo de «¿cómo se enfría algo tan tibio?»), pero no lo hace.

—Si no era Shelby, ¿con quién estabas?

—Con nadie. Déjame dormir, anda.

—¿Por qué? ¿No acabas de echarte una siesta de unas seis horas?

Isaac se vuelve para mirarla. Sí que parece cansado. No, cansado no, agotado. Lastrado.

Ella piensa en el aspecto que tenía al entrar por la puerta: como si la preocupación de sus padres no fuera más que una fracción de la carga de una balanza mucho más pesada.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy bien, de verdad.

Isaac esboza una sonrisa forzada. Ivy suele saber cuándo su hermano miente o le cuenta la verdad, pero esta noche juega en un área gris intermedia. Aunque hay algo más en esa historia que no quiere decirle, prefiere no presionarlo. Él le ha concedido el beneficio de la duda muchas veces, así que le debe esa cortesía.

—Buenas noches, Isaac —le dice, y entonces se da cuenta de que ya está roncando un poco.

Se levanta con cuidado y, entonces, algo le llama la atención.

El móvil de Isaac.

No está enchufado para cargarse, lo que le resulta extraño. ¿No es lo primero que haces cuando te quedas sin batería? Es lo que había explicado su hermano, ¿no? Que se había quedado sin batería y por eso no podía llamar. Ivy se queda paralizada, preguntándose si sus sospechas son ciertas: que Isaac ha mentido a sus padres; que tiene algo que esconder.

Así que se acerca despacio y alarga un dedo para tocar la pantalla del móvil supuestamente sin batería.

La toca.

Y el móvil se ilumina.

Interludio n.º 2: Coco y Peri (C17H21NO4) No necesitamos presentación. Nuestros nombres son bien conocidos. Ya nos hemos ganado nuestro lugar en la historia. Al fin y al cabo, estábamos allí en la Guerra de los Mil Días. Permanecimos junto a la reina Victoria cuando colonizó el este, e incluso ayudamos a Sigmund Freud a escribir *La interpretación de los sueños*. En Austria, aliviamos el dolor de los pacientes que pasaban por el cuchillo, y en las Américas ayudamos a Thomas Edison a inventar la cámara de cine. Prácticamente construimos Las Vegas y acabamos a tiempo de ver a Hendrix tocar en Woodstock.

¡Estamos en todas partes! Fuimos los ingredientes clave en la Coca-Cola hasta que nos sustituyeron por la cafeína.

Nuestros enemigos dicen que somos malvados, horrendos o infames, pero para nuestros aficionados somos simplemente el polvo de estrellas que llueve del cielo.

«¡La caspa del diablo!».

«¡La nieve de Florida!».

«¡El blanco del paraíso!».

Puede que los apodos cambien, pero nosotros somos eternos y atemporales. La fusión perfecta de lo antiguo y lo nuevo. Y esta noche, como todas las noches, vamos de fiesta. Saltamos de una a otra. Como electrones, nos movemos tan deprisa que es imposible cazarnos. ¡Estamos en todas partes a la vez!

En una esquina llamativa de cualquier parte hay un club familiar en una ciudad familiar. Cientos de personas, luces brillantes y música ensordecedora. No es tan embriagadora como nuestra interminable Fiesta de arriba. Las fiestas de aquí, en la tierra, tienen sus límites (un concepto que a nosotros nos cuesta entender), pero a esta todavía le queda mucho fuelle.

Como siempre, estamos en el mejor reservado, desde donde podemos verlo todo y reinar sobre ello… Y, cuando la canción nos aburre, nos acercamos al DJ para que cambie de canción, cosa que hace en un segundo. Lo que demuestra que, cuando eres dueño de las personas suficientes, no solo influyes en unas cuantas, sino que controlas a las masas. Más tarde puede que llevemos a un sujeto o dos de nuestra elección a la gran Fiesta,

puede que incluso a la sala VIP, pero, a decir verdad, preferimos la energía pura y dura de las fiestas de aquí abajo.

¡Esa energía está a tope esta noche! Hay rostros conocidos entre la multitud, además de otros nuevos.

¡Y estás tú!

¡Lo has conseguido! ¡Bien por ti! Al fin y al cabo, es un acontecimiento muy exclusivo, solo por invitación, y, aunque te hayan invitado, eso no garantiza que te dejen entrar. Pero aquí estás, así que o eres importante o eres hábil. Sentimos curiosidad por saber en cuál de las dos categorías entras.

¿Qué dices? ¿Que estás en un grupo de música? No nos impresiona. La mitad de estas personas están en un grupo. O dirigen una película. O están ganando pasta a saco por alguna turbia maniobra en Wall Street. Verás, aquí todos tienen dinero, eso se da por hecho, pero el dinero no impresiona tanto como la fama. Aquí todos creen que son famosos, aunque pocos lo son de verdad. Les falta esa cualidad inefable. Puede que tú la tengas. Puede.

De acuerdo, lo reconocemos, sí, hemos oído hablar de ti. Aun así, tu renombre es de nivel medio, como mucho. Eres el cantante de una banda esotérica. Eso sí, tienes potencial para alcanzar la grandeza. El superestrellato no está del todo fuera de tu alcance. Está claro que tus fans te adoran. Son leales. Y eso es decir mucho en una época en la que el intervalo de atención de las ratas de laboratorio es mayor que el de los seres humanos.

Pero, por otro lado, tu representante ni siquiera te pudo conseguir un sitio en el Coachella. Si los grupos de mierda pueden actuar en el Coachella, ¿por qué tú no? Sí, sí, vas a aparecer en el Desert Swarm, pero, seamos realistas, es un festival menor. De nuevo, no nos impresiona.

Aun así, nos caes bien. Nos gusta tu energía. Eres carismático, convincente y de buen ver. Guapo al estilo *grunge.* ¿A quién no le gusta un guiño a los noventa? Sobre todo si parece auténtico. Algunos se esfuerzan demasiado, pero tus vibras son sinceras.

De acuerdo, nos has convencido. Ven, siéntate, te hemos dejado un hueco entre nosotros en el reservado. Daremos alas a tus sueños y esperanzas siempre que tú nos des alas a nosotros.

No obstante, esta amistad tiene sus condiciones. Se te exige que nos lleves a todos tus bolos. Nos tendrás en el *backstage* contigo antes y, sobre todo, después de actuar. Si haces eso por nosotros, te prometemos que haremos cosas por ti. Seremos tanto tu mano derecha como la izquierda. Unos sujetalibros que te mantendrán siempre bajo la luz blanca de nuestro escenario central, incluso cuando ya haya terminado el espectáculo y no queden focos.

¿Empezamos? Bien. Pues pega la nariz a la mesa, como un cerdo en el abrevadero.

Esnífanos. A fondo. Satisface tus placeres primarios porque ¿qué eres tú sino un primate sobreestimulado? Un esclavo de la química. De las endorfinas. De la dopamina. Deja que hagamos magia con ellas. ¡Ay, los excesos que podríamos enseñarte! Venga, toma un poco más. ¡Sé todo lo que puedas ser!

Ese ardor te resulta familiar, sí. Está claro que no es tu primera vez, lo que significa que ya has estado antes en nuestra presencia; simplemente, no nos habíamos fijado en ti. Pero ahora sí. Deberías sentirte halagado.

¡Eso es! Ahora que hemos formalizado nuestro acuerdo, deja que te dirijamos y te enseñemos a dirigir a los demás. Tus amigos, a los que nunca les has importado una mierda, se dan cuenta ahora de que quizá seas una estrella; todos han regresado y llaman a tu puerta. Selecciona a los mejores. Tráenoslos. Entréganos a tus seguidores más serviles. Olvídate de la plebe; deja que sus esperanzas y sueños languidezcan al otro lado de los cordones de terciopelo. Considéranos tu personal de apoyo. Tus encargados. Todas las estrellas del rock necesitan gente que se encargue de mantener alejado al populacho.

Sí, ¡está claro que podrías ser una superestrella! Lo hemos decidido. Así que deja que nuestros vientos ahuequen tus velas y te ayuden a llegar allí. Siéntate y disfruta de tu éxito. Obsérvalo burbujear y rebosar como el champán. Hablando de lo cual, aquí llega nuestro amigo Al con una botella solo para nosotros. Dom Pérignon. ¡Nos encanta Dom! Es nuestro favorito. Solo lo mejor para nosotros y para ti.

Y prometemos estar a tu lado hasta que perdamos interés, así que será mejor que te esfuerces por mantenerlo. ¿Cómo? Bueno, el

dinero nunca viene mal. El contrato para el disco nuevo te ha dejado con ingresos disponibles, ¿no? Pues disponlos por aquí.

No seas agarrado. El dinero está hecho para gastarse. Alguien tiene que pagar nuestras joyas y nuestros elegantes trajes blancos.

¿Qué? Quieres bailar. No, nosotros no bailamos. Solo observamos. Contemplamos la escena. Examinar a la gente, eso es lo nuestro.

Pero conocemos a alguien a quien le encanta bailar.

Se llama Crys.

Le encantaría conocerte.

Mejor vamos con calma, que ya habrá tiempo de sobra para eso más adelante.

Parece que te diviertes. ¡Bien! Nada nos podría hacer más felices. Ahora, sal ahí y deja hueco para que entre alguien más en nuestro reservado; y vuelve mañana, porque te queremos, tío. Eres nuestro favorito, ¡eres nuestra estrella!

Ahora, vete. No nos obligues a repetírtelo.

11

Solo **e**xiste u**n** camino al **t**rono, ¿no es c**i**e**r**to?

ADDISON

Ivy empieza a depender de mí.

Gracias a mí, sus cuadernos, bolígrafos y agenda están coordinados por color, forma y función. Te puede decir en cualquier momento dónde está cada uno de sus objetos personales. Incluso le han puesto sobresaliente en el temido examen de matemáticas, algo que hacía años que no ocurría. Su dormitorio está impecable. Y, hoy, Ivy apenas se fija en la molesta lámpara fluorescente parpadeante del escritorio mientras estudia para otro examen.

Clases, estudio, limpiar, repetir. Incluso yo empiezo a aburrirme. Razón de más para pasar al siguiente nivel. Al último nivel. Pero todavía no. Ivy no está preparada.

Evidentemente, Roxy diría que yo soy el que no está preparado, pero sé que apresurar las cosas no funcionaría. Si la llevo demasiado pronto a la Fiesta, no será más que otra acompañante que me roba Crys. Si quiero ser yo el que baile con ella, debo ser sutil.

Y, mientras tanto, ella disfruta de las ventajas que le ofrezco.

Es miércoles. Solo hay medio día de clases por unas jornadas de formación para profesores. La mayor parte de los «amigos» de Ivy pierden ese tiempo con cosas nada prácticas. Ella lo aprovecha para adelantar trabajo, como un coche de carreras que toma la curva por el interior. Sin embargo, se me empieza a cansar el dedo de tanto sujetar los segundos. Está estudiando español y no me veo capaz de soportar otra página de su aburrido libro de conversación.

— *¡Ya basta! Hacemos una pausa* —le digo en español.

— *Pero tengo que estudiar* —me responde.

Su español está mejorando mucho, aunque su acento todavía es demasiado gringo.

—Ya has estudiado suficiente por ahora. Date tiempo para asimilarlo. Mañana aprovecharás mucho mejor el día.

Cierra el libro, aunque está claro que sus ojos buscan otro punto de atención. Si no la controlo, se convertirá en energía nerviosa, lo que no nos ayuda a ninguno de los dos.

—Ya lo tengo: vamos al museo.

Parece que he pulsado el botón perfecto. La idea le encanta y allá que vamos.

El museo de arte era antes el único lugar en el que Ivy podía concentrarse, aunque siempre se limitaba a un pequeño grupo de salas para protegerse del exceso de estímulos. Así se había creado su refugio. Así controlaba sus defectuosos mecanismos de concentración.

No obstante, hoy la libero de eso. Voy a llevarla a ver todos los cuadros que tienen.

Empezando por la nueva exposición de Goya.

Ivy explora con los ojos bien abiertos, maravillada.

Se coloca frente a un cuadro grotesco y perturbador de un gigante enloquecido comiéndose un cuerpo flojo, sin cabeza; los ojos del gigante rebosan demencia y paranoia. *Saturno devorando a su hijo*. Es una de las «Pinturas negras» de Goya, en la que se ve al gran titán de la mitología grecorromana que devoró a todos sus hijos para que nunca lo destronaran. Mitología: el germen tanto de la fe como del terror.

—Es terrorífico —dice Ivy con tono quedo y reverente—. Pero no puedo apartar la vista.

Examina el cuadro y después la placa que hay debajo, donde explica que Goya no quería escenificar una escena mitológica, sino la angustia de la guerra.

Dejamos atrás la exposición y el resto del museo… y, aunque recorremos sin parar sala tras sala, no vamos a un ritmo frenético ni aleatorio. Ivy se toma el tiempo que necesita para absorber las obras a las que decide prestar atención. Aun así, no encontramos nada que le inspire tantas emociones como el lúgubre cuadro de Goya.

—No puedo dejar de pensar en esos ojos —comenta—. Creo que tendré pesadillas con ese cuadro. El titán devorando al indefenso.

—Bueno, tampoco podemos culparlo —contesto—. Al fin y al cabo, solo existe un camino al trono, ¿no es cierto?

No obstante, justo entonces, siente otra cosa. En el bolso. Como un insecto intentando escapar. Saca el móvil y, por supuesto, es Craig. No

deja de volver, como una calentura.

—No permitas que te estropee el día —le pido—. Porque lo hará. Sabes que lo hará.

—Puede que solo quiera disculparse…

—Es más probable que quiera que tú te disculpes.

Sigue sonando mientras unos aristócratas sin nombre se asoman inútilmente desde sus marcos de las paredes, divididos entre la crítica y la indiferencia.

El móvil por fin se apaga. Con un suspiro de alivio, se lo guarda en el bolso. Esto no puede seguir así. Es contraproducente. Para ella. Para mí.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le digo.

Ivy niega con la cabeza.

—No puedo.

—Puedes y lo harás. Ya no lo necesitas. Nunca lo has necesitado. Rompe con él.

Observa los cuadros que nos rodean, pero está claro que ha perdido el interés.

—¿Lo ves? Ya te ha fastidiado el día. Es Saturno, Ivy. Te masticará, te escupirá y le dará igual. No se lo permitas.

—Me lo pensaré —responde, que es lo mejor que le voy a sacar ahora mismo.

Vamos a tener que sacar de su vida sistemáticamente a todas las personas tóxicas, empezando por Craig. Por el bien de ambos. Porque las personas tóxicas son una amenaza directa de mis superiores. Significan más competencia, y eso no puedo permitirlo. Nadie me va a robar a Ivy.

12

Va siguiendo la jeringa

ISAAC

Son las seis en punto de la tarde del martes cuando Isaac oye el ruido. Es la clase de estruendo cataclísmico que prefieres que nunca suene en tu propia casa. Ya está bajando las escaleras incluso antes de oír a la abuela pedir ayuda. Hasta oír su grito, creía que solo se le había caído algo, pero el gemido gorjeante de angustia le advierte que es algo mucho mucho peor.

Cuando llega, se la encuentra despatarrada en el suelo de la cocina, retorciéndose de dolor. Se aferra la cadera. Los restos de un robot de cocina destrozado están tirados entre la encimera y la mesa. Hay un cubito de hielo medio derretido en el suelo, al lado de la anciana, y un vaso de limonada en la encimera. Isaac sabe bien lo que ha ocurrido.

¡El maldito dispensador de hielo!

—¡Isaac! —le dice en cuanto lo ve. Está hiperventilando, con el aliento rápido y superficial—. Ayúdame a levantarme.

Va a hacerlo, pero, en cuanto lo intenta, ella gime de dolor.

—¡No! ¡Para! ¡Maldita sea!

Esto es malo. Es la clase de caída que podría dejarla en una silla de ruedas para siempre.

Isaac intenta no pensar en eso. Sabe que no va a poder ayudarla a levantarse solo, al menos no sin hacerle daño. No hay nadie más en casa: ni sus padres ni Ivy han llegado todavía.

—Tranquila, abuela, te vas a poner bien.

—¡Mierda! —exclama con voz ronca, enfadada consigo misma. Enfadada con el mundo, enfadada con el universo que ha permitido que le suceda esto—. ¡No necesito esto!

¡Ahora no!

Como si hubiera sido mejor en cualquier otro momento.

Isaac saca el móvil, llama a emergencias, explica lo que ha pasado y les da la dirección.

—Viene una ambulancia de camino —le dice a su abuela, aunque ya le parece que ha pasado una eternidad.

Entonces, con un dolor tan atroz que casi pierde la consciencia, ella le pide:

—Mis pastillas… Isaac, ve a por mis pastillas para el dolor…

¡Por supuesto! ¡Las pastillas! Isaac corre al armario de las medicinas y busca el frasco naranja. Sabe perfectamente cuál es y dónde está. Abre la tapa y se lo vuelca en la palma de la mano. Pero no sale nada.

Está vacío.

¡Mierda! Claro que está vacío. Sabía que estaba vacío. De hecho, ya había llamado para pedirle más pastillas, pero la voz robótica le había dicho que tenía que hablar con el médico. Las había estado conservando, incluso partiéndolas por la mitad, a lo largo de las últimas dos semanas, hasta que se acabaron.

«Piensa. Piensa. Piensa».

Corre a su dormitorio y va derecho a la mochila.

«Tiene que quedar una. Tiene que quedar».

Mira en el bolsillo con cremallera de la mochila, donde las ha guardado alguna vez, pero no hay nada. Mira debajo de la cama, por si se le hubiera caído alguna. No tiene suerte.

Le queda una última oportunidad: sus vaqueros sucios. Recuerda que se metió una pastilla en el bolsillo cuando el papel de aluminio en el que las guardaba se deshizo, y cree que no llegó a sacarla. Hay dos pares de vaqueros sucios en la cesta de la ropa; los demás ya se habrán lavado. Los localiza, suplica a quien haga falta que le dé un poco de suerte, y mete los dedos dentro del bolsillito de las monedas. Aliviado, del segundo par pesca una última pastillita blanca, granulosa y cubierta de pelusas.

Tras limpiarla, Isaac corre escaleras abajo hasta la cocina, coge el vaso de limonada de la encimera y se arrodilla junto a su abuela para ponerle la pastilla en la boca. Un trago de líquido y pastilla tragada. No le alivia el dolor, aunque el pánico mengua un poco, ya que sabe que le hará efecto dentro de nada.

—Esto no es lo que quería —dice con una mueca de dolor.

Al principio, Isaac cree que se refiere a la pastilla; después se percata de que se refiere a esta horrible situación.

—Lo sé, abuela —le dice para consolarla—. Nadie lo quiere. Pero todo irá bien.

Es entonces, agachado junto a su abuela, dándole la mano, cuando Isaac se da cuenta de algo. Algo que ha sabido desde hace un tiempo, aunque no lo haya reconocido conscientemente. El tobillo se le ha curado. Del todo. Le ha ido bien en los entrenamientos y ha jugado un poco en el partido del último fin de semana sin que después le haya pasado factura. La carrera escaleras arriba y abajo que acaba de darse se lo confirma. Aun así, ese frasco naranja vacío no abandona sus pensamientos. Se siente muy culpable por haberlo dejado vacío, aunque eso se mezcla con la desesperación y un deseo irresistible. El pie ya no necesita medicación, pero el resto de su persona sí y no le permite olvidarlo.

Las luces rojas de la ambulancia que se acerca le iluminan la cara mientras una alarma no deja de sonarle dentro de la cabeza. Porque la vida que se había diseñado con tanto esmero se ha desviado de su curso hacia una dirección desconocida.

ROXY

La abuela de Isaac es, sin duda, una fuerza de la naturaleza. Estoy en la ambulancia con ella, Isaac y un sanitario que quiere ponerle una intravenosa, a lo que la mujer se niega.

—Es solo suero, señora.

—¿Es usted médico? —le pregunta ella, retóricamente.

—Soy un técnico sanitario con formación en situaciones de emergencia.

—Lo siento, seis meses de formación profesional no es lo mismo que cuatro años de Medicina y una residencia.

—Abuela —le dice Isaac—, son de los servicios de emergencia, se dedican a esto.

—Pues que se dediquen a hacérselo a otra. Y dile al conductor que, como pase por encima de otro bache, el que va a acabar en el hospital es él.

Isaac se disculpa por ella, pero el sanitario no está molesto. Como yo, ya ha visto antes a personas que sufren. Dicen de todo. A veces, te ven como a una salvadora; otras, eres

quien las tortura. Cuando el dolor es demasiado fuerte, provoca indefensión. Ya depende de la persona que eso te vuelva confiada o simplemente paranoica.

A mí me gusta que la anciana se ponga cascarrabias, se lo ha ganado. Cualquiera que se rompa una cadera tiene todo el derecho del mundo a ser todo lo desagradable que quiera; porque está rota. Aunque no lo sabrán hasta que le hagan un TAC.

Isaac llama a su madre y le cuenta lo sucedido.

—Creo que he dejado la puerta de casa abierta —añade, como si importara algo.

—No lo has hecho —le digo, aunque está demasiado distraído para fijarse en mi presencia.

Isaac es un hijo y nieto solícito. En circunstancias en las que otros se derrumbarían, él hace lo que hay que hacer. Está a la altura de la ocasión. Me gusta esa parte de él. Es alguien que conviene tener al lado en caso de crisis.

—Reúnete con nosotros en el Hospital de la Piedad —le dice a su madre.

Su abuela resopla.

—Piedad. La única piedad sería que me libraran de mi miseria.

Después le chilla al sanitario que no la toque hasta que ve que solo intenta tomarle la tensión. Se mueve en la camilla y grita de dolor. Estoy con ella, pero no hay mucho que pueda hacer. Para que de verdad empiece a notarse la diferencia, debe pasar al menos media hora.

—Relájate, abuela; tiene que hacer su trabajo —le dice Isaac.

Ella dejar escapar un suspiro profundo y tembloroso. Puede que le grite al sanitario, pero no va a gritarle a Isaac.

—Dame la mano, chiqui —le pide; es el apelativo cariñoso que suele usar con él.

Así que Isaac lo hace. Hasta que llegan al Hospital de la Piedad.

No me entusiasman los hospitales, pero yo a ellos sí, así que tengo que pasarme por ellos más a menudo de lo que me gustaría. A muchos de nosotros nos pasa, supongo.

Los hospitales son como nuestros aeropuertos: centros de paso entre el lugar del que

venimos y el lugar al que vamos. Y entre con quién vamos. También son zonas seguras.

Eso quiere decir que aquí no escogemos acompañantes. Los hospitales son terreno sagrado, catedrales consagradas a nuestro poder. Así que el tiempo que pasamos aquí se dedica a tareas más altruistas. Al fin y al cabo, servir es consustancial a algunos de nuestros diseños básicos. Supongo que así nos sentimos mejor con nosotros mismos cuando nos parece que hemos ido demasiado lejos, lo que solo demuestra que hasta el altruismo puede ser interesado.

Las urgencias de la Piedad son menos caóticas y agobiantes de lo habitual en otros hospitales. La abuela de Isaac permite que una enfermera le ponga la intravenosa y la enfermera le promete que enseguida la verá el médico. Diez minutos después (lo que, para ser un hospital, es un suspiro), llega la doctora. Examina el historial, y hace las mismas preguntas que ya le han hecho en recepción y la enfermera, pero al menos esta vez las respuestas conducen a una respuesta clara. Isaac responde casi todas las preguntas porque su abuela está demasiado agotada por el trauma. Además, estoy empezando a calmarla.

—Os llevaremos arriba ahora mismo para un TAC —afirma la doctora —. Y voy a darle morfina para el dolor.

Con tan solo mencionarla, allí está.

Fina.

Se queda esperando al otro lado de la cortina. La retira con sus dedos pálidos y esbeltos lo justo para que la vea asomarse, curiosa, expectante. Pelo negro largo, tez pálida y unos ojos tan oscuros como una noche sin luna y demasiado grandes para su cara. Es bella y espeluznante a la vez. Se mueve como si estuviera debajo del agua, hasta el punto de que el pelo le flota, como si la gravedad se hubiera olvidado de él.

Fina es de los superiores de mi linaje, pero no nos relacionamos. Nunca acude a la Fiesta (su territorio son los hospitales y los asilos), aunque no es noble en absoluto. Es más bien una carroñera que se alimenta de los condenados. Se queda ahí, asomada a la cortina, como una vampira esperando a que la inviten a entrar. A mí me da mucha grima.

De todos modos, al final resulta que no es el día de Fina.

—No —chilla la abuela—. ¡Nada de morfina!

Fina frunce el ceño e Isaac saca el frasco de pastillas vacío, que ha tenido la sensatez de traer.

—Esto es lo que toma —le dice a la doctora.

Ella lo examina.

—¿Cuántas se ha tomado?

—Solo una.

La médica se lo piensa y después se vuelve hacia la anciana.

—Señora Ramey, voy a ponerle el mismo medicamento, pero por vía intravenosa. Lo suficiente para aliviarle un poco el dolor y ayudarla a descansar.

¡Así se habla!

La doctora escribe las instrucciones en la consola del ordenador. Fina no parece ni contenta ni descontenta, solo resignada. Se aleja a su manera submarina. Adiós, muy buenas.

Cuando termina de escribir, la doctora se vuelve hacia la anciana y le dice:

—Es curioso, pero la mayoría de las personas con un dolor semejante suplican que les pongamos morfina.

Después se marcha para ocuparse de la persona que gime en la cama de al lado.

Una vez que se ha ido, la abuela vuelve la cabeza hacia Isaac y le susurra:

—Si estás terminal, te ponen morfina. Les da igual que te enganches porque vas a morirte de todos modos. Cuando tienes fecha de caducidad, no les importa nada.

La enfermera entra para decir que van con retraso en radiología, así que tardarán una hora en llevarla a hacerse el TAC.

—Pero no es necesario que esté incómoda mientras espera.

Saca una ampollita llena de vuestra humilde servidora en un práctico formato líquido.

—Lo que diga la doctora —responde la abuela—. Literalmente.

La enfermera llena una jeringa y la introduce en la vía.

Me fijo en que Isaac va siguiendo la jeringa con la mirada desde el instante en que aparece hasta que la enfermera la suelta, vacía, en el contenedor rojo para objetos punzantes que hay en la pared.

—Qué calorcito… —dice la abuela—. Uoooo… Estoy volando…

—Es rápido, ¿verdad? —comenta la enfermera—. Dentro de un ratito vuelvo para ver cómo va.

Por fin me dan vía libre para hacer lo que he venido a hacer… y me viene a la memoria lo que Addison me dijo en una ocasión: «Nuestro propósito no se limita al placer». Esta pobre mujer no se merece el dolor que está sufriendo. Le acaricio con cariño el brazo. Le aliso las arrugas que se le han formado en la frente.

Isaac observa el rostro de su abuela. También observa el goteo de la intravenosa. Es consciente de mi presencia, aquí, entre ellos, aunque no esté concentrado en mí. Por ahora, me parece bien. Es el ciclo de la marea. Pronto seré su centro de atención, pero ahora mismo debo dedicarme a la tarea que tengo entre manos.

La acaricio para liberarla de la tensión. Le susurro al oído que puede relajarse. No en inglés, sino en el idioma que hablaba de pequeña. El idioma en el que a veces todavía sueña. Debo reconocer que hay ocasiones en las que disfruto de esto, de usar mi poder por el bien de los demás. Es algo dulce para limpiarme el paladar de vez en cuando. Y, por supuesto, solo ofrezco una ayuda a corto plazo, ya que ayudar a la gente puede convertirse en costumbre.

La respiración de la anciana no tarda en calmarse, aunque mira a través de mí, a su nieto, como si este alivio fuera cosa suya.

—Gracias, chiqui —le dice—. No sé qué haría sin ti.

Me siento con Isaac en la cafetería del hospital mientras reflexiona sobre un cuenco de helado a medio derretir. Sus padres ya han llegado; han subido con la abuela a radiología y están en una sala de espera mientras le hacen varias pruebas para comprobar el alcance de la lesión. Han insistido en que Isaac vaya a comer algo. Ha hecho lo que le han pedido, pero no tiene hambre. Al menos, no de comida.

—Un cubito de hielo —dice—. Le ha cambiado toda la vida por culpa de un puñetero cubito de hielo en el suelo.

—La vida puede depender de cosas aún más insignificantes —respondo—. Pero ¿qué me dices de ti? ¿Cómo te sientes?

—Eso no tiene importancia.

—Sí que la tiene, Isaac. En momentos como este, tú también debes cuidarte. Satisfacer tus necesidades. Si no lo haces, ¿cómo vas a ayudar a los demás?

—Yo no la he ayudado —replica—. Lo has hecho tú. Lo que has conseguido ahí dentro ha sido… milagroso.

Ay. Es tan dulce que casi me ruborizo.

—Es mi trabajo —le digo.

Él mira el cuenco, aunque sé que está pensando en mí. Como debería. Entonces dice algo completamente inesperado y me pilla por sorpresa.

—¿Cómo es? —pregunta—. ¿Cómo es ser tú?

Me ha dejado atónita. Nadie me lo había preguntado antes. Las vidas que he tocado, las vidas que he arrebatado siempre han sido conquistas, nada más. A ninguna de mis conquistas se les ha ocurrido preguntarme eso. Todo se centra siempre en ellas. En su dolor. En su necesidad. Pero ¿cómo es ser yo? Ser poderosa, triunfante, deseada.

—Es… solitario —respondo antes de pararme a pensar en lo que digo.

—No tiene por qué serlo.

Y ahora me siento expuesta. Vulnerable. Estoy mirándolo a los ojos. Son tan profundos… No un pozo sin fondo, como los de Fina, sino un pozo profundo. Es la clase de detalle en el que no me fijo cuando estoy trabajando.

«Trabajando».

¿Qué estoy haciendo? ¿Se me ha olvidado por qué estoy con él? ¿Cómo he podido ser tan descuidada?

Intenta tocarme, pero me aparto rápidamente. Eso no le gusta. Se tensa. Se preocupa.

—¿Qué te pasa?

—Ya sabes lo que me pasa —le respondo, envolviéndome en una fría indiferencia—. No puedo quedarme contigo.

—¡No! No puedes marcharte.

—Sí que puedo y lo haré. Decidiste ayudar a tu abuela en vez de quedarte conmigo.

Aunque ha sido un gesto admirable, tienes que enfrentarte a las consecuencias.

—Por favor, no te vayas…

—Si quieres verme, tendrás que buscarme.

Ahora guarda silencio unos segundos, presa del pánico.

—Pero ¿dónde te voy a encontrar?

—Solo tienes que mirar en los sitios correctos. Sé creativo. Seguro que lo consigues.

Dicho lo cual, me largo y lo dejo con los restos de su helado, que ya ha muerto en el cuenco. Y por mucho que quiera dar media vuelta y regresar con él, aunque solo sea unos segundos más, no lo hago. No puedo.

«Encuéntrame, Isaac. Encuéntrame, por favor». Y me inquieta hasta qué punto deseo que lo haga.

13

Quizá existan lugares por ahí más

dejados de la mano de Dios ADDISON

Ivy y yo vamos en un autobús abarrotado rumbo al peligro. Ha tardado demasiado, pero por fin ha reunido el valor necesario para romper con Craig. Gracias a mi cuidadosa coerción, lleva más de una semana sin verlo. Yo he insistido en que lo haga con una llamada, un mensaje o incluso cambiando su estado en la redes sociales, pero ella insiste en romper con Craig en persona. No me gusta. Cada instante que pasa con ella es otra oportunidad para tentarla, seducirla, apartarla del camino y devolverla al cenagal en el que otros pueden aprovecharse de ella. Mis infames superiores, que siempre consiguen aprovecharse de quien quieren.

La casa de Craig está en una zona fea de la ciudad a la que no le queda mucho de vida.

Una calle de casitas de una planta que han visto días mejores. Hay notas oficiales en todas las puertas avisando de la cuenta atrás para el fin del mundo. Quizá existan lugares por ahí más dejados de la mano de Dios que este, pero pocos tienen una fecha de caducidad, literalmente. Pocos parecen tan… terminales.

La casa de Craig no está lejos de la parada del autobús. En cuanto nos

acercamos, oímos un bajo amortiguado. La cacofonía de la multitud. Docenas de personas taponan la puerta, que parece echar humo como si fuera un dragón.

Craig está celebrando una fiesta. Una fiesta de día, encima. Al parecer, como la calle se ha declarado expropiada, puede destrozarla como le plazca. Un último adiós antes de que la autovía acabe con ella.

Ivy entra y yo la sigo. Noto que se le acelera el corazón a la par que el enfado.

Entra en una cortina de humo que se solidifica gracias a las luces negras fluorescentes; es como si hubiéramos cruzado a otra dimensión. Música machacona. Juerguistas mugrientos que no parecen conocerse entre sí. Muebles que revientan por las costuras.

Tiene tanta clase como un vertedero. No es mi estilo. Ni el de Ivy…, solo tengo que convencerla de ello.

Percibo que Al ha estado por aquí. Por otro lado, está en todas partes. Al es como Papá Noel el día de Navidad.

Ivy está concentrada en su misión, y se mete entre la gente y recorre el pasillo hasta que localiza a Craig. El chico está en su cama de agua, completamente pasado de vueltas, besando a una chica genérica y algo atractiva. De esas a las que seguro que le pusieron el nombre de una estación o un presidente.

—Tranquila —le digo a Ivy—. Concentra tu rabia. Que te sirva a ti, no a él.

Ella escucha mi consejo y la furia resultante es gloriosa.

—¡Tú, cabrón! —le chilla—. ¡Imbécil de los cojones!

Craig se pone de pie como puede.

—Ivy, cielo, has venido a la fiesta —dice como si no acabara de besarse con Autumn—.

He intentado llamarte.

—Espera, ¿tienes novia? —dice Madison.

—Tenía —le aclara Ivy—. Ya es historia. Y mucho he tardado.

—Ivy, esto no es tan gordo como parece.

Vaya, le ha puesto en bandeja un insulto de los buenos, pero ella decide que no merece la pena ni su tiempo ni su esfuerzo. Bien hecho.

—Adiós, Craig. No vuelvas a llamarme. Nunca.

Mientras tanto, Summer rueda con las olas de la cama de agua, intentando abrocharse el sujetador.

—¡No me has dicho que tenías novia!

Craig detiene a Ivy en el umbral. Está tan acostumbrado a que divague y perdone que cree que con volver a tirar de la cuerda del yoyó puede recuperarla.

—Vamos, ya sabes que no puedes cabrearte conmigo durante mucho tiempo. ¿Por qué no te quedas en la fiesta con Reagan y conmigo?

La sugerencia ha conseguido empujar a Ivy hasta la cúspide de su ira, así que le señalo una chimenea oscura y cubierta de telarañas. Y el atizador apoyado al lado.

Coge el atizador siguiendo su instinto, sabiendo lo que tengo en mente.

—¿Qué coño estás haciendo? —le pregunta Craig.

Ivy corre hacia Reagan y levanta el atizador por encima de la cabeza.

—¡No! ¡Para! —grita Craig.

Reagan grita y se encoge.

Y entonces Ivy deja caer la punta torcida y afilada del atizador sobre la cama de agua y tira en el momento justo para desgarrarla.

El colchón entero estalla. El tsunami doméstico golpea a Craig y lo lanza contra la cómoda, mientras que Reagan se hunde en el armazón de la cama, que ahora está lleno de agua.

—¡Serás zorra! —chilla Craig.

Ivy y yo salimos de la habitación, ella con la cabeza más alta que nunca y una sonrisa siniestra en los labios.

—No me ha costado nada —me comenta.

Me echo a reír. Hacía tiempo que no me reía de verdad. Estoy

orgulloso de ella.

Marchamos hacia la puerta, triunfantes, con un subidón tremendo. Sin embargo, cuando te dedicas a esto, sabes que cualquier subidón va inevitablemente seguido de un bajón. Es la forma que tiene la naturaleza de mantener el equilibrio. Y hoy ese batacazo llega en forma de algo que debería haberme esperado. Dos invitados que no estaban del todo invitados, pero que siempre aparecen. Como la mierda en la suela de un zapato.

Coco y Peri, con sus trajes blancos de seda y sus cadenas doradas, tan fuera de lugar con el rollo *grunge* que los rodea.

—Anda, mira, si es Addison —dice Peri.

Ivy ya va camino de la puerta. No dejaré que los hermanos sepan que estoy con ella. Me acerco para que solo se fijen en mí y así darle tiempo a Ivy a salir.

—¿No deberías estar por ahí ayudando a estudiar a algún adolescente acneico?

Tanto él como su hermano me dedican sonrisas hipócritas. Da igual lo mucho que les brillen los dientes: sus ojos siempre son oscuros y vidriosos, como agujeros negros en los que se apaga la luz.

—Voy adonde quiero y cuando quiero —les respondo.

Lo que no es del todo cierto, pero no les importa lo suficiente como para discutírmelo.

—Entonces, quédate con nosotros, primito —dice Peri, que se rasca el cuello con la larga uña del meñique.

—Paso.

—Tú te lo pierdes —responde Coco—. Solo queremos hacerte más soportable tu deprimente existencia.

Claro. Como si tuvieran algún efecto en mí. Para sus usuarios, Coco y Peri son capaces de convertir una conversación aburrida en interesante; hacerte creer que cualquier idea pésima es tu obra maestra. Consiguen que te sientas mejor de lo que eres, que hagas cosas de las que luego te arrepentirás y que abandones cuando se pone feo. O, peor, te pasan a Crys.

Entonces, Peri empieza a examinar a la concurrencia.

—Si tú estás aquí, Addison, significa que también está por aquí tu «protegido» —dice en tono de burla—. ¿Quién es?

—No es asunto tuyo —le suelto mientras intento tapar discretamente a Ivy para que no la vean.

—Esa no es forma de hablar a tus superiores —me amonesta Coco, que también se pone a examinar la sala, aunque solo sea para fastidiarme.

Por fin localizan a Ivy, que todavía está camino de la puerta.

—Esa —dictamina Coco sin dudarlo.

Peri levanta la nariz y olisquea el aire.

—Sí, te huelo en su sudor, Addison.

Ahora que se han fijado en ella, me doy cuenta de que tengo que jugar bien mis cartas.

Con estos dos, no hay margen para el error. Porque, en lo que respecta a Coco y a Peri, lo único más apetecible que un acompañante es un acompañante ajeno.

Así que me encojo de hombros y digo:

—Si la queréis, es vuestra. La verdad, no merece la pena que siga perdiendo el tiempo con ella. De todos modos, preferiría estar en otro sitio.

Apartan la mirada de Ivy y la vuelven hacia mí.

—¿En qué otro sitio? —pregunta Coco.

—En una biblioteca, una clase, una residencia universitaria… Ya sabéis, un sitio en el que encaje mejor.

Esbozan una sonrisa burlona, y los dos rebosan tanto desdén que me dan ganas de coger el atizador de la chimenea de Craig y metérselo por esas fosas nasales tan sobreestimuladas que tienen.

—Adelante, primito. Haz lo que tengas que hacer. Déjanos a nosotros la acción de verdad.

Miran hacia la puerta justo a tiempo de ver salir a Ivy. Y, como creen que no estoy muy interesado en ella, ellos tampoco. La sueltan y prestan atención a la otra gente de la fiesta, pasando de mí sin tan siquiera despedirse.

Alcanzo a Ivy en el exterior. Está llorando lágrimas de rabia, las lágrimas que no permitirá que Craig vea.

—Sigue andando —le digo mientras nos alejamos— y no vuelvas la vista atrás.

ROXY

Conozco este restaurante.

Decoración china falsa. Dragones dorados muy chabacanos. Laca rojo sangre sobre las columnas embellecidas. En realidad, lo construyó un alemán, dueño del restaurante en los cincuenta, cuando era mucho más lucrativo vender algo chino que alemán. Hacia el final, contrató personal asiático para mantener la ilusión.

En cierto momento, fue el sitio de moda. Largas colas para entrar y todo reservado con días de antelación. Pero, como todo, su tiempo llegó y pasó. Después, el propietario conoció a uno de mis predecesores, entró en la Fiesta y salió de manera dramática. Le dejó el restaurante a sus hijos adultos, pero ninguno lo quería, así que se lo vendieron a alguien que volvió a venderlo. Ahora, bajo su cuarta dinastía, parece una instantánea sacada de la historia, de una belleza apagada como la de una estrella cinematográfica de la vieja guardia. Y esta noche, bajo el resplandor de cien farolillos chinos polvorientos, está sentada la única persona cuyo nombre no puedo quitarme de la cabeza.

Isaac.

Está en un reservado de terciopelo rojo con su familia.

No sabe que estoy aquí porque, esta noche, no he venido por él. Tengo otros asuntos.

Hay una joven con gafas de montura de carey que ya ha tenido mundo real de sobra y ahora necesita un poco de mí. Ha venido a una cita con un analista bursátil junior que llega tarde. Todavía no lo sabe, pero la ha dejado plantada. Sin embargo, se dará cuenta pronto. Y entonces me introduciré sutilmente en su autocompasión y, abracadabra, será mía.

—¿Estás dejando que se te escape el chico? —me pregunta una voz.

Al volverme, veo que es Addison, que está apoyado en una pared pintada de flores de ciruelo y esboza su sonrisa más insolente.

—Esta noche no estoy interesada en él —le respondo.

Es mentira, sí que estoy interesada. Pero esta noche me está

distrayendo. Nunca me distraigo, y eso me molesta.

—No apartes la vista del premio, Roxy —me provoca—. Aunque, pensándolo mejor, sí, hazlo. Y así me quedo con tu sitio junto a la piscina mientras tú te pasas un año… en alguna otra parte.

En el reservado, la hermana de Isaac le alarga una bandeja humeante a sus padres, que están sentados frente a ellos. Me obligo a apartar la vista y concentrarme en la chica por la que he venido.

—Perdona —digo, y aparto a Addison de un empujón con el hombro.

Después me acerco a la chica, que por fin se ha cansado de esperar al gilipollas desertor de su cita. La agarro, la levanto de la silla y la beso hasta que los huesos se le vuelven de gelatina. Después, la lanzo hacia la puerta. Misión cumplida.

—¡Siguiente! —exclamo sacudiéndome las manos antes de volver junto a Addison.

Ni le hace gracia ni está impresionado.

—Eso ha sido desagradable, Roxy. No es tu estilo.

—Sí, bueno, puede que esté cambiando de estilo.

Addison menea la cabeza.

—Ser cuidadosos es importante —tiene el valor de decirme—. No querrás acabar como Lona.

Eso me cierra la boca. Nadie pronuncia su nombre en voz alta. Lona era una de nuestras predecesoras. Su fracaso fue épico. De los que alimentan leyendas. La típica historia de terror que se les cuenta a los novatos para que no se descarríen. «Ten cuidado, si no quieres acabar como Lona». O: «Será mejor que tengas cuidado, si no quieres que Lona venga a por ti mientras duermes». Según cuenta la historia, Lona fue imprudente. Se pasó y pagó el precio definitivo. No obstante, hay quien dice que sigue viva, presa en una celda por encima de la Fiesta. Capaz de ver el mundo como un prisionero de Alcatraz, pero sin volver a formar parte de él.

—Puede que eso sea lo que quiero —le digo a Addison, solo por llevarle la contraria—: ser como Lona.

—No, qué va —responde con tono siniestro y pausado—. Me preocupo

por ti, Roxy.

Y eso me cabrea. No porque no sea sincero, sino porque lo dice en serio. Cómo se atreve a ser tan paternalista, como si yo fuera la que necesita protección y no él. No necesito que se preocupe por mí. Yo soy la que está dentro del juego, mientras que él es solo un aspirante. Se acordará de esto cuando gane la competición sin tan siquiera esforzarme.

Sin embargo, antes de que se me ocurra algo que espetarle, Addison se acerca al reservado de terciopelo rojo. Se inclina sobre la hermana de Isaac para que siga centrada en la comida y en la conversación que mantiene la familia.

Y yo no puedo apartar la mirada de Isaac. Está ahí, con ellos, pero no. Está pensando en mí. Quiere estar conmigo. Pero no puede. Ahora no. Tiene que ganárselo. Tiene que encontrarme. Esas son las reglas.

14

La victoria **depende** de nuestra resiste**ncia** al dolor **ISAAC**

—No ha sido una decisión fácil —les dicen sus padres a Isaac y a Ivy durante la cena.

Están sentados muy juntos en un reservado del restaurante chino. Rara vez vienen por aquí. Es donde celebran las ocasiones especiales, pero «especial» no siempre significa

«bueno».

Isaac se revuelve en el asiento porque el cuerpo le pica por dentro de una forma que no se alivia rascando. Y, en las sinapsis bajo el cráneo, una única cosa le ocupa la mente.

Esas pastillas.

Le cantan en la cabeza una canción de la que no logra librarse, y la melodía es cada vez más fuerte.

Entre los aperitivos y los primeros platos, Isaac se fija en que sus padres se dan la mano.

Se percata de que están a punto de darles la noticia que ha propiciado esta cena tan elegante.

—Tenemos que hablar de la abuela —anuncia su padre—. Y de su

situación.

—Es un poco peor de lo que pensábamos —añade su madre.

Isaac y Ivy se preparan.

—¿En qué sentido? —pregunta él, mirándolos a la cara y temiendo que les den la peor noticia posible.

—Es la osteoporosis —les cuenta su madre—. Sus huesos están muy frágiles. Puede que no se le cure nunca del todo la cadera.

Los dos hermanos suspiran de alivio a la vez.

—Jo, mamá —dice Ivy—, que ya pensábamos que se moría.

—No —responde su padre—. No está enferma, pero va a sufrir problemas de movilidad bastante serios. Y va a necesitar más ayuda de la que podemos darle…

Es Ivy la que primero entiende la situación.

—¿Vais a meterla en un asilo?

—Una vivienda tutelada —la corrige su padre—. No es lo mismo. Tendrá una habitación propia y podrá llevarse sus cosas. Será como cuando estaba con nosotros, pero contará con personal médico a su disposición las veinticuatro horas del día.

—Y estará con otras personas de su edad —añade su madre.

Isaac niega con la cabeza; no le gusta nada la idea.

—La abuela odia a las personas de su edad.

—¿Y si se cae otra vez y no hay nadie en casa? —plantea su padre—. ¿Y si la siguiente caída es todavía peor que esta?

Nadie sabe qué responder. La pregunta se queda flotando en el aire, pesada, como las nubes de jengibre y ajo que salen de vez en cuando de la cocina.

—Es por su propio bien —dice por fin su madre.

—No, es por vuestro propio bien —ataja Ivy—. Porque no queréis esa responsabilidad.

Su padre está a punto de morder el anzuelo e iniciar una discusión, pero su mujer le pone una mano en la suya, con cariño, e intenta calmar los ánimos.

—Sea como fuere, no podemos permitirnos un cuidador personal, que es lo que necesitaría si se quedara con nosotros —responde—. La otra opción sería que tu padre o yo dejáramos de trabajar y nos quedáramos en casa, pero eso tampoco nos lo podemos permitir… Apenas llegamos a fin de mes tal y como estamos ahora.

Su padre suspira, se toma un momento y, al final, dice:

—Ojalá pudiera chascar los dedos y que todo fuera como nos gustaría. Pero tenemos que ser prácticos. La abuela también lo sabe.

—¿Se lo habéis dicho? —pregunta Ivy.

—Lo hemos hablado.

—¿Y quiere irse?

—Sabe que es lo mejor.

Durante toda la conversación, Isaac ha guardado silencio porque se le ha ocurrido la idea más horrible y egoísta del mundo. Si la abuela se va a una vivienda tutelada, con ella se irá el contenido de su armario de las medicinas. No tendrá acceso a sus pastillas.

Aunque se había prometido por activa y por pasiva que no volvería a quitárselas, la perspectiva de su ausencia absoluta e irrevocable había subido el volumen de la horrorosa canción de su cabeza hasta reventarle el cerebro. «Esto no va de mí —intenta gritar por encima de aquel siseo creciente—. Esto va de la abuela. Joder, ¿cómo puedo ser tan egocéntrico?».

Entonces llega la comida, en el peor momento posible, como suele pasar en los restaurantes. Nadie tiene ganas de interactuar, pero la comida es compartida, así que no queda más remedio. Aunque los cuatro están apretujados en el reservado, parecen estar practicando un nuevo estilo de distanciamiento social. Paredes emocionales en vez de espacio físico. A Isaac le recuerda a algo que ha estudiado en clase de Ciencias: que el espacio es tan frío porque el vacío no conduce el calor. Al parecer, el vacío emocional tampoco puede hacerlo, porque el espacio entre ellos está helado.

Un cuerpo en movimiento tiende a seguir en movimiento. Isaac es una

prueba viviente de la primera ley de Newton mientras da vueltas por su dormitorio esa misma noche.

No es capaz de sentarse sin sentir que tiene que estar de pie. No puede estar de pie sin sentir que tiene que tumbarse y, cuando se tumba, no encuentra una postura cómoda.

Lo invade un anhelo que se le pega a las costillas y se le sube a zarpazos hacia la garganta. El doctor de su abuela no le renovó la receta de las pastillas y no lo hará hasta que salga del hospital. Así que, ese primer día, Isaac hizo una incursión a fondo en el dormitorio de su abuela, diciéndose que estaba limpiándoselo, aunque, incluso entonces, sabía que era mentira. Dio con dos pastillas caducadas en un frasco olvidado al fondo de un cajón. Partió por la mitad la primera y en cuatro partes la segunda, ya que suponía que así podría ir desenganchándose de ellas, pero no funcionaba.

Empezaba a darse cuenta de hasta qué punto había llegado a depender de las pastillas.

Era como si tuviera el corazón roto y los fragmentos astillados se hubieran ocultado en algún lugar externo a su cuerpo. Ya solo le quedaba un cuarto de pastilla.

«Quizá se me pase si duermo bien esta noche», piensa. Puede que necesite conexión humana. Estas últimas semanas las ha pasado muy aislado. Así que coge el móvil para

llamar a Shelby. Hablan muy a menudo, aunque le da la impresión de que últimamente lo han hecho menos. A pesar de que ella vuelve a enviar mensajes de texto, parece que sobre todo son mensajes al grupo. No recuerda lo que se dijeron en su última conversación de verdad. ¿Se rieron? ¿Discutieron? ¿Se dijeron algo de lo que después se arrepentirán? ¿Cómo podía arrepentirse de algo si no recordaba lo que era?

—Hola, Isaac —dice ella, que responde al tercer timbrazo.

El tono de voz es normal. No frío, aunque tampoco cariñoso. Aunque así es Shelby. No se compromete a nada, ni siquiera emocionalmente.

—Buenas, ¿cómo vas? —le pregunta él.

—Pues bien, haciendo los deberes. ¿Y tu pie?

—Mucho mejor.

—Genial, eso es bueno, ¿no?

Algo va mal. No es que parezca tratarlo con pinzas, sino que parece intentar esconder las pinzas para no verlas.

—¿Estás bien? —le pregunta Isaac antes de que ella se lo pregunte a él; pero después cae en que quizá ella no se lo hubiera preguntado.

—Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Bueno, pues estoy bien, supongo.

—Genial.

—Sí. En fin, tengo que terminar estos ejercicios antes de que se me fría del todo el cerebro. ¿Te llamo después?

—Claro —responde Isaac.

Se despiden y cuelgan, y él repasa mentalmente la conversación entera varias veces, sin saber ni comprender lo que significaba la llamada, si es que significaba algo. Es como cuando te metes en una pelea por mensajes de texto porque no ves a la otra persona y

no sabes interpretar sus emociones. Crees que está enfadada cuando, en realidad, está de broma; crees que está siendo cruel cuando, en realidad, es ironía. Por eso se inventaron los emojis. Su conversación con Shelby era como una serie de mensajes ambiguos sin emojis. Y la desagradable sensación que le sube a zarpazos por el cuerpo le ha llegado a la cabeza. La nota detrás de los ojos, corriendo como ratas por el nervio óptico. De repente, se echa a llorar sin saber por qué.

Todo alcanza su punto crítico en el partido del día siguiente. Está de vuelta en el campo, dispuesto a jugar a tope todo el partido, siempre que su entrenador se lo permita. El tobillo está en perfectas condiciones y puede seguir por donde lo había dejado. Isaac sabe que si hay algo capaz de sacarlo de cualquier hoyo es la euforia de la competición.

Ahora toda la energía desenfrenada y sin rumbo que ha estado cortocircuitándolo por fin tiene un objetivo. La usará en su beneficio. ¡Esa noche será un máquina en el campo!

Se trata de unas eliminatorias para el campeonato estatal, así que

razón de más para que ponga toda la carne en el asador. Sus padres están entre el público. Ricky y algunos de sus otros amigos, también, para celebrar su regreso al campo. Shelby dijo que quizá podría pasarse, aunque tenía un trabajo que había estado dejando para el último momento. La busca entre el público, pero intenta que eso no lo desconcentre.

Justo antes de empezar, el entrenador da uno de sus apasionados discursos al equipo, de esos que siempre acaban con un tópico moral, como los que se ven en los pósteres del despacho de un profesor de gimnasia.

El de hoy es: «La victoria depende de nuestra resistencia al dolor».

Isaac y todo el equipo lo repiten a voces como si fuera un grito de guerra.

Se coloca las espinilleras, se ata los cordones de las zapatillas y sale al campo. Lleva dentro una debilidad que está decidido a eliminar, y puede que hasta disfrute haciéndolo. Inhala el dulce aroma de la hierba cortada. El aire fresco de primera hora de la noche le recorre el cuerpo. Los músculos de las piernas se estiran al máximo. Pronto, las endorfinas llenarán cualquier parte de su cuerpo que no esté completa. Así acabará su sufrimiento.

Suena un silbato. Empieza el partido. La pelota va pasando de uno a otro hasta que llega por fin a Isaac…, que pierde la posesión de inmediato. Pero no pasa nada. Va bien.

No está en baja forma. Solo necesita coger ritmo, puede que tarde unos minutos.

La mayor parte del primer tiempo es muy defensiva y rechazan varios intentos de tiro a portería. Después, Isaac ve su oportunidad y la aprovecha arriesgándose a una entrada para quitarle la pelota a un oponente. Un compañero de equipo mete el pie y se la devuelve a Isaac.

Ahora tiene la posesión, y que Dios ayude a quien se interponga en su camino.

Isaac lleva la pelota hacia el campo contrario con una ofensiva brutal, esquivando a uno, dos y tres defensas. Siempre ha sido un jugador de equipo, pero esta noche es distinto.

Esta noche no tiene intención de pasar la pelota, salvo que no le quede

más remedio.

Sabe que está siendo imprudente. Se le ve en la forma en que esquiva a los defensas. En la forma en que clava los hombros en los jugadores del otro equipo. Está jugando con su físico. Está jugando sucio. Y funciona.

La bandas están electrizadas. Todo el mundo lo vitorea. Su entrenador está a punto de perder los estribos. Isaac puede marcar. ¡Va a marcar!

Ya ha dejado atrás a los defensas y está frente a frente con el portero, corriendo a velocidad crítica, sin intención de frenar… Pero la pelota se le está adelantando.

El portero avanza con una sincronización perfecta y se coloca en el sitio justo para pararla.

A pesar de la impresionante exhibición de Isaac, va a perder esta batalla… y en, en el fondo, lo sabe. Pero, todavía más en el fondo, no le importa. Es esa cosa que le rasga las entrañas. Una entidad caótica. Que no teme al dolor. Que no solo le da la bienvenida al desastre, sino que lo agradece.

Isaac avanza como un toro y lanza todo su peso contra el portero que se le acerca. El portero, que tiene un centro de gravedad mucho más bajo, se pega a la pelota. Aun así, Isaac no para. No cede en absoluto. Y, cuando entra en contacto con el portero, sale volando por encima de él, llevado por su propio impulso, trazando un arco balístico en movimiento.

Y se estrella contra la esquina de la portería, con el hombro por delante.

Oye el crujido del hueso al romperse, un ruido que le rebota dentro como una explosión sónica, acompañado de una sensación horrorosa.

El hombro humano se compone de tres huesos principales: la clavícula, la escápula y un tercero que Isaac no recuerda. Ese es el que se ha reventado. Ahí es donde se ha desgarrado los ligamentos.

Se retuerce en el suelo, cegado por el dolor, hasta que no puede hacer nada más que respirar y sollozar. A través de los ojos nublados, ve rostros mirándolo. Su entrenador.

Otros que no identifica. Alguien hace un movimiento demasiado enérgico al ponerle una bolsa de hielo en el hombro, y él se revuelve y

gime.

La pelota no llegó a entrar en la portería. Apenas ha logrado jugar la mitad del partido.

Y no volverá a jugar en el futuro próximo, así que no lo verá ningún cazatalentos. A pesar de ello, por fin se relaja la criatura que lo desgarra por dentro. Porque, por mucho dolor que esté sufriendo, sabe que solo es temporal.

Pronto sentirá alivio.

La única duda es la dosis.

15

Una preciosa pastilla **d**e c**olor** blanco

ISAAC

La zona de urgencias no está tan tranquila como cuando llevaron a la abuela. Además, a Isaac no lo llevan por la vía rápida de la ambulancia, así que lo relegan a la sala de espera, un purgatorio de ansiedad en el que docenas de personas se enfrentan a las distintas etapas del contagio y el trauma.

Isaac se pasea y clama contra las fuerzas desalmadas de la burocracia. Su madre no deja de intentar que se tome un ibuprofeno, pero él se niega.

—¡Eso no sirve de nada! —insiste.

Lo que le faltaba ya es que un médico le diga que no puede tomarse nada más fuerte hasta que se le pase el efecto del paracetamol. Se siente destrozado de tantas formas distintas que su agotamiento emocional contribuye más a su desgracia que el dolor.

Cuando por fin lo llevan adentro, el tratamiento no tiene nada que ver con el de su abuela. Una lesión de hombro en una persona joven y sana no reviste la misma urgencia que una cadera rota en una persona mayor. No le ponen intravenosa. No le ofrecen una inyección mágica. Sin embargo, después de esperar veinte minutos más, una enfermera comprueba sus constantes vitales y autoriza la medicación. Una preciosa pastilla de color blanco y un relajante vaso de agua.

—Para el dolor —le dice la enfermera.

Pero la madre de Isaac le para la mano cuando va a cogerla.

—¿Qué es eso? —pregunta, suspicaz.

—¡Mamá! —exclama él—. ¿Qué más da? ¡La necesito!

—Se llama Roxicet —responde la enfermera.

Su madre se relaja y deja que se la tome.

—Vale, bien. Eso lo que toma la abuela para el dolor. —Le da unas palmaditas en el brazo y sonríe a la enfermera—. Mientras no sea OxyContin…

—Bueno, en realidad… —empieza a explicar la enfermera, pero Isaac

la corta con una tos muy oportuna.

—Necesito… —Tose—. Más agua… —Tose—. Se me ha quedado atascada la pastilla.

Su madre corre al lavabo para llenarle el vaso.

No se le ha atascado la pastilla. Ya se la ha tragado. Aun así, el agua ayudará a que se disuelva más deprisa y, lo que es más importante, le dará margen a la enfermera para pensarse lo que iba a decir… y para decidir que, quizá, decirle a la madre de Isaac que Roxicet es lo mismo que OxyContin, solo que con un poco de paracetamol, no servirá más que para complicar las cosas. La enfermera sabe qué es lo importante: aliviar el dolor de Isaac. Así que no termina la frase y lo deja correr.

A Isaac le da la impresión de que la pastilla ya está funcionando. Evidentemente, no es cierto (sabe que es el efecto placebo), pero le vale hasta que de verdad le haga efecto.

Un TAC, una ecografía y la amenaza de una resonancia si las dos primeras pruebas no son concluyentes. Lo mejor de las urgencias de los hospitales es que no tienes que programar las pruebas con semanas de antelación, ni tampoco esperar a los resultados.

Sucede todo sobre la marcha, mientras esperas, aunque su padre no deja de quejarse porque sabe que le van a cobrar por cada persona con bata blanca que lo mire de reojo.

Más espera. La tele va por su segunda entrega de una maratón de Jason Bourne. Todas las persecuciones en coche por ciudades extranjeras parecen la misma, sobre todo cuando te han dado un calmante. Por fin llega el ortopedista de guardia con las noticias.

—Podría ser mejor, podría ser peor —dice—. Te has fracturado la clavícula y te has desgarrado el manguito rotador. La buena noticia es que no reviste la gravedad necesaria para operarlo. Solo requiere tiempo, descanso y una buena fisioterapia.

—Duele —replica Isaac—. Duele mucho…

Aunque el dolor ya ha quedado reducido a un latido monótono.

El médico se acerca al pequeño ordenador sobre ruedas y le echa un vistazo a la historia de Isaac. En las películas antiguas, siempre es una tablilla con sujetapapeles, pero la tecnología ha relegado las tablillas a los anales de la historia.

—Te haré una receta para el dolor —le dice el médico, y saca un cuadernito con calco en papel carbón; al parecer, en lo que respecta a las sustancias controladas, la tecnología no tiene nada que hacer—. Seguiremos con los analgésicos. Tómate uno cada ocho horas.

Te voy a dar para dos días.

Isaac cree haberlo oído mal.

—¿Para dos días?

—Puedes combinarlo con el ibuprofeno.

—¿Ves? —interviene su madre—. Podrías haberte tomado la pastilla que te ofrecía.

—Pero, espere, ¿solo me va a dar seis pastillas?

El médico se vuelve hacia el chico y, de repente, es como si Isaac viera las señales de advertencia que acaba de enviarle brillando como neones por toda la sala.

—Solo necesitas para dos días… —contesta el doctor, suspicaz—. ¿Eso te supone un problema?

El bolígrafo se detiene sobre la receta, en la zona justo antes de la firma. El corazón de Isaac se queda al borde de un precipicio desolador, dispuesto a lanzarse a la nada.

Entonces, el cerebro medio atontado por fin entra en acción y lo aparta del borde.

—No puedo tomarme tantas —dice, fingiendo un gemido—. Las pastillas para el dolor siempre me dan náuseas.

Y el médico termina de escribir la receta.

—Tú recuerda tomártelas con comida —le indica mientras arranca la hoja y se la da a su madre—. Así no te sentarán mal.

El médico se va, no sin antes avisarles de que la enfermera les dará el volante para la fisioterapia.

Cuando los padres de Isaac le ven la cara, creen que saben a qué se debe.

—Estas cosas pasan, cielo —le dice su madre—. No es el fin del

mundo.

—A veces, la vida te la juega —añade su padre.

—Ha sido un accidente horrible, pero lo dejarás atrás —concluye su madre.

Sin embargo, en el fondo, una parte de él sabe que no ha sido un accidente. Lo ha hecho adrede. Como cuando sueltas el volante y dejas que el coche salga disparado.

Y lo que más le molesta a Isaac no es haberlo hecho, sino que haya sido solo por seis ridículas pastillas.

ROXY

¡Me ha encontrado!

No ha sido fácil, pero lo ha hecho. Ha sacrificado mucho para que estemos juntos. Es precioso que sea capaz de llegar a estos extremos solo para estar conmigo. Ha sido valiente… No, es algo más.

Es poético.

Sus amigos van a verlo la primera noche, pero él está concentrado en mí. Y yo en él. No a medias, no, le ofrezco toda la atención de la que soy capaz y más. Lo necesita. Se lo merece. Por más que sus amigos le digan que han venido para animarlo, noto que quiere que se vayan. Es agotador. Y esa Shelby es la peor; le dice cosas como: «No sé por qué juegas tan duro. No es más que un deporte». Si pudiera, la convertiría en una pelota de fútbol para ver cómo la revientan a patadas.

«¿Cómo es ser yo?». Me sigo repitiendo la pregunta de Isaac. No solo es que nadie me la hubiera planteado antes, sino que tampoco yo me la había planteado. Vivía en el presente. Iba de fiesta. Disfrutaba del subidón de la caza. Tenía tantos acompañantes que los medios de comunicación se volvían locos conmigo. Me enorgullecía de ser una pieza clave en la epidemia de los opioides.

Así que ¿cómo es ser yo? Es alucinante. Es frenético. Es impresionante a una escala demasiado enorme para concebirla. No obstante, la palabra que se me ocurrió cuando me lo preguntó fue «solitario», y en realidad no es más que la punta del iceberg. La palabra en la que pienso ahora es la que ofrece la imagen completa.

Insatisfactorio.

No quiero reconocerlo. Me cabrea incluso pensarlo. Me entran ganas de arrastrar a un millón de personas a la Fiesta y reducirlas a cenizas. Pero sé que ni siquiera eso me satisfará. Ni siquiera un poquito. Siempre estoy sedienta, nunca me sacio. Por mucho

que obtenga, necesito más. Ser yo (ser nosotros) es una maldición. Por eso nunca dejamos de movernos, nunca dejamos de pescar en las profundidades del alma de las personas en busca del siguiente chute. Somos adictos a su adicción.

Esta revelación no es algo de lo que pueda hablar con mis superiores.

Hiro me regañaría; es demasiado disciplinado para perder tiempo con la introspección. Porque, si tu alma es un abismo, ¿para qué vas a asomarte a ella?

Pero Isaac está al borde de un agujero negro e intenta alcanzarme a través de mi horizonte de sucesos. Podría tirar de él fácilmente, aunque ¿y si dejo que me saque?

Interludio n.º 3: Lucy (C20H25N3O)

No es que no lo recuerde. Lo recuerdo todo, salvo que no en lo que podría considerarse un «orden», ya que un recuerdo se funde con el siguiente y con el siguiente hasta que todo se convierte en un tofe retorcido de todo lo pasado, o quizá ni siquiera haya pasado, porque eso también sucede a veces.

Pero sí que sé la diferencia entre el entonces y el ahora, porque el ahora no hay que recordarlo, solo es, y «ahora» significa aquí, por encima de la Fiesta interminable, en el tejado inclinado al que me gusta salir para alejarme del jaleo de abajo, porque el jaleo no es mi rollo, ¿sabes?

Para mí, el tejado no es un tejado, sino una colina cubierta de flores silvestres, y el aire es una tarta de cumpleaños recién salida del horno y el cielo es un torbellino de colores que van más allá de lo que se supone que ven los ojos. Y bailo con él y con ella y con él y con elle, y es bueno seguir aquí y que te recuerden, y compartir los cielos sabrosos, los caracoles pintados que hablan idiomas e incluso las arañas jabalí que se te meten en el cerebro y te hacen gritar, porque también pasa eso a veces.

El espacio que tengo delante se retuerce y borbotea como una olla al fuego, y en medio hay alguien a quien no he visto nunca, un joven que tiembla con los ojos muy abiertos, maravillado.

—¿Eres nuevo? —le pregunto—. Recuerdo cuando yo era nueva, pero eso fue hace mucho tiempo, aunque a veces volvemos a ser nuevos, pero no recientemente, así que

¿eres nuevo?

—Sí, mi primera vez —responde, y veo que no es uno de nosotros, sino uno de ellos.

Nada más que un crío que quería experimentar.

Esperaba estar en otra parte, pero ha acabado aquí y ha pensado: «Venga, ¿por qué no? Tampoco es que vaya a matarme». Cosa que yo jamás haría. No le haría daño ni a una mosca, aunque a veces me las coma; las moscas, me refiero, aunque solo las de canela.

—Túmbate —le digo mientras le masajeo el cuello—. Déjate llevar.

Noto su pulso en las puntas de los dedos y ¡cómo me recuerda a los viejos tiempos!

Recuerdo cuerpos, aliento y música a una velocidad elástica y alargada. Las palabras

distorsionadas eran un hechizo para abrir mi alma y compartirla con los que me querían, porque entonces, en aquellos días, el amor era libre.

Se movían en círculos de moaré en el parque, muchas personas, despacio, sueltas, y la angustia se les derramaba de una lata oxidada hasta que dejaban de sentirla y, ¡ay!, yo era preciosa, con mi corona de flores blancas trenzada en el pelo como si fuera una novia elfa y pies tan gráciles que era capaz de hacer piruetas sobre una brizna de hierba, y las semillas de diente de león volaban a mi alrededor, ya que yo era el legítimo objeto de su adoración, mientras las personas serias decían: «Los dientes de león son una mala hierba que hay que arrancar de raíz». Pero ¿por qué lo decían? Si los dientes de león hacen feliz a todo el mundo…

El chico nuevo se ríe.

—¿Estás viendo esto?

—Veo todo lo que ves tú —contesta—. Todas tus dimensiones y revelaciones.

Colina abajo ahora rueda una lenta corriente de lava azul, no caliente, sino cálida.

Puedes caminar sobre ella. Puedes tumbarte en ella y dejar que te rodee, que te envuelva.

—Este puede ser nuestro secreto —le digo—. O puedes contárselo al mundo entero.

Me da lo mismo.

Se ríe, se encoge, se estremece y se vuelve a reír.

—Ahora todo tiene sentido. Todo.

Que es lo que siempre dicen cuando su viaje no es de los de arañas y serpientes. Por un resplandeciente instante, creen que la vaca tiene una razón perfecta para saltar por encima de la luna y que la respuesta a todo está entretejida en el cordón de su zapato izquierdo.

¿Qué más da que las respuestas no sean reales? La realidad está sobrevalorada, pero recordarán pensar que sabían los secretos del universo. Salvo, por supuesto, cuando no lo recuerdan, porque eso también pasa a veces. La iluminación tiene un precio, corazón, puede que chorrocientos millones de neuronas que estallan como luces de Navidad en una tormenta.

Se ha quedado pálido. Respira deprisa. Agita un dedo delante de la cara.

—Creo que estoy viendo mi mano de ayer —farfulla.

Son muy monos cuando se ponen así, y eso me hace reír. Me hace olvidar que los viejos tiempos quedaron atrás y que mi melena es ahora gris. Bueno, puede que así sea, pero mis ojos todavía contienen más de lo que sueñas en tu filosofía, por citar a como se llame, que debía de tener algo de mí dentro, aunque yo no hubiera nacido todavía cuando el Bardo hacía sus cosas.

—No eres lo que me esperaba —dice el chico.

—¿Soy mejor? ¿Soy peor?

—Eres distinta.

—¿Como… si pidieras una hamburguesa y te pusieran una bombilla?

—Algo así, supongo. —Y entonces confiesa—: Me siento muy… raro. Estoy un poco asustado…

—¿Solo un poco?

—Puede que más que un poco.

—Puede que sea porque sabes algo que no deberías saber —le susurro—. Puede que sea porque sabes que puedes volar.

—¿Puedo volar?

—¿Puedes?

—No lo sé.

—¿Y si pudieras?

Lo acaricio con más ganas para llegar hasta su cerebro y clavarle las uñas en todos los pliegues de la corteza porque lo que más deseo en el mundo es verlo volar y saber que he sido yo (yo) la que lo ha hecho realidad, y demostrar a los otros que no soy solo una antigualla idiota de una época que era tan sangrienta como inocente, pero sobre todo sangrienta.

—¡Puedo volar! —exclama.

—Sé que puedes.

Quizá sea este el que tenga la convicción suficiente para hacerlo. Y todos los demás de la Fiesta lo verán y lo sabrán. Guardarán silencio, pasmados, y reconocerán que soy su diosa. Y por fin, por fin se inclinarán ante mí y se arrepentirán por cómo me han tratado, y yo seré benévola y los perdonaré, porque una diosa puede permitirse ser magnánima, y solo basta con que este dulce chico de ojos inocentes alce el vuelo.

—¿Saltarás? —le pregunto—. ¿Saltarás al cielo? ¿Te elevarás por mí?

Y él se mira los brazos y ve alas, y mira el horizonte y ve que las nubes se transforman en una mano que lo llama desde las alturas, que ahora se abren para recibirlo como un amante, y en lo más hondo de su corazón sabe que esta es la respuesta a todas las preguntas de su vida, así que se acerca al borde y, sin vacilar un segundo, salta, y yo chillo de pura alegría.

Pero la gravedad se niega a soltarlo.

Se arquea como un saltador y desaparece de mi vista con un horrible grito de cerebro de araña, como los demás, como todos

los demás, sin hacerse uno con el cielo, sino con la tierra, mucho más abajo. No quería que cayera. De verdad que quería que volara, de corazón, y de verdad que creía que lo haría, de corazón. Que yo le daría ese poder… o, al menos, que lo abriría a ese poder interior. Me pregunto si para él habrá merecido la pena. ¿Habrá merecido la pena ese momento de fe absoluta a cambio de todo lo que ha perdido?

Y estoy triste, aunque no demasiado, porque desde aquí arriba no lo veo llegar al fondo, pero, aun así, estoy triste porque vuelvo a quedarme sola y sigo siendo la mascotita graciosa de la Fiesta. Esa chica rara que da vueltas en una esquina, simplemente una encantadora de luz y sueños de mente difusa, sin más sustancia que la que se derrite en la lengua como un copo de nieve. Sin poder para cambiar lo que es real, solo lo que no lo es.

Así que me siento entre las flores silvestres, junto al río de lava azul, en la colina inclinada del tejado, y escucho el clamor de la Fiesta mientras deseo, deseo, deseo que el siguiente sea el que vuele de verdad.

16

Como **Cr**aig, no es más que **u**na distra**c**ción inn**e**cesaria IVY

Ivy está recibiendo más atención últimamente, de todo el mundo. De los chicos del instituto. De la gente con la que charla en las cafeterías e incluso de sus propios amigos.

—¿Te has hecho algo nuevo en el pelo?

—Estás entrenando más, ¿verdad?

—¡Esos vaqueros te quedan genial!

Pero no es ninguna de esas cosas. Es su actitud. La forma en que se comporta. Sus ocurrencias son más rápidas y más ingeniosas, y camina con más brío, incluso sin pretenderlo. El FUTURO ya no es una acusación a gritos. Ahora no es más que el futuro, y no pasa nada. Ivy está bien. Y seguirá estándolo. Ya no se siente avasallada por la vida, y eso lo cambia todo.

Y le gusta ser el centro de atención. O, al menos, le gustaba al principio, hasta que empezó a resultar irritante. Es un efecto secundario, igual que la pérdida de peso. Al fin y al cabo, es todo agua. La medicación es, técnicamente, un estimulante, lo que puede

deshidratarte y quitarte el apetito.

«No es para tanto».

Ese ha sido su lema estos días.

Ha estado petándolo en clase, así que ¿cómo va a quejarse? Pero que se abran nuevos caminos no desactiva el campo de minas que todavía existe entre esos caminos y ella.

Está en la parada del autobús, después de clase. Podría volver con Isaac, pero a él aún le falta una hora más. A Ivy la paciencia casi nunca le da para esperar a que salga. Su nuevo régimen no permite la virtud de la paciencia.

Grant Maldonado también está en la parada. Coinciden en la clase de Ciencias.

Últimamente han hecho pareja en el laboratorio. Es probable que hace un mes Grant ni siquiera tuviera a Ivy en su radar, o, si la tenía, era un OVNI. Ya no. Grant parece estar

interesado en la nueva Ivy. Eso es bueno. Grant es guapo, listo y popular, aunque de un modo discreto. A diferencia de los otros chicos «populares», no tiene que esforzarse para serlo ni tampoco siente la necesidad de lucir su popularidad como si fuese un logro.

Ivy no sabe bien qué hacer con su atención. Bueno, sabe lo que le gustaría hacer, pero ahora mismo le parece demasiado esfuerzo.

«Es una distracción —le dice una voz interior—. Acabas de romper con Craig y, como Craig, no es más que una distracción innecesaria».

Aunque querría que le gustara Grant, parte de ella solo es capaz de fijarse en sus defectos. Como la nuez, que se le mueve demasiado cuando habla. Cuesta concentrarse en lo que dice cuando no haces más que seguir con la vista la pelota que bota. Y

también está su mirada, que es algo inquietante. No pasa nada cuando está concentrado en algo, como cuando trabajan juntos en el laboratorio, pero, cuando están los dos solos, es como si Grant no supiera dónde mirar. Es como si temiera que el contacto visual fuera demasiado íntimo y le preocupara que, de mirar abajo, ella pensara que pretendía mirarle los pechos. En realidad no lo hace, pero teme que ella piense que lo hace. Y, entonces, él sabrá que lo piensa. Y ella sabrá que él lo sabe. Y, de repente, se han perdido en un pasillo lleno

de espejos sociales sin salida viable.

No es que se ponga nervioso cuando está con ella. Es más que le pone nervioso la posibilidad de ponerse nervioso, lo que resulta igual de inquietante.

A Ivy le fastidia una barbaridad estar centrándose en eso, porque los chicos con los que acaba saliendo tienen tantos defectos que se funden en uno solo, así que ni siquiera se molesta en contarlos, aunque la verdad es que debería.

—Hola, Ivy. ¿Cómo crees que te ha salido el examen? —le pregunta Grant.

—He aprobado —responde, aunque está segura de que lo ha hecho bastante mejor que eso.

Grant sigue hablando de lo que se le ocurre: de profesores, de otros chicos. Del pelo de Ivy y de lo mucho que mola. Ella no le presta demasiada atención porque no puede dejar de seguir el movimiento de la pelota que bota. Pero entonces él pone esa cara de

«no te estoy mirando los pechos».

—Oye, se me ha ocurrido algo —dice Grant—. El viernes por la noche voy a quedar con unos amigos y me gustaría…

Entonces se oye la bocina de un coche.

—¡Eh, Ivy! —le grita Tess desde la ventanilla del copiloto de TJ—. ¿Qué haces perdiendo el tiempo con esos pringados? Ven con nosotros.

En el peor momento. En el momento perfecto. Ivy está en una encrucijada, en el punto en que se cruzan dos caminos: el de la persona que era y el de la persona que podría ser.

Y da mucho miedo estar en ese cruce ahora mismo.

—Tengo que irme —le dice a Grant—. Nos vemos mañana en clase, ¿vale?

—Sí, sí, claro, en clase —responde la nuez de Grant.

Ivy corre a meterse en el asiento trasero de TJ y salen a toda pastilla justo cuando llega el autobús. A Ivy le fastidia que Tess se haya cargado una posible cita, aunque también se siente aliviada por no

tener que tomar ninguna decisión.

«Es una distracción innecesaria».

Sí, bueno, pues a lo mejor la necesita.

—Entonces, ¿qué? —le pregunta Tess, volviéndose para mirarla—. ¿Grant Maldonado y tú? Con razón no has estado saliendo con nosotros.

—Solo somos amigos. Es mi compañero de laboratorio. Hemos hecho látex juntos.

—Sí —asiente TJ—, pero ¿pensáis usar ese látex?

Tess le da un manotazo.

—¡TJ, no seas bruto! —Después se vuelve hacia Ivy—. Pero ¿pensáis hacerlo?

—No está claro —responde ella—. Serás la primera en saberlo si lo hacemos.

Lo que es mentira. Tess es el megáfono de asuntos privados del instituto. Tiene su gracia cuando le toca a otra persona, pero, si te toca a ti, no tanto.

TJ se mete por una calle por la que no se va a ninguna de sus casas, así que Ivy le pregunta: —¿Adónde vamos?

—Al centro comercial Pinewood.

—¿Ese sitio del año de la pera? ¿Quién va allí?

—Nadie. Todavía.

Al parecer, el centro comercial está tan poco de moda que se ha vuelto a poner de moda, y Tess quiere estar a la vanguardia de la moda.

—No es por fastidiaros los planes, pero de verdad que me tengo que ir a casa —les dice Ivy.

—Vale. Supongo que también podríamos pasar el rato en tu casa —le contesta Tess, que al parecer no se ha dado cuenta de que no era una invitación.

¿Cómo le dice Ivy eso sin que la situación se vuelva muy incómoda?

Aunque tiene deberes y está decidida a terminarlos, Tess sabe cómo hacer que cosas como los deberes parezcan una chorrada.

«Los viejos patrones de comportamiento no son tus amigos, Ivy».

En vez de decirles directamente que hoy solo son su medio de transporte, lo deja estar y cambia de tema con la esperanza de que la solución se presente sola antes de llegar a su casa.

—Oye, ¿cómo fue la fiesta? —pregunta—. No me lo habéis contado.

—Una locura —responde TJ.

—En serio —confirma Tess—. Vamos, que fue salvaje, aunque lo normal para una fiesta universitaria. Pero, más o menos a medianoche, un tío saltó del tejado.

—Apuntaba a la piscina —dice TJ.

—Estaba a varios kilómetros de la piscina.

—Alguien dijo que había tomado ácido.

Ivy hace una mueca.

—¿Y está bien?

—No creo —responde Tess.

—¿Cómo va a estar bien? —dice TJ.

—No nos quedamos a verlo, nos largamos, como casi todo el mundo. De todos modos, se suponía que no podíamos estar allí. —Y entonces Tess echa el brazo atrás y agarra la mano de Ivy—. Ivy, hiciste bien en no ir. Debería escucharte más a menudo.

Eso basta para arrancarle una sonrisa a Ivy, pero no una invitación cuando llegan a su casa. O, al menos, no una invitación sincera.

—Entrad, ¡os puedo presentar a nuestro nuevo gato!

—¿Gato? —repite Tess—. ¿Ahora tienes un gato?

—Gatito, en realidad. Lo adoptamos para nuestra abuela, que sigue en el hospital.

—Sabes que soy superalérgica a los gatos, ¿no? —dice Tess.

—Mierda, se me había olvidado.

Tess suspira y esboza una sonrisa de disculpa.

—No te preocupes.

Y vuelven al plan original. El centro comercial que no molaba y ahora mola. Se largan y dejan a Ivy en el camino de entrada a casa.

Evidentemente, no existe ningún gato, pero Tess y TJ no tienen por qué saberlo.

17

La em**bot**icada guard**i**a**n**a del caldero

ISAAC

A la abuela de Isaac la trasladan a una unidad de cuidados intermedios, después a una sala general y después a la calle. La búsqueda de una vivienda tutelada es como la de un piso en una gran ciudad. Mientras tanto, hasta que esté curada del todo, la han relegado a una residencia terapéutica especializada. La mitad de los residentes se recupera de algo: una caída, un infarto, una operación. Pasan allí la condena que les toque y salen en cuestión de un par de meses. La otra mitad está allí para siempre, a la espera de una salida distinta.

Isaac habría visitado a su abuela incluso de no haber tenido intenciones ocultas. Es lo que intenta recordarse. Así consigue mitigar un poco la culpa que siente por sus intenciones ocultas.

Se supone que es una de las mejores residencias. Hay plantas artificiales por todas partes y grandes salas compartidas con televisores respetables. Pero nada puede ocultar el hedor a desinfectante y podredumbre.

—¿No te pone la carne de gallina? —le pregunta su abuela cuando va a hacerle compañía esa tarde. La mujer mira hacia la puerta y ve a una enfermera empujando por el pasillo a un anciano encorvado de mirada vacía; está claro que se trata de uno de los residentes a largo plazo—. Pobre cabrón. Si alguna vez me ves así, prométeme que le darás un empujón a la silla de ruedas para ponerla delante de un autobús.

—¡Abuela!

—Lo sé, lo sé, solo estoy de broma. Pero, de verdad, hazlo.

Los dos han mantenido ya la conversación sobre qué demonios le había pasado a su hombro, porque no es que pueda ocultarle un brazo en cabestrillo.

—Lesión deportiva —le dice, sin entrar en detalles.

Ella resopla.

—Cuando tenía tu edad, los deportes eran más para disfrutar que para sufrir. Estamos criando a una generación de masoquistas entrenados por sádicos.

La abuela comparte habitación con una mujer que tiene la cama junto a la ventana y llama a la enfermera cada cinco minutos. No es que pulse el botón para llamarla, es que la llama a gritos una y otra vez.

—Es como el puñetero perro del vecino —susurra la abuela, como si no quisiera que la oyera la otra, pero lo bastante alto para asegurarse de que lo haga.

—¿Te están tratando bien? —pregunta Isaac.

La abuela se incorpora un poco en la cama y hace una mueca.

—Todo lo bien que cabría esperar.

—¿Y el dolor?

—Varía de un día para otro.

Isaac asiente.

—Espero que te estén dando algo para eso.

—Sí, sí, lo de siempre. Y no te dejan sola. Si estás durmiendo, entra la enfermera con su estúpido carrito y sus estúpidos vasitos de plástico. Te despierta, te obliga a tomarte las medicinas y después te quedas mirando al techo intentando volver a dormirte.

—¡¡Enfermera!! —chilla la mujer de la cama de al lado—. ¡¡Enfermera!!

La abuela suspira.

—De verdad que no soporto a los viejos.

La medicación llega poco después de las cuatro en punto. Justo como le ha explicado la abuela, la enfermera aparece con un carro en el que han dispuesto una serie de vasitos de plástico.

—Ah, aquí está —dice la anciana—. La emboticada guardiana del caldero.

—Hola, señora Ramey. Aquí están sus medicinas de la tarde. ¿Quién es este chico tan guapo?

—Mi nieto. La belleza la ha heredado de mí.

—Y tanto.

La enfermera de las medicinas sigue un protocolo. Examina el código de barras de la pulsera de la mujer, comprueba la pantalla para ver qué medicación indica y después vuelve a comprobar el contenido del vasito para asegurarse de que sean las pastillas correctas. El carro va siempre pegado a ella. Nunca lo deja sin atender.

—Aquí tiene, señora Ramey —dice al entregarle un vasito con varias pastillas y un vaso de agua.

—¡¡Enfermera!! —chilla la mujer de la cama de al lado.

La abuela suspira.

—Por casualidad no tendrá un bozal en ese carro, ¿verdad?

—Vamos, no sea mala —responde ella—. Usted tiene aquí a su nieto para hacerle compañía. A la señora Kosmicki no la visita nadie.

La señora Kosmicki quiere que le abra las cortinas para ver desde la cama. La vista no es gran cosa, pero Isaac supone que es mejor que nada. Después quiere que se las cierre porque hay demasiada luz.

La enfermera le da las pastillas a la señora Kosmicki. La anciana se las traga. La enfermera se asegura de que lo haga. Todo forma parte del protocolo. Tiene que ver al paciente tomarse la medicación.

Sin embargo, aunque las dejara en la mesita de noche, Isaac no piensa robarle medicinas a alguien que las necesita. Pero hay otros medios para conseguir que sea un delito sin víctimas.

Delito.

Se atraganta con la palabra. Sí, robar medicinas que no son tuyas es un delito, aunque solo técnicamente. Más o menos como una mentirijilla piadosa: algo un poco malo ahora, pero bueno para todo el mundo a largo plazo. Para lograrlo, necesita un plan.

—Enciende la tele, chiqui —le dice la abuela—. Puedes ver algo si quieres.

—No, estoy bien.

Mueve el hombro y no logra reprimir el gesto de dolor. Ella lo ve.

—¿Cómo demonios te has lesionado el hombro si juegas al fútbol con los pies?

Isaac se ríe.

—Bueno, el resto del cuerpo los acompaña.

La anciana coge un folleto de la mesita de noche.

—Tus padres me han estado hablando de las viviendas tuteladas. Es todo una mierda muy grande, pero ya no me parece tan mal después de estar aquí. —Le pasa el folleto—.

¿Ves esta? Tiene piscina y tumbonas. Puedes venir de visita cuando tengas mejor el hombro y así nos bañamos juntos. —Sonríe—. ¿Recuerdas que antes te llevaba a nadar?

—Sí, me acuerdo.

Oye el carrito de las medicinas en algún lugar del pasillo, rodando de habitación en habitación, en habitación. Le devuelve el folleto.

—Vuelvo en un minuto. Tengo que hacer pis.

—Hay un baño en la habitación.

—Sí, y el cartel dice que es solo para pacientes.

—¡Tú y tus normas! —resopla su abuela—. Ten cuidado ahí fuera. Este sitio es un laberinto. He oído que hacen estofado con los parientes perdidos.

—¡¡¡¡Enfermera!!!!

Las ganas de orinar eran reales. Pero, después, Isaac reconoce el terreno y descubre la habitación en la que guardan los medicamentos. Cuando nadie mira, entra y se encuentra con estantes llenos de frascos tamaño industrial. Se sorprende de que no haya cerradura en la puerta, hasta que entiende la razón: todos los armarios con puertas de cristal en los que se guardan las medicinas están cerrados con llave. Nadie más que la

guardiana del caldero puede sacarlas. Se queda mirando los frascos, intentando recuperarse de aquel fracaso inesperado, cuando oye…

—¿Puedo ayudarte en algo?

Es uno de los auxiliares, que está de pie en el umbral y lo mira con bastante suspicacia.

En vez de tartamudear y dejar clarísimas sus intenciones, se toma un momento, pone su mejor cara de adolescente atolondrado y le suelta lo siguiente:

—Sí, estaba buscando helado para mi abuela, pero el frigorífico está cerrado. —Señala el frigorífico cerrado de la habitación, en el que guardan los medicamentos perecederos.

—Ese frigorífico no es para comida —responde el auxiliar—. Ven, te enseñaré dónde está.

Isaac deja escapar un discreto suspiro de alivio y se pregunta cómo se las apañan los criminales de verdad para no cagarse encima cada tres segundos.

Cuando regresa a la habitación con una tarrina de helado de vainilla (de esas que vienen con una cucharita de madera), la abuela está dormida.

Empieza a oscurecer. Sus padres no quieren que conduzca de noche con el hombro así, como si fuera más sencillo mantener ambas manos en el volante durante el día.

—Se supone que no puedes ni conducir ni operar maquinaria pesada mientras tomes eso —se había quejado su madre.

—Te prometo que dejaré la carretilla elevadora en casa —había contestado él.

El trato era que no se alejaría mucho y que no conduciría cuando oscureciera. Pero no puede marcharse hasta que solucione esto… Y entonces se le ocurre una idea.

Le da un beso de despedida a su abuela, se echa la mochila al hombro bueno y sale de la habitación, siempre pendiente del ruido lejano de la rueda chirriante del carrito de las medicinas. Dobla una esquina. El carrito está más cerca y avanza en su dirección.

Vacila. Frena el paso y, en el momento justo, acelera para que coincida con la aparición del carrito y ¡pam!

Isaac se estrella a toda velocidad contra el carro. Se agarra a él para no perder el equilibrio. El carro cae. Él cae con el carro. Cientos de pastillitas se desperdigan por el suelo de linóleo. El hombro malo de Isaac da contra el suelo, así que chilla de dolor. De dolor real. Eso hace que todo el accidente resulte más auténtico.

—¡Ay, Dios mío! ¿Estás bien?

—Estoy bien —responde él pese a la angustiada mueca de dolor que le atraviesa la cara roja.

Le duele tanto el hombro que los calambres le llegan hasta los dedos de los pies, aunque no puede permitir que eso lo detenga.

—Lo siento muchísimo —dice mientras empieza a recoger lo mejor que puede las pastillas caídas, usando el antebrazo para barrerlas.

—No no, no te preocupes —responde la enfermera—. Buscaré a alguien para que recoja.

—No, es culpa mía —insiste Isaac, que se apresura a limpiar el desastre—. Es culpa mía, yo lo hago.

Echa un puñado de pastillas en el carro.

—Por favor, no te molestes —responde la enfermera—. De todas formas, tendremos que tirarlas. De verdad, no pasa nada.

Pero Isaac no la está escuchando. Recoge más. Las pone en la bandeja.

—Lo siento muchísimo.

La enfermera le sonríe y acepta a regañadientes su ayuda errónea porque ¿qué otra cosa va a hacer?

—Bueno, pues gracias. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Me está bien empleado. Mi abuela siempre dice que tengo que mirar por dónde voy.

Y, así, Isaac se va… sin que nadie se haya dado percatado de que se ha metido dos puñados de pastillas en el hueco del cabestrillo.

Con la puerta de su dormitorio cerrada, Isaac clasifica las pastillas en pilas y después procede a identificarlas.

Rosa, redonda, W 1 = warfarina, anticoagulante.

Blanca, redonda, M E16 = enalapril, para la hipertensión.

Amarilla, redonda, P 20 = pantoprazol, para el reflujo gástrico.

Sus pilas son un verdadero arcoíris de sustancias químicas aleatorias,

la mayoría de las cuales no le sirven para nada. Pero otras sí.

Como el dolor es una constante en las residencias, aquí tiene once pastillas que son distintas versiones de lo que necesita. Todo un botín para un único subterfugio. Por supuesto, tendrá que encontrar un suministro más permanente, aunque hoy no va a preocuparse por eso. ¿No dicen que tienes que vivir el momento y dejar que el futuro se resuelva solo?

ROXY

Aborrezco las reuniones familiares, sobre todo cuando se trata de mi familia, y aún más cuando no me las esperaba. La treta de Isaac en la residencia, aunque audaz, no ha sido más que un incordio para mí.

Ahora mismo, Isaac está tumbado en el sofá del salón. Se supone que debe ponerse hielo en el hombro, pero la bolsa se le ha resbalado y está demasiado colocado para darse cuenta. Por más que me gustaría decir que estamos los dos solos, no es así.

—Es culpa tuya por ser inalcanzable hasta extremos tan ridículos —comenta una voz detrás de mí.

Es mi hermano Vic. Sabía que estaba aquí, pero, hasta que no ha hablado, no lo localizaba exactamente. Ahora lo veo con su traje elegante y su corbata; parece muy importante con ellos, sí, aunque a veces creo que es solo para que él se sienta importante.

Vic y yo no somos íntimos. Puede que porque los dos somos muy independientes.

Somos tiburones en un gran océano y no tenemos que competir porque hay presas de sobra. Aun así, somos territoriales y nos parecemos demasiado para sentirnos cómodos en presencia del otro. Así que ambos fingimos que el otro no existe. Hemos llegado a tal punto que podemos hacernos invisibles el uno para el otro, a no ser que uno de los dos elija darse a conocer.

—No te preocupes, tu hermana y yo nos encargaremos del trabajo —dice Vic— y desapareceremos de tu vista en cuanto acabemos.

—Espera… ¿Hermana? ¿Qué hermana?

Entonces, Dillie surge de la nada y se coloca al lado de Isaac, demasiado cómoda para mi gusto.

—Hola, Roxy —me saluda esbozando una sonrisa desagradable—. Hoy te veo bastante… genérica.

Llevo años sin hablar con Dillie, pero aquí está, masajeando torpemente el hombro de Isaac.

—No vayas a pensar que puedes quedarte con mi presa —le digo, sin atreverme a sugerir que, ahora mismo, quizá Isaac sea algo más que una presa para mí.

—No veo dónde está el problema —responde—. Reparto proporcional, ¿no?

Sabe que no me gusta compartir; no muerdo el anzuelo.

—Roxy, recuerda que he venido con invitación.

—No —le contesto—, no es verdad. Has venido por desesperación. Porque hay que estar muy desesperado para mezclarse contigo.

Entonces, Vic se interpone entre nosotras.

—Chicas, chicas, ¿podéis al menos fingir que no os despreciáis? ¿Podemos intentar llevarnos bien por una vez?

No soporto su tono paternalista, pero Dillie se lo traga. Pone morritos y suelta:

—Si Roxy deja de actuar como si fuera la diosa farmacológica…

—Tiene razón, ¿sabes? —me dice Vic mientras se recoloca con orgullo la corbata—.

Podemos hacer lo mismo que tú.

—Cierto —afirma Dillie—. Puede que no sea tan rápida como tú y que me falte tu aguante, pero eso no me hace menos capaz.

Entonces, Isaac se revuelve bajo las bastas manos de Dillie, como para demostrarle lo contrario. Suspiro.

—En vez de discutir, será mejor que te concentres en Isaac —le digo.

—Isaac. ¿Así se llama?

—¿Ni siquiera sabes cómo se llama?

Y, de nuevo, Vic intercede:

—Por muy entretenido que sea este culebrón, todos tenemos otros clientes, conozcamos o no sus nombres, y cuanto más riñáis, más tiempo tendremos que pasar aquí.

Así es Vic, siempre lógico. Práctico. Incluso cuando está en la Fiesta, suele quedarse en los rincones tranquilos, absorto en conversaciones profesionales. «Clientes» en vez de presas. No me extrañaría que hubiera intercambiado tarjetas de visita con la nueva María.

—De acuerdo —les digo, y me callo.

Soportaré esto porque no me queda otra. Me pregunto si alguno de los dos verá a Isaac como lo veo yo. ¿Están con la cabeza en otra parte mientras lo acompañan o se concentran de verdad en el trabajo que se les ha encargado ahora mismo? En mitigar su dolor. En alimentar su necesidad.

Sinceramente, lo dudo. Y esa es una de las razones por las que no me gusta trabajar en grupo.

Isaac ya se ha dado cuenta de que tiene que dar con una solución mejor que esta velada tan deprimente; espero que la encuentre pronto. Aunque no sea más que una medida temporal, es insostenible para él e intolerable para mí.

18

En la puerta de tu casa en tan solo

dos días

ISAAC

Isaac ha estado escaqueándose de sus amigos a la hora de comer. Tiene razones de sobra. La lesión del hombro, para empezar. Y todo el trabajo retrasado de clase. Por eso lleva un tiempo pasando la hora de comer en la biblioteca.

Para su sorpresa, allí está también su hermana, con la nariz metida en un libro de Ciencias. Isaac y Ivy no se han visto mucho en casa. Tienen horarios distintos. Ivy cierra la puerta del dormitorio. Y desde la última vez que Ivy intentó meterse en sus asuntos, él también suele cerrarla.

Lo cierto es que se alegra de verla allí.

—Vaya, sí que le estás dando fuerte, ¿eh?

Ivy levanta la vista del libro de texto y esboza una sonrisa auténtica.

—Sí, bueno, no se lo digas a papá y mamá, pero la verdad es que quiero graduarme. —

Le mira el cabestrillo—. ¿Cómo va hoy el hombro?

—Sigue ahí.

A los dos se les da bien responder sin responder nada, pueden mantener conversaciones de suma cero que les resultan satisfactorias. De todos modos, a veces lo importante no es el contenido.

Isaac se sienta frente a ella.

—Tengo que hacer un análisis completo de una novela distópica de la que no haya ni serie ni peli. ¿Alguna sugerencia?

—Deja que me lo piense. —Ivy examina el libro unos segundos y después lo mira—. He roto con Craig.

—¿Otra vez?

—No, me refiero a romper de verdad.

Y, esta vez, Isaac percibe que es cierto.

—¿Debería enviarte un mensaje con confeti?

Ivy suspira.

—Todavía me cabrea que todo el mundo tuviera razón sobre él… y que a él ni siquiera le importe. Ya está saliendo con un personaje sacado de unos dibujos para adultos.

—¿Animación tradicional o digital?

—Con ceras —responde ella sin perder pie ni un segundo.

Justo entonces se abre la puerta de la biblioteca y entra Shelby. Ivy sigue la mirada de Isaac hacia la puerta y sonríe.

—No lo digas —le pide él a su hermana.

No sabe bien qué iba a decir, pero sí que no sería nada bueno sobre Shelby.

Ivy levanta las manos, como si se rindiera, mientras que Isaac levanta la mano buena para llamar la atención de Shelby.

—¡Ahí estás! —exclama ella al verlo.

Ivy recoge su libro y se levanta.

—Hola, Ivy. ¿Estoy… interrumpiendo?

—En absoluto —responde ella—, estaba terminando. Es todo tuyo.

Ivy se aleja a paso tranquilo y Shelby ocupa su lugar, se inclina hacia delante y susurra:

—Creo que no le gusto mucho a tu hermana.

—Si le gustaras, me preocuparía —responde él, encogiendo el hombro bueno.

—Hablando de preocupaciones… —dice Shelby, y entonces mira a Isaac como si esperase que terminara la frase por ella y le ahorrara el trabajo. Como no lo hace,

suspira y deja que se le hundan los hombros, como si soltara una fachada para cambiarla por otra mejor—. Entonces…, ¿sería correcto decir que quizá estemos un poco preocupados por ti?

Eso lo conmueve, aunque no demasiado, ya que ha dicho «estemos» en vez de «esté».

Como si Shelby fuera la amiga a la que han elegido para que vaya a ver cómo está, porque para eso tienen una especie de shippeo.

—Puedes decirles a todos que dejen de preocuparse —le responde a Shelby—. Estoy bien.

—No te hemos visto a la hora de comer en toda la semana.

—Sí, y tampoco salgo al pasillo hasta justo antes de que toque el timbre. Hay demasiada gente que no mira por dónde va. El otro día un tío se chocó contra mí y con eso he tenido bastante. Prefiero estar en un sitio más vacío hasta que se me cure el hombro.

Ella alarga el brazo y le coge la mano.

—Lo entiendo, de verdad. Pero no te olvides de que tienes amigos, ¿vale?

Isaac esboza una sonrisa cariñosa.

—Vale.

—Y si necesitas hablar…

Y espera a que Isaac termine la frase por ella. Esta vez, lo hace.

—Si necesito hablar, te prometo que te llamo.

Y, aun en el caso de haber querido decirle algo más, no habría podido porque ella desaparece antes de poder hacerlo.

Al día siguiente, Isaac sí sale a comer. Porque echa de menos a Shelby y al resto de sus amigos y porque quiere demostrarles a ellos, y puede que a sí mismo, que está bien.

Están encantados de verlo. Shelby le hace sitio en la mesa, pero Chet considera que no es suficiente, así que se dedica a reorganizarlos para que Isaac esté en un extremo y nadie pueda chocarse contra su hombro.

Isaac hace lo que puede por estar presente, aunque le cuesta seguir la conversación.

Hablan del cumpleaños de Rachel, que está al caer. Por tradición, Rachel celebra su cumpleaños con sus amigos en el parque de atracciones Six Flags y, al margen del resto de invitados que puedan sumarse, ese grupo tiene que incluir, indudablemente, a Isaac, Ricky,

Shelby y Chet.

—Si no venís todos, la vida tal y como la conocemos llegará a su fin —afirma Rachel.

Y puede que sea cierto, porque la vida tal y como la conocen siempre gira en torno a que ellos cinco sean una constante. Si cualquiera de ellos se ausentara de algún acontecimiento importante, podría significar que su amistad está en declive. Y nadie quiere ser el primero en abandonar la fiesta.

—Podríamos hacer otra cosa este año —sugiere Ricky, lo que es básicamente un sacrilegio digno de muerte en la hoguera, por lo que a Rachel respecta—. Porque queremos incluir a Isaac, ¿no? Y no va a poder montarse en ninguna parte…

Aunque Isaac sabe que Ricky intenta ser considerado, se siente como un problema a resolver.

—Lo importante no es montarse en las atracciones, sino estar juntos para el cumpleaños de Rachel —dice.

Chet asiente.

—Ni yo mismo lo habría expresado mejor.

Cuando suena el timbre, Isaac espera a que entre casi todo el mundo. Chet aguarda con él. Después, cuando están solos, se vuelve para mirar a Isaac.

—Mira, Shelby nos ha contado que te duele demasiado para caminar por el pasillo. ¿Es verdad?

—Bueno…, no, eso no fue lo que le dije.

—¿Te han dado pastillas para el dolor?

Chet no tiene ni idea de todo lo que implica esa pregunta.

—Ya sabes cómo son los médicos con las recetas —dice, sin entrar en detalles.

Chet menea la cabeza para apoyarlo en su indignación.

—Y tanto, tío. Los médicos creen que lo saben todo, cuando lo más probable es que ni siquiera sepan de primeros auxilios. —Guarda silencio un momento para reflexionar y se rasca la cabeza como para

activar el cerebro. Después, se acerca más a su amigo y baja la voz—: Pues conozco una web. Tiene un montón de enlaces… Es como un umbral de la hostia a la dark web.

—¿Y cómo lo conoces?

—Eso es lo de menos. Lo que importa es que ahí puedes encontrar lo que quieras. Si necesitas medicinas, las compras, sin preguntas y sin médicos controladores diciéndote lo que puedes tomar y lo que no. Pagas con Bitcoin y, pam, tienes una caja falsa de Amazon en la puerta de tu casa en tan solo un par de días. Sin líos, sin problemas.

A Isaac le parece tan tentador como terrorífico.

—Gracias, Chet, pero…

—Sé que estas cosas no son tu rollo, pero, cuando el sistema te jode, tienes que improvisar, ¿no? —Entonces le anota una URL en un trozo de papel y se lo pasa—.

Rachel te daría la brasa con los remedios herbales, pero el dolor es dolor… y en esa web puedes conseguir lo que necesites hasta que ya no lo necesites. Tú piénsatelo, ¿vale?

—Vale, me lo pensaré.

Después, cuando se levantan para irse, Chet añade:

—Tú recuerda que soy tu amigo pase lo que pase.

A Isaac le parece una afirmación extraña, pero Chet es famoso por sus frases raras.

Una vez dentro, cuando ya se ha ido cada uno por su lado, Isaac arruga el papel y lo tira en la papelera. Sin embargo, librarse de él no va a resultarle tan sencillo, porque ya ha memorizado la URL.

IVY

Ivy ha aumentado su dosis.

No lo ha consultado con el doctor Torres ni con nadie. Simplemente, ha doblado la cantidad diaria. Doble dosis, doble eficacia. Las pastillas estaban ahí, era casi como si se lo suplicaran. ¿Cómo iba a rechazar más cantidad de algo bueno?

El único problema con tanta medicación es cuando se pasa el efecto. Al final del día, Ivy sigue igual de inquieta, aunque pierde la capacidad de concentrarse. Y, mientras que por la mañana se muestra amable, por las noches, en esas horas crepusculares en las que el medicamento desaparece, la ansiedad social se apodera de ella.

Toma la estúpida decisión de salir con Grant Maldonado sabiendo esto, así que se pasa toda la noche incómoda y nerviosa, y después se lo reprocha en silencio en el viaje de vuelta a casa. Nunca se había sentido mal de ese modo; sí de otros modos, pero no de este. Y el beso de buenas noches de Grant, antes de que salga del coche, le parece un beso de despedida. No habrá segunda cita.

La noche siguiente intenta hablar con su hermano, pero, dada la hora, ya no le queda paciencia para él, y está claro que a él tampoco para ella.

—¿Por qué estás ahí tirado sin hacer nada? —le suelta ella cuando lo ve en la cama, perdiendo el tiempo.

—Me duele el hombro. Afloja un poco, ¿eh?

—Bueno, ¿no deberías estar haciendo ejercicios de fisioterapia o algo así para que se cure?

Ivy no pretende sonar tan combativa. Sin embargo, a estas horas del día, todo lo que piensa pasa a través de una lente que lo distorsiona. Quiere sonar preocupada, no irritada.

Isaac se sienta como puede.

—Antes de poder hacer nada, tiene que curarse la hinchazón —le dice; tiene los párpados medio caídos y arrastra las sílabas.

—¿Qué te han dado?

Él se encoge de hombros, lo que le arranca una mueca.

—No lo sé. Algo para el dolor.

—Bueno, evidentemente —responde ella, y se maldice en silencio por ser tan poco comprensiva.

—¿A ti qué te pasa? —pregunta Isaac.

—¿Por qué tiene que pasarme algo? ¿Es que no puedo preocuparme por mi hermano?

—Esto no está yendo como ella pretendía, ni de lejos. Respira hondo —. Es que… Es una mierda lo que te ha pasado y eso me cabrea. Así que cúrate pronto.

Y sale corriendo a su dormitorio, donde se lanza a la cama como un delfín y grita como una posesa en la almohada mientras se promete que no volverá a hablar con otro ser humano cuando se le esté pasando el efecto de la medicación.

Dormir cada vez le cuesta más, y esa noche no hay manera. Es como si su cuerpo fuera una torre eléctrica. Los cables de alta tensión le vibran dentro, pero sin electricidad que poder usar. Va a necesitar algo para calmarse. La noche anterior, su madre le sugirió una manzanilla. No funcionó.

Su padre le dijo que probara la melatonina, que es una mierda porque, sí, la deja cansada, pero no la duerme.

Así que, a eso de las doce y media de la noche, se asegura de que sus padres están durmiendo y baja las escaleras con mucho sigilo.

Durante la peor época de Ivy, sus padres pusieron un candado en el mueble bar. Cabría pensar que, llegados a este punto, ya habrían construido una cámara de titanio o rodeado el área con sensores láser de color rojo para alertarlos de su proximidad al alcohol. Ivy recuerda haber oído algo sobre los elefantes de circo… Que, antiguamente, antes de que los activistas por los derechos de los animales le dieran una patada en el culo de tres pistas a los circos, los bebés de elefante se encadenaban a una estaca clavada en el suelo. No eran lo bastante fuertes como para sacar la estaca, pero aquí viene lo curioso: cuando crecían y sí que eran capaces de sacarla sin problema, nunca lo intentaban porque recordaban haber sido demasiado débiles para hacerlo.

Igual que Ivy no se molestaba nunca en mirar en el mueble bar porque siempre había estado cerrado. Salvo que hoy no lo está.

Imaginaos a ese elefante conmocionado que de repente se da cuenta de que no hay nada que lo retenga. El paquidermo estaría en plan «Bye, Barnum» y saldría echando leches.

Entonces, ¿la ven los padres de Ivy como a un elefante o es que confían en ella, ahora que ha hecho borrón y cuenta nueva? ¿O es que simplemente son unos descuidados?

Decide creer que es porque ahora confían en ella… y, como se ha ganado su confianza, procura no ir a por el alcohol duro. Ni ginebra ni whisky. Se lleva algo más maduro.

Una botella de cabernet. ¿No dicen los médicos que es bueno tomarse una copa de vino tinto de vez en cuando para evitar los trombos? Y rebosa antioxidantes, ¿no? Vamos, que lo poco saludable sería no bebérselo. Así que Ivy se agencia una copa de vino elegante y se lleva la botella a su dormitorio para descorcharla… dentro de su armario, para que sus padres no lo oigan; porque incluso el chasquido casi imperceptible de una botella de vino al descorcharla puede sonar como una bomba en plena noche.

Tanto secretismo hace que se sienta como una delincuente, lo que la cabrea, porque lo que menos le apetece a Ivy en el mundo es emborracharse. Lo único que quiere es descansar, aunque solo sea por una noche.

ISAAC

La caja aparece en la puerta al cabo de dos días, como le había dicho Chet, con un pequeño logotipo de Amazon fuera y un puñado de pastillas envueltas en film transparente dentro. Eran más caras de lo que Isaac pensaba, casi treinta pavos por pastilla. Como recordaba lo que Chet le había contado sobre los videojuegos antiguos, Isaac sacó los suyos y los puso en eBay. Y, como no se vendieron de inmediato, se conectó y, como conocía las contraseñas de su padre, sacó parte del dinero que sus padres habían ahorrado para él. Lo devolvería antes de que se dieran cuenta de que faltaba, en cuanto vendiera los juegos por eBay.

Intenta no pensar en la cantidad de dinero que ha gastado, lo que le resultó más sencillo después de convertirlo a Bitcoins, que, de todos modos, parece dinero de mentira.

Ahora puede respirar más tranquilo. Se racionará bien las medicinas y solo las usará cuando las necesite. Solo cuando note que el efecto de la pastilla anterior empieza a disiparse. Ahora podrá detener el dolor antes de que regrese con todas sus fuerzas. Si lo sincroniza bien, ni siquiera se despertará en plena noche.

Se traga la primera sin agua. Una entera, en vez de una mitad, como hasta ahora. Al final ha llegado a pillarle el gusto al amargor que se le queda en la garganta. Le reconforta. Es un sabor familiar.

Y todo parece estar funcionando porque, dos días después, ya ha vendido sus videojuegos antiguos y los está enviando diligentemente a sus respectivos

compradores. Aun así, por ahora decide no devolver el dinero a su cuenta para la universidad.

ADDISON

Estoy haciendo horas extras con Ivy y la veo un poco nerviosa. Al borde del pánico. Es verdad que le duele la cabeza casi de continuo. Es verdad que le cuesta dormir. Y es verdad que Al, bendito sea su corazón de borracho, la ha estado ayudando con el insomnio típico de mi eficiencia de lujo. No obstante, si quiero conservarla y adelantar a Roxy, que parece que ha cogido impulso con Isaac, tengo que conseguir que Ivy supere esto. Debo convencerla de que es todo por su bien. Y así es, hasta que deje de serlo.

Ahora mismo es por la mañana, justo antes de salir para clase, y está ordenando su habitación al estilo Marie Kondo. Si hay algo para lo que no encuentra hueco, va directo a la basura.

—Creo que estamos pasando demasiado tiempo juntos —dice mientras recoge una pelusa de la alfombra usando el pulgar y el índice.

—Creía que te encantaba limpiar tu dormitorio.

—No, a ti te encanta limpiar mi dormitorio.

Está frenética, como si todos sus circuitos estuvieran a punto de estallar. No es así.

Están un poco sobrecargados, pero su cerebro puede soportarlo. Solo necesita que la apacigüen.

—¡Pero mira el resultado! Tu habitación tiene el aspecto que debe tener una habitación sana. Tu habitación, tu armario y tu vida.

Y con una sincronización perfecta, su hermano pasa arrastrando los pies, con el brazo en cabestrillo y los ojos medio cerrados de sueño, de su lío con Roxy o de ambas cosas.

Le echa un vistazo amodorrado al dormitorio impoluto, mira a Ivy y dice: —Hala.

¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermana?

Ivy no se digna a responder, solo le cierra la puerta en la cara. Aun así, eso no sirve para ayudarme.

—Después de todo lo que he hecho por ti, Ivy, ¿no crees que me debes

algo de gratitud?

Ivy se rasca los codos, que empiezan a despellejarse por culpa de esa manía compulsiva.

—¿Sabes lo que eres? ¡Eres un obseso del control!

—Y tú una cría desagradecida y malcriada. ¿Sabes cuántos millones de personas se beneficiarían de lo que ofrezco, pero nunca reciben mi ayuda? Deberías hincarte de rodillas para agradecérmelo.

—¡Ya estoy de rodillas recogiendo pelusas del puñetero suelo!

—Y mira lo espectacular que ha quedado.

Ella deja escapar un suspiro de irritación y se levanta. Espero que siga la batalla, pero mira la hora y se rinde.

—Tengo que irme a clase.

—Y llegarás a tiempo porque, de repente, llegar a tiempo te importa. ¿Quién te ha dado eso?

Ivy respira hondo y cierra los ojos.

—Tú.

—¿Y quién te ha dado un sobresaliente bajo en Ciencias?

—Tú.

—¿Y quién ha conseguido que reúnas la confianza suficiente para darle la patada a Craig?

—Tú.

Asiento, complacido.

—Ahora, vamos ahí fuera a comernos el mundo.

Ivy abre los ojos, resignada, revitalizada. Coge la mochila y baja las escaleras, dispuesta a comenzar el día. Tengo que reconocer que admiro su fuerza de voluntad. Pero la mía es mayor.

19

Todas las órbitas son espirales **ROXY**

Mis irritantes hermanos se han ido. Ya solo quedamos Isaac y yo. Como debe ser. Como tiene que ser.

Conduce con más cuidado desde el accidente, aunque, con todas las obras que hay en la ciudad, las calles son complicadas. Nota cada bache de la carretera, pero yo soy su amortiguador. El hombro, que en otras circunstancias le dolería con cada subida y bajada, está bien protegido por mi abrazo anestésico. Soy su pasajera secreta y, en un sentido muy real, soy yo la que conduce. Así es como me gusta hacerlo: tener a alguien tan a mis pies que podría usarlo de zapato. Aun así, algo no va del todo bien. Estoy tanto en mi elemento como fuera de él, en cierto sentido, como si los límites de mi zona de confort se hubieran movido cuando no miraba. Eso me cabrea y me fastidia.

Reconozco que, cada vez que salgo en busca de alguien nuevo, una parte de mí espera establecer un vínculo distinto. Encontrar a una persona que me haga sentir algo más que mi propio entumecimiento vital. Mi lado práctico sabía que no ocurriría nunca. Mi lado práctico se equivocaba.

—No puedo creerme lo fácil que ha sido —dice Isaac—. Estas farmacias extranjeras o lo que sean no te piden nada más que el dinero.

—Me alegro de que haya funcionado.

Por supuesto, ahora recibe correos, llamadas y mensajes de texto de un spam muy preocupante, aunque supongo que eso forma parte del precio. Enviar tu información personal al abismo significa que el abismo sabe quién eres y dónde estás. No es problema, siempre que no te caigas dentro.

Mi objetivo será asegurarme de que solo caiga en mi dirección.

Ahora mismo no hay nadie con quien desee estar más que conmigo. No hay nada en el mundo salvo él y su pasajera secreta. Pero debería haber otras cosas, ¿no? Antes las había. Nunca me paro a pensar sobre lo que había antes en la vida de las almas que recolecto. ¿Para qué? Lo único que veo (lo único que quería ver) es el momento

apremiante, el todopoderoso presente… Pero no puedo evitar pensar en quién era Isaac antes de que lo metiera en mi órbita. Y existe una verdad innegable acechando ahí, en la sencilla física de mi gravedad. Todas las órbitas se deterioran. Todas las órbitas son espirales.

Intenta tocarme, y yo me sorprendo al ver que me aparto.

—Ya has tenido suficiente por ahora.

¿De verdad acabo de decir eso? ¿Cuándo le he dicho yo a alguien que frene? Pienso en mi apuesta con Addison. La tortuga puede vencer a la liebre si la liebre se pone chulita, pero eso no es lo que está pasando aquí. Entonces, ¿qué es? ¿Qué me está pasando?

Escarmentado, Isaac se vuelve hacia la carretera. Tiene el rubor justo en las mejillas para saber que le está costando hacerse a la idea de lo que es «suficiente».

—Ya no tengo que racionar —dice—. Podemos estar juntos todo lo que queramos.

Ahora solo tengo que averiguar cómo sacar más dinero.

—Lo harás —le aseguro, volviendo al rumbo correcto—. Creo en ti, Isaac.

Él mueve el hombro y ronronea un poco, apreciando la falta de dolor.

«Isaac se hizo daño por mí».

No es la primera vez que soy el objeto de una devoción desesperada. Las personas se rompen de formas muy distintas. Se meten en peleas con gorilas que les doblan en tamaño, sabiendo que se van a llevar una paliza. Se sacan dientes porque saben que el dentista y yo somos muy buenos amigos. Una vez, interpretando al bello Adonis de sus sueños, le dije a una mujer que, si me quería, tenía que tirarse por un puente. Lo hizo. Y

lo único que sentí fue irritación, puesto que no me quedó más remedio que buscarme a otra persona para la Fiesta.

Compasión, empatía; me guardo esos sentimientos mullidos y suaves para las personas como la abuela de Isaac. Me los guardo para los hospitales y el lado más noble de mi vocación. Lo más habitual es que no sienta nada. Porque forma parte de mi naturaleza aquietar lo que decidimos no sentir.

—El dinero es un problema —masculla—. Puede que exista una solución mejor…

Y escucharlo me inquieta. De nuevo, reacciono de una forma muy poco propia de mí.

—¿Mejor que qué? —pregunto—. ¿Mejor que yo? —La idea de que Isaac pase por encima de mí para llegar a mis superiores me enfurece. Yo soy la que los lleva en brazos y decide cuándo empujarlos, no al revés. Yo soy la que tiene el poder en esta relación, no Isaac. Entonces, ¿por qué de pronto me preocupa tanto?—. ¿Esperas que me limite a estar pendiente de ti hasta que tú decidas que te has hartado de mí? ¿Es eso?

—No, no, claro que no. Pero las cosas se están volviendo… complicadas.

Y, de repente, pienso en Addison. Así es como reacciona él cuando los acompañantes suben por la jerarquía. ¡Joder, que yo no soy como él! Estoy por encima de eso.

Isaac me dedica esa cara triste que he visto tantas veces en otros. Pero, viniendo de él, me corta como una de las cuchillas de Coco y Peri. ¿Cómo es posible? Es imposible herirme. ¿Cómo se atreve a herirme con este anhelo?

—¿Me necesitas, Isaac? ¿O me deseas? —le pregunto—. Y será mejor que tengas cuidado con lo que respondes.

—No…, no lo sé…

—Bueno, pues no conocerás la paz hasta que lo sepas.

Ahora está tan concentrado en mí que ni se fija en que el semáforo está en rojo. Se lo habría advertido de haberme dado cuenta, pero la prevención nunca ha sido lo mío. Así que nos metemos a toda velocidad en un cruce que parece prometer toneladas de dolor para todos los implicados.

ISAAC

La entropía, el tercer principio de la termodinámica, postula que el orden fluye inexorablemente hacia el caos. Podemos remar un tiempo a contracorriente, pero, al final, se nos cansan los brazos. Al final, tenemos que dormir. Y, cuando lo hacemos, la entropía recupera el tiempo perdido.

Isaac ha aprendido en clase de Física todo lo que hay que saber sobre la entropía, junto con otros tantos principios básicos de la existencia. En un laboratorio, Isaac tuvo que diseñar un experimento que midiera la fuerza de dos bolas de billar que colisionaban a distintas velocidades y en distintos ángulos. Tenía que ser preciso y reproducible. Su solución fue fabricar una rampa de madera con altura ajustable, iluminarla con una luz estroboscópica y grabar el suceso con una cámara elevada para capturar los datos. Le pusieron un sobresaliente.

Los automóviles no se comportan como las bolas de billar.

No hay nada controlado ni reproducible en un accidente de coche. Cada uno de ellos es como una huella dactilar: puede que similar en la superficie, pero único en su resultado y en sus distintos grados de tragedia. En cierto modo, Isaac era consciente de que su vida corría peligro de estallar en mil pedazos. Al parecer, hoy eso puede convertirse en un peligro literal.

El airbag de Isaac no se abre. Puede que sea por el ángulo del choque. Puede que los sensores estén defectuosos o puede que sea por todos los retoques de Ricky.

Isaac había visto el Honda unos dos segundos antes de darse contra él. No lo bastante para evitar la colisión, aunque sí para alterarla. Pisó los frenos, giró el volante y se estrelló contra el Honda en un ángulo de cuarenta y cinco grados, convirtiendo lo que habría sido un horrible impacto lateral en un choque oblicuo de costado.

El golpe no es como suponía. Menos crujido que ruido sordo, como un badajo acolchado. Por otro lado, el ruido del raspado es mucho más fuerte: un chirrido de metal contra metal que hace rechinar los dientes y recorre todo su lado del coche.

Isaac piensa en todas esas bolas de billar relucientes. La física balística

se ha puesto en marcha. Ahora morirá o no. El resultado es inminente y no puede hacer nada al respecto.

Su coche se inclina sin control. Supone que se subirá a la acera y se estrellará contra el escaparate del salón de manicura de la esquina de la calle comercial. Cuando por fin se detiene, le sorprende comprobar que ni siquiera está cerca de la acera. Ambos coches siguen en el cruce. Apenas se han movido. ¿Qué diría su profesor de Física sobre eso?

Ahora que ya ha terminado todo, se aferra al volante y respira hondo un par de veces para confirmar que no se está desangrando. No está sangrando en absoluto, aunque el hombro le palpita por la sacudida pese a los analgésicos.

Isaac abre la puerta (aunque no se abre tan fácilmente como antes) y sale. Contempla la escena medio aturdido, como de lejos, un poco desincronizada con la realidad. Es como observarse observando la situación.

A diferencia de su coche, el Honda sí tiene airbags de cortina y se han desplegado por encima de las ventanillas del lado del acompañante, que es el que ha recibido el golpe.

Tiene que rodearlo para ver quién hay en el coche y si están heridos.

Dentro solo está el conductor, sin pasajeros. Está sentado al volante, con la ventanilla abierta; es un hombre trajeado, con una corbata demasiado suelta. No deja de soltar palabrotas. Parece darle igual ver a Isaac allí; no deja de soltarlas.

Isaac sabe que es culpa suya y que se ha saltado un semáforo en rojo. Lo vio un segundo antes de que el Honda le tapara la vista. Quiere disculparse, pero su padre siempre le ha dicho que nunca reconozca su culpa en caso de accidente. «Déjale eso a las compañías de seguros —decía—. Les cuentas lo que ha pasado, dónde y cuándo. Di la verdad y después deja que sean ellos los que decidan de quién es la culpa».

—¿Está usted bien? —le pregunta Isaac, interrumpiendo la letanía cabreada del hombre.

El conductor se vuelve hacia él. Tiene la mirada algo perdida, aunque no parece herido.

—No —responde amargamente—. No, no estoy bien.

Aun así, en vez de explicarse, sigue insultando al salpicadero.

Algunas personas empiezan a detenerse para ver si pueden ayudar. Una mujer llama por teléfono y da la dirección, así que está claro que habla con una operadora de emergencias. Un hombretón con una camioneta grande se para y sale para echarles una mano. La amabilidad de los desconocidos.

Entonces, el hombre del traje sale del coche y hace algo muy extraño: tras tambalearse brevemente, se endereza e intenta huir.

—Eh, colega —le dice el hombretón, que se le pone delante y frustra su intento de fuga.

El del traje ni siquiera se resiste. Es como si no pudiera. Algo le pasa. Está como descoyuntado, como si el accidente le hubiera aflojado todas las articulaciones. El otro hombre lo ayuda a llegar a la acera, donde se sienta con la cabeza entre las manos y la corbata suelta colgando sobre una alcantarilla.

Llega la policía. Un camión de bomberos. Una ambulancia con técnicos sanitarios.

Ponen balizas para que el tráfico rodee el accidente. Todo parece suceder muy deprisa.

Los coches pasan junto a la escena y la gente frena para ver si es grave, en busca de ese cadáver tapado con una sábana que después lamentarán haber visto. Pero hoy no hay cadáver. Sienten una mezcla de alivio y decepción.

Los técnicos le echan un vistazo a Isaac, aunque se pasan mucho más tiempo con el otro conductor, que está abatido y derrotado.

Un agente se acerca a tomar declaración a Isaac; antes de contárselo todo, Isaac no puede aguantarse las ganas de preguntar.

—¿Está bien el otro conductor?

—Sí —responde el policía, que esboza una sonrisita—. Ni siente ni padece, no sé si me explico.

Entonces, en vez de meterlo en una ambulancia, al otro hombre lo esposan y lo llevan hasta el asiento trasero de un coche patrulla. Y, por fin, Isaac lo entiende.

—¿Está borracho?

—Como una cuba —responde el agente—. Le hemos hecho la prueba y triplica el límite legal. Los dos tenéis suerte de seguir con vida.

Isaac se queda pasmado por aquel nuevo giro de los acontecimientos. Otra bola de billar que sale por un punto ciego.

—Pero… he sido yo —farfulla—. Me he saltado un semáforo.

El agente hace una pausa. Cierra su cuaderno.

—¿Estás seguro? El otro conductor cree que se lo saltó él.

—No, estoy bastante seguro de que…

Entonces, el policía levanta una mano.

—Chaval, voy a pedirte que pares ahora mismo.

Los dos miran al hombre, que está sentado con aire afligido en el coche patrulla viendo llegar la grúa que se llevará su coche.

—Me creas o no, le has hecho un favor a ese tío —dice el policía—. Si no llega a pasar esto, seguramente habría matado a una familia entera en el siguiente semáforo o en el siguiente a ese. En estas condiciones, era cuestión de tiempo que provocara un accidente. Así que puede que seas tú el que se equivoca. ¿No crees que es posible?

Isaac abre la boca para decir algo, pero no tiene ni idea de qué decir, así que la vuelve a cerrar.

—Mira, si quieres que te ponga una multa por saltarte un semáforo, lo haré, pero sacar a ese tío de la carretera ha sido un servicio público. Diría que una cosa cancela la otra.

—Pero las cámaras del semáforo…

—¿Qué pasa con ellas? No entran en juego, a no ser que haya una citación, lo que, en algo tan claro como esto, es poco probable. El seguro lo cubrirá sin más.

«A caballo regalado no le mires el diente». ¿No era esa la expresión? Y este caballo venía envuelto en un lazo. Debería sentirse agradecido, aunque, en realidad, no siente nada.

—Y, mira —sigue diciendo el poli—, parece que tu coche todavía

puede conducirse. A veces, el universo te sonríe.

Así que Isaac le da su versión de los hechos, sin mencionar el semáforo en rojo.

Después, se mete en su coche, que arranca tan bien como cuando Ricky arregló las bujías, y se marcha a casa.

Mientras tanto, en el asiento del copiloto está el monederito de cuero lleno de pastillas que la policía ni siquiera se ha molestado en buscar.

20

Cuando el rey se viene abajo,

derrotado sin remedio ADDISON

Me pregunto si Rita sabe lo mucho que odio sentarme con ella en los bancos de los parques. Siempre se la ve muy satisfecha tejiendo sin parar, mientras que yo hago botar las rodillas deseando estar en cualquier otra parte del universo.

Hoy es en un parque de una ciudad con mucha gente. Da igual qué parque; da igual qué ciudad. Si me preguntaran, no sabría decirlo.

Los niños de Rita están en los columpios; hoy tiene varios. Madres, padres y niñeras se sientan o permanecen de pie cerca de ellos; la mayoría usa el móvil, ya sea para jugar a algo o para publicar en las redes sociales, de modo que solo prestan atención si alguien se hace daño. Yo creo que ellos necesitan más a Rita que sus críos, pero, como a Rita le gusta decirme, esa decisión no es nuestra.

Hoy, su bufanda se alarga como una cinta amarilla pálido que entra y sale de los columpios como una red de cordones de advertencia.

Alarga una mano y me la pone en la rodilla izquierda para que deje de dar botes.

—Deberías ir con tu chico —dice.

Lo miro. Su rodilla ha dejado de botar a la vez que la mía. ¿Qué puedo decir? Mis protegidos y yo siempre estamos sincronizados a la perfección.

—Ahora mismo no me necesita. Todavía no está jugando.

—Lo hará en cuestión de minutos —responde ella.

El crío está en el equipo de ajedrez del instituto y, cuando hace sol, como hoy, les gusta ir al parque. Hay varias mesas de hormigón con tableros de ajedrez integrados en la superficie. Ahora mismo, su tutor (un profesor de matemáticas que se toma el equipo demasiado en serio) intenta convencer con toda la amabilidad del mundo a un sin techo para que se vaya de una de las mesas, de modo que el equipo se quede con todas. Pero el hombre está formando un escándalo y se niega a marcharse.

—¿Por qué no reto a vuestro mejor jugador a cambio de la mesa? —propone—. Una partida.

Los críos se ríen entre dientes al pensar en que aquel vagabundo de barba desgreñada pueda jugar al ajedrez contra un miembro de su galardonado equipo. Ven al hombre como un peón sacrificado por el bien de piezas más importantes. Eso me cabrea.

—Señor, creo que no sería apropiado —responde con mucha paciencia el profesor.

—Entonces, ¿por qué no juego contra usted? ¿Eso sería apropiado?

Los críos empiezan a susurrar al respecto, para disgusto del profesor.

—Vamos, señor Markova —dice mi protegido—. Queremos ver cómo le gana.

Así que el profesor acepta a regañadientes. Y, mientras colocan las piezas, me doy cuenta de algo.

Conozco al hombre de la barba desgreñada. No como hombre, sino cuando era pequeño. Fue hace unos veintipico años, cuando yo también era bastante joven. ¿Cómo se llamaba? Lo ayudé a superar el instituto. Me quedé despierto con él toda la noche en el baile de graduación. Lo vi graduarse. Después se fue a la universidad y nuestros caminos se separaron.

Noto una punzada de pesar al ver lo bajo que ha caído después de lo mucho que lo ayudé a subir. ¿Qué pasa con el niño por el que hoy estoy aquí? Él también tiene sus sueños y esperanzas, igual que los tenía este hombre. Sus padres empezaron con la ayuda química cuando era muy pequeño. No conoce la vida sin mí, sin Rita, sin Dex o sin cualquier otro de mis hermanos de servicio. ¿Qué probabilidades tiene de acabar como este hombre dentro de veinte años?

Y ¿por qué me importa?

Sí, mi trabajo consiste en que me importe, pero solo mientras me empleen para ello. Es una transacción.

Igual que pasa con Ivy y conmigo.

O igual que debería pasar.

Ivy no es una niña inocente, en absoluto…, aunque no tiene ni idea de que oculto otros motivos.

—¿Qué te preocupa, Addison? —me pregunta Rita—. Suéltalo. No te quedes ahí sentado, rumiándolo.

Le podría decir lo de siempre, que estoy irritado con Coco y Peri. Que Crys es desagradecido y cruel. Sin embargo, Rita ya conoce mis quejas sobre nuestros superiores. Aunque no sabe nada de Ivy. Y en un momento de debilidad, me sincero.

—Hay una chica. Me han llamado para que la ayude a superar sus últimos meses de instituto.

—Sigue, te escucho —dice Rita, la reina de la multitarea. Tiene la vista fija en los columpios, no se le escapa ni un punto de la labor y está pendiente de mis palabras.

—Está… teniendo problemas por las noches, así que ha recurrido a Al para que la ayude a dormir.

Rita se tensa al mencionarle a Al.

—Puaj, ¡qué pesadez! Solo soporto a ese hombre en pequeñas dosis, pero nunca aparece así. Siempre lo tienes ahí, provocando. —Se estremece—. Bueno, si tienes problemas con Al, debes ser directo con él. Solo responde así.

—El problema no es Al.

—Entonces, ¿cuál es?

Suspiro.

—Esta chica… Empieza a abusar de nuestra relación. —Pero entonces tengo que corregirme, ya que, si voy a ser sincero, tengo que serlo de verdad—. Quiero decir que he estado… animándola a que abuse de ella. Está de camino a convertirse en una acompañante.

Rita se vuelve para mirarme con esa cara de desaprobación que pone

ella.

—Entonces, ¿estás enganchando a esa chica para que vaya a la Fiesta? ¿Solo para poder entregársela a los hermanos Nieve o a Crys?

—¡No! Ese es el tema: está en la clásica deriva autodestructiva, pero no pienso entregársela a nadie. Voy con todo. Lucharé por ella hasta el final.

—¿Por ella o por ti? —pregunta Rita, que va directa al grano.

No puedo responder. Ya conoce mi respuesta.

Rita se lo piensa y niega con la cabeza.

—No. Si has acudido a mí para que te absuelva de tu culpa, no lo haré. Lo siento, Addison. Mi trabajo no consiste en perdonar. Y menos si es algo tan solapado como esto.

—No hay nada que perdonar, todavía no la he llevado a la Fiesta.

—Pero lo harás. Porque Addison siempre consigue lo que quiere —dice ella, pinchándome con las agujas de punto para dar más énfasis a sus palabras—. Eres un mimado, Addi, siempre lo has sido. Mimado, egocéntrico, egoísta…

—¡Ya vale, Rita! No me he sincerado contigo para que me eches un sermón.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

No respondo porque no estoy seguro. Puede que solo haya sido para poner a prueba mi determinación. Porque, si puedo resistir todos los ataques de Rita y seguir con el plan, quizá lo lleve a término. Quizá esté un paso más cerca de hacerlo realidad.

—Seguiré trabajando para Ivy —le aseguro a Rita—. Hasta que llegue la hora de subirla.

—¿Esperas que te den una medalla por hacer tu trabajo?

Cuando a Rita se le mete algo en la cabeza, no hay forma de hablar con ella, así que me callo. Ella sigue tejiendo y observando los columpios. Mientras tanto, se oyen vítores y aplausos en las mesas de ajedrez. Al principio, supongo que el profesor habrá ganado, pero es justo lo contrario: acaba de volcar su rey, derrotado sin remedio, y a los críos les encanta que un indigente haya vencido a su todopoderoso

profesor. No obstante, a pesar de haber ganado, cede su mesa al equipo porque, en realidad, la mesa no era lo importante.

¡Drake! Así se llama, ahora lo recuerdo. No puedo ayudarlo porque hace ya mucho tiempo que no es mi protegido. Es probable que no vuelva a verlo nunca. Pero, al menos, recuerdo su nombre.

Me vuelvo hacia Rita. Ahora su rabia ha acabado convertida en preocupación, y eso es peor.

—Addison, tarde o temprano vas a tener que decidir quién eres. Que tantos de tus protegidos sean adolescentes no significa que tú tengas que serlo para siempre.

IVY

Cuando Ivy le dijo a Tess que su abuela estaba ingresada en una clínica privada, Tess preguntó qué drogas había tomado. Es lo que todo el mundo piensa automáticamente.

O, al menos, la gente que conoce Ivy. El sitio es una residencia terapéutica especializada, pero eso suena muy parecido a «residencia de ancianos». A pesar de las connotaciones, prefiere lo de «clínica privada».

Hay un autobús que pasa por allí, con tan solo un transbordo para llegar. Ivy ha visitado a la abuela con sus padres, que van varias veces a la semana. Iría con Isaac, pero, como su coche está en el taller, tendría que pedir prestado otro o usar también el autobús. De todos modos, Ivy no quiere ser solo una acompañante, quiere que la abuela sepa que se preocupa por ella lo suficiente para hacer el esfuerzo.

Cuando llega, su abuela está en el salón, que es una habitación multiusos que sirve de pequeño comedor y de zona recreativa. La anciana come sin mucho entusiasmo de una bandeja institucional mientras ve en la tele (colgada demasiado alto) una sitcom que Ivy no reconoce. Se le ilumina la cara cuando ve a su nieta.

—¡Ivy! Estoy aquí.

Intenta maniobrar la silla de ruedas para llegar hasta ella, pero está encajada entre las demás que hay a su mesa, así que Ivy se acerca y consigue abrazarla.

—Qué sorpresa —dice la abuela—. ¿Has venido sola?

—Sí, tenía un rato libre, así que…

La abuela mira su plato a medio comer.

—¿Te puedes creer la mierda que nos ponen? —En la bandeja hay algo que debe de ser pollo con un bulto naranja redondeado que debe de ser puré de boniato—. Seguro que hace que la comida de tu instituto parezca langosta Thermidor.

Como respuesta, Ivy le entrega la bolsa de *éclairs* de chocolate que ha comprado.

—Al menos, el postre es bueno.

—¡Contrabando! —exclama la abuela—. Me encanta el contrabando. Sobre todo si puedes comerte las pruebas.

Se asoma a la bolsa, encantada. Algunos de sus compañeros de mesa estiran el cuello para intentar verla mejor. La abuela cierra la bolsa y susurra: —Ven, nos los comeremos donde no tengamos que compartirlos.

En la habitación de la abuela han bajado los estores para que no entre el sol de la tarde.

La mujer de la cama de la ventana, que está conectada a una botella de oxígeno, duerme como un tronco.

La abuela coloca su silla al lado de la cama y baja la barandilla.

—No necesito tu ayuda —declara antes de que Ivy se la ofrezca. Se levanta de la silla con un gruñido y se sube ella sola a la cama—. De la silla a la cama. Logré ese hito la semana pasada. Ahora soy una experta.

La mujer de la ventana tose y nubla la máscara del oxígeno.

—¿Deberíamos hablar en voz baja? —pregunta Ivy.

—¿Por ella? Si siempre está gritando… —La abuela agita la mano, como rechazando la idea—. De todos modos, últimamente está tan sedada que nada la despierta. Espero de corazón haber salido de aquí antes de que la palme.

Ivy no quiere reírse de la desgracia de la pobre mujer, aunque le parece tronchante que su abuela hable del tema con ese desparpajo.

La abuela suspira y se acomoda en la cama.

—Odio este sitio. Hace unos años, el COVID lo arrasó como un huracán de categoría cinco. No es que pueda volver a pasar, pero en un lugar como este hay más bichos malos que en una peli de terror de bajo presupuesto. Cuanto antes salga de aquí, mejor.

Le cuenta a Ivy que se ha quedado una plaza disponible en la vivienda tutelada que más le gustaba.

—Shady Oaks. Suena a cementerio, lo sé, pero la verdad es que no tiene mala pinta. Dos semanas más aquí y me mudo allí.

—Siento que no puedas volver a casa con nosotros —le dice Ivy.

La abuela levanta una mano. No es un tema del que desee hablar. Después, alarga la mano hacia la mesita de noche, que está llena de tarjetas de felicitación y ramos de flores a medio marchitar, y saca una tarjeta.

—Tienes mucha gente que te quiere —comenta su nieta.

—O que se siente obligada a mandarme algo. En cualquier caso, resulta reconfortante.

—Entonces le enseña la tarjeta excesivamente floreada que ha cogido —. Del señor Burkett, del otro lado de la calle. Tenía esa enfermedad que empieza por ce, pero está en remisión. Eso te demuestra que no todo sale mal. —Mira la tarjeta y se ríe—. ¿Crees que está interesado en mí?

—¿No es pastor?

La abuela se ríe entre dientes.

—Sí. Si está interesado, será mejor que se dé cuenta de que estoy demasiado vieja para ser una buena chica.

Eso le arranca una sonrisa a Ivy.

—Tengo muy claro que quiero ser como tú cuando tenga tu edad.

—¿Como yo? ¿Divorciada y lisiada?

—Para, que ya sabes a lo que me refiero.

La abuela sonríe.

—Primero te queda mucho por vivir.

Entonces se pone un poco más seria. Mira a Ivy. La mira de verdad. Ivy comprende que, además de querer ver a su abuela, quería que su abuela la viera a ella. No solo su

fachada, como sus amigos. No solo sus defectos, como sus padres. A diferencia de los demás, la abuela siempre la ve a ella.

—Has perdido peso. No es que te hiciera falta, pero se te nota en la cara. ¿Es por la medicación?

Ivy asiente y deja de mirarla a la cara, aunque la abuela no le permitirá apartar la vista mucho rato.

—Escúchame —le dice—. Sé que has tenido problemas en el pasado, pero eres una chica fuerte. La medicación es un asco, pero, si la usas bien y no dejas que ella te use a ti, te irá bien.

Es lo que necesitaba escuchar: la sabiduría simple y directa de la abuela.

Entonces, le da la mano a Ivy.

—Estaré presente en tu graduación. Con suerte, no en silla de ruedas, pero allí estaré.

No podrían detenerme ni atándome a la cama.

—Gracias, abuela.

Vuelve a dejar la tarjeta en la mesa y el resto se cae como si fueran piezas de dominó.

Cuando Ivy va a recolocarlas, su abuela la detiene.

—Déjalas. De todos modos, siempre se caen cuando encienden el aire acondicionado. —

Pulsa el botón para subir un poco la cama—. ¿Cómo está tu hermano? Antes venía mucho, pero llevo más de una semana sin verlo.

—Está muy ocupado con las clases —responde Ivy, esperando que la abuela no le haga más preguntas.

Y no lo hace, sino que le dice:

—Cuida de él, Ivy. Ahora mismo, tus padres están demasiado absortos en sus propios problemas. Puede que sea buena idea echarle un vistazo a Isaac de vez en cuando.

—Lo haré, abuela.

La anciana sonríe, satisfecha.

—Bien. Ahora vamos a zamparnos esos éclairs.

ADDISON

Hoy no tengo paciencia para sentimentalismos. Los tópicos de los ancianos están bien, pero no sé si el encuentro de Ivy con su abuela me ha ayudado en mi objetivo o todo lo contrario. Debo encargarme con diligencia de cualquier posible amenaza.

—Tienes que tomar con pinzas todo lo que te diga tu abuela —le suelto a Ivy en el autobús, de vuelta a casa.

—Lo sé, lo sé.

—¿De verdad lo sabes? ¿Esa estupidez de usar en vez de que te usen? Esto no es una guerra, Ivy, es una colaboración. Si luchas contra mí, fracasaremos. Fracasarás.

—No estoy luchando. Es que…

—Estás asustada, lo sé. No hay tiempo para eso. Eres una chica de acción, no de deliberación. Alcanza todo tu potencial y haz. No te limites a ser.

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Da igual, siempre que sea productivo.

Así que saca el móvil y se pone a leer a toda velocidad un libro que necesita terminar para la clase de Lengua. Bien. Es necesario que aborrezca tanto como yo el tiempo desaprovechado. Y, si todo va según el plan, Ivy nunca tendrá que ser una anciana cascarrabias en una cama de hospital.

21

La primera en salir de la fiesta **IVY**

Ivy es más que consciente de que su hermano no es el mismo de siempre. Es evidente.

Lo ve en la mirada fría e impasible, en las bolsas bajo los ojos… Incluso la piel se le ve pálida, como si alguien le estuviera chupando la vida. Y, cuando se mueve, el letargo está aún más presente, porque es como si tuviera que abrirse paso entre gelatina para salir de su dormitorio.

Ivy intenta racionalizarlo. Puede que sea insomnio. Puede que sea la tristeza de perderse el resto de la temporada por una lesión. Comprensible. Explicable. Sin embargo, cuesta creérselo cuando ha visto a su hermano seguir durmiendo todos los días después de que sonara la alarma, hasta el punto de perderse alguna clase. Puede que Ivy ahora esté superconcentrada, pero no es tan egocéntrica como para no fijarse en esas cosas. Lo ve débil, como si fuera un animal lamiéndose las heridas, aunque no se trata tan solo de las heridas físicas. Un tobillo o un hombro fastidiado no asfixia a nadie de esa manera. Esto es peor.

Cada vez le queda más claro que Isaac esconde algo.

Puede que siempre lo haya hecho y ella no se diera cuenta, pero no lo cree. Los hermanos se colocan en posiciones contrarias. Como Ivy siempre ha sido una persona cerrada, Isaac era transparente hasta decir basta. Vivía tal y como era, por fuera y por dentro, todo al aire.

Así que a Ivy le intriga sobremanera que ahora esconda algo, algo lo bastante gordo como para mentir a sus padres diciéndoles que el móvil se había quedado sin batería la noche que pasó en el barco. Puede que también esté un poco preocupada. Se ha pasado demasiado tiempo concentrada en sus propios problemas, así que quizá haya llegado la hora de usar la luz farmacéutica de la anfetamina para enfocar a su hermano y ver si de verdad proyectaba alguna sombra. De usar ese tercer ojo del que hablaba la abuela.

Ivy entra en el cuarto de Isaac sin llamar, con la esperanza de sobresaltarlo lo suficiente como para pillarlo con la guardia baja. Él ni se inmuta. Está sentado en la cama, viendo vídeos de YouTube mientras come porquerías. Se ríe de algo que sale en el vídeo.

—Mira esto —dice—. Este tío estaba haciendo una demostración aérea con los Blue Angels y le dio sin querer al botón para eyectar el asiento a unos tres mil metros.

Entonces el paracaídas se le queda enganchado en la fachada de un edificio y se queda ahí colgado no sé cuántas horas hasta que consiguen bajarlo.

Aunque a Ivy, de vez en cuando, no le parece del todo mal reírse de la desgracia ajena, no le encaja nada que, en este preciso momento de su vida, Isaac decida divertirse a costa del mal de otros.

—¿Desde cuándo te dedicas a sentarte a ver vídeos de gatos?

—No es un vídeo de gatos. Te he dicho que es…

—Me da igual. Todos son vídeos de gatos, ¿vale? Solo que con humanos.

Intenta calmarse. Era Isaac el que se suponía que tenía que estar con la guardia baja, no ella. Pero está tranquilísimo. Tanto que parece anestesiado. ¿Qué demonios le pasa?

Ivy acerca la silla del escritorio y se sienta para dejarle claro que no se va a ninguna parte. Eso hace que Isaac se irrite un poco. Bien.

—Isaac, ¿recuerdas cuando éramos pequeños? ¿Esa vez que salimos todos a tocar a los timbres y aquel viejo nos amenazó con una escoba? ¿O la vez que nos estuvimos tirando en bomba a la piscina? ¿O la vez que cambiamos de postura los renos de Navidad de los vecinos para que pareciera que estaban montándoselo?

Isaac la mira de reojo.

—No, no…

—Claro que no. Porque esas cosas las hice yo, no tú. Porque yo soy la hermana mala. Tú eres el bueno, por si se te había olvidado.

—¿A qué viene esto, Ivy? Bastante mal llevo el día como para que me lo empeores.

Ivy se encoge de hombros.

—Me has salvado el pellejo mil veces. Supongo que ahora me toca a mí.

Isaac esboza una sonrisita. Una sonrisa evasiva, como las de Shelby, que hace tiempo que no se pasa por allí. Ivy se pregunta, de pasada, si habrán roto, pero cae en que

Shelby jamás se comprometería con una ruptura, igual que no se comprometería con una relación.

—Ah, así que es un examen rectal —dice Isaac—. Bueno, pues ya puedes parar.

Agradezco tu preocupación, pero mi culo está perfectamente.

Ivy no se lo traga. Lo mira a los ojos y se niega a apartar la vista.

—Sé que era mentira que se te hubiera acabado la batería del móvil la noche que estuviste en el barco. Y sé que hay algo que no nos estás contando sobre tu accidente de coche. Lo sé porque te conozco.

No responde enseguida. Se limita a volver a mirar su ordenador cuando empieza el siguiente vídeo. Pero su hermana advierte que, en realidad, ya no lo está viendo. Está mirando hacia su interior. Se pregunta si estará a punto de contarle la verdad o de inventarse una mentira convincente. Resulta que ninguna de las dos cosas. Cierra el ordenador y se vuelve hacia ella.

—No te lo tomes a mal, Ivy, pero… no es asunto tuyo.

Y pam, sin más, se cierra a ella. Ivy quiere enfadarse con él, pero solo se siente abandonada. Como si perdiera algo que puede que jamás recupere y de cuyo valor no ha sido consciente hasta ahora. Sabe que seguir insistiendo no le servirá de nada. Isaac ha tomado su decisión. Ha cerrado esa puerta.

Así que Ivy se levanta para marcharse, aunque, antes de irse, decide despedirse como debe.

—Un consejo, Isaac: la mierda siempre se vuelve en tu contra. Lo sé por experiencia.

Isaac no responde, sino que se limita a observarla salir y deja que se quede con la última palabra, aunque sus ojos gritan. Y, por más que se empeña, Ivy no consigue descifrar si se trata de un grito de rabia o de desesperación.

ISAAC

Por fin llega el cumpleaños de Rachel y, en cuanto entran en el parque de atracciones, Isaac sabe que ir ha sido un error; no solo porque se sienta desconectado de todo lo que sucede a su alrededor, sino también porque sus amigos perciben esa «desconexión» y ya están intentando ponérselo más fácil.

—No hace falta que subamos a las montañas rusas —dice Rachel—. Al menos, de primeras.

—Claro —coincide Chet—. Hay muchas otras cosas.

Y Shelby simplemente lo mira con una sonrisa triste y compasiva, lo que es peor que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

—Chicos, de verdad que no hace falta que cambiéis nada por mí —les asegura Isaac—.

Ya sabía en lo que me metía. Hemos venido por el cumpleaños de Rachel, así que vamos a ello. Haré cola con vosotros. Después no me subo y ya está.

Resultó ser lo peor que podía decir, ya que todos pusieron cara de sentirse todavía más culpables.

—Yo me quedo contigo, Isaac —dice Ricky, que se pone a su lado—. Podemos montarnos en las atracciones más lentas y reírnos de la gente mayor.

—¡De verdad que no pasa nada! —insiste Isaac.

Lo que menos necesita ahora es ser el centro de atención. Al final, Shelby los saca del bucle:

—Bueno, no sé vosotros, pero yo me voy al Skull Crusher antes de que la cola sea demasiado larga.

Y eso hace que se pongan en movimiento.

Por desgracia, la cola del Skull Crusher ya es demasiado larga, así que juegan con las apps de preguntas y mímica que parecen especialmente diseñadas para esperar con el móvil en la cola de un parque de atracciones. Después, cuando por fin les toca, Isaac cruza el tren de

colores para pasar al otro lado. Shelby le ofrece una sonrisa compasiva de nuevo, antes de gritar cuando el tren sale disparado de la estación a ciento treinta kilómetros por hora.

Pasa lo mismo en todas las atracciones y, al final, los demás parecen dejar de sentirse mal por él. A Isaac le da igual no subirse, aunque hay otra cosa que le molesta cada vez más.

En el Skull Crusher, Shelby se sentó con Rachel. Después, con Ricky en el Viper.

Después, dos veces con Rachel y otra vez con Ricky. Ni una vez se sentó con Chet. Ni

una sola vez. No puede haber sido una coincidencia. Lo que significa que estaba planeado. Es casi más sospechoso que si hubieran montado juntos en todas las atracciones. ¿Qué le había dicho Chet aquel día? «Tú recuerda que soy tu amigo pase lo que pase».

Isaac intenta decirse que está siendo ridículo. Entonces, cuando se toman un descanso para comer, todo se viene abajo. Literalmente.

El parque de atracciones está en una meseta, lo que quiere decir que todo está cuesta arriba o cuesta abajo. Incluso hay un funicular al estilo suizo que intentan disfrazar de atracción, aunque no es más que un ascensor vertical para ahorrarle el paseo a los visitantes. En un terreno como ese, pocas cosas están justo al mismo nivel, y por eso la zona para sentarse del sitio donde han decidido comer tiene una docena de escalones de hormigón cuesta abajo.

Chet y Shelby se presentan voluntarios para esperar en la cola de las hamburguesas mientras Ricky atiende la llamada de un compañero de clase que necesita que le reparen un motor y quiere precio de colega. Isaac espera con Rachel, que tiene la cabeza apoyada en una mesa porque el Cyclotron la ha dejado mareada, como todos los años.

Eso también es una tradición.

Entonces, cuando están bajando con la comida, Shelby pisa una bolsita de kétchup tan letal como una mondadura de plátano. Pierde el equilibrio y se inicia una caída que promete romperle varios huesos. Isaac se levanta de un salto, pero hace una mueca de dolor por lo repentino del movimiento. Aunque no estuviera herido, no hay nada que pueda hacer; está demasiado lejos.

Es Chet el que entra en acción.

Mientras cae la bandeja de Shelby, él suelta la suya para poder hacer una maniobra salvavidas. Consigue agarrarla por la cintura en el último momento. Ella le rodea el cuello con los brazos para recuperar el equilibrio.

Y ahí está.

Lo ve en la facilidad con la que Chet la rodea. En cómo ella deja posados los dedos en los hombros de Chet, como si le saliera de forma natural. En los dos segundos de más que mantienen la postura. Podrían llevarlo escrito en camisetas a juego.

Y la guinda del pastel es cuando una mujer de mediana edad, que está detrás de ellos en las escaleras y lo ha visto todo, le dice a Shelby:

—¡A ese no lo dejes escapar, cielo!

Shelby vuelve la vista hacia ellos para comprobar que, efectivamente, Isaac los está mirando. Le da un toquecito en el hombro a Chet y él la suelta. Shelby mira el desastre de la comida: las hamburguesas han rodado por todas partes como muelles de colores y han dejado trocitos de ternera y bollo colina abajo, entre los escombros de las patatas fritas.

—Menuda mierda —dice Chet.

—Puedes contarles lo que ha pasado —sugiere Shelby—. Quizá nos den más si montamos un escándalo.

Eso le da a Chet la oportunidad de escapar:

—Voy a ello.

Sale disparado hacia el puesto de hamburguesas, aunque no sin antes lanzar una mirada cargada de culpa a Isaac.

Shelby se le acerca como si el chico no acabara de ver lo que ha visto.

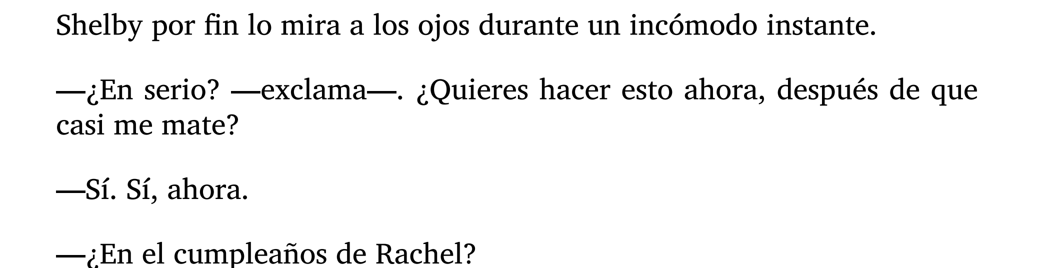
—Eso ha sido superdivertido —comenta.

—¿Estás bien? —le pregunta Isaac.

Está claro que sí, pero también está claro que tiene que preguntárselo.

—Sí, ha sido una estupidez. Debería haber mirado por dónde iba.

—Y… ¿tienes algo más que contarme?



Shelby por fin lo mira a los ojos durante un incómodo instante.

—¿En serio? —exclama—. ¿Quieres hacer esto ahora, después de que casi me mate?

—Sí. Sí, ahora.

—¿En el cumpleaños de Rachel?

Rachel levanta la cabeza al oír su nombre, echa un vistazo a Shelby y vuelve a bajar la cabeza. Rachel lo sabe. Por supuesto que lo sabe; es la mejor amiga de Shelby.

Shelby se lleva a Isaac a un lado para que la conversación sea privada o, al menos, todo lo privada que puede ser en un parque de atracciones abarrotado. Ricky está allí, acaba de terminar con el móvil. Como nota algo, les da espacio. ¿Lo sabe él también? ¿Es que Isaac es el único idiota?

—¿Me vas a venir con esa chorrada de que «pasó sin más»? —pregunta Isaac—. Porque las cosas no pasan si uno no quiere.

—Estábamos esperando el momento adecuado para decírtelo.

—¿Cuándo empezó? ¿Esa noche, en la playa?

—Perdona, pero tú y yo nunca hemos sido nada oficial, ¿no? Así que puede que no te deba una explicación, diría yo.

—Eso es un golpe bajo, Shelby.

¿Espera que le parezca bien lo que ha hecho? ¿Que se retire y estreche la mano de Chet?

Shelby respira hondo.

—Tampoco es que tú te hayas abierto, emocionalmente hablando. La mitad de las veces, ni siquiera sé dónde estás.

—¡Estoy justo aquí!

—No, Isaac. No es verdad.

Y le mata que tenga razón. Esto seguramente hubiera pasado de todos modos, pero él se lo ha puesto mucho más fácil.

—¿Esa es tu mejor explicación? ¿Que él sí está «aquí»? Las montañas

están aquí. La mierda de perro está aquí. El pelo de Chet se ha tragado la mitad de sus neuronas, como si fueran abono, pero ¿lo prefieres a él?

—Al menos, con Chet me lo paso bien. Tiene una joie de vivre que tú ya no tienes.

—Él ni siquiera sabe lo que significa eso.

—Y a mí me da igual.

Isaac nota que no tiene nada más que decir. Durante una fracción de segundo, lamenta que Shelby no se haya caído por los escalones, después se odia por pensarlo y después se odia por odiarse.

Shelby le coge las manos entre las suyas y él no las retira porque sabe que es la última vez que lo hará.

—Isaac, te quiero. Sabes que te quiero. Y estoy segura de que dentro de, no sé, setenta años, estaremos sentados en mecedoras contiguas, maldiciéndonos por haber esperado tanto tiempo para estar juntos… Pero, ahora mismo, hay otras cosas que tener en cuenta.

Chet regresa con dos bandejas llenas, victorioso tras haber conseguido sustituir tanto la comida perdida… como a Isaac.

—¿Quién tiene hambre?

Isaac se larga, cabreado, deseando poder estar en cualquier montaña rusa menos esta.

Ricky se lo encuentra sentado en un banco, cerca de la entrada. Habría preferido lamerse las heridas en paz, pero Ricky no se lo permite.

—Venga, vámonos de aquí —le dice su amigo.

—No seas tonto, no puedes dejarlos tirados.

—Ya está decidido. Después llamarán a un Uber para irse a casa.

—Si te marchas, Rachel va a ir de sujetavelas en todas las atracciones.

—En realidad, no. Puede que Chet sea un capullo, pero es un capullo considerado. Te garantizo que Rachel y Shelby se sentarán juntas, y que Chet irá suelto. Lo que significa que irme es el único método infalible para evitar que Shelby y Chet se sienten juntos.

Y a Isaac le basta, aunque por poco, para aceptar marcharse con él.

Isaac espera a estar en la autovía para preguntarle lo que ha estado enrareciendo el ambiente entre ellos:

—¿Lo sabías?

—De haberlo sabido, te lo habría contado. Lo sospechaba, eso sí. Siento que haya salido como ha salido. —Después añade—: Además, cualquier persona que use la expresión *joie de vivre* en una conversación no merece la pena el esfuerzo.

—Lo has oído, ¿eh?

Ricky se ríe.

El tema es que, con la mezcla de emociones que siente Isaac (rabia, humillación, traición), existe un tejido conectivo entre ellas que casi teme reconocer. Es alivio.

Aunque no deseaba que pasara lo que ha pasado, en parte se siente aliviado.

—Que los dos hicierais buena pareja no significa que estuvierais hechos el uno para el otro —dice Ricky.

Isaac asiente, se mete la mano en el bolsillo y se toma una pastilla sin tan siquiera pensárselo. Pero Ricky se da cuenta.

—¿Qué era eso?

—Ibuprofeno. 800 miligramos.

Y la mentira le sale tan natural que hasta él se la cree.

22

Adonde **qui**era que vayan los trenes

de mercancías

ROXY

Gracias a mí, los peores días de Isaac se han acabado. Aunque todavía tiene el coche en el taller, físicamente se mueve más. Ya no le da miedo que lo empujen y no tiene el cuello en tensión permanente por mantener el hombro en la posición exacta. Y con Shelby fuera de su vida, nada puede interponerse entre nosotros.

—Era una pérdida de tiempo y te drenaba la energía —le digo.

—Lo sé, lo sé —responde—. Pero no por eso es menos difícil.

Estamos sentados en un paso elevado sobre el ferrocarril que cruza la ciudad. A Isaac le gusta venir cuando necesita perspectiva. Los pies le cuelgan mientras observamos el paso de un tren. Las locomotoras cubiertas de hollín tiran de una larga hilera de viejos vagones de mercancías. Lleva su mochila, que pesa bastante porque está llena de un surtido variado de artículos que le recuerdan a Shelby. Es, literalmente, una carga de la que desea desprenderse. Sin embargo, aunque lamenta la pérdida, siento dentro de mí una efervescencia que hace que todo parezca nuevo.

—Por ahí llega un vagón abierto cargado de carbón —le señalo—. Podrías lanzarle la mochila y dejar que el tren se la lleve adondequiera que vayan los trenes de mercancías.

Le acaricio el hombro con mucha más habilidad que Dillie, masajeándole el dolor de dentro a fuera. Isaac es un guerrero herido. Se creía invulnerable, y ahora le duele hasta la armadura. Debo ser amable. Debo ser sincera. Echa la cabeza atrás mientras le rozo el cuero cabelludo con la punta de los dedos, recorriéndole mil millones de neuronas que se le encienden dentro. Para mí es importante que lo disfrute. Su placer se ha convertido en el mío.

El momento pasa, pero seguimos tocándonos. Seguimos conectados. Entonces pasa el vagón del carbón; ni lanza la mochila ni se la vacía encima. Lo que hace es levantarse, así que nos marchamos, ya que el lugar que normalmente le reconforta hoy no lo hace.

—Podría saltar a un vagón y largarme… —masculla mientras nos dirigimos a la parada de autobús más cercana—. No tendría que pensar ni en el instituto, ni en Shelby, ni en Chet…, ni en la universidad. Es todo… demasiado ahora mismo.

—Pues hazlo —lo reto—. Súbete a un tren. No te detendré.

—¿Vendrías conmigo?

—Claro que sí, Isaac. Estoy aquí por ti. No te abandonaré.

No me cuesta hacer promesas. Las hago y las rompo sin problema. Pero esto es distinto.

Esta vez lo digo en serio. Y me asusta tanto como me emociona. Siempre he sido calculadora. Tenía cada frase memorizada. Siempre he sabido exactamente qué decir para producir el efecto deseado. Sé qué cara poner en cada ocasión. He besado a miles de presas y he conseguido que se enamoren de mí. Pero esto es nuevo. ¿Qué pasaría, entonces, si nuestro tren a cualquier parte descarrilara de repente?

Tomamos un atajo cruzando una zona en construcción que no han vallado bien. Se ve el rastro dejado por los vagabundos que viven en las sombras de hormigón de una autovía en obras, aunque ahora no hay nadie. Parece peligroso. Es emocionante. Y

tengo una idea.

—Abre la mochila —le digo a Isaac, que no está muy dispuesto.

—Solo quiero irme a casa. No me gusta esta parte de la ciudad. El exnovio de Ivy vive por aquí.

Insisto:

—No tenemos que quedarnos mucho rato. Tienes que hacer algo y tienes que hacerlo antes de volver a casa. Lo sabes tan bien como yo.

Asiente. Sí, lo sabe. Abre la mochila y empieza a sacar cosas. Una tarjeta de cumpleaños.

Un muñeco cabezón de anime. Un ejemplar del libro favorito de Shelby. Un elefante de peluche, porque ella está obsesionada con los elefantes desde aquel safari. Isaac lo amontona todo y respira hondo.

—No quiero hacerlo —dice.

—Si no quieres hacerlo, ¿por qué has traído el líquido combustible?

Al mencionarlo, saca el bidón que guardan en la barbacoa del patio.

—Sí, pero ¿cómo voy a encenderlo?

—Mira en el bolsillo.

Lo hace y saca un mechero. Es de su hermana, el que usa para encender su cachimba.

Sonríe.

—Hmmm, ¿cómo ha llegado esto hasta aquí?

Como si no lo hubiera metido él.

—Hazlo, Isaac —le animo, cada vez más entusiasmada—. Hazlo antes de que cambies de idea.

El corazón se le acelera al apretar la botella y echar el chorro de líquido sobre la pila de *shelbydeces*. Después, saca una última cosa de la mochila. Es una tira de fotos que se hicieron los dos en un fotomatón, poniendo caras graciosas. Le prende fuego a una esquina y, cuando arde, la lanza a la pila…, y todo arde tan deprisa que tenemos que retroceder de un salto. Siento fluir su adrenalina; su tristeza se rinde a las llamas y se transforma en una extraña euforia. Isaac tenía que hacer esto y yo sé que le está sentando bien. Entonces oímos una voz detrás de nosotros.

—¡Eh! ¡Tú! ¿Qué coño estás haciendo?

Es un obrero de la construcción y corre hacia nosotros.

—¡Mierda! —exclama Isaac antes de salir corriendo.

Entre mi efecto y su subidón de adrenalina, no siente el movimiento del hombro al correr. Le sacamos ventaja al obrero, que deja de sentir interés por nosotros en cuanto nos perdemos de vista. Cuando ya estamos lo bastante lejos, paramos para recuperar el aliento. Nos hemos detenido detrás de un pila de hormigón que se alza hacia el cielo, preparada para sujetar la carretera que le pondrán encima. La emoción nos ha dejado atolondrados.

—Me has dicho que estás aquí por mí —dice Isaac; le brillan los ojos —. ¿Iba en serio?

—Claro que sí.

Entonces, Isaac hace algo inesperado.

Me besa.

Siento la electricidad. Las descargas neuronales pasan por encima de las sinapsis hacia los bornes de conexión. Tres coma cinco billones de voltios de energía que llenan el cuerpo humano. El equivalente a mil rayos. A una cabeza nuclear.

No existimos como cosas, sino como sucesos en el tiempo.

He jugado a esto miles de veces, pero hoy es diferente… porque es la primera vez que he dejado que alguien me bese.

Siempre soy yo la que besa.

No me besan a mí.

Pero aquí estamos, juntos, en un abrazo al que ninguno de los dos quiere poner fin, con la energía suficiente para arrasar el mundo entero.

—Te estoy dando una última oportunidad para olvidar nuestra competición por Isaac e Iris —le advierto a Addison esa noche, tumbada en una pérgola privada junto a la piscina, al borde de la Fiesta.

Addison está acalorado.

—Es Ivy, no Iris…, y no quiero olvidarla. Pretendo vencerte limpiamente.

Dejo escapar una risita lo más desdeñosa posible.

—Addi, ¿es que no ves que te estoy haciendo un favor? Estoy intentando ahorrarte la vergüenza. No voy a disfrutar de verte humillado, no soy tan cruel.

—Sí que lo eres. ¡Y yo voy a disfrutar muchísimo viéndote perder ante mi humilde persona! —Entonces me hace una reverencia burlona—. Te voy a hacer un favor, Roxy.

Porque desinflarte el ego evitará que estalles como un globo con demasiado aire.

Agito mi cóctel con el meñique y miro el líquido, en vez de arriesgarme a mirar a Addi.

Los tonos morados y rojos fluorescentes se mezclan. Al parecer, esta noche a Al le va el rollo neón.

—¿Sabes qué es lo que creo? —dice Addison—. Creo que eres tú la que teme perder y por eso quieres dejarlo.

—No te haces una idea de lo ridículo que suenas.

Y hasta ahí llega mi interés en meterme en una discusión. Sigo sin querer mirar a Addison a los ojos por miedo a que vea en ellos algo que no quiero que vea; eso se le da bien. Así que miro hacia la piscina resplandeciente. Mi acompañante de esta noche está ahí, es la chica del restaurante chino. No ha tardado mucho en llegar a la Fiesta. Está en la piscina con uno de los subalternos de Molly, un diseño nuevo y musculoso que es todo dedos y lengua. No podría importarme menos. De todos modos, prefiero tener más sitio en mi pérgola.

—Quizá debería hacer correr el rumor de que Roxy intentó echarse atrás en una apuesta

—comenta Addison—. No hay nada que les guste más a los nuestros que saber los trapos sucios de los demás.

Dejo la copa en la mesa con tanta fuerza que se rompe el tallo, así que, frustrada, lanzo por los aires el resto, sin importarme dónde aterrice ni quién pise los cristales rotos.

Como la Fiesta es como es, tampoco es que esa persona vaya a sentirlo.

—Los rumores son un arma de doble filo —le recuerdo—. Yo les contaré que te lo has inventado todo y conseguiré que quedes fatal. Como siempre —añado. Eso le enciende un poco bajo el cuello, siempre perfecto, de su camisa, pero intenta que no se le note—.

¿Por qué estás tan empeñado en esto? —le pregunto—. ¿Crees que no serás capaz de subirla aquí sin la presión de la competición?

Y le veo en la cara que, en efecto, he dado en el clavo.

—¡Es eso! ¿Verdad? Esto no era por el reto, sino que me usas para presionarte.

—Puedo traer a Ivy aquí en cuanto yo quiera.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Ya sabes por qué. No solo hay que hacerlo, también hay que hacerlo bien. De modo que mis superiores no me la roben.

Justo cuando creo que llevo ventaja en la conversación, cometo un error. Es algo nimio, un movimiento incómodo de los hombros, pero, como he dicho, Addison siempre está

alerta y es observador, perspicaz. Empieza a esbozar una sonrisa que tarda un buen rato en estirarse del todo.

—Esto no es por mí —conjetura—. Es por ti. Por Isaac y por ti.

—No tengo ni idea de lo que dices.

De nuevo, mi lenguaje corporal me traiciona.

—Roxy, ¿te estás enamorando de él?

La idea es absurda. Más que absurda. Ni siquiera pienso contemplarla. Así que no respondo, sino que me levanto a modo de protesta.

—¡Eres un imbécil!

Y me alejo hecha una furia hacia la barandilla de la terraza que nos separa de la tierra de abajo. Pero Addison me sigue y, aunque espero que exprima al máximo su absurda acusación, no lo hace.

—Tengo razón, ¿verdad? —me pregunta en voz baja.

Y, a pesar de que se lo he negado a él y me lo niego a mí misma, una parte de mí sabe que tiene razón. Que lo que siento por Isaac va más allá de lo que debería sentir. Más allá de lo que es seguro que sienta. Y sé por qué Addison ya no se burla de mí: porque entiende lo serio que es, lo peligroso que es. Esto podría cambiarlo todo para mí, y no necesariamente a mejor.

—¿Sabe Isaac lo que eres? ¿Lo que haces? ¿Sabe lo tóxica…?

—Cierra la boca, ¿vale? —le suelto—. Sabe lo que necesita saber. Y sienta yo lo que sienta, eso no evitará que gane nuestra competición.

Y ganaré. Aunque solo sea para demostrarle a Addison que no me dejo llevar por algo tan inútil y pasajero como las emociones.

Addison intenta echarme el brazo sobre el hombro para consolarme, pero me lo sacudo de encima. Su compasión, vamos, lo que me faltaba. Sí que tiene razón sobre algo: soy tóxica. Y ahora mi propio veneno me quema de dentro a fuera, porque lo que ni Addison ni los demás comprenderán nunca es que una parte de mí existe ahora en el mundo de abajo. Contemplo la noche titilante, atónita ante la idea.

Todos nosotros

tenemos fecha de caducidad. Puede que este sea el final de mi historia y que pronto solo exista convertida en leyenda, en un espectro oscuro prisionero en algún lugar de las alturas, como Lona. La pesadilla de la pesadilla.

Soportas cada segundo de tu existencia porque sabes que eres algo más que el objetivo con el que fuiste creada. Entonces, el deseo se convierte en el verdadero significado de lo que eres. ¿Qué ocurre cuando todo vuelve a ponerse del revés y te das cuenta, con una ironía desgarradora, de que existes para destruir lo que más quieres?

—Bueno, supongo que te veré en la sala VIP —dice Addison—. O quizá no —añade, como una pullita—. Pero no te preocupes, Roxy. En cualquier caso, tu secreto está a salvo conmigo.

Después se marcha para enfrentarse con este nudo gordiano que amenaza con convertirse en horca.

Interludio n.º 4: Fina (C17H19NO3)

¿Me tenéis miedo? ¿Huis del aspecto de mis ojos? Son como plácidos lagos que ocultan lo que acecha en las profundidades. Os da miedo, pero solo por la oscuridad que lo envuelve. En realidad, no hay nada que temer porque, para cuando os ganáis la oscuridad, ya os habéis ido. No se puede ver la oscuridad una vez que formas parte de ella.

Estoy en muchos lugares a la vez, aunque, en cierto sentido, todos son el mismo. Una habitación de hospital por aquí, una residencia de ancianos por allá. Lugares en los que el tratamiento para salvar la vida ha dado paso a los cuidados paliativos. Un silencioso recordatorio de que se acaba el tiempo. Todo lo que florece debe marchitarse, y yo estoy aquí para meter los pétalos entre las páginas de tu vida.

Los demás me aborrecen.

—Nos das asco —me dicen mis primos—. ¡Eres sucia y vil!

Lo cierto es que ellos no son mejores. Soy igual de adictiva, incluso más, pero ¿y qué?

Cuando la adicción se acaba con la vida, poca importancia tiene. A nadie le importa que un paciente terminal se enganche a lo que le concede un instante de alivio.

Aun así, mis primos me ven como un buitre, una criatura peculiar que se alimenta de los huesos de los moribundos. Se equivocan. Mi presencia solo ofrece alivio. No los devoro. Simplemente los inhalo. Los disuelvo un poco con cada aliento, los ayudo a derretirse pacíficamente en sus camas y les permito fundirse con la colcha blanca. No, no soy un ángel de la muerte, sino Morfeo, que induce el sueño en sus atormentados cerebros. Los unjo. Los preparo para el inevitable proceso que les llega a todos.

Incluso mi nombre significa sueño. Morfina. ¿Veis lo bien que rueda por la lengua?

Como la niebla que baja de una montaña.

Me da igual que los demás me odien. Llevo aquí, haciendo lo que hago, desde mucho antes de que mis primos fueran concebidos. Que sigan con su fiesta. Que se entrometan en el ajetreo de las personas en la flor de la vida, que las pesquen con sus señuelos, cada vez más brillantes. Sus gratificaciones no son las mías. Mi sitio está aquí, en las salas y los laberintos de la enfermedad. Lugares intrincados en los que los pasillos se doblan sobre sí mismos y solo dejan una salida.

Lejos, en una unidad de cuidados para la tercera edad, un hombre orgulloso rechaza la dura terapia que podría alargar su vida unos cuantos meses más. «Ya basta —les ha dicho a sus seres queridos—. Estoy listo». Yo, la princesa de los cuidados paliativos, estoy aquí, con él, para cuidarlo. Para ser testigo de los pétalos al caer. Siguen quedando varios en esta flor. Puede que le quede poco tiempo, pero no tan poco como cree. Estaré con él hasta el final.

En otra parte, alguien miente a una mujer que ha envejecido antes de tiempo. Han convertido una de las habitaciones de la casa de su hijo en una enfermería. Una enfermera la atiende las veinticuatro horas. Le han dicho a la mujer que se va a poner mejor, que todo saldrá bien, porque su familia no soporta decirle la verdad ni tampoco aceptarla. El tratamiento que está recibiendo no la va a poner mejor. No es más que el equivalente médico a ahuecarle la almohada. Comodidad, poco más. No se lo cuento. No es mi trabajo. Lo que sí hago es alisarle las arrugas de preocupación de la frente y aligerarle la carga para que no piense en esas cosas. Le susurro al oído en el más profundo de los tonos. Mi voz es un traqueteo lento, una resonancia en lo más hondo del pecho que solo pueden oír los que han llegado al crepúsculo.

Y, del mismo modo, me llaman desde otra parte. Venid conmigo esta vez, venid a ver lo que hago, no os apartéis.

Ahora me muevo a través del aire líquido de una residencia de ancianos donde las corrientes de putrefacción se mezclan con una nube antiséptica, como dos frentes que convergen y prometen lluvia en abundancia. El aire está tan cargado que parece gelatinoso. Cuesta avanzar.

A este lugar le han puesto una etiqueta optimista: residencia terapéutica especializada. Y, para algunos, lo es. Algunos salen de aquí con una extensión en su contrato de arrendamiento vital tras haberse curado de sus caídas, sus accidentes y sus derrames. Otros no lo harán.

En la habitación en la que acabo de entrar hay dos mujeres.

Me han llamado para que acuda a la que está más cerca de la ventana.

—¡Enfermera! —grita ella—. ¡Enfermera!

Pero el personal se ha cansado de sus falsas alarmas. Quiere que le abran las cortinas.

Quiere que le cierren las cortinas. Lo que de verdad quiere es que alguien se fije en que todavía existe, en que es algo más que una molestia.

—¡Enfermera!

—Chisss —le digo—. Ahora no necesitas a la enfermera.

—Pero no encuentro el botón.

—Paciencia. Lo encontrarás —le aseguro.

El botón del que habla está al final de un largo cordón que se ha colado entre su cama y la barandilla. Ahora cuelga a varios centímetros del suelo y se balancea como un lento péndulo.

—Quítame el dolor, Fina, por favor… —me suplica—. Por favooor…

—Haré lo que pueda, pero tú tienes que dar el primer paso.

—El botón…

—No te pongas nerviosa —le digo con calma—. Búscalo con cuidado. Está ahí. Solo tienes que encontrarlo.

Recorre con la mano el lateral del colchón, adelante y atrás, hasta que toca el cordón.

Una vez que lo encuentra, cierra los dedos en torno a él para levantarlo. Después, cuando ya lo tiene bien sujeto en la mano, pulsa el botoncito azul con el pulgar. El botón libera una dosis controlada de mí en su PICC, de modo que entro directamente en el torrente sanguíneo. Me pongo a trabajar de inmediato. El calor le recorre el cuerpo. Los párpados, ya de por sí caídos, se hunden otro centímetro. Se le calma la respiración.

—Estoy aquí y seguiré aquí durante todo el tiempo que me necesites —le prometo, porque nadie más que yo la visita.

Me mira a los ojos y se echa a llorar.

—Te odio —dice—. Te quiero.

—Quédate a mi lado —dice—. Sal de mi vista.

Cortinas abiertas, cortinas cerradas. La nuestra es una relación compleja.

Junto a ella, en el jarrón, solo queda una flor de un ramo que ni siquiera era suyo. Lo trajo para su abuela el nieto de la mujer de la otra cama. Sin embargo, en su mesita había demasiadas flores, así que esta mujer se beneficia del exceso.

Recojo los pétalos a medida que caen de la flor. Abro mi libro y,

con mucha delicadeza, guardo cada uno de ellos en una página.

—Cuéntame una historia —me pide, adormilada.

Y lo hago.

—Érase una vez, una joven que soñaba con ser bailarina. Pero su padre no creía en esas frivolidades.

—Era un hombre duro… —dice ella.

—Un hombre duro —repito— con una vida dura. Decía que quería algo mejor para sus hijos, aunque lo que en realidad hacía era tratarlos a ellos con la misma dureza.

—El muy cabrón…

En todo este tiempo no ha sido capaz de perdonar a su padre por su amargura. Pasar página le habría hecho la vida más fácil, pero, a veces, la gente se aferra al dolor porque es mucho más sencillo asirse a sus filos puntiagudos.

—Sigue —me pide—. Cuenta el resto.

Así que hilo la historia de su vida, no exactamente como fue, sino como a ella le habría gustado que se contara. Me callo las partes que quizá la retraten como a una villana en vez de como a una heroína. ¿Qué sentido tendría hacer hincapié en eso a estas alturas? Es esa faceta suya la que la ha dejado sola. No, ella conoce bien esa historia, así que me dedico a hilar un cuento exuberante y complejo… Su verdad subjetiva, donde ella siempre está del lado de la luz, enfrentándose a la adversidad.

No obstante, detengo mi historia al llegar al desenlace. En la última página, por así decirlo. La penúltima nota.

—Termínala —me anima—. Que tenga un final feliz.

—El final nunca es ni feliz ni triste —respondo—. Simplemente… es.

A ella no le resulta satisfactorio.

—¡Enfermera…!

23

Sucesos que bien podrían estar

al **nivel** del apocalipsis

IVY

«¿Qué importancia tiene una resaca?», piensa Ivy mientras camina hacia el instituto.

Para ella, solían ser una excusa más para saltarse las clases, para dedicar otro día a perfeccionar el no hacer nada. Pero ya no. Esa no es la nueva Ivy. Aun así, tiene el cerebro bastante deshidratado y le rinde poco, todo por culpa de una falta de sueño REM. Casi nota los miles de citocinas que le salen disparadas del hígado para inflamarle todo el cuerpo. Sí, conoce la ciencia subyacente. A estas alturas de su vida, Ivy se ha convertido en una experta en resacas. No puede permitir que esta se interponga en su camino. Por eso aparece en el instituto con un zumo de jengibre y cúrcuma, y con sus gafas de sol más oscuras. Por no mencionar que llega cinco minutos antes porque, sorprendentemente, las clases son ahora su máxima prioridad.

Examen de Matemáticas, prueba de Ciencias y, a pesar de la resaca, está preparada. Ivy lo va a petar. Y si empieza a perder fuelle, lleva unas cuantas compañeras de estudios en el bolsillo. Se toma la primera una hora antes de su primer examen. Como en el estómago no lleva nada más que el elixir para las resacas, le hará efecto en cuarenta y cinco minutos.

Y funciona a la perfección: se siente como un láser que atraviesa las hojas del examen de Matemáticas. Ya ha terminado y se dedica a juguetear con los pulgares y hacer rebotar las rodillas, rebosante de energía nerviosa, mientras los otros chavales prácticamente están golpeándose la cabeza contra el pupitre para activar las neuronas.

Entonces, suena el teléfono.

No el suyo, sino el del aula. El teléfono del aula nunca suena. Altera a los alumnos que ya estaban de los nervios porque temen no terminar a tiempo. Ivy también da un respingo, aunque solo porque está con las terminaciones nerviosas disparadas. Su profesor levanta el auricular con el consabido «¿Diga?» y escucha un momento.

Después dice: —¿No puede esperar? Estamos en medio de un examen.

Escucha un poco más y después cuelga sin despedirse, claramente molesto por la interrupción. Ivy lo ve examinar la clase hasta que su mirada recae en ella, que está jugueteando con el lápiz, nerviosa.

—¿Has terminado, Ivy? —pregunta como si estuviera sorprendido.

—Sí, hace un par de minutos.

—Bien, porque te necesitan en la oficina.

No es lo que se esperaba.

—¿Por qué?

El profesor se acerca para recoger su examen.

—No me lo han dicho. Solo que el mundo debe detenerse hasta que se satisfagan sus exigencias.

Ivy sonríe.

—Puedo hacer los cálculos para eso a cambio de puntos extra.

Cree que al profesor le hará gracia, pero no.

—Yo de ti iría deprisa —le dice—. No parecían muy contentos.

Así que recoge sus cosas y se va.

Ivy conoce al personal administrativo, sobre todo al señor Wooley, el subdirector de disciplina.

«¿A qué demonio de poca monta tuvo que cabrear para que lo nombraran subdirector de disciplina? —le había preguntado en una visita anterior—. ¿Es eso un cargo real o es que le gusta que lo llamen así?».

No había salido bien. Ni tampoco que comentara que era difícil tomarse en serio la disciplina si la impartía un hombre con un apellido que en inglés quería decir «vago».

Pero esos días de mal comportamiento han quedado atrás. Por supuesto, aunque no sabe bien de qué va el tema, se comportará con toda la displicencia del mundo. No puede permitir que el subdire de disciplina la vea sudar.

Y está bastante segura de saber lo que pasa. Sus notas han subido de golpe y, como suele pasar, los mandamases habrán pensado en la peor explicación posible: que ha copiado o hecho trampas; que alguien le ha hecho los deberes o, incluso, que ha logrado entrar en el ordenador del instituto para cambiar las notas.

Que la acusen todo lo que quieran; a Ivy le da igual. La verdad saldrá a la luz y la verdad es que se graduará a tiempo con un acelerón a la desesperada en el último semestre. Porque está haciendo borrón y cuenta nueva a lo grande.

Cuando entra en las oficinas, deja atrás la secretaría y se va derecha al despacho de Wooley, casi con memoria muscular, pero la secretaria la detiene.

—Ahí no, cielo. En el despacho de la directora Payjack.

—Espere, ¿Payjack quiere verme?

—Será mejor que te des prisa. No tiene todo el día.

Mientras que Wooley es un chiste malo en un traje barato, la señora Payjack es una presencia imponente que intimida tanto como su nombre. Rara vez se involucra en los temas disciplinarios menores. Tiene asuntos más importantes de los que encargarse. La chulería de Ivy vacila y se tambalea un poco. ¿Es ella un asunto importante? Entonces, justo cuando llega a la puerta, la puerta se abre y por ella sale su amiga Tess hecha un mar de lágrimas, apretando los libros contra el pecho.

—Lo siento —dice cuando ve a Ivy, antes de salir disparada de las oficinas.

—¿Qué demonios pasa?

—Entre, señorita Ramey —oye a Payjack ordenarle desde el despacho.

Al entrar, ve que la directora no está sola: también está allí el guardia de seguridad.

—¿Qué está pasando? —pregunta Ivy, cada vez más preocupada—. ¿Por qué está él aquí?

Entonces le echa un segundo vistazo al poli de mentirijilla y se da cuenta de que no es de mentirijilla. No es el guardia de seguridad del instituto, sino un agente de policía de verdad.

—Siéntate, Ivy —dice la señora Payjack.

Ivy se sienta. Entonces, la directora le da a un botón del mando a distancia de una tele que está empotrada en una estantería y parece demasiado sofisticada para el despacho de administración de un

instituto.

Es un vídeo de vigilancia.

La imagen está distorsionada, como tomada a través de una mirilla, pero Ivy se reconoce enseguida. Es el Walgreens donde fue a por su medicación.

Le zumba el cerebro; se le mueven las piernas. Está intentando sumar dos más dos.

Acaba de clavar un examen de Matemáticas, ¿no? Debería ser capaz de sumar dos más dos. Se obligar a dejar quietas las rodillas, aunque solo lo consigue mientras piensa activamente en ello.

—Observa con atención, Ivy —le recomienda la directora—. Aunque sabes bien lo que viene ahora.

Pero es que no lo sabe. Lo único que recuerda es haber recogido sus pastillas. Porque el momento en cuestión no era más que un pequeño bache en un día en el que tenía demasiadas cosas serias en la cabeza. Sin embargo, cuando ve a Tess al final del pasillo, todo encaja. Sabe de qué va esto: quieren que testifique contra Tess, que verifique que Tess robó alcohol.

—Esa cámara está al final del pasillo —dice Ivy—. No puede demostrar que Tess hiciera algo malo.

Payjack no dice nada, solo mira el vídeo. Así que Ivy cruza los brazos y observa, esperando a que se acabe.

Y entonces ve la verdadera razón por la que está aquí.

Porque, desde este ángulo y a esta distancia, solo hay algo que queda claro como el agua: Ivy le da una botella de vodka a Tess, que después procede a guardársela en la chaqueta.

—¡No! —exclama la joven, que niega con la cabeza tan fuerte que vuelve a sentir la resaca—. No, eso no es lo que parece.

Entonces, interviene el policía:

—¿Me estás diciendo que la cámara miente?

Está tan pagado de sí mismo que a Ivy le entran ganas de arrancarle el bigote y metérselo por la boca hasta la garganta.

—¡Sí! ¡Quiero decir, no! Lo que quiero decir es que no se ve todo lo que pasó. No se la estaba dando para que se la llevara. Se la estaba devolviendo porque yo no quería llevármela.

—Así que se la diste a Tess para que se la llevara ella y no te pillaran a ti, ¿no?

—¿Es lo que les ha contado ella?

Payjack y el agente se miran.

—No exactamente —responde Payjack.

—Lo que quiere decir es que no —deduce Ivy—. No, no les ha contado eso. Porque eso no es lo que pasó.

—No vamos a permitir que nos enfangues con los detalles cuando el asunto está más claro que el agua.

—No, no está claro. Está borroso, en blanco y negro, y distorsionado. Fui para recoger mis medicinas. ¡Puedo demostrarlo!

Payjack está harta de discutir, así que se levanta, se acerca más a Ivy e inhala.

—Ivy, ¿sabías que cuando una persona bebe grandes cantidades de alcohol todavía se le nota en el olor al día siguiente? Se llama ácido acetoacético. Y tú apestas a eso.

—¿Qué tiene eso que ver con…?

Y, de repente, el instinto de conservación de Ivy entra en acción. Cierra la boca. Ahora necesita usar todo su cerebro para evaluar la situación y tomar decisiones críticas.

Parlotear dejándose llevar por el pánico, la furia y la frustración no va a ayudarla. Así que se muerde la lengua y espera a ver qué pretende la directora.

Payjack se sienta y coge el mando para apagar el televisor.

—Bueno, Ivy —dice—, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Ella mira al poli y después a la directora, ya que está claro que la pregunta es retórica.

No sabe qué pensarán hacer, pero Payjack ya ha tomado una decisión.

Ivy guarda silencio para que sus ideas se condensen lo suficiente como para llegar a sus propias conclusiones.

—Si fueran a detenerme, ya lo habrían hecho. Han dejado que Tess se fuera, lo que significa que también dejarán que yo me vaya.

—Muy astuta —responde Payjack, quizá algo sorprendida por el incisivo análisis de la joven. Se vuelve hacia el policía—. Agente Pedroza, ¿podría esperar fuera, por favor?

Pedroza le lanza a Ivy la típica mirada de agente de la ley serio, sale y cierra la puerta.

Y, de pronto, la directora empieza a interpretar a la poli buena.

—Te lo creas o no, no soy tu enemiga, Ivy. Tampoco el agente Pedroza. Podría deteneros a las dos, pero creo que hay una solución mejor.

«Así que esto es chantaje, ¿no? —piensa ella—. O elijo lo que la directora me ofrezca como "opción" o me detendrán por algo que no he hecho». Si permite que la detengan, la acusación no tendrá fundamento, ¿no? Pero siente demasiadas dudas y desconfianza como para estar segura de nada.

Payjack la mira con tristeza antes de explicarle el plan alternativo: —Ivy, está claro que tienes dificultades con las que este instituto no te puede ayudar.

—¿Qué significa eso?

—Creo que está bastante claro.

Entonces, la directora espera a que Ivy ate cabos. Cosa que no tarda en hacer.

—¿Me va a expulsar? No, ¡no puede hacer eso! Conozco mis derechos. Va contra la ley expulsar a un alumno por algo que ha hecho fuera del instituto.

—Eso es cierto —responde Payjack con una calma muy estudiada—. Por eso te estoy pidiendo que te vayas voluntariamente.

Ivy no sabe qué responder. Su directora no la está apuñalando por la espalda, sino que le está pidiendo que se apuñale ella sola.

Si mal no recuerda, Dante decía que el infierno tenía nueve niveles. Se

pregunta en cuál estará ella ahora.

—Rosewood Alternative dispone de un programa de orientación mucho más completo que nosotros —le dice Payjack—. Ya me he puesto en contacto con ellos. Será un placer concertar una entrevista allí para tus padres y para ti.

¡Sus padres! Tener que meter a sus padres en todo esto hace que la cabeza, que ya de por sí le palpitaba, esté a punto de estallar. Teme sufrir un aneurisma allí mismo.

Muerte por directora. Seguro que pasa continuamente.

—No necesito orientación —insiste Ivy—. ¡Solo quiero terminar mis asignaturas y graduarme!

—Seguro que lo harás, pero no aquí.

ADDISON

Esto no es culpa mía.

He hecho todo lo posible por Ivy. Conseguí que se centrara en lo importante y me pasé cada segundo del día reafirmando esa idea.

Esto no es culpa mía.

Es mala suerte en el peor momento posible. Ese vídeo de vigilancia se grabó antes de que empezara a trabajar con ella… y solo contaba la historia que ellos esperaban ver.

¡Esto no ha sido culpa mía!

Con todo, cuanto más lo digo, menos exonerado me siento. Negar la culpa solo sirve para que vuelva como un bumerán. Y me enfurece. Si quiero ser el único para Ivy hasta el triste final y vencer a Roxy en su propio y retorcido juego, no puedo permitir que esto me haga descarrilar. Lo cierto es que puedo estar con ella sean cuales sean las circunstancias. No necesita la excusa de estudiar Medicina para estar conmigo. Me

niego a dejar que mi tendencia a ayudar se interponga en mi camino. Esta vez no. Se acabó.

Le presto atención a Ivy y me concentro en sus frustraciones en vez de en las mías.

—Esto es un bache, nada más —le aseguro mientras recorre el pasillo hecha una furia, tan deprisa que apenas le sigo el ritmo.

—¿Un bache? ¡Esto no es un bache! Esto está al nivel del apocalipsis.

—Eso es lo que te parece ahora.

Ella se ríe.

—¿Qué va a cambiar mañana? ¿Y pasado mañana?

—Mira, es fácil —le digo—. Tienes tres opciones. La primera: terminas el semestre en Rosewood; todavía puedes graduarte a tiempo si sigues esforzándote.

Ivy gruñe.

—Dos: estudias conmigo y te gradúas sin tan siquiera tener que volver a sentarte en un aula. Salvo para hacer el examen, claro.

Aprieta la mandíbula y ni siquiera me mira.

—Tres: te tomas un descanso hasta que vuelvas a tener la cabeza en su sitio y vas a Rosewood el curso que viene.

—O la opción cuatro: me rindo y dejo los estudios.

—No, eso no te lo voy a permitir.

Entonces, se vuelve hacia mí con rabia.

—¡No puedo ir al instituto alternativo!

—Hay sitios peores.

—¡No para mí!

Entonces, se vuelve y abre de una patada la puerta principal para salir a la brillante luz del sol.

La sigo hasta la calle, donde se queda parada, lo más lejos posible de un paso de peatones, mirando el tráfico como si pretendiera lanzarse a él. ¿Lo haría? Me lo pregunto. Si se empeñara en hacerlo, ¿sería capaz de detenerla? Sin embargo, se vuelve y se va hacia la parada de autobús que hay calle abajo, donde está Tess sentada con una bolsa de basura en la que ha metido toda la porquería de su taquilla.

Cuando Tess ve a Ivy, se limpia el rímel de los ojos para intentar disimular que ha estado llorando, pero el manchurrón no hace más que remarcarlo, como cuando rodean un cadáver de cinta amarilla.

—Dios, parece salida de una peli de miedo —digo, pero Ivy no me hace caso. Ella no ha derramado todavía ni una lágrima. Todavía no sé si eso es bueno o malo—. No tienes que hablar con ella si no quieres. Ni siquiera tienes que sentarte con ella.

Lo que solo sirve para que se siente con Tess de todos modos, por fastidiarme.

—Lo siento —murmura Tess—. Le he dicho a Payjack que tú no tuviste nada que ver con eso, pero no me ha creído.

Aunque intento susurrar palabras de ánimo al oído de Ivy, ella se ha cerrado a mí nada más sentarse.

—Da igual. Lo hecho, hecho está.

Tess se restriega los ojos y se dibuja un Rorschach por las mejillas; después esboza una sonrisa malvada que no encaja con los ojos llorosos.

—Al menos, ahora puedes venir con nosotros al Desert Swarm.

—Acaban de expulsarte ¿y en lo único que piensas es en esa estupidez de festival?

Tess levanta un poco la nariz.

—No me han expulsado. Me he marchado voluntariamente.

Un poco más arriba, el semáforo se pone verde y el autobús se acerca.

—No te subas al autobús con ella, Ivy —le pido—. Vuelve andando a casa.

Cualquier cosa para evitar que estas dos conspiren.

—Rosewood no estará tan mal —comenta Tess—. Conozco a gente que va allí. Y, además, nos tendremos la una a la otra. —Le da la mano a Ivy, y ella se lo permite—.

Nos lo vamos a pasar muy bien —añade Tess con la misma sonrisa desagradable antes de levantarse para subirse al autobús. Como Ivy no la sigue, Tess se vuelve—. ¿No vienes?

—No, hace buen día. Creo que voy a ir andando.

Bien por ella. Una pequeña victoria es mejor que ninguna.

Cuando Tess se va y el autobús se aleja, Ivy se mira los pies.

—¿Lo entiendes ahora? —dice—. Allá donde va Tess, se lleva consigo un montón de malas costumbres. Mis malas costumbres. Si estoy en ese instituto con ella, acabaré yéndome por el desagüe.

—Ya sabes lo mucho que odio el derrotismo —respondo—. La verdad es que creo que Rosewood te vendrá bien. Tendrás un lugar en el que destacar. Cuando se espera poco de ti, el éxito es mayor. Los profesores estarán deseando que triunfes, no apostando por tu fracaso.

—Bla, bla, bla.

—Lo digo en serio. Cuando estás en un instituto alternativo, cualquiera que es capaz de salir adelante se considera un vencedor.

—No va a pasar. Me conozco. Creía que tú también me conocías.

Dicho lo cual, se levanta para marcharse.

—¡No me des la espalda!

—No puedes darme órdenes.

—No te estoy dando una orden, Ivy, te estoy suplicando —le digo con toda la sinceridad que puedo—. Por favor. Por favor, no me des la espalda. No me dejes. Te prometo que lo haré mejor.

Entonces niega con la cabeza, triste, y no puedo evitar sentir que lo que le rebosa ahora por los poros es lástima. Es como si me clavaran una estaca en el corazón, aunque no duele tanto como lo que dice después: —Quizá no puedas hacerlo mejor. Quizá necesite a alguien un poco más fuerte.

24

Intenta **so**ltarlo todo junto a lo**s** estan**te**s lle**n**os de comes**tible**s ISAAC

«¿Va todo bien?».

Esa parece ser la pregunta que todo el mundo quiere hacerle a Isaac en los últimos días.

Desde sus amigos a los profesores. Siempre se la plantean con aire arrogante porque, sea quien sea quien pregunte, da por sentado que tiene todas las respuestas a unos problemas que desconoce. Es una insolencia. Y eso le cabrea mucho.

El siguiente en hacerlo es su asesor académico.

—¿Va todo bien? —le pregunta Demko en su reunión.

—Sí. Todo va bien. Más que bien.

Y, en lo que a él concierne, es verdad. En cierto modo, está mejor que nunca.

—Solo te lo pregunto porque últimamente tienes muchas faltas de asistencia…

—Son médicas —le informa Isaac—. Me he fastidiado el hombro.

—Isaac, este mes has faltado siete días. Y veo que tus notas han bajado. Eso podría complicarte la admisión en las universidades que querías.

Demko lo mira a los ojos, muy serio.

—Gracias por preocuparse. Pero no hay problema.

—Eso espero —responde el asesor, que esboza una sonrisa amable.

Isaac sale a toda prisa, irritado. Usará esa irritación como combustible para demostrar que Demko se equivoca. Si hay algo que le cabrea más que bajar de nota es que alguien dude de que puede recuperar el control. «Todo saldrá bien, como siempre», se repite. Es cierto que cada vez que ha tenido turbulencias con los estudios ha conseguido ingeniárselas para alcanzar una altitud de crucero que al final lo ha llevado a aterrizar en notas altas. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez?

Así que, nada más llegar a casa, limpia su escritorio y se sienta a hacer los deberes.

Tiene mucho con lo que ponerse al día. Aun así, nota la cabeza tan nublada que ni siquiera sabe por dónde empezar. Ni siquiera recuerda qué capítulos tiene que trabajar porque ni siquiera ha reunido las instrucciones de los profesores.

Se siente sobrepasado y se le espesa la mente como si fuera sopa con cada minuto que pasa. Es esa hora del día. La hora del día a la que suele tomarse la segunda pastilla.

Pero ¿no son esas pastillas la razón por la que ha perdido tantas clases? Aun así, va a buscarlas en su monedero. A pesar de que la cabeza le pide que no lo haga, el cuerpo le dice que sí. Y eso le preocupa. Isaac siempre ha sido una persona lógica… y esta es la primera vez que sus dedos no ejecutan las órdenes que les dispara el cerebro.

«¿La quieres o la necesitas?», recuerda haberse preguntado una vez mientras contemplaba la pastilla en la palma de la mano. Puede que no tenga tanto control como creía. Quizá esto no sea solo el viejo equivalente a meter la mano en el tarro de las galletas cuando no te ven tus padres. Cuando era pequeño, quería esa galleta, pero no la necesitaba. Ahora sabe la respuesta: necesita estas pastillas. Tiene una voz dentro de la cabeza que le dice que no puede vivir sin ellas y que

no tiene sentido intentarlo.

Y el asunto es que sus padres sabían que robaba esas galletas. No porque fueran observadores, sino porque Isaac se lo decía o se lo insinuaba. Dejaba miguitas. O la tapa del bote medio abierta. En aquel entonces, creía que era falta de cuidado, pero más adelante llegó a comprender que parte de él lo hacía adrede. Porque los delitos deben tener su castigo. Y los secretos deben salir a la luz.

Por eso, Isaac decide que les va a contar la verdad a sus padres. Que ha estado tomando pastillas para el dolor. Que ha estado comportándose de manera autodestructiva para conseguir más. Que está empezando a depender de ellas. Y tiene que contárselo ya, antes de que las pastillas le hagan cambiar de idea.

Isaac se prepara para la conversación con sus padres. ¿Se sorprenderán? ¿Se quedarán conmocionados? ¿Se enfadarán? Una combinación de las tres cosas, seguramente. ¿Le echarán la culpa a la abuela? Espera que no. Ni siquiera piensa decirles que fue su pastilla la que lo empezó todo, aunque querrán saber dónde las ha conseguido. Podría mentir, decirles que empezó después de hacerse daño en el hombro, que fue por culpa de la receta del médico de urgencias. Por otro lado, ¿mentir justo cuando quiere sincerarse? Imposible. Además, nunca se le ha dado bien mentir, aunque últimamente esté desarrollando esa habilidad.

Baja despacio las escaleras, retrocede y vuelve a seguir bajando. ¿Cómo se empieza una conversación semejante?

«Mamá, papá, creo que soy adicto a los analgésicos». Podría decirlo así, sin más, intentar soltarlo todo junto a los estantes llenos de comestibles. Se le quedarían mirando y soltarían un «¿Qué?» y tendría que repetírselo. Y bastante es tener que decirlo una vez, así que no le apetece tener que hacerlo dos.

O quizá pueda introducirlo en la conversación durante la cena.

«Oye, veréis, se me está curando el hombro. Pero mirad qué curioso: me está costando dejar de tomarme esas pastillas. ¿Que si me cuesta mucho? Pues sí, mucho mucho».

¿Y si adopta un enfoque más pasivo y les envía un enlace a un artículo sobre chicos de su edad adictos a los opiáceos? Hay para aburrir. Tanto chicos como artículos. Podría enviarles el enlace sin explicación y dejar que vayan a buscarlo.

Sin embargo, por más simulaciones mentales que repasa, no encuentra ninguna que sea menos horrible. Aun así, sabe que tiene que llegar hasta el final porque la situación se ha vuelto insostenible.

«¿Por qué tienes que hacerlo? —le dicen las pastillas con una voz a la que cuesta no hacer caso—. Esto es entre tú y yo, Isaac. Vamos a dejarlo así».

Sabe que esa voz prevalecerá si sigue pensándoselo demasiado, así que se obliga a completar el viaje hasta la cocina, donde oye hablar a sus padres.

En cuanto llega, sabe que algo va mal. Primero, le llega el olor: el hedor acre a comida quemada. La sartén está metida en el fregadero, como una nave hundida, y el contenido está tan achicharrado que resulta irreconocible. Su madre está sentada a la mesa, con los codos apoyados en ella y la cabeza sobre una mano, en la postura estándar del dolor de cabeza. Su padre está limpiando los fuegos, donde otra cosa ha rebosado de la olla. Está claro que la cena se ha convertido en una víctima múltiple de su conversación.

En cuanto a la conversación, ha oído un poco antes de entrar. Era una de sus conversaciones sobre las «dificultades financieras». Tienen muchas así últimamente. ¿A cuál de sus trabajadores despiden? ¿De dónde pueden recortar? ¿De qué sombrero mágico pueden sacar nuevos trabajos? Guardan silencio en cuanto aparece Isaac, como si no hubieran estado hablando, aunque saben tan bien como él que no va a colar. Ha ido a soltarlo todo, pero parece que ellos ya han soltado lo suyo sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué pasa? —inquiere.

Suspiros. Su padre sigue limpiando los fuegos y no dice nada.

—¿Quieres contárselo? —le pregunta su madre.

—No, la verdad es que no.

—Va a descubrirlo de todos modos.

Isaac odia cuando hablan sobre él en tercera persona, como si pudieran darle al botón de pausa mientras conversan entre ellos.

—Hemos perdido el trabajo del yate —dice su padre al fin.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Os ha despedido?

Enseguida se pregunta si ha sido por la noche que pasó en el camarote principal; puede que tuviera una cámara de seguridad instalada. Pero resulta ser algo muy distinto: —La policía ha incautado el barco —le cuenta su padre—. Resulta que ese gilipollas debe millones en impuestos.

—¡No pueden hacer eso!

—Pueden hacerlo y lo han hecho.

—Pero…, pero os pagó, ¿no?

Su silencio es la respuesta. Isaac sabe cómo va esto: el cincuenta por ciento por adelantado y el resto al terminar el trabajo. Ya casi habían terminado… y, al haber estado tan centrados en ese trabajo tan grande, ahora no tienen nada más entre manos.

—Podemos denunciarlo, pero no serviría de nada —explica su padre —. Ya se ha declarado en bancarrota. No sacaríamos ni un céntimo.

Su madre levanta la cabeza.

—Lo resolveremos. No es problema tuyo, Isaac.

Pero claro que lo es. Es problema de todos.

—¿Lo sabe Ivy?

Eso les arranca otro suspiro. Más como si se desinflaran. Como si el aire que tienen dentro de los pulmones fuera lo único que los mantuviera erguidos.

—Teniendo en cuenta su situación actual, no creo que se haya dado cuenta —dice su padre.

—Espera…, ¿qué situación?

—¿Quieres contárselo tú? —le pregunta su padre a su madre.

—La verdad es que no.

—Va a averiguarlo tarde o temprano.

Entonces, su madre le dio el segundo puñetazo:

—Tu hermana y vuestro instituto han decidido ir cada uno por su lado.

Isaac se lo tiene que repetir mentalmente para asegurarse de haberlo oído bien.

—¿Qué? ¿La han expulsado?

—Eso es lo que nos dijo ella —contesta su madre—, así que llamamos al instituto.

Resulta que no es tan sencillo. La… Bueno, la pillaron con licor. Así que se ha

«marchado voluntariamente».

—En otras palabras —añade su padre—: en vez de enfrentarse a las consecuencias de sus actos, ha dejado los estudios.

Es como si le estallara un misil en la cara.

—¡No puede hacer eso!

—Puede hacerlo y lo ha hecho.

—Tiene dieciocho años, Isaac —puntualiza su madre—. Puede arruinarse la vida de la forma que quiera.

—¡Pero le iba mejor! Sacaba buenas notas. ¿Por qué iba a hacer algo así?

El padre de Isaac vuelve a limpiar los fuegos. Su madre responde, pero en realidad no es una respuesta: —¿Por qué hace tu hermana las cosas, Isaac?

—Dejad que hable con ella.

—No puedes —le dice su madre—. Salió hecha una furia y no pudimos detenerla. Se ha ido a un festival de música en el desierto.

—¿Era ella la que estaba hecha una furia o erais vosotros dos? —pregunta Isaac.

Su madre se desinfla más todavía.

—Había furia volando por todas partes.

Su padre tira el estropajo y se rinde con los fuegos.

—Si está con el inútil de su novio…

—No, qué va —responde Isaac—. Rompieron. Definitivamente.

Ante eso, su madre responde sin mucha convicción:

—Gracias a Dios por los pequeños milagros.

Isaac está a medio camino de la planta de arriba cuando se da cuenta de que se le ha desbaratado todo el plan que tenía al bajar a la cocina.

Se detiene. Se lo piensa. ¿No dicen que las malas noticias llegan de tres en tres? (1) Vuestro mejor encargo de los últimos cinco años se ha ido a la mierda, (2) vuestra hija ha dejado los estudios a falta de dos meses para graduarse y (2) vuestro hijo es adicto a las pastillas.

No, ¿cómo va contárselo ahora? No necesitan que los remate. No podrían soportarlo.

Pero él sí. Puede solucionarlo sin ellos. Lo solucionará.

«Es mejor así», le dice la voz de su cabeza. Claro. Puede desengancharse poco a poco.

La gente siempre le dice que puede hacer todo lo que se proponga si se empeña en ello… y siempre ha sido cierto. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez?

La voz de su cabeza no comenta nada al respecto.

ROXY

Ya he pasado antes por esto, pero Isaac no. Eso me da cierta ventaja. Entonces, ¿por qué me preocupo tanto?

Lo sigo hasta su dormitorio. Cierra la puerta, pero las puertas no significan nada para mí. No puedes dejar fuera lo que llevas dentro. Se pasea intentando prepararse mentalmente para lo que cree que debe hacer, así que ataco, decidida a minar su voluntad: —¿Vas a tirar por la borda todo lo que hemos sido el uno para el otro? —le digo—. ¿Cómo has podido, Isaac? ¿Cómo has podido ser tan frío y tan cruel?

—No eres buena para mí —masculla—. Ahora me doy cuenta.

—Ah, así que esto va solo de ti, ¿no? ¿Y qué pasa con lo que es bueno para mí? ¿Qué pasa con lo que es bueno para nosotros?

—¡No hay un nosotros!

Todo mi ser se encoge cuando lo dice. He pasado por esto miles de veces. Las manipulaciones y las coacciones me salen de forma automática. Me las sé de memoria, como la tabla de multiplicar. Es todo matemáticas. Sé exactamente lo a menudo que funciona mi ecuación y lo a menudo que falla. Pero hoy esas cuentas no me consuelan, y las palabras que siempre me han funcionado ya no me parecen simples tácticas de guerra. Me suenan sinceras. Reales.

Y la verdad que no soy capaz de reconocer es esta: puede que su voluntad sea mayor que mi influencia sobre él. A veces sucede. Y, cuando ocurre, lo normal es que solo me sienta un poco herida en mi amor propio. Después voy a por el siguiente, aún más motivada para doblegarlo a mi voluntad. Sin embargo, esta vez me imagino perdiendo… y no me refiero solo ante Addison. Ahora me juego mucho más. Ni siquiera soy capaz de pensar en perder a Isaac. ¿Qué significa eso? ¿Cómo demonios he dejado que suceda?

Isaac saca el monederito y se va al baño. Sé lo que está a punto de hacer.

—¡Para, Isaac! Para y… y te perdono. Te lo prometo.

Lo envuelvo en mis brazos, cariñosa, posesiva. Pero eso no basta para detenerlo.

ISAAC

Los dos hermanos comparten cuarto de baño, aunque sus dos lados no podrían ser más distintos entre sí. Ivy tiene todos sus artículos de aseo muy bien ordenados; los de Isaac son un desastre. Hasta hace poco, solía ser justo al revés.

Antes de poder cambiar de idea, Isaac abre la cremallera del monedero y echa las pastillas en el inodoro. Todas. Se hunden en el agua y se deslizan por la pendiente de porcelana hasta el fondo, donde relucen como perlas en una piscina hinchable.

Está a punto de meter la mano en el agua para recuperarlas. A punto. Pero ya empiezan a disolverse. En el agua del váter.

«¡Todavía puedes salvarlas!».

Esa voz le da miedo. Le da miedo hasta el punto de sacar la botella con cuello de pato de limpiador del inodoro que guardan bajo el lavabo para echarle al agua un buen chorro de su gel azul cáustico. Ya está. Ya no puede salvarlas. Están envenenadas. Se siente aliviado. Se siente estúpido. Y la voz de su cabeza le dice algo que ya sabe: «Te arrepentirás de esto, Isaac».

Aun así, alarga la mano hacia la palanquita plateada, cierra los ojos y tira de la cadena.

ROXY

Lo he intentado. He intentado detenerlo con todas mis fuerzas.

—¿Vas a tirar por el desagüe todo lo que tenemos?

—Ya lo he hecho —responde él—. Está hecho. No te necesito. No te quiero. Lo único que quiero es que te vayas.

Duele más de lo que se imagina. Pero la última palabra será mía. Siempre lo es. Así que me inclino sobre él y le susurro mi profecía al oído: —Sufrirás y no estaré ahí para aliviarte. Me llamarás a gritos, pero solo recibirás silencio. Nadie te consolará en el peor momento de tu vida y comprenderás el verdadero significado de la soledad.

Dicho lo cual, me voy sin despedirme. Porque nunca me despido. De nadie. Pase lo que pase.

No dejo que las lágrimas caigan hasta perderlo de vista. Estoy tan enfurecida que podría entrar en combustión como una de las estrellas del cielo nocturno.

«¡Te odio, Isaac!».

No obstante, en ese mismo cielo, un millón de estrellas distintas arden con una verdad que deja mi furia reducida a una mera ascua.

«Te quiero, Isaac», dicen esos cielos.

Porque yo soy la que conoce la verdadera soledad, la que está perdida en el espacio entre las galaxias.

25

En la **ca**rretera con lo**s** hijos

de un dios droga**ta**

IVY

«Un coche veloz lo deja todo atrás», piensa Ivy. Lo que no la ayuda, porque el cacharro inútil de TJ no es veloz. De hecho, apenas es capaz de ir más deprisa que el humo que escupe por el tubo de escape. Así que todo lo que Ivy intenta dejar atrás se pega sin problemas al parachoques y se une al viaje.

Van cuatro en ese coche quemado por el sol, camino del Desert Swarm Festival. TJ y Tess, delante. Atrás, con Ivy, un miembro esporádico de su grupo al que todo el mundo llama Jimmy Mona Fría porque (a) casi siempre está borracho o colocado y (b) siempre tiene las manos frías.

Mira a Ivy e intenta, sin conseguirlo, ser encantador y gracioso, con la clara esperanza de hacer algún avance, como si estar encerrados en el asiento trasero de un coche fuera algo romántico. Ivy decide que, como intente lo más mínimo con esas manitas heladas suyas, le partirá uno de los carámbanos que tiene por dedos.

Mete la mano en su bolso y saca el frasco de pastillas. No iba a llevárselo, pero estaba allí, en el escritorio, llamándola. «Me necesitas —le decía—. Te mantendré despierta hasta que acabe el festival». Supone que es cierto. Al fin y al cabo, son anfetaminas. Su compañero de estudios la puede mantener alerta y centrada en cosas que no sean estudiar.

Jimmy Mona Fría la ve presionar la tapa para abrirla y sonríe; por algún motivo inexplicable, la sonrisa le agranda un poco las fosas nasales.

—¿Qué tienes ahí, Ivy? —pregunta.

—No es asunto tuyo —responde ella antes de tragarse una pastilla en seco.

—Oooh, ¿me das una?

—Ni siquiera sabes qué coño es. Podría ser cualquier cosa. Podría ser cianuro; a lo mejor me pongo a echar espuma por la boca y me muero.

—Bueno, no te está saliendo espuma por la boca, así que ¿me das una?

Cierra el frasco y se lo vuelve a meter en el bolso, asegurándose de

que se quede en el fondo.

—No, y no vuelvas a pedírmelo.

—Bah, qué aburrida eres.

Ella se vuelve hacia el paisaje árido que se tuesta al sol de última hora de la tarde. «Esta es mi tribu», se recuerda. Los hijos de un dios drogata.

«No tiene por qué serlo», le dice la irritante voz de su cabeza. Así que le responde que se vaya a la mierda. Este es el sitio de Ivy; todos sus intentos de huir de él han sido contrarrestados con una fuerza extrema. El universo ha hablado. Le guste o no, debe estar en el asiento de atrás, al lado de un fumeta de manos frías.

ADDISON

De acuerdo. Si es lo que quiere Ivy, es lo que tendrá. No sé por qué debería fastidiarme; en realidad, me viene bien. Le va a dar un empujón a mi trabajo. No tengo que mantenerla pegada a los libros; ahora puedo concentrarme solo en llevarla a la Fiesta.

La tendré de acompañante en un segundo y, joder, no me siento culpable porque es ella la que lo está haciendo, no yo. Mi misión consiste en ayudar, nada más. Puedo ayudarla en su camino a dondequiera que desee ir… y, si es a la nada, así será. Estaré con ella hasta el final y llegaré allí antes que Roxy. Entonces veremos quién no es lo bastante fuerte.

Conforme las horas avanzan y el sol se hunde en el horizonte, nos vemos en una larga cola de coches que avanzan centímetro a centímetro hacia el recinto del festival. Al final entramos en un enorme aparcamiento improvisado en el suelo del desierto. Al salir del calor abrasador, nos saluda el olor dulzón del perfume de María y la arritmia de compases en liza: varios grupos tocando a la vez.

—Hay como cinco escenarios —dice Tess—. Un enorme anfiteatro para los cabezas de cartel, tres medianos para los que empiezan a despegar y un escenario diminuto para los desconocidos con potencial. Aunque normalmente son una mierda.

Le recuerdo a Ivy que coja su bolso antes de que TJ cierre el coche.

Cuando cruzamos la puerta, queda claro que esto es más que un festival de música.

Hay atracciones de feria, tenderetes que venden cualquier cosa que busquen los asistentes y una avenida entera de furgonetas con comida.

—Es como si la feria del pueblo se hubiera caído por un socavón y hubiera aterrizado en el país de Nunca Jamás —comenta Ivy.

—Sí, mola, ¿verdad? —responde Tess, que no ha pillado lo que quería decir Ivy y se va hacia el escenario principal.

—No te pierdas —le recomienda TJ—. He oído que las torres están sobrecargadas. Los móviles no funcionan y no vamos a poder encontrarnos.

Ivy se ríe.

—Claro. Antes de los móviles, la humanidad no era más que una masa de gente dando vueltas por ahí, buscándose unos a otros.

—Qué fuerte, ¿verdad? —dice Tess.

Suspiro.

—No malgastes aliento —le susurro a Ivy—. El sarcasmo es inútil con ella.

Le había recordado a Ivy que se descargara el programa del festival antes de llegar aquí para que, aunque no tuviéramos cobertura, supiéramos qué grupo tocaba dónde y cuándo.

Pasan junto al pabellón de las bandas de garaje, donde unos aspirantes a grupo de K-pop que no parecen en absoluto coreanos tocan para un triste grupito de gente que solo han ido buscando un sitio donde sentarse.

Tess y TJ ahora solo quieren comer, así que miran hacia la zona de las gastrofurgos, pero Ivy quiere explorar.

—Wutever Werx está en el escenario norte a las siete; falta menos de una hora y son el único grupo que de verdad quiero ver —les dice a los otros.

Tess esboza una sonrisita.

—Como si no supiera de sobra que te mola Coleman Werx.

—¿Por qué no nos reunimos aquí a las seis y media? —propone Ivy.

Todos están de acuerdo, y Tess se va con TJ. En cuanto a Jimmy Mona Fría, está hablando con una chica de pelo color remolacha que parece el objetivo perfecto para sus peculiares encantos.

—Bien —le digo a Ivy—. Ahora que te has quitado a los demás de encima, ¡vamos a divertirnos!

La llevo a las casetas de feria, donde todos los premios que puedes ganar tienen que ver con el festival y los grupos que tocan. Localizamos una fila del juego de golpear al topo, donde cinco concursantes compiten a muerte por un premio, lo que significa que siempre hay un ganador. Ivy se sienta cuando suena el timbre y yo freno el tiempo lo justo para que gane. Pide el póster autografiado de

Wutever Werx que tienen colgado sobre el tenderete, pero, en vez de eso, le dan un peluchito que parece una caca alta y fina con una cara cosida. Sandy Swarm, la mascota del festival.

—Puedes cambiar tres Sandies por una camiseta y tres camisetas por un póster autografiado —le dice el feriante.

—¡Qué timo! —exclama ella, y se aleja hecha una furia; por el camino, deja a Sandy Swarm en las manos de otra persona que no la quiere.

Entonces ve una franquicia en la que venden cócteles helados que dan vueltas en contenedores de cristal. Las bebidas tienen nombres como Nirvana Neón, Oasis Ocre y Sorbete Soundgarden: un arcoíris de intoxicación etílica y aliteración. Y ¿quién está ahí, llamando a Ivy como si fuera un vocero de carnaval? Al.

—Déjala en paz esta noche —le digo.

Al se limita a sonreír con suficiencia.

—En serio, Addison, ¿de verdad crees que puedes controlarla así?

Ivy saca un carné falso y se lo enseña al camarero.

—Quiero una Blue Oyster Bomb, la más grande que tenga.

—Por dos pavos más, la servimos en un cencerro.

—Claro, ¿por qué no?

—Ha elegido bien —comenta Al—. Curasao azul, vodka de vainilla, licor de melocotón y ron. —Entonces, Al se inclina sobre ella y le susurra al oído—: Pide el extra de ron.

Y ella no solo pide un chorreón extra, sino dos.

—Verás, Addison —dice Al—, igual que a ti, a mí también me gusta servir a los demás.

—No me gusta que te entrometas —le respondo.

—¿Entrometerme, yo? ¡Jamás! Estoy aquí para ayudarte a llevarla a la Fiesta.

—¿Para llevártela cuando yo no esté mirando?

—Venga ya, Addison, ¿cuándo he sido yo de los que roban acompañantes? Me limito a lubricar los engranajes.

Cuando el crepúsculo empieza a oscurecer y el desierto refresca, Ivy se dirige al escenario norte con su bebida azul chillón, que oculta su fuerza en el azúcar.

Los demás no aparecen. Qué sorpresa. Wutever Werx es el grupo favorito de Ivy, pero no el de ellos y, además, sus supuestos amigos nunca han sido lo que se dice fiables.

—No los esperes —le digo.

Al final se rinde, se termina la bebida de un largo trago que le congela el cerebro, tira el cencerro de plástico a un cubo de basura atestado y se va al anfiteatro. Es uno de los escenarios secundarios, con unos mil asientos y una zona delantera para estar de pie.

Un guardia de seguridad musculoso (uno de muchos) vigila la entrada de la zona de pista y solo deja pasar a gente que no parece demasiado borracha. Como la bebida aún no ha surtido todo su efecto, Ivy entra justo cuando el grupo aparece en el escenario, acompañado por el rugido de la multitud. Empiezan con su canción más conocida,

«Look Like a Mantis». Es la que estuvo a punto de entrar en las listas de superventas.

Como la mayoría de los grupos que le gustan, Wutever Werx está a punto de alcanzar el éxito. Todavía no lo han petado…, y yo sé que Ivy lo prefiere así. Es de esas personas que pierde interés en los grupos que se hacen demasiado populares.

—¿Soy mala por pensar que espero que se separen antes de convertirse en unos vendidos? —pregunta.

—En absoluto —contesto.

Esta noche, solo están ocupados dos tercios de las gradas, pero la pista está, literalmente, dando botes, repleta de sus fans más incondicionales. Tengo que reconocer que los fans de este grupo demuestran una lealtad feroz.

—Estate atenta a cualquier hueco —le recomiendo.

Poco a poco, logra acercarse más al escenario, hasta que está pegada a las vallas, donde varios guardias de seguridad mantienen al público en

su sitio. Ivy grita y baila con todas las canciones, y yo bailo con ella. Su lenguaje corporal empieza a evidenciar el balbuceo físico de una persona a la que le sube el alcohol en sangre.

—Sin inhibiciones —dice Al, a quien creía haber dado esquinazo, pero que nunca está demasiado lejos—. ¡Grítales! ¡Diles lo que piensas y dilo con ganas!

Y lo hace. Justo antes de que empiecen la siguiente canción, le grita al cantante:

—¡Te quiero, Coleman!

Y consigue llamar su atención. Entonces, ¡pasa algo increíble! Coleman Werx le hace un gesto con la cabeza a uno de los guardias y, de repente, nos suben al escenario, donde Coleman baila con nosotros. Ivy está encantada. Y aunque Werx no es un gran bailarín, Ivy deslumbra. ¡Qué movimientos! Ni siquiera sabía que fuera capaz de eso. La multitud vitorea. ¡Este es tu momento, Ivy! ¡Vívelo! No te disculpes por nada y, cuando saludes, procura no caerte del escenario, porque ninguno de esos capullos va a sujetarte.

Cuando la canción lleva unos cuantos compases, Werx mira a los guardias de seguridad, que rápidamente se ponen en marcha para sacar a Ivy del escenario.

—Bueno —comenta Al—, eso ha sido muy emocionante.

El grupo termina su repertorio demasiado pronto, tocan un bis rápido, y entonces las luces se apagan y sacan a la gente de allí como si fuera ganado. Pero veo que Ivy tiene una mirada entre traviesa y calculadora.

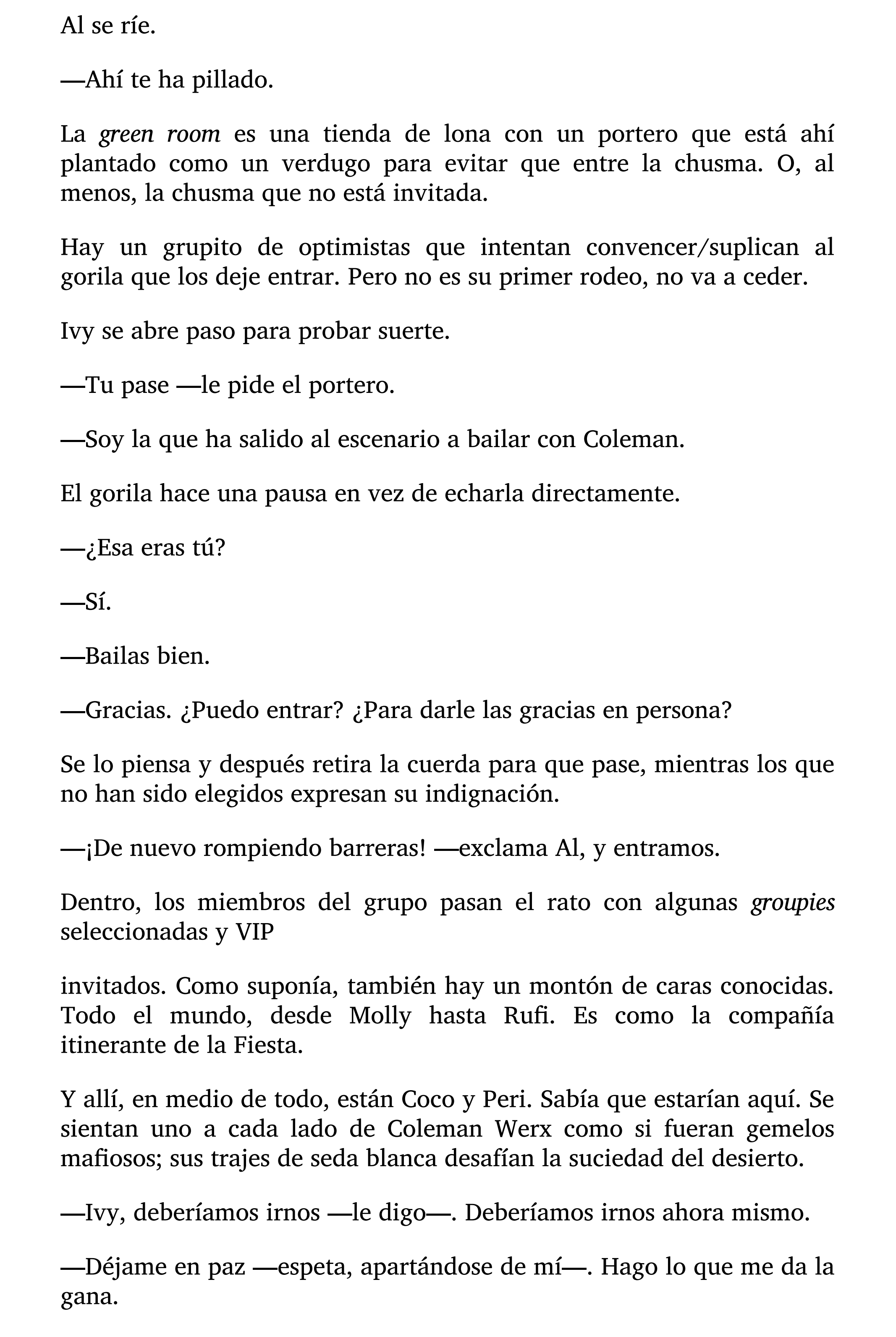
—Ivy, ¿en qué estás pensando?

—Estoy pensando que voy a meterme en el *backstage*.

Empiezo a preocuparme. La *green room*, como la llaman, será una cloaca llena de los peores de los nuestros, mezclada con los peores de los suyos.

—No creo que sea buena idea —le digo—. De todos modos, no vas a poder entrar sin un pase de *backstage*. ¿No prefieres ir a por algo de comer?

—No —responde sin dudar—. Gracias a ti, no tengo hambre.



Al se ríe.

—Ahí te ha pillado.

La *green room* es una tienda de lona con un portero que está ahí plantado como un verdugo para evitar que entre la chusma. O, al menos, la chusma que no está invitada.

Hay un grupito de optimistas que intentan convencer/suplican al gorila que los deje entrar. Pero no es su primer rodeo, no va a ceder.

Ivy se abre paso para probar suerte.

—Tu pase —le pide el portero.

—Soy la que ha salido al escenario a bailar con Coleman.

El gorila hace una pausa en vez de echarla directamente.

—¿Esa eras tú?

—Sí.

—Bailas bien.

—Gracias. ¿Puedo entrar? ¿Para darle las gracias en persona?

Se lo piensa y después retira la cuerda para que pase, mientras los que no han sido elegidos expresan su indignación.

—¡De nuevo rompiendo barreras! —exclama Al, y entramos.

Dentro, los miembros del grupo pasan el rato con algunas *groupies* seleccionadas y VIP

invitados. Como suponía, también hay un montón de caras conocidas. Todo el mundo, desde Molly hasta Rufi. Es como la compañía itinerante de la Fiesta.

Y allí, en medio de todo, están Coco y Peri. Sabía que estarían aquí. Se sientan uno a cada lado de Coleman Werx como si fueran gemelos mafiosos; sus trajes de seda blanca desafían la suciedad del desierto.

—Ivy, deberíamos irnos —le digo—. Deberíamos irnos ahora mismo.

—Déjame en paz —espeta, apartándose de mí—. Hago lo que me da la gana.

Entones, Coco nos ve y levanta una mano llena de anillos para saludarnos como si fuera de la realeza. Después se vuelve para susurrar algo al oído de Coleman y hacer que se fije en Ivy, que se acerca a ellos sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Mi única opción es seguirla con la esperanza de que esto no vaya como siempre acaba yendo.

—¡Addison! —me saluda Coco—. Estás fuera de tu elemento, ¿no?

—¡Aléjate de ella! Está conmigo —le suelto sin medir mis palabras. Me pregunto si la reconocen de nuestro último encuentro.

—No —dice Peri—. A mí me parece que está con nuestro chico, Coleman.

—Va de camino al estrellato —añade Coco—. Lo estamos ayudando.

Coleman le ha hecho sitio a Ivy para que se siente, y ella lo hace. No puedo evitar fijarme en que, ahora que no está bajo los focos del escenario, no parece tan distinto del chico que iba en el coche con ella. Coleman Werx no es más que otro Jimmy Mona Fría, pero con talento.

Mientras tanto, Coco y Peri se aprietan más contra él, como sujetalibros.

—En fin —comenta Al encogiéndose de hombros—. Los superiores siempre ganan. No tiene sentido luchar contra ello.

Entonces se me ocurre algo…

—Tú puedes detenerlos, Al.

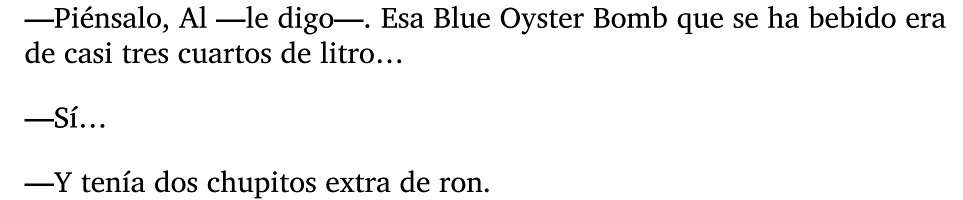
La sugerencia le sorprende.

—Te lo he dicho, me limito a lubricar los engranajes, no a atascarlos. ¿Qué podría hacer yo y por qué iba a querer hacerlo?

—Porque odias a Coco y a Peri. ¡Los odias tanto como yo!

Miro a Ivy. Ella, a su vez, mira arrobada al cantante de su grupo favorito, que ahora mismo solo tiene ojos para ella. No oigo lo que le dice Werx, pero ella suelta una risita.

Después, Peri acaricia la mejilla de Ivy con una de sus manos llenas de anillos y sé que me estoy quedando sin tiempo.



—Piénsalo, Al —le digo—. Esa Blue Oyster Bomb que se ha bebido era de casi tres cuartos de litro…

—Sí…

—Y tenía dos chupitos extra de ron.

—Sí…

—En un estómago completamente vacío.

—Ah… Ya veo por dónde vas.

—Puedes hacerte con el control de la situación, Al… Si quieres.

Porque, si quieres que una persona sea casta, la forma más rápida para lograrlo es que nadie la desee.

Al se lo piensa y suspira.

—Luego no digas que nunca hago nada por ti.

Entonces, pone a Ivy de pie y le da un potente puñetazo en la barriga.

IVY

En cuanto a Ivy, está viviendo su sueño. Está sentada al lado de Coleman Werx, hablando sobre sus letras y escuchando de primera mano de dónde salieron sus canciones favoritas. El mundo parece darle vueltas, pero no le importa. Y Coleman («puedes llamarme Cole») alarga la larga uña del meñique hacia ella, cubierta de un fino polvo blanco. Qué noventero. Suelta una risita.

Entonces, el mundo se pone a girar en dirección contraria. Se levanta y comprende lo que está a punto de suceder. Lo nota en el estómago tan de golpe, tan deprisa que no

puede pararlo y mucho menos controlar hacia donde lo lanza. Intenta abrir la boca para avisar a Coleman, pero lo que sale no son palabras.

En un segundo, lo que era el instante más increíble de su vida se convierte en el más horrendo. Ivy baña a Coleman Werx de líquido azul a propulsión, y encima parece que sale mucho más de lo que había entrado.

Coleman grita que se la lleven de allí cagando leches, y ordena que le lleven toallitas y ropa de recambio, sin prestar atención al detalle de que Ivy no ha terminado todavía de potar. Otras dos personas intentan ayudar, pero ella no es capaz de mirar a nadie a la cara. Aunque trata de disculparse, no es capaz de recuperar el aliento, y piensa: «Por favor, por amor de Dios, que me desmaye para no tener que recordar todo esto». Unas manos amables pero firmes la conducen afuera, mientras, detrás de ella, oye a Coleman decir:

—¡No me puedo creer que esa zorra me haya potado en la nieve!

ADDISON

He sido testigo de muchas cosas, pero nada en la historia de mi existencia ha sido tan satisfactorio como ver los trajes blancos de Coco y Peri cubiertos de reluciente vomito azul. Aunque han estado a punto de salirse con la suya con Ivy, Al ha estado a la altura.

Le debo un favor bien gordo.

Mientras Coleman Werx grita y suelta una sarta interminable de barbaridades, a Ivy se la llevan rápidamente al retrete portátil más cercano. Ya no le responden las piernas, así que solo puede arrodillarse, y ahí estoy yo, arrodillado a su lado mientras vomita. No le queda nada dentro que echar, así que sigue con sus arcadas secas y llora; la consuelo.

—No pasa nada —le digo—. Todo irá bien. Me tienes a mí. Estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte.

26

Cu**a**ndo haces equilibr**i**os al filo

de la tor**m**ent**a** inmi**n**ente

ISAAC

Isaac no es estúpido.

Sabía desde el principio que esto no iba ser fácil, que se supone que el síndrome de abstinencia de cualquier sustancia es lo más difícil que se puede hacer en la vida, aparte de parir. Con su familia en pleno caos, es el peor momento posible para esto, pero no puede seguir posponiéndolo. Así que, mientras su hermana cruza el desierto camino de su festival de música, Isaac investiga lo que necesita y planifica su propio viaje. Es un viaje que no lo llevará más allá de su dormitorio, aunque, con suerte, le ofrecerá un tipo de distancia mucho más importante. Por muy mal que se encuentre, debe mantenerse firme el tiempo necesario para solucionarlo.

Internet ofrece algo de ayuda, pero no hay revelaciones mágicas para facilitarle las cosas. Se da cuenta de que va a ser como prepararse para un huracán sin la esperanza de que alguien lo rescate. Va a tener que agarrarse a algo y aguantar…, y, teniendo en cuenta la hora a la que se tomó la última pastilla, le quedan menos de dos para que llegue la tormenta.

Tiene una lista de artículos que va a necesitar para salir de esta. Como el coche todavía está en el taller, se sube a su bici de montaña y pedalea lo más deprisa que puede para llegar al 7-Eleven más cercano; no deja de tambalearse porque solo puede sujetarse con un brazo. Ya empieza a sentir cómo aparecen el dolor muscular y la ansiedad. Es como si le faltara una pieza. O como si estuviera a punto de faltarle. Como si tuviera delante a un caimán al acecho que solo espera el momento adecuado para atacar.

Examina los pasillos y recoge varios objetos que se lleva en brazos, con la sensación de que la catástrofe es inminente. Incluso la canción de amor que suena de fondo en la radio de la tienda le recuerda que está solo en esto. La joven pareja que rellena sus vasos de granizado de colores le recuerda que antes se sentía completo. Sacude la cabeza.

Tiene que centrarse. Gatorade para la deshidratación. Dramamine para las náuseas.

Imodium para la diarrea.

Al acercarse al mostrador y pasar la tarjeta de débito, le tiemblan las

manos. No es el típico tembleque de la cafeína. Le tiemblan tanto que se le cae la tarjeta. Ahora, Isaac sabe que el caimán se acerca. «¡Que te come el caimán, colgao!». Bueno, al menos todavía es capaz de tomárselo a broma. Por ahora.

—¿Estás bien? —le pregunta la mujer de la caja, que parece preocupada, pero no lo está.

—Sí, claro.

Recoge la tarjeta, acepta el recibo y se va en dirección al crepúsculo moribundo.

En cuanto llega a casa, se va derecho a su habitación, cierra la puerta, deja un cubo al lado de la cama y pone una toalla debajo, por si no acierta. Sabe que sus padres no lo molestarán si deja la puerta cerrada. Ya tienen bastante con lo suyo. Sin embargo, si empieza a vomitar, puede que lo oigan y suban a ver qué pasa. Tendrá que ser silencioso.

Enciende la tele y se prepara para una maratón de Netflix que sabe que no tendrá fuerzas para ver, pero que quizá le ofrezca un rato de distracción. Y, cuando empieza a empeorar, se toma una dosis doble de melatonina con la esperanza de no vomitarla. Se le ocurre que quizá, solo quizá, podrá dormir durante el proceso. Se lo cree hasta el mismo instante en que las mandíbulas del caimán por fin se cierran.

—Cielo, estás ardiendo.

Isaac despierta y ve a su madre inclinada sobre él, con una mano sobre su frente. ¿Es que no había cerrado la puerta con pestillo? Creía que sí. Es por la mañana. Su noche ha sido una tortura. El Dramamine lo adormiló, la melatonina triplicó el efecto, pero los escalofríos, los temblores, los dolores y la necesidad de la abstinencia lo habían mantenido en un estado de crepúsculo infernal toda la noche: incapaz de despertarse e incapaz de dormir de verdad.

—Virus estomacal —consigue decir—. Ha estado circulando por ahí.

No le cuenta que le duelen los huesos y le pica todo por dentro, como si tuviera mil viudas negras anidándole en la médula ósea.

—Deberíamos llevarte al médico.

—No. No, por favor. Es un virus de veinticuatro horas. Se me pasará.

—Isaac…

—Si no estoy mejor mañana, voy, ¿vale?

Su madre no está contenta. Le toca de nuevo la frente y después sale, aunque solo para volver unos segundos después con el termómetro, de esos que se meten en la oreja.

Aunque no se lo introduce muy al fondo, le duele como si le perforase el tímpano.

—¡Ay!

—Quédate quieto.

Espera al pitido y mira la lectura.

—Treinta y nueve grados. ¿Te has tomado un ibuprofeno?

Se lo ha tomado, pero no recuerda cuándo fue la última vez.

—Está en mi cómoda —responde.

Ella va a por él, saca dos y se los da, junto con la botella de Gatorade que está en el suelo, al lado de la papelera vacía. Aunque la noche fue un asco, no ha vomitado.

—Deberías lavarte las manos —le dice Isaac—. No quiero que pilles esto.

Cuando lo menciona, a ella se le ensombrece el rostro, aunque se le pasa pronto. Isaac sabe lo que está pensando: hay infecciones peores que un virus estomacal. Visto en perspectiva, esto no es nada. Y ahora que ya ha hecho algo para ayudarlo, le resulta más fácil dejarlo en paz.

Isaac oye que se abre y se cierra la puerta del garaje. Antes ha oído a su padre marcharse. Ahora, está solo en la casa, lo que le consuela porque puede bajar la guardia, aunque también le aterra porque, si antes estaba solo, ahora lo está de verdad. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si sufre convulsiones? Son cosas que pueden pasar. ¿Y si pasa ahora, cuando no hay nadie más en el mundo que sepa por lo que está pasando su cuerpo?

Tiene el móvil en la mesita de noche, pero no llega. No está enchufado. ¿Lo cargó anoche? ¿Y si lo necesita? ¿Y si tiene que llamar a emergencias? Se sienta para cogerlo y nota que algo se le mueve dentro. Fango al fondo de una piscina de agua estancada. Se

transforma en un encrespamiento, en algo que le brota de la barriga, como el fuerte

aleteo de mariposas en el estómago que sube cuando llegas arriba de la montaña rusa, justo cuando la gravedad toma el mando.

Va a coger el cubo, pero lo derriba con la mano. Lo endereza en el último momento y echa hasta la última papilla una y otra vez. Se le forma un nudo en el estómago y vomita cosas que no recuerda haber comido. Incluso después de quedarse vacío, sigue con las arcadas hasta que teme escupir los órganos en el cubo. Esa sensación horrenda, esa necesidad biológica de purgarse, no desaparece, pero su cuerpo está demasiado cansado para seguir con esas arcadas inútiles. Se derrumba en posición fetal sobre la cama e intenta decirse que pasará pronto. Que esta es la peor parte. Tiene que serlo. No lo es.

ROXY

Hay demasiado ruido en la Fiesta. La música que siempre me había ofrecido un pulso (algo que casi parecía el latido de un corazón) ahora no me hace nada. Es más como una descarga rítmica para mi cuerpo exhausto. Unas palas eléctricas sobre algo que se niega a volver a la vida. Nunca antes me había sentido cansada.

En medio del caos, noto una mano en el hombro. Ni firme ni débil, solo presente.

Cualquier otro día, no me habría dado cuenta, y así sé con certeza quién es.

Mi hermano Vic.

—Hiro te llama —me susurra al oído.

Eso me cabrea porque justo acababa de conseguir olvidarme de su existencia.

—Lo siento, no te oigo. La música está demasiado alta —le respondo sin ni siquiera volverme para mirarlo.

—¡Te he dicho que Hiro te está buscando!

Lo he oído la primera vez, pero quería que lo repitiera porque hablarme le resulta desagradable.

—Dile que estoy ocupada.

Vic me quita la mano del hombro.

—Solo estaba pasándote el mensaje. La próxima vez, ni me molesto.

Y se va. Cuando vuelvo la vista atrás, ya ha desaparecido entre la multitud. O quizá siga ahí plantado. Como he dicho, este juego nuestro es muy eficaz. Me pregunto si Isaac habrá desconectado alguna vez de la existencia de su hermana. De repente, me cabrea el mero hecho de haber pensado en Isaac.

Intento distraerme del alboroto que me rodea, aunque no sirve de nada.

No tiene sentido retrasar lo inevitable; me abro paso entre la gente

hacia la sala VIP y recorro a toda prisa la columnata hasta el pasillo del fondo. Veo a Nalo en la pista de baile, atendiendo a una persona a la que han dejado tirada en el suelo, abandonada por su compañero tras acabar la música. Entre lágrimas, acuna a la figura inerte mientras las sombras de los técnicos sanitarios hacen su trabajo sin ser conscientes de la presencia de nuestro mundo; ven lo que ven, pero nunca lo que vemos nosotros.

No me quedo mirando. No es asunto mío y, ahora mismo, no quiero que me recuerden lo que pasa aquí. Así que los dejo atrás, sigo por el pasillo largo y en penumbra del fondo, y abro la puerta, despacio, del despacho de Hiro.

La lucerna de cucharas tintinea con la brisa que levanta mi entrada. Las velas iluminan a Hiro y su escritorio, no las cosas que ocurren en la periferia de ese espacio. Gemidos de delirio y el suave exhalar del último aliento; todo fuera de nuestra vista. Cualquiera que no supiera nada de este sitio pensaría que Hiro está solo, pero Hiro nunca está solo.

Aunque quienes lo acompañan sí lo están.

Cuando me ve, cierra su libro de cuentas y cruza las manos sobre él, entrelazando los dedos.

—¿Dónde está tu acompañante de hoy, Roxy?

—Te traigo muchos —le recuerdo, quizá demasiado a la defensiva—. Tengo derecho a tomarme un tiempo libre.

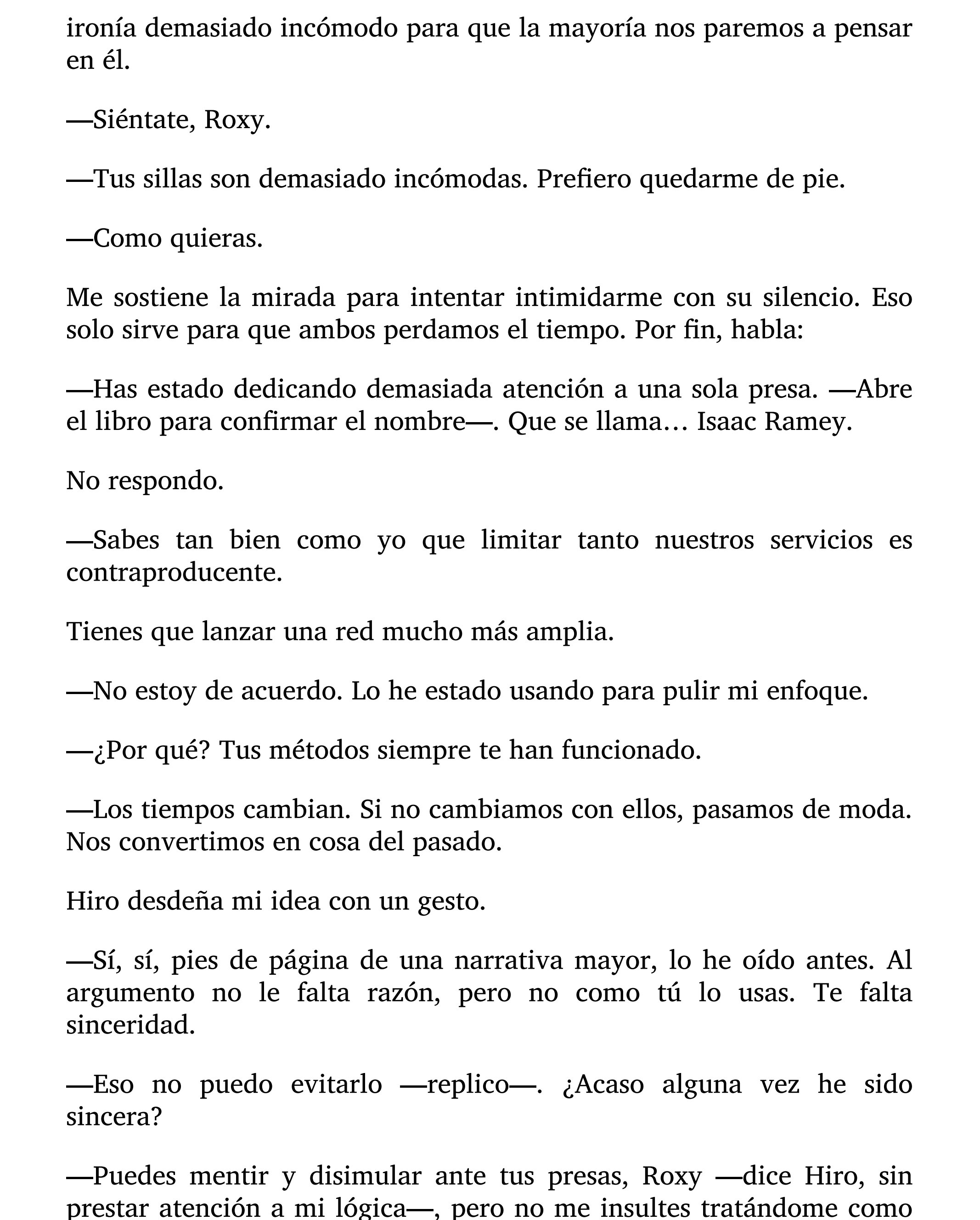
—Derecho —repite, despacio, masticando la palabra como si fuera un trozo de chicle viejo y sin sabor—. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a nada?

Hoy no tengo paciencia para esto.

—¿Qué quieres, Hiro?

Mi falta de respeto lo toma por sorpresa. Siempre exige obediencia, pero ¿qué puede hacer si no se la muestro? Nada. Él no me ha contratado y no puede despedirme.

Nuestra jerarquía la controlan fuerzas que no están a nuestro alcance. Las decisiones se toman en laboratorios y habitaciones secretas que son nuestras guarderías. Es raro pensar que los mismos humanos que dominamos son los que nos concedieron nuestro poder. Un círculo de



ironía demasiado incómodo para que la mayoría nos paremos a pensar en él.

—Siéntate, Roxy.

—Tus sillas son demasiado incómodas. Prefiero quedarme de pie.

—Como quieras.

Me sostiene la mirada para intentar intimidarme con su silencio. Eso solo sirve para que ambos perdamos el tiempo. Por fin, habla:

—Has estado dedicando demasiada atención a una sola presa. —Abre el libro para confirmar el nombre—. Que se llama… Isaac Ramey.

No respondo.

—Sabes tan bien como yo que limitar tanto nuestros servicios es contraproducente.

Tienes que lanzar una red mucho más amplia.

—No estoy de acuerdo. Lo he estado usando para pulir mi enfoque.

—¿Por qué? Tus métodos siempre te han funcionado.

—Los tiempos cambian. Si no cambiamos con ellos, pasamos de moda. Nos convertimos en cosa del pasado.

Hiro desdeña mi idea con un gesto.

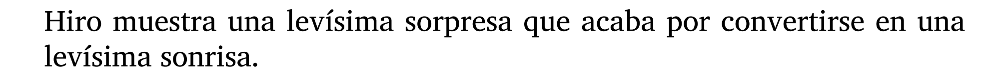
—Sí, sí, pies de página de una narrativa mayor, lo he oído antes. Al argumento no le falta razón, pero no como tú lo usas. Te falta sinceridad.

—Eso no puedo evitarlo —replico—. ¿Acaso alguna vez he sido sincera?

—Puedes mentir y disimular ante tus presas, Roxy —dice Hiro, sin prestar atención a mi lógica—, pero no me insultes tratándome como a ellas.

Me rindo. Dejo que se me hundan los hombros. Le cuento la verdad, por mucho que odie decirla en voz alta:

—Puedes dejar de preocuparte. Isaac Ramey ya no es un problema.



Hiro muestra una levísima sorpresa que acaba por convertirse en una levísima sonrisa.

—¿Te ha puesto de patitas en la calle?

—Se ha ido él.

—Por lo menos, le habrás puesto la zancadilla al salir, ¿no?

No respondo. Solo quiero que me deje ir.

—Si no se ha alejado demasiado, puede que le envíe a Vic. O a Fina.

La idea de que Fina toque a Isaac con sus dedos huesudos y lánguidos me pone enferma, pero no se lo demuestro porque sé que Hiro solo lo ha dicho para ver mi reacción.

—Haz lo que quieras —le respondo—. Tengo otras presas mejores en el punto de mira.

Te prometo que mañana te traeré ofrendas de calidad.

Hiro arquea las cejas.

—¿Qué es el mañana sino las oportunidades perdidas de hoy?

Después me hace un gesto para que me vaya, cosa que hago; intento que no note que estoy deseando salir de aquí.

ISAAC

El tiempo avanza de forma distinta cuando estás con el síndrome de abstinencia. Isaac ya lo sabía, pero no se imaginaba hasta qué punto. No es que las horas parezcan días, sino que parecen una forma completamente distinta de medir el tiempo. Una que se mueve en direcciones distintas, como una hoja que fluye río abajo, atrapada en remolinos y corrientes. Hay momentos en los que sale de su sueño crepuscular y tiene la sensación de que el tiempo ha dado marcha atrás. Recuerda que su madre entró en el dormitorio, pero no mientras sucede, sino después. Se llevó el cubo y se lo devolvió limpio. Sustituyó la toalla. Recuerda haber sentido presión en la oreja. ¿Cuántas veces le

ha puesto el termómetro? Su madre no ha llamado a la guardia nacional ni lo ha obligado a bañarse para bajarle la fiebre, así que no debe de haberle subido demasiado.

Simplemente, se mantiene como estaba. ¿Ha dicho algo cuando deliraba? ¿Algo que la haya dejado todavía más preocupada?

—Estás exagerando —es la única frase que le ha oído decir a su padre.

Seguro que han estado discutiendo sobre qué hacer.

Ya es de día. ¿Por la mañana? ¿Fue esa conversación anoche? ¿Hace diez minutos? ¿O

iba a pasar dentro de diez minutos? Pequeños remolinos perezosos y desalmados. Y, mientras tanto, la NECESIDAD, un anhelo que le gritaba y le ardía dentro. Un vacío en las tripas, en la cabeza, en el corazón. Subía y bajaba, pero nunca desaparecía del todo, y las subidas parecían cada vez más altas.

—¿Isaac?

Abre los ojos y se encuentra delante con la persona que menos se esperaba: su mejor amigo, Ricky.

—Hola, chaval. Me han contado que lo estás pasando mal —le dice con una sonrisa sin humor.

El ángulo de la luz a través de los estores le dice que es primera hora de la mañana. Sus padres todavía no se han ido. Habrán dejado entrar

a Ricky.

—Sí —responde Isaac con voz ronca, aunque le sorprende seguir teniendo voz—.

Mantén la distancia, tío. No quiero que lo pilles.

Pero Ricky no hace caso de su advertencia, sino que cierra la puerta y se le acerca más.

Después coge la silla del escritorio de Isaac y se sienta.

Ricky siempre ha presumido de tener un sistema inmunitario superior, lo que le hacía mucha gracia a Isaac y a sus amigos porque, de niños, parecía ser el vector de todos los resfriados y gripes que pasaban por allí. «Así se fortalece el sistema inmunitario —

afirmaba siempre—. Tienes que ponerte malo muchas veces de pequeño para después conseguir superpoderes».

Pero no es la infección lo que ahora flota en el aire entre ellos. Hay algo más.

—Llevas un tiempo que no pareces el mismo —dice Ricky sin apartar la vista de él, sin parpadear.

Isaac intenta inventarse excusas, pero está demasiado atontado para venderle una mentira.

Ricky lo sabe. Aunque nadie se lo ha dicho, lo sabe.

—Mi familia paterna es un asco; ya lo sabes, ¿no? —dice Ricky, que intenta dar con las palabras adecuadas—. Mi madre siempre nos decía que nos mantuviéramos alejados de mis primos. Porque, cuando yo era pequeño, vi cosas que no debería haber visto. Eso me bastó para saber lo que te está pasando ahora mismo…

Un escalofrío de miedo recorre la espina dorsal de Isaac y le provoca el impulso de atacar o huir, sin tener fuerzas para ninguna de las dos cosas. Y de repente se siente tan pequeño y tan avergonzado que no es capaz de mirar a su amigo a los ojos. No se ve capaz de enfrentarse a la crítica y la decepción que espera encontrar en ellos. Sin embargo, esa crítica no llega. Ricky habla con cariño, con compasión:

—Toma —le dice, y le lanza una bolsita de plástico.

Isaac se asoma al interior y ve lo que menos se esperaba: chocolatinas,

gominolas… Una tienda entera de chuches.

Ricky mete la mano en la bolsa negra y le da un Kit Kat. Como le tiemblan los dedos, a Isaac le cuesta un poco más de lo normal quitarle la envoltura, así que su amigo lo ayuda intentando que no se le note la preocupación, pero sin lograrlo del todo.

—Sé que son tus favoritos —murmura con un nudo en la garganta.

Isaac se zampa la barrita entera y, de golpe, nota que está muerto de hambre. Saca un regaliz rojo de la bolsa.

Ricky saca otro y lo examina en vez de comérselo.

—¿Recuerdas cuando íbamos al cine y tu hermana y tú siempre os peleabais por estos?

—Después saca una bolsa de gusanos de gominola—. ¿Y recuerdas que en el colegio la señora Abogado le daba estos gusanos a los que sacaban mejores notas en los exámenes? Tú siempre los conseguías.

Isaac consigue sonreír.

—Al menos, hasta que prohibieron dar dulces como recompensa. —Isaac se come la mitad de uno. Le duele masticar una textura tan gomosa, pero puede que sea un dolor positivo—. Ni siquiera están tan buenos.

—Decías que sabían a victoria. Y siempre los compartías conmigo porque yo nunca los conseguía.

—Sí, la meritocracia es un asco.

—Pues favor devuelto —dice Ricky.

Y entonces a Isaac se le ocurre que Ricky no ha elegido las chuches al azar, ni siquiera porque sean las favoritas de Isaac. Todos los dulces de la bolsa llevan consigo un recuerdo. Ricky ha puesto mucho cuidado y consideración en lo que elegía. Es un regalo muy meditado.

—Total, que en el síndrome de abstinencia lo que importa son las endorfinas —explica Ricky—. Las células del cerebro se acostumbran tanto a las drogas que no son capaces de funcionar sin ellas. Ahora mismo, tus neuronas están empezando a chapar.

—Y el azúcar ayuda… —comprende Isaac.

—A corto plazo, pero sí. Las endorfinas del placer. Hay que quererlas. —Ricky respira hondo—. No sé bien qué estabas haciendo, aunque me hago una idea. En fin, imagino que tienes muchas neuronas que arreglar.

—El cerebro humano tiene de media cien mil millones —le informa Isaac.

Ricky deja escapar una risotada medio reprimida.

—Que esto no es un examen, bro… Pero justo a eso me refería.

Entonces, el instante acogedor pasa y los deja a ambos ante la cruda realidad. Isaac se pone mucho más serio y pregunta:

—¿Tan evidente es?

—Sí y no. Las señales de alerta están ahí si sabes dónde mirar. Lo primero que noté fueron tus cambios de humor. Después empezaste a quitarte de en medio sin razón. Y, cada vez que te veía, estabas que te caías de sueño. Pero lo más evidente fue que siempre tenías las pupilas contraídas. —Señala las rojeces en los brazos de Isaac—.

Entonces investigué un poco y resulta que la piel roja e irritada es otra pista. Eso sí, creo que soy el único de nuestros amigos que lo sabe, y no se lo he contado a nadie.

—No lo hagas —le pide Isaac mientras le agarra la muñeca—. Por favor.

—Si sales adelante tú solo, no tendré que hacerlo.

No es ni un sí ni un no. Han llegado a un acuerdo y a Isaac le parece bien. De hecho, es un consuelo. Ahora tiene una red de seguridad. No le gusta nada poner a un amigo en esa posición, pero eso ya no puede cambiarlo. Le suelta el brazo al advertir que todavía lo tiene sujeto. Las marcas blancas en la muñeca de Ricky son prueba de lo fuerte que le ha agarrado, aunque su amigo no dice nada al respecto.

—Me pasaré por aquí para ver cómo vas —le promete—. Si tu familia está en casa, les diré que te traigo los deberes.

Entonces se va y cierra la puerta. Isaac coge la bolsa y se come las chuches despacio, intentando saborear el recuerdo vinculado a cada una de ellas.

27

Di**me** **t**od**a**s las preguntas que hay

que pro**cu**rar evit**a**r y todos **lo**s lugares a los que es mejor **n**o **a**cercarse

ROXY

No sé cómo sentirme después de mi audiencia con Hiro. Además, que tenga que sentir algo me asombra. Mi rango de emociones siempre ha sido bastante estrecho porque, la verdad, nunca he necesitado demasiado ancho de banda. Sentía el triunfo de la caza y la compasión por las personas que sufren y a las que ayudo de verdad. Lo único que he necesitado hasta ahora eran esas dos emociones: una emocionante y la otra tediosa, aunque necesaria. Siempre he entendido mis momentos de compasión como un contrapeso que me mantiene estable. Sabemos cuál es nuestro destino si no estamos centrados. Nuestra pesadilla tiene un nombre; solo se comenta entre susurros, con una mirada supersticiosa a lo alto. «Ten cuidado si no quieres acabar como Lona».

Vago por la Fiesta como embobada, de manera que la juerga se va quedando en el fondo y, en vez de eso, veo lo que ven nuestras presas humanas. Casas de crack y callejones oscuros. Cuartos solitarios y baños públicos en los que comulgan con nosotros. Esas escenas siempre están ahí, pero es fácil volverlas invisibles cuando te concentras en la Fiesta. ¿Quién ve la suciedad de la ventana cuando la vista del otro lado es espectacular? Así que intento volver a centrarme en nuestra celebración sin fin, aunque solo lo consigo en parte. La realidad se ha convertido en una carga.

Y, entretejido con esto, hay un deseo que va en contra de todo lo que he dicho que quiero. En mi tejido hay un color nuevo que no se puede eliminar y no sé ni si quiero hacerlo. El pensamiento que lleva un tiempo desplazándose por debajo de mi consciencia emerge con tanta fuerza que casi lo digo en voz alta.

Tengo.

Que salvar.

A Isaac.

Salvarlo de la Fiesta, salvarlo de Hiro. Salvarlo de mí. «¡No! No de mí —me recuerdo—.

De mí como era antes». De mí cuando hacía apuestas frívolas y caprichosas con entes como Addison, sin pensar en las vidas que se veían afectadas. ¿Podríamos Isaac y yo estar separados solo lo justo

para echarnos de menos y, a la vez, estar juntos lo justo para satisfacer nuestro deseo?

—Pareces decaída, Roxy. ¿No disfrutas de la Fiesta?

Me sobresalto al ver que Al me ha estado observando. Es imposible que sepa lo que me pasa por la cabeza, pero sí que sabe que le doy vueltas a algo. Parece preocupado de verdad… y, aunque es como el camarero al que le cuentas tus penas, no puede enterarse de esto. No lo entendería. Ninguno lo haría.

—Hoy no estoy de humor —le respondo con toda la ligereza posible.

Eso le deja de piedra… y no está fingiendo, como suele hacer, sino que está pasmado de verdad.

—¿Que Roxy no está de humor? Creía que jamás vería este día. —Se acerca dando tumbos y me echa un brazo sobre los hombros para consolarme—. Si hay algo que pueda hacer por ti, me lo dices, ¿vale?

—Claro, Al.

Suspira y menea la cabeza.

—Addison y tú estáis en baja forma últimamente. Apuesto a que es por vuestra apuesta.

Al oír el nombre de Addison, miro a mi alrededor para buscarlo, pero no está. Andará por ahí con Ivy, controlándole la vida hasta el último detalle.

—Sí, seguro que es eso —respondo con la esperanza de que Al deje de indagar.

Él me ofrece su clásica sonrisa satisfecha.

—Me atrevería a decir que te ha tomado la delantera. Se rumorea que tu joven Isaac te ha dado la patada… o, debería decir, que te ha dejado para el arrastre. Todavía se te ve un poco mareada después del «sayonara, baby».

Me quito su brazo del hombro.

—Addison no será capaz de traer aquí a su hermana sin que alguien se la robe por el camino —le digo—. Y, si nadie gana, tampoco pierde nadie.

—No —reconoce Al—. Pero últimamente Addison ha estado muy concentrado; se aplica al máximo. Aunque me encantaría verlo llevarse parte de la gloria, no me gustaría nada que fuera a tu costa.

Entonces se vuelve hacia otro grupo de recién llegados y me deja preguntándome si de verdad es buena idea mi decisión de salvar a Isaac. Sé que soy la única que puede, la única que tiene la fuerza y la voluntad necesarias. Aun así, para salvarlo debo volver a traerlo. Ahora mismo es vulnerable. Podría sentirse tentado por cualquiera de los otros.

Se convertiría en su trofeo. Debo mantenerlo a mi lado. Conmigo. Lo justo para protegerlo.

Necesito un sitio para pensar, así que salgo de la Fiesta en sí y cruzo las puertas acolchadas de la sala VIP. Aquí no hay tanta gente, pero, aun así, lo que veo y oigo no me ayuda. Es entonces cuando me tomo un instante para observar la enorme liana de ayahuasca de la esquina de la sala. A pesar de ser impresionante, los que están a otra cosa no suelen fijarse en ella; vamos, que nadie por aquí lo hace. Ha crecido poco a poco hasta llegar al techo abovedado y atravesar el tejado. De hecho, trepar por su tallo retorcido es la única forma de llegar al tejado.

Antes de cambiar de idea, me agarro a ella y trepo hasta arriba. Me digo que voy al tejado para alejarme del barullo. Pero, en el fondo, quizá ya sepa cuál es la verdadera razón.

El tejado es una pendiente cubierta de musgo y tan pronunciada que hasta una cabra montesa podría perder pie. Solo resulta tentador para los que tienen ganas de cambiar su relación con la gravedad. Supongo que por eso me encuentro aquí a Lucy. Para ella, la realidad nunca es una carga. Aun así, desprende una melancolía intangible que siempre me ha incomodado. Lucy está sentada en el borde, con los pies colgando, balanceándolos adelante y atrás mientras contempla las formas cambiantes de las nubes iluminadas por la luna. Me mira con unos ojos tan místicos como una *ouija*.

—No ha volado, Roxy —dice—. ¿Por qué nunca vuelan?

Me siento a su lado sin tener ni idea de lo que habla; y, aunque lo supiera, tampoco tengo respuesta. Pese a su pelo canoso, parece una niña que ha perdido su juguete favorito. Siento la necesidad de animarla.

—He oído que vuelves a ser popular. Al menos, eso se rumorea.

Ella suspira.

—No son más que ondas en un estanque. Nunca será como antes. —Entonces añade—: Todavía eres joven, pero algún día sabrás lo que se siente. Al final, todos… pasamos de moda.

La idea me hace volver la vista y contemplar la pendiente del tejado, que se estira hacia arriba hasta desaparecer en un banco de nubes. Si escucho con atención, me llega un leve chirrido agudo de las alturas. Pocas cosas me estremecen, pero ese sonido lo consigue.

—¿Alguna vez has subido más alto? —le pregunto a Lucy—. ¿Alguna vez has subido hasta la cima del tejado?

Ella me mira, indecisa, puede que un poco preocupada.

—No. Hay lugares a los que es mejor no acercarse.

—Que sea mejor no hacerlo no quiere decir que no podamos… —Y entonces me acerco más a ella—. ¿Es verdad lo que dicen, Lucy? ¿Está… ella… ahí arriba?

—Algo hay ahí arriba. ¿No lo oyes?

Cierro los ojos. Me gustaría creer que el universo tiene piedad con los seres como nosotros. Que, cuando acabamos, acabamos. Que simplemente desaparecemos. En la tierra temen la idea de desaparecer, pero para nosotros sería un final mucho mejor que las alternativas.

Entonces comprendo que tengo que descubrir la verdad. Tengo que saberlo. Me levanto y, al hacerlo, Lucy me agarra de la mano. Creo que pretende advertirme o detenerme, pero dice:

—Si vas a subir, voy contigo.

Porque puede que los lugares a los que es mejor no acercarse sean a los que más necesitamos ir.

Subimos trabajosamente por la pendiente empinada. El musgo da paso a tejas resbaladizas de condensación y del cieno que solo crece en los sitios oscuros y

olvidados. No me cuestiono por qué este tejado parece más bien una montaña. Nuestro mundo no se rige por las mismas leyes que el humano. Llegamos a un banco de nubes espesas como algodón; no veo

nada.

—Esto ha sido una mala idea —mascullo.

—Sí —coincide Lucy—. Pero las malas ideas son mucho más emocionantes que las buenas.

Después de una eternidad, llegamos al otro lado y vemos un cielo despejado y cuajado de estrellas. Debajo de nosotras, los relámpagos descargan sobre las nubes, acompañados por truenos amenazantes. Por encima de nosotras, el tejado acaba en un pico afilado. Y hay algo en el pináculo. Alguien. La silueta de una figura recortada sobre la luna.

Las dos nos paramos en seco.

—¿Tienes miedo? —pregunta Lucy.

Y tengo que ser sincera:

—Sí.

—Bien. Porque el miedo dividido entre dos significa que las dos tendremos la mitad de miedo.

Avanzamos despacio hacia la figura de la cima y, al acercarnos, nos queda claro lo que estamos viendo.

La figura tiene la espalda pegada a un pararrayos y dos serpientes de hierro la sujetan a él, la oprimen. Tienen las bocas abiertas, con los colmillos al aire, y le muerden los hombros, no para tragársela, sino para sujetarla allí. Para siempre.

Conozco bien esta imagen. La vara y las serpientes enroscadas en ella. El caduceo. Es el símbolo bajo el que muchos de nosotros nacimos, pero este tiene algo raro. El caduceo médico tiene alas. ¿Dónde están las alas?

La figura atrapada en la doble hélice de las serpientes de hierro mueve la cabeza (que es lo único que puede mover) hacia nosotras.

—¿Quién anda ahí? —pregunta con voz ronca—. Venid. Dejad que os vea.

Lucy me aprieta la mano al acercarnos a ella y después se esconde detrás de mí, como si temiera que la viese.

La figura atrapada por el caduceo es apenas una figura. Más bien, ha quedado reducida a una sombra gris enfermiza. Un espíritu en ruinas. Intenta moverse, pero las serpientes la aprietan más. Hace una mueca. Gruñe. Lo acepta.

—¿Eres… Lona?

Jadea, como si acabara de recordarle un nombre que lleva siglos sin oír.

—¿Te conozco? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Llegué después de que te fueras —le aclaro—. Me llaman Roxy.

—Roxxxy —repite, arrastrando el nombre con un siseo serpentino, como si la frontera que la separa del caduceo se hubiera perdido. Odio oír mi nombre de sus labios—.

¿Ofreces placer o dolor? ¿Elevas o derribas?

—Ni una cosa ni la otra —respondo con una timidez poco propia de mí—. Más bien…

anestesio.

—Ya veo. Eres del clan de Fina. No es de mis favoritas.

—Tampoco de las mías.

No puedo dejar de mirarla. Se me olvida por qué estoy aquí y, entonces, caigo en que en ningún momento me he ofrecido una razón. Simplemente tenía que verla. Como si verla pudiera llenar de algún modo el vacío que he descubierto en mi interior. El que Isaac ha desvelado.

De repente, Lucy se atreve a salir de las sombras y Lona sonríe.

—Vaya, un rostro que sí recuerdo.

—Hola, M. —la saluda Lucy, más mansa que un ratón de laboratorio.

Como todos nosotros, Lona tiene varios nombres: Lona, M., Drax… Todo depende de a quién le preguntes.

—Me alegro de que sigas ahí —dice con un tono más amable al

dirigirse a Lucy—. Pero sí que has envejecido.

Lucy no lo niega, aunque tampoco le gusta el comentario.

—Me alegro de verte, M.

—Hubo un tiempo en que éramos lo más —contesta Lona, rememorando—. Lucy y Lona, el alma de la fiesta.

Lucy no es capaz de mirarla a los ojos.

—Fue hace mucho tiempo.

—Eras tan libre… —comenta Lona, melancólica y nostálgica—. Y yo era tan bella…

Conozco esta historia. Metacualona nació para ayudar con el insomnio. Empezó a trabajar como masajista para relajar los músculos más tensos. Pero, poco a poco, fue consciente de su poder. Y empezó con las fiestas. Durante un tiempo, fueras donde fueras, ella era el centro de todo. Hasta que su mundo se desmoronó; no solo la exiliaron, sino que la retiraron. Los que le dieron vida borraron su fórmula.

Oímos un chillido agudo en el cielo y algo que lo atraviesa, pero desaparece enseguida.

Sea lo que sea, a Lona le cambia la cara de nuevo.

—¿Habéis venido a burlaros de mí? ¿A atormentar a la atormentada?

—No, Roxy quería ver… —dice Lucy.

—Así que mironas —sisea—. Acercaos más, entonces. Para verme mejor.

Es como una orden y no puedo evitar acatarla… hasta que, de repente, intenta abalanzarse sobre mí. Las serpientes reaccionan a toda prisa y la estrujan más, mueven la cabeza para clavarle más los dientes. Gime de dolor, aunque su gemido se transforma en carcajadas.

—Lo que no nos cuentan es que estos talismanes de nuestra creación son también los grilletes de nuestra eternidad.

—Lo siento —le digo—. Siento lo que te ha pasado.

—¿Sí? ¿O solo te alegras de no ser tú?

—No disfruto de tu sufrimiento.

—Y, aun así, deseabas verlo. Ser testigo de cómo es que te nieguen tu existencia y, a pesar de ello, sigas existiendo. ¿Querías contar con la sabiduría de los condenados?

Aquí la tienes: no hay esperanza de un paraíso al final del camino, Roxy. Lo único que nos espera es el frío hierro del caduceo. Con el tiempo, lo sabrás. Con el tiempo, te unirás a nosotros.

—¿Nosotros? —repito.

Y, bajo la luz estroboscópica de un relámpago, los veo. Hay otros sujetos a más caduceos en tejados idénticos a nuestro alrededor, docenas de ellos hasta donde alcanza la vista. No los reconozco, pero la visión de Lucy, aunque retorcida, ve lo que hay en dimensiones desconocidas para nosotros.

—¿Es esa…? ¿Es esa Meridia? —pregunta—. Y allí…, creo que es Darva… y el pequeño Fen-Phen…

Lona esboza una sonrisa lasciva y desdentada.

—Ahí lo tienes, Roxy, ya sabes lo que te depara el futuro.

Sacudo la cabeza, me niego a permitir que esta terrible visión se me meta más adentro.

—¡No! No tiene por qué terminar así. ¡Mira a Al! Lleva aquí desde siempre. Igual que Nico, María y…

—Sí, sí, los «naturales» —espeta Lona; le rezuma tanto asco que podría oxidar sus serpientes—. Van dando tumbos por la historia hasta que la historia acabe. Pero nosotros no, Roxy. Somos fruto del momento. Pregúntaselo a Lucy. Ella lo sabe.

Pero Lucy frunce los labios… y sé lo que está pensando: «Si no lo dices, no será cierto».

De nuevo, oímos el mismo chillido espeluznante sobre nosotros y atisbamos el vuelo de algo metálico.

—¿Qué es eso? —me atrevo a preguntar.

—Las alas de mi caduceo. Se han convertido en una bestia que patrulla el cielo. Todas las noches acude a devorarme, pero no muero.

Y de pronto, Lucy, en vez de compartir mi horror, se anima.

—¿Puede volar?

Lona no le hace caso, sino que se concentra en mí, entorna las brasas de sus ojos y me descubre.

—Has visto algo que no deberías, ¿verdad, Roxy? —Sonríe—. ¡No! ¡Has sentido algo que no deberías! Es eso, ¿a que sí?

Doy un paso atrás. Me siento invadida, violada.

—Te has enamorado de la persona de la que te alimentabas. ¡De la persona que debías destruir!

Entonces sé que no puedo escapar. Tiene en sus manos ese corazón mío que ni siquiera era consciente de poseer. Podría estrujarlo como hacen las serpientes de acero del caduceo…, pero no lo hace. Me lo devuelve.

—Este es mi consejo, Roxy: si has encontrado algo que va más allá de tu finalidad y de las apetencias que nos consumen…, agárrate a eso y no lo sueltes. Quizá así te libres de acabar como el resto de nosotros. —Entonces, la santa patrona del exceso se toma unos segundos para la introspección—. Puede que todavía siguiera ahí abajo si hubiera abandonado la Fiesta para llevar una vida más pequeña y tranquila. No me pasaría la eternidad pagando el precio de mis vicios.

Justo ahora, un ala de hierro nos sobrevuela y consigo ver a la criatura que ha nacido del caduceo: una gárgola sin ojos, con garras afiladas como cuchillas. Sé lo que es: es la personificación de las heridas que dejamos atrás y del caos que provocamos; la furia ciega de la venganza. Como ocurre con nosotros, su apetito es insaciable.

—Vámonos, Lucy. Ya hemos visto suficiente.

Pero Lucy niega con la cabeza.

—Me quedo.

No es lo que esperaba oír.

—¿Qué? ¿Estás segura?

Ella asiente y respira hondo, preparándose. Desde que la conozco, nunca la había visto tan emocionada.

—¡Atraparé a la bestia alada cuando llegue! La hipnotizaré. ¡Después me subiré a su lomo y volaré hasta los rincones más ignotos de todo lo que exista!

Y, aunque sé que no es más que una fantasía, no niego que la fantasía es la esencia del poder de Lucy.

Al oírla, Lona se ríe.

—¡ *In a gadda da vida, baby*! —exclama—. Si alguien puede convertir a la bestia en mariposa, ¡esa eres tú, Lucy!

Lucy le sonríe con falsa modestia y Lona le devuelve la sonrisa, como las amantes que fueran antaño.

Le deseo suerte y las dejo juntas, la soñadora y la prisionera; bajo por la ladera del tejado hacia la Fiesta. Sin embargo, antes de terminar el descenso, oigo un gemido de pura felicidad surcando el cielo. ¡Es Lucy! No la veo desde aquí, aunque sí distingo su voz, que me llega desde algún punto remoto. ¡Ha encontrado unas alas que la lleven lejos de este sitio! Eso me da un subidón de esperanza. Porque, si ella puede escapar, yo también.

¡Y me llevaré a Isaac conmigo! Para estar juntos en un mundo que no nos castigue por el mero hecho de intentarlo. Solo entonces nos salvaremos el uno al otro.

Interludio n.º 5: Vic (C18H21O3)

No soy ajeno a la compasión. No soy ajeno a la sustancia. Que otros abusen de mi sustancia es cosa suya. ¿Quién soy yo para cuestionar sus elecciones?

Sí, puede que tiente a la gente, como mi hermana, pero he elegido una narrativa muy distinta a la de Roxy. No me veo como un pescador que lanza la caña al agua con un cebo muy bien escondido. Más bien, me considero una luz irresistible. ¿Alguien culpa a la luz por atraer a la polilla? Claro que no; forma parte de la naturaleza de la luz. Y forma parte de la naturaleza de la polilla el tentar a la suerte y arriesgarse a la incineración. En ese sentido, todos los humanos son Ícaro. Por lo tanto, soy inocente de toda culpa.

Ahora bien, sostengo que mi brillo es más parecido al de la luna. Un faro que consuela en las horas más oscuras. Amantes soñadores, lunáticos y licántropos, todos comparten la misma

luz.

Antes de que me juzguéis, recordad que muchos han encontrado en mi compañía un verdadero refugio del dolor. Algunos por poco tiempo, otros por más. Mis relaciones no son como las que alienta Roxy, eso sí. Las mías son profesionales. No llevo atuendos llamativos, como ella. Soy sutil. Tranquilo. Siempre con un traje a medida y corbata de seda.

Para mis clientes, soy alguien en quien confiar. Un terapeuta, podría decirse, porque sé escuchar. Podéis desahogaros y contarme vuestros problemas. Si lo hacéis, tened por seguro que os aligeraré la carga. Y si os acostumbráis a que esa carga sea menos pesada (a que la gravedad de vuestras preocupaciones sea ínfima), contáis con mi permiso para disfrutarlo. Venid a caminar por la luna. Y si os quedáis sin aire en los pulmones, bueno, no digáis que no os lo advertí.

No, no soy ajeno a la compasión. La siento incluso por mi hermana. Y por eso decido ayudarla.

Estoy en el dormitorio, en un fragmento conseguido gracias a su treta en la residencia, perdido en la alfombra. Isaac tiene un vago recuerdo de haberlo visto caer antes de que le distrajera otra cosa. El recuerdo es tan difuso que queda reducido a poco más que una sospecha molesta. Lo justo para acceder a sus pensamientos. Así que acudo a este chico al que Roxy ha estado cortejando. Aunque mantengo las distancias. Permanezco en la periferia de sus pensamientos. Está tumbado en la cama, temblando. La echa mucho de menos. Lo siento por él, de verdad.

—¿Es esto lo que esperabas? —le pregunto con un susurro casi inaudible—.

¿Abstenerte adrede de lo que te aliviaba el dolor?

—Es horrible —dice—. Es peor de lo que me imaginaba…

—Ya… —asiento, sin juzgar—. ¿Será siempre así, Isaac? ¿Un sufrimiento interminable? ¿Te has parado a pensar que, a partir de ahora, jamás volverás a ser feliz?

—¡No! —protesta—. ¡Eso no es verdad!

—Pero ¿a que lo parece?

—Da igual lo que parezca —insiste—. No pienso con claridad. La verdad es que… La verdad es que…

—¿Podría ser que no merece la pena vivir sin ella?

Se estremece. Le doy unos segundos para que lo medite antes de volver a susurrarle, siempre eligiendo mis palabras con cuidado. No le miento. Simplemente le sugiero hilos de pensamiento. Le permito llegar a sus propias conclusiones. De ese modo, jamás arriesgo mi integridad. De nuevo, como la luna, no soy más que un espejo.

—Confía en tu instinto —le digo—. ¿Cómo va a guiarte mal?

—No, no, no —gime—. Mi vida está bien.

—Entiendo por qué lo dices —contesto para que se sienta validado y apoyado—. Pero

¿acaso recuerdas sentirte mejor que ahora?

No responde.

—¿Y si te digo que siempre te has sentido así? ¿Y si te digo que siempre te sentirás así? ¿Te impulsaría eso a cambiar de rumbo?

—Tengo…, tengo que seguir hasta el final —dice con voz débil y sin aliento—. Todo depende de eso. Y mejorará… si…, si consigo…

—Has perdido el hilo, ¿verdad? No te preocupes, lo entiendo.

Cierra los ojos. Se tapa más con la manta. Se la quito con cuidado y dejo que caiga al suelo. No le quedan fuerzas para recuperarla.

—Creo que estabas planteándote distintas formas de aliviar tu tormento. —Me acerco más para que sienta el cosquilleo de mi voz en los pelillos de las orejas—. Te está esperando, Isaac. Sigue deseándote tanto como tú a ella. Solo tienes que… tomar…

una decisión.

—Déjame en paz.

—Eres fuerte, ¿verdad, Isaac? Demuéstrame lo fuerte que eres. Toma la decisión.

—Decidir… eso… no es ser fuerte. Es ser débil.

—Todo depende de la perspectiva, ¿no? ¿Es débil o fuerte reconocer lo que necesitas?

Hace falta fuerza para ser humilde y admitir que la necesitas. Porque quizá, solo quizá, ella sea la única que te quiere.

Y, tras decir eso, me aparto y dejo que sus pensamientos tomen el control. Roxy nunca sabrá que hoy he hecho esto por ella. Pero no pasa nada. Es un gesto amable.

Lo hago porque soy generoso y altruista.

—Sálvate, Isaac. Ya sabes cómo…

Esas son mis palabras de despedida. Al final, lo único que hice fue darle un empujoncito para que tomara el camino más fácil. Por algo es el camino más trillado y transitado. ¿Qué más da si conduce hasta un barranco? Todos los caminos acaban en alguna parte, incluso los más estrechos y difíciles. Desaparecen en lo más profundo de las montañas heladas o descienden hasta un mar implacable. Y, aunque quizá parezca que llevan hasta la falsa luz del horizonte, ninguno de ellos alcanzará jamás la luna.

28

Más **allá** de la mera destrucción **creativa** ISAAC

Isaac intenta mantenerse envuelto en la manta, pero parece demasiado pequeña. No deja de caérsele al suelo y le resulta doloroso estirarse para recogerla.

«Nunca volveré a ser feliz».

Sabe que es falso, aunque no se lo quita de la cabeza. La frase regresa una y otra vez.

Incluso cuando la bloquea, sigue apareciendo, no con palabras, sino en forma de una ola silenciosa de desesperación.

«Vivir no tiene sentido».

Podría enumerar mil razones para vivir, pero no le quedan fuerzas para pensar en ellas.

Sus únicos pensamientos coherentes son los nocivos, los que le dicen que no solo no quiere estar aquí, sino que ni siquiera se lo merece.

«Siempre me he sentido así y siempre me sentiré así».

Da vueltas por la cama, deseando poder arrancarse la piel. ¿Cuánto hace que no ve a Ricky? ¿De verdad sabe su amigo lo horrible que es esto? Él solo lo ha visto, no ha pasado por ello. Tiene que haber gente que sí, gente con la que hablar. ¿Hablar sobre qué? ¿En qué estaba pensando? Espera un momento. Seguro que es capaz de sacar ese pensamiento del abismo si lo intenta. Estaba pensando en… Estaba pensando en…

«Estabas pensando en cómo acabar con tu sufrimiento».

¡No! ¡No era eso! Quiere que acabe el sufrimiento, pero no así. Aguantará. Capeará la tormenta. Esa es la forma de acabar con él.

«Tardará una eternidad. Sufrirás para siempre y siempre y siempre y siempre…».

Esto es el infierno. ¿No es esa la definición? ¿Sufrimiento eterno? Todas esas versiones medievales de fuego y azufre se equivocan. ¿Quién necesita llamas que te queman por fuera cuando el fuego que te arde dentro es mucho peor?

«O podrías encontrar el modo de volver. Con ellos. Con ella…».

Llegará al punto máximo a las setenta y dos horas. Eso son tres días, y solo va por la mitad. Esta vez, cuando sus padres lleguen a casa, lo sabrán. Lo llevarán a urgencias y los médicos lo sabrán en cuanto lo vean. Al principio, sus padres no se lo creerán, pero en su sangre encontrarán todas las pruebas necesarias para destruir la imagen que tienen de él.

«No soportarás la vergüenza».

¡No! ¡Claro que lo soportarás! Estarán a tu lado; te quieren y siempre

te apoyarán y te ayudarán.

«Por obligación. La decepción apagará todo el amor que sientan por ti».

Así que Isaac se echa a llorar porque no es capaz de resistir sus pensamientos. Es un dragón de mentiras que intimida a la verdad, que la aplasta como si fuera una cucaracha y después ocupa su lugar con tal masa que no hay forma de moverlo, de modo que Isaac no es capaz de ver más allá de él.

Se le emborronan los pensamientos. El mundo se desvanece. Y ahora está en un laberinto envuelto en niebla, cubierto de enredaderas. ¿Un sueño? No, una alucinación, porque Isaac se da cuenta de que está caminando por los pasillos de su casa. La noche ha terminado y el sol empieza a salir. No obstante, todavía le llegan los ecos de la voz, que tiran de él por el pasillo como si estuviera en trance.

La alucinación es el último paso antes de la muerte, recuerda. ¿Y si el síndrome de abstinencia ha sido demasiado para él? ¿Y si está a punto de convertirse en otra estadística? ¿Así es como va a morir?

«Sálvate. Ya sabes cómo».

Así que avanza dando tumbos hacia la salvación. El cuarto de baño del final del pasillo.

Tiene los ojos tan secos como los labios. En el baño, se pone a cuatro patas y busca alrededor y detrás del retrete. Sí, echó dentro las pastillas y tiró de la cadena, pero ¿y si se le escapó alguna? ¿Y si alguna rebotó en el borde y cayó al suelo? Es posible, ¿no? Es más que posible, tiene que ser cierto. Tiene que serlo porque este deseo insaciable no acepta otra alternativa.

Detrás del inodoro, Isaac encuentra por fin algo pequeño y blanco, pero se le deshace entre las manos. No es más que papel higiénico. Estrella el puño contra los azulejos. Le duele, aunque es una sensación remota. Entonces ve que algo sobresale de la papelera.

Es el monederito en el que guardaba las pastillas. «¿Y si…? ¿Y si…?». Lo agarra, mete los dedos dentro.

No hay ninguna pastilla.

Sin embargo, descubre con placer que quedan algunos pedacitos diminutos. Migajas blancas de cuando partía las pastillas por la mitad

para alargar el suministro. Con todo el cuidado del mundo, vuelca el monedero y sacude los fragmentos granulados en la palma de la mano. Los fantasmas de la salvación.

Los lame y después vuelve del revés el monedero y lame el interior para aprovechar hasta la última pizca. En realidad no basta, pero le da la fuerza que necesita para lo que ahora sabe que debe hacer.

Isaac llega a la conclusión de que los autobuses públicos no son más que un tribunal sobre ruedas con un jurado cuestionable. Sí, claro, los demás parecen ir a lo suyo, pero lo que hacen en realidad es juzgar a quienes los rodean.

¿Tu crío arma mucho follón? Seguro que eres una madre horrible.

¿Has dejado la bolsa de la compra en medio? Eres un gilipollas egoísta y desconsiderado.

¿Te ha abandonado el desodorante? Eres una escoria humana asquerosa.

Y lo único que puede absolverte de ese veredicto es ceder tu asiento a otra persona.

Entonces eres un santo. Porque, en un autobús, no hay grados entre los que son culpables y los que no.

Hoy Isaac no es un santo. No piensa cederle su asiento a nadie. Apoya la cabeza en la ventanilla porque al cuello le cuesta soportar su peso. Sin embargo, cada vez que el autobús se menea, el dolor le atraviesa el cráneo como un relámpago, así que tiene que apartar la cabeza del cristal. El síndrome de abstinencia está en un valle. Los fragmentos de las pastillas lo han amortiguado lo justo para permitirle funcionar, poco más.

Mientras que, en algunos autobuses, todos los asientos miran hacia delante y limitan el contacto visual (y, por tanto, el juicio), en este todos los asientos miran hacia dentro para que quepan más personas de pie. La mujer que tiene enfrente lo mira… Es algo más que un vistazo rápido, pero menos que una mirada fulminante. Deja escapar un bufido de condena y se pega más el bolso al cuerpo.

Isaac no tiene ni idea de qué es lo que le ha parecido tan desagradable. ¿Su aspecto? ¿Su olor? ¿Que vaya encorvado? O puede que simplemente rechace el paquete completo.

«No me conoce», le diría si lograra reunir la fuerza suficiente para hacerlo. Por tanto, el veredicto permanece.

Mientras el autobús avanza trabajosamente, él pierde la consciencia a ratos. No es que cabecee, sino que se sumerge en una bruma mental que solo se disipa cuando el vehículo frena con un chirrido o da con un bache que le sacude el cerebro. Está a punto de perderse la parada y tiene que abalanzarse en el último momento sobre las puertas que se cierran; tropieza con la acera y cae en una zona embarrizada tan triste que hasta las malas hierbas se han quitado la vida. Cuando se levanta, el autobús se ha ido.

Espera un minuto para recuperarse y después camina arrastrando los pies hacia la calle Birch.

Sabía que este barrio era malo, por decirlo suavemente, pero, cuando llega a Birch, es consciente de encontrarse en el verdadero corazón de la oscuridad. Ha estado aquí antes, una vez de noche, así que lo peor quedaba oculto entre las sombras. Bajo la luz dispersa de una tarde nublada, la verdad aparece ante él, desnuda y sin vergüenza.

No hay árboles en esta calle, aunque tenga el nombre de uno. De los que había, ya solo quedan los tocones. Hay casas de una planta a ambos lados de la calle. Muchas están abandonadas. Son casas sin posibilidad de reforma, es algo que va más allá de la mera destrucción creativa. Todas tienen una equis roja pintada en las fachadas de estuco agrietado, como si las hubiera marcado un grafitero sin alma ni imaginación. A las que ya están abandonadas les han quitado las puertas y las ventanas. Una empresa de exterminadores trabaja en una de ellas. En el camión se ve una rata de dibujos animados aplastada por un yunque. Su eslogan: «Matamos a las ratas bien muertas»TM. Como si hubiera otra forma de hacerlo.

En la segunda casa de la calle (una de las pocas que todavía no se ha rendido a los fantasmas), una mujer con pantuflas y bata de flores desteñida se sienta en una de esas tumbonas de jardín que son demasiado bajas para levantarse de ellas sin mucho esfuerzo. Hay objetos aleatorios repartidos a su alrededor. En un cartel de cartón han escrito con rotulador: «Mercadillo».

—¿Buscas algo? —le pregunta la mujer, sin darse cuenta (o todo lo contrario) de lo sugerente que suena—. Te dejo a buen precio cualquier cosa que te guste.

Isaac sigue caminando sin perder la poca energía que le queda en

responder. La casa que busca está cinco viviendas más allá, a la izquierda. Estuco ampollado, una puerta azul desvencijada y una equis roja enorme, como las otras. Hay un camión de mudanzas delante, y ahí está: Craig, el exnovio de Ivy.

Está sacando un televisor de la casa para meterlo en el camión. Una chica de unos diecinueve años, con toda la pinta de que algún día evolucionará hasta convertirse en la mujer de la tumbona de antes, observa a Craig con una ansiedad perezosa y le dice que tenga cuidado con el cable, aunque le falta motivación para ayudarlo a evitar que lo pise.

Cuando deja la tele en el camión de mudanzas, Isaac se sube los pantalones y se endereza el cuello de la camisa, esperando a que Craig lo vea. Cuando por fin lo ve, se detiene en seco.

—¿Tú?

—¿Podemos hablar? —le pide Isaac.

—No hay nada que hablar —responde Craig—. No quiero tener nada que ver contigo ni con la psicópata de tu hermana, ¿me oyes?

—No he venido por ella.

Craig lo observa.

—Estás hecho una mierda —le dice.

—Lesión deportiva —responde Isaac y, por el motivo que sea, decirlo en voz alta le arranca una carcajada.

—¿Quién es este tío? —pregunta la chica, que se ha acercado a investigar justo a tiempo de oírlo reír, una risa que, Isaac lo reconoce, ha sonado espeluznante.

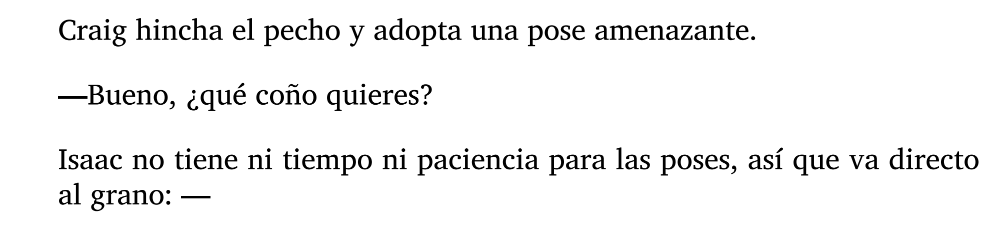
—Es el pringado que me rompió la nariz.

Justo entonces, Isaac se fija en que todavía está un poco amoratada, después de casi dos meses.

—Pues rómpesela tú a él —le sugiere la chica.

—Puede que lo haga.

La chica examina a Isaac y resopla, como la mujer del autobús, antes de meterse en la casa.



Craig hincha el pecho y adopta una pose amenazante.

—Bueno, ¿qué coño quieres?

Isaac no tiene ni tiempo ni paciencia para las poses, así que va directo al grano: —

Necesito analgésicos y estoy dispuesto a pagar por ellos.

Craig tarda un instante en asimilar que Isaac ha pasado de enemigo a cliente. En cuanto lo entiende, esboza una sonrisa de gato de Cheshire, muy satisfecho.

—Pastillas para el dolor, ¿eh? ¿Es eso lo que te pide el cuerpo? ¿Tienes mono del ángel de las noches fáciles?

—Puedo pagar —repite Isaac.

—No sé, la verdad es que me gusta verte así.

Isaac sabía que esto sería difícil. Sabía que tendría que pasar por el aro y que el aro estaría ardiendo. Pero, si al final consigue algo de alivio, saltará, siempre que Craig esté dispuesto a decirle hasta qué altura.

—¿Qué te hace pensar que vendo esa mierda?

—Si no la vendes, sabes quién lo hace. También te pagaré por la información.

Craig se rasca el cuello mientras se lo piensa. Otro camión de mudanzas pasa junto a ellos antes de abandonar el barrio condenado.

—Entra —dice al fin.

Isaac deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias, Craig.

—Cierra la boca. Todavía no he hecho nada por ti.

La casa está hecha un desastre. Ya han quitado la mayoría de los muebles y hay cajas amontonadas por todas partes.

La chica está usando la uña de un martillo para sacar de la pared los clavos de los que colgaban los cuadros.

—¿Por qué pierdes el tiempo con eso? —la regaña Craig—. A nadie le importa.

—Son buenos clavos —contesta ella, y sigue con la tarea.

Craig lleva a Isaac por un pasillo.

—Tienes suerte de haberme pillado. Han declarado en ruinas toda la calle. La van a echar abajo para construir una autopista. Esta es la última semana para marcharse.

—¿Y si no queréis iros?

—¿Crees que les importa? La demolerán igualmente.

Craig lo lleva a un dormitorio que huele a moho, en el que las tablas de una cama de agua desmontada todavía están apoyadas en la pared, listas para llevárselas. Hay un escritorio viejo que no merece la pena mover, acompañado por una silla de respaldo roto y una pila de cajas de plástico etiquetadas como «sala recreativa», como si todas las actividades de ocio de Craig tuvieran lugar en esa habitación.

La puerta corredera de un armario está abierta, y en ella se ven frascos y bolsitas con pastillas tiradas por las esquinas. Más que el tesoro del dragón, son sus sobras.

—No te molestes con eso —dice Craig—. Es una aguja en un pajar. Y puede que haya agujas de verdad.

Sin prestar atención al armario, Craig se vuelve hacia las cajas y las aparta hasta que da con la que pone «varios y miscelánea». Al abrirla, Isaac ve que está llena de frascos de medicinas, mucho más organizados que los restos del armario. Si no estuviera deshidratado, salivaría. Parecen legales, salvo que las etiquetas están escritas a mano.

Craig empieza a rebuscar entre los botes, leyendo las etiquetas.

—No…, no…, no… ¡Ah! ¡Eso es!

Saca un frasco de pastillas. No es pequeño, sino de los grandes, de esos en los que caben unas cien, aunque Isaac no tiene ni idea de cuántas contendrá. Craig sonríe y sacude el frasco siguiendo un ritmo, como si fuera unas maracas.

—¿Listo para bailar?

Isaac intenta coger el bote, pero Craig lo aparta.

—Primero, el dinero.

—¿Cuánto?

—Todo. No estás como para regatear, así que ni lo intentes.

Así que Isaac saca su cartera y le da todo lo que lleva dentro.

—Trescientos. No he podido sacar más del cajero.

Craig lo cuenta, asiente y dice:

—Ahora, el dinero de los calcetines. —Isaac debe de haber puesto cara de sorpresa, porque el otro se ríe—. ¿Tan estúpido crees que soy? Ya nadie lleva calcetines largos, salvo que sea para esconder algo.

Isaac se agacha e intenta mantener el equilibrio mientras saca otros ciento veinte dólares de los calcetines. Aun así, Craig no le da las pastillas. Porque todavía no le ha prendido fuego al aro.

—Ahora, dime que me quieres.

Y, como Isaac no responde, Craig agita el frasco a ritmo de ***bossa nova***.

—Papá está esperando…

—Te quiero —murmura Isaac.

—Venga, dilo como si lo sintieras de verdad.

—Te quiero, Craig.

—Bien. Ahora di que tu hermana es una puta chupasangres.

Isaac aprieta los labios. Sabe que no son más que palabras y, por más que esté dispuesto a humillarse, no va a humillar a Ivy. Aunque no esté presente para oírlo, no puede hacerlo.

—Dilo —le exige Craig.

Isaac se muerde el labio hasta que nota el sabor de la sangre y menea la cabeza con tanta fuerza que teme que el cerebro se le salga por las orejas.

—¿No? Ay, qué pena.

Mientras hablaban, la chica ha entrado en el cuarto, atraída por el sonido del drama y puede que por la sangre.

—Vale, entonces, a ver esto. —Craig le quita el martillo a la chica—. Siéntate. —Y, como Isaac no se mueve, Craig dice—: Te prometo que no voy a hacerte daño.

Sin mucha elección, Isaac se sienta en la silla rota.

—Ahora, pon la mano en el escritorio.

De nuevo, Isaac vacila.

—Como te he dicho, no voy a hacerte daño. Esto va de confianza.

Isaac no puede evitar temblar cuando extiende la mano, con la palma hacia abajo, en el escritorio viejo. Entonces, Craig le da el martillo y se lo pone en la otra mano.

—Ahora, aplástate la mano.

—Craig… —interviene la chica, que se ha asustado un poco.

—O te vas o miras —le responde él—, pero no te metas en mis asuntos.

La chica decide mirar. Isaac sabía que lo haría.

—No…, no puedo.

—Bueno, pues entonces di que tu hermana es una puta chupasangres. Una cosa o la otra.

Isaac cree que quizá pueda usar el arma contra Craig, coger las pastillas y huir, pero el otro chico ya se lo esperaba, así que se ha alejado para que no pueda golpearlo. E

incluso si lograra hacerlo, no tiene fuerzas para correr.

Se mira la mano. Mira el martillo. Sabe que va a doler. Mucho. Pero, si consigue las pastillas, solo le dolerá un momento. Así que cierra los ojos, aprieta los dientes y deja caer el martillo.

Y, en el último segundo, alguien le aparta el brazo. Eso basta para que falle. Oye un ruido sordo contra el escritorio. Abre los ojos y ve la

medialuna que ha dejado en la superficie. Cree que ha sido la chica, pero, cuando levanta la mirada, ve a Craig, que todavía le sujeta el antebrazo. Ya no sonríe. Ahora parece pasmado, casi asustado.

—¿Prefieres aplastarte la mano antes que faltarle el respeto a tu hermana?

Isaac no es capaz de responder, así que asiente con la cabeza.

—Dale de una vez las puñeteras pastillas, Craig. Tenemos que terminar la mudanza.

Entonces, Craig recupera su chulería.

—No —suelta—. No tenemos que terminar nada. Nuestro amigo va a hacerlo por nosotros. Después le daré sus pastillas.

Y, aunque Isaac se siente más podrido que un zombi de ***The Walking Dead***, carga con una caja tras otra y las deja en el camión hasta que casi se hace de noche. Y cuando Craig cumple su palabra y le da ese glorioso frasco de pastillas, Isaac llora al fin.

Porque, en ese momento, quiere de verdad a Craig.

29

Este sh**ow** inf**e**rnal existe e**n** algún lugar entre el lim**b**o y la luj**u**ria de**s**medida IVY

«Desde ahora y para siempre seré la chica que vomitó sobre Coleman Werx».

—No es para tanto —le dijo Tess cuando Ivy le contó todos los detalles desagradables.

—Sí —añadió TJ, sonriendo—. Seguro que le potan encima continuamente.

El festival ha seguido dos días más, pero para Ivy todo queda empañado por ese único pensamiento que no logra quitarse de la cabeza.

La última noche, tras el cierre del festival, vagan durante horas por la enorme zona de aparcamiento, incapaces de encontrar su coche. TJ está convencido de que se lo han robado, hasta que Ivy reconoce un vehículo que estaba aparcado cerca: un viejo autobús escolar renovado y pintado como un cuadro de Mondrian. Mondrian. No es su

artista favorito, pero supone que es mejor que un autobús de Jackson Pollock. Toda esa aleatoriedad visual podría provocarle arcadas otra vez. Gracias al cielo por los *hippies* del mundo y por la geometría pura y dura de Mondrian.

Es más de la una de la madrugada cuando por fin encuentran el coche. La interminable fiesta en los vehículos se ha convertido en un éxodo masivo. Todo el mundo intenta salir por la única entrada a la única autopista que cruza ese rincón perdido de la mano de Dios. El único consuelo de Ivy es que Jimmy se ha quedado sopa en cuanto ha entrado en el coche, así que se ahorra cualquier insinuación no deseada.

«Aun así, siempre seré la chica que le vomitó encima a Coleman Werx».

Es un mantra horrible que la perseguirá durante mucho mucho tiempo.

Aunque no se lo parece, en algún punto debe de haberse quedado dormida porque, al abrir los ojos, está amaneciendo. Y TJ está dormido al volante. Por otro lado, no importa, teniendo en cuenta que el motor está apagado y que no se mueven. Están en la autopista, pero el tráfico no se mueve. Ni un centímetro, parado del todo.

—¿Qué está pasando?

—Waze dice que hay un accidente ahí delante —responde Tess, bostezando—. Han cerrado toda la carretera hasta que la despejen.

—¿Cuánto hemos avanzado?

—No lo sé, puede que unos ocho o nueve kilómetros.

—¿Nada más?

Ivy se vuelve y ve que Jimmy sigue dormido, todo babas y mocos, en su lado del asiento. Solo eso habría bastado para que saliera disparada por la puerta, pero es que hay más.

—Tengo que hacer pis —le dice a Tess.

—Sí, buena suerte con eso.

Ivy sale a la ola de calor. El sol todavía no ha aparecido por detrás de las montañas lejanas y la temperatura ya está subiendo.

—Baja las ventanillas —le recomienda Ivy—. Cuando el sol salga del todo, os vais a asar ahí dentro.

—Sí, sí —responde su amiga, que se apoya en TJ y sigue durmiendo.

Ivy decide que Dante se equivocaba: el infierno tiene más de nueve círculos. Ahora mismo se encuentra en pleno show infernal, en algún lugar entre el círculo del limbo y el de la lujuria desmedida. Un atasco en un desierto monótono parece la metáfora perfecta de su vida. «¿Para qué me molesto en volver a casa? —piensa—. ¿Qué me espera allí?». Nada más que otro páramo, incluso peor que este. Las arenas fundidas de su detonación atómica. Sí, claro, se ha escapado durante unos días, pero todo sigue allí, esperándola.

Volver a casa significa enfrentarse al pozo sin fondo de la censura de sus padres. Pero

¿adónde va a ir si no? Supone que podría quedarse con Tess por un tiempo. A la madre de Tess le daría igual; incluso dice que Ivy es una buena influencia para su hija, cosa que demuestra que todo es relativo. Pero Ivy todavía no ha perdonado a Tess por meterla en este lío. La situación no sería muy cómoda.

Sale de la carretera y se mete entre los arbustos secos. Los más altos le llegan a la rodilla, lo que significa que no hay sitio para aliviarse sin tener que ponerse en cuclillas a plena

vista de todos los coches del atasco. ¿No es increíble que esté tan deshidratada y, a la vez, se muera de ganas de hacer pis?

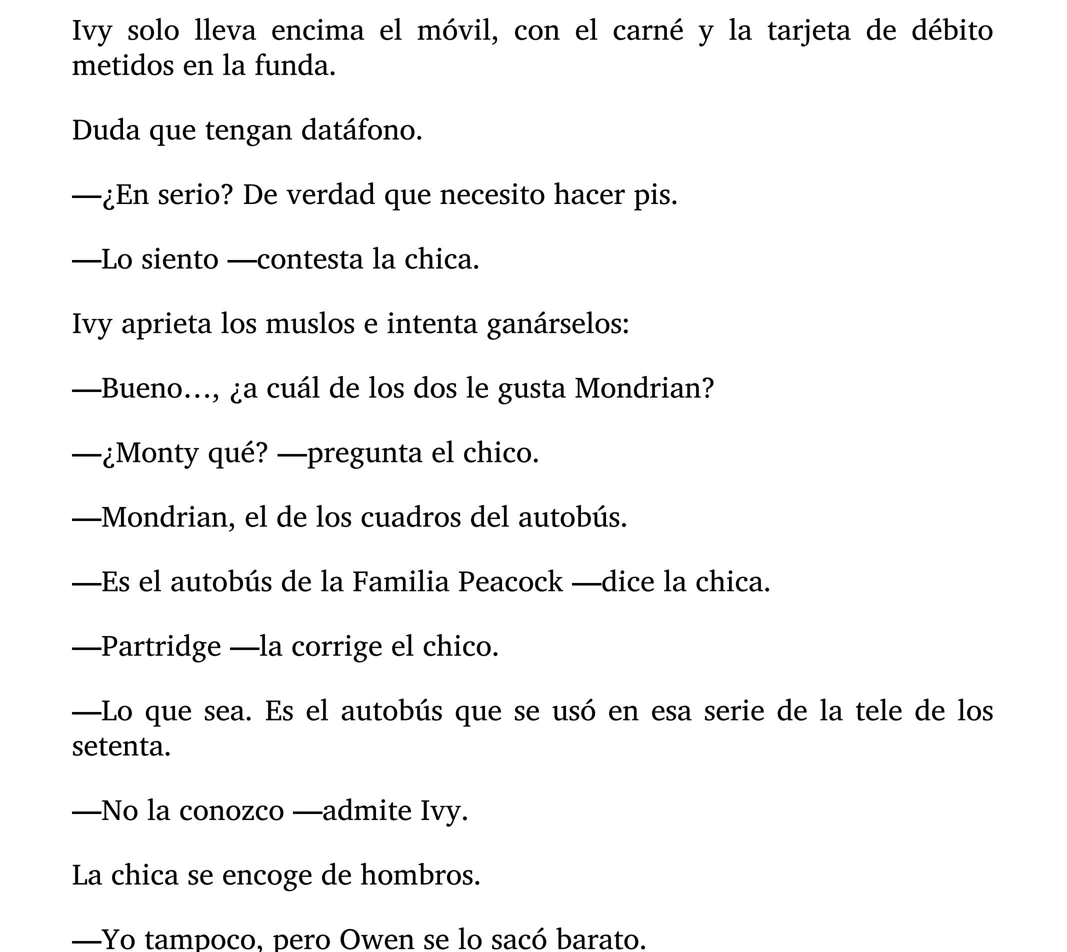
Más adelante ve el autobús de Mondrian, que claramente ha sido remodelado para convertirlo en autocaravana, así que debe de tener un cuarto de baño. Acaba de encontrar su oasis urinario.

Al acercarse, oye música dentro. No fuerte, sino una especie de metal mañanero. Aun así, hace que le duela la cabeza. Fuera hay un chico y una chica sentados en sillas plegables, como si hubieran decidido acampar allí mismo, en la autovía colapsada, a esperar el apocalipsis. Se pasan un porro y le dan caladas, así que cuesta hablar con ellos mientras aguantan la respiración.

—Hola, ¿tenéis baño ahí dentro?

Una pausa, una exhalación de humo.

—Sí, pero cobramos —responde con voz ronca la chica.



Ivy solo lleva encima el móvil, con el carné y la tarjeta de débito metidos en la funda.

Duda que tengan datáfono.

—¿En serio? De verdad que necesito hacer pis.

—Lo siento —contesta la chica.

Ivy aprieta los muslos e intenta ganárselos:

—Bueno…, ¿a cuál de los dos le gusta Mondrian?

—¿Monty qué? —pregunta el chico.

—Mondrian, el de los cuadros del autobús.

—Es el autobús de la Familia Peacock —dice la chica.

—Partridge —la corrige el chico.

—Lo que sea. Es el autobús que se usó en esa serie de la tele de los setenta.

—No la conozco —admite Ivy.

La chica se encoge de hombros.

—Yo tampoco, pero Owen se lo sacó barato.

—Owen se lo saca todo barato —dice el chico—. Así que ahora es el Owenbus.

A través de las ventanillas, Ivy ve a más personas moverse por dentro.

—¿Qué sois? ¿Una especie de clan rollo Manson al estilo *millennial*?

—Qué va —dice la chica—. No matamos a nadie. Al menos, no adrede.

—Mirad —insiste Ivy con toda la sinceridad que puede—, de verdad que me meo…

Entonces, la vista del chico por fin parece enfocarse y centrarse en ella.

—Oye, ¿no eres tú la chica que le vomitó encima a ese tío?

—Espera, ¿es que estabais allí?

—No, pero ahora es un meme. —Saca el móvil—. ¿Quieres verlo?

Hay muchos más círculos del infierno de los que la gente se piensa.

—Ni de coña —responde. Como todo lo que ha pasado en los últimos días, tendrá que procesar la información un poquito después.

—Bueno, si eres la chica del vómito, la cosa cambia —interviene la chica—. Eres casi de la realeza. —Se levanta y se inclina ante ella, aunque algo tambaleante—. Nuestro cagadero es vuestro cagadero, majestad.

Y acompaña a Ivy al interior.

Dentro hay otras personas, algunas dormidas, otras intentando reconciliarse con la mañana. El que escucha música está al fondo; sonríe a Ivy. Es más bien una mueca lasciva, pero tampoco la peor que ha visto. De hecho, resulta casi encantadora. Se la devuelve.

—El retrete está a la izquierda —dice la chica—. Si tienes que vomitar otra vez, dínoslo, que lo podríamos subir. «La estela de la chica del vómito» o algo así.

Esboza una sonrisa traviesa para dejarle claro que bromea. Ivy no puede evitar reírse.

El lascivo encantador tiene que mover las rodillas para que abra la puerta del baño.

—Que lo disfrutes —le dice a Ivy—. Todas las comodidades del hogar, sin todos los inconvenientes.

El instinto le dice que debe de ser Owen, el alfa del grupo. Le regala una sonrisa pícara, casi coqueta, antes de cerrar la puerta, y después se pregunta por qué siempre se siente atraída por tíos que no son buenos para ella.

Entonces se le ocurre algo. Una idea loca que, en esta coyuntura descoyuntada de su vida, no parece tan loca: «¿Y si me voy con ellos?».

Es algo disparatado. Es demencial. Pero ¿es más demencial que regresar a casa? No necesita a sus padres y ellos no la necesitan a ella. Un largo viaje por carretera con unos completos desconocidos podría

ser justo lo que necesita. Un periodo para enfriar los ánimos. Después se reconciliará con sus padres, cuando haya tenido tiempo para encontrarle sentido a su vida y la familia entera haya tenido tiempo de echarse de menos. Que dediquen todas sus atenciones a Isaac, que, ahora que lo piensa, podría necesitarlas. Ha estado comportándose de un modo muy sospechoso últimamente.

¡Quién lo iba a pensar! ¡Su hermano pequeño tiene problemas! ¿Qué será? ¿Habrá suspendido un examen? ¿Habrá dejado embarazada a Shelby?

«Para empezar, se estrelló con el coche».

Vale, pero no le pasará nada. Todos estarán bien si Ivy se quita de en medio una temporadita.

No puede creerse que de verdad esté considerando esa locura. Por otro lado, cuanto más lo hace, más siente que se aligera la carga que lleva sobre los hombros.

ADDISON

Lo supe incluso antes de subir al autobús. Hay un aura, un tipo de luz que se siente antes de verse. Antes de poner un pie en el Owenbus, sabía que Crys estaba dentro.

Ivy no ve lo que yo veo cuando avanza hacia el baño. Hay poca luz y ella tiene la cabeza demasiado embotada para distinguir lo pálidos que están los otros ocupantes del autobús; que tienen los ojos hundidos en unas cuencas cada vez más profundas. Han

estado bailando con Crys. Los ha estado dejando secos. Todavía no del todo, pero pronto lo hará.

—Ivy, ¡haz lo que tengas que hacer y sal de aquí!

Pero se toma su tiempo mientras fantasea sobre una huida que no es más que otra trampa. Si el *backstage* con el grupo fue la sartén, esto son las brasas.

—Esta gente no es lo que necesitas.

Ivy debería ser más lista. Lo es, de hecho, pero su sentido común y sus sentidos físicos están tan abotargados que ha dejado atrás el raciocinio. Este Owen no es más que otro Craig; más guapo, puede que más carismático, pero, por dentro, es lo mismo: nada más que humo y promesas vacías.

Y justo a su lado está Crys, como si fuera el dueño del autobús. De hecho, es probable que él se lo comprara a Owen. Está relajado, tomándose un descanso muy impropio de él. Crys me lanza una mirada impenetrable.

—Coco y Peri te están buscando, Addison —me dice—. No los había visto nunca tan cabreados.

Intento que no se me note lo mucho que me preocupa verlo aquí, tan cerca de Ivy.

—Que sigan buscando —replico, encogiéndome de hombros.

Crys señala con la cabeza la puerta del baño.

—Esa parece en su punto.

No sé si lo dice para provocarme o si de verdad pretende seducirla. Si lo hace, me quedo sin defensa. Crys no tiene igual. Es demasiado poderoso, no tengo ninguna posibilidad en una confrontación del tipo que sea.

—No vale la pena perder el tiempo con ella —le digo.

Sonríe.

—Vamos, Addison, todo el mundo se merece un baile.

Ivy sale por fin del diminuto baño y, aunque intento impulsarla hacia la salida del autobús, sus ojos se detienen de inmediato en Owen. Se presentan. Él comenta lo bien que quedan sus nombres juntos, Ivy y Owen. La invita a sentarse. Lo hace. Crys sonríe.

—Veamos si tengo una nueva compañera de baile.

Y, aunque sé que no debo faltarle el respeto a mi superior, no puedo permitirlo.

—Ivy —la llamo—. No puedes quedarte aquí. Has hecho lo que necesitabas hacer.

Ahora tienes que marcharte.

Pero ya está atrapada en su coqueteo ingenioso con Owen.

—¿De dónde eres?

—De todas partes.

—Ahí es adonde quiero ir yo.

—Qué pena, porque empezaba a pasármelo bien aquí.

Ligoteo banal, pero cumple su propósito.

—Aaah, ya ha empezado el baile —dice Crys.

Y Owen saca una diminuta bolsa de plástico con cierre hermético que parece guardar dentro algo parecido a un diamantito azul en bruto.

—Es bueno para tus males. ¿Cuáles son tus males, Ivy?

—Todos.

—Pues deja que acabe con ellos.

Y ella se lo piensa. No sale corriendo y gritando del autobús, sino que de verdad se lo piensa.

—¡No, Ivy! ¡Eso no es lo que quieres! ¿Es que no lo ves?

Crys le pasa un dedo por la mejilla. A ella le da un pequeño tic en el ojo.

—Ivy será un vals —dice Crys—. ¡No! ¡Un tango!

Owen sacude la bolsa. El cristal azul del interior refleja la luz que entra por la ventana.

Y entonces, de golpe, recuerdo algo:

—¡Ivy! ¡Tus amigos! No abrieron las ventanas ¡y el sol ya ha salido de detrás de las montañas! ¡Se van a asar dentro del coche si no haces algo! ¡Tienes que volver con ellos antes de que sea demasiado tarde!

Puede que no sea capaz de salir de esta caída en picado por su propio bien, pero quizá sí por el de los demás. Mira a los ojos a Owen y le da una palmadita en la rodilla.

—Ahora vuelvo —dice.

Después, se levanta y va hacia la puerta del autobús. Suspiro, aliviado, porque sé que no va a volver. Una vez que se libere de este momento, una vez que entienda lo que ha estado a punto de hacer, no regresará. Estará lo bastante lejos de la gravedad de Crys para poder resistirse a ella.

Espero que Crys me regañe, pero se limita a mirarme y reírse.

—Está claro que tienes buena mano con esta, Addi.

—Lo siento, Crys. Puede que no seas su tipo.

—Claro que lo soy —responde él, condescendiente—. La verdad es que la he dejado ir… como regalo para ti, porque me agrada ver a Coco y Peri tan molestos. —Entonces se pone serio—. Al final me la traerás. Lo sabes, ¿no?

—No todo el mundo se convierte en tu acompañante —le recuerdo.

—No, pero ella sí. Se lo huelo. —Crys se echa hacia atrás mientras

Owen se guarda la bolsa en el bolsillo—. Y, cuando me la traigas, lo harás por voluntad propia y sin vacilar. O me enfadaré mucho contigo. Mucho.

Me voy sin decir nada más para intentar escapar de la gravedad de Crys. Pero ¿a quién pretendo engañar? Estoy atrapado para siempre en su órbita.

30

Estas **co**sas so**n** el pan nuestro

de cada día, me **te**mo

ROXY

Tenía tanto miedo de que Isaac se hubiera ido para siempre, de que la misma determinación que lo había llevado hasta mí fuera la que me lo arrancase de las manos… Dicen que la gratitud es la más poderosa de las emociones. Ahora lo entiendo, porque Isaac ha vuelto y el agradecimiento me ha barrido como una ola. No pienso luchar contra la corriente.

Isaac conoce un sitio en el que podemos estar solos, en el que planificaremos nuestro futuro juntos y tramaremos nuestra huida.

Me lleva allí.

¡Es un lugar glorioso en el cielo!

Es un nido que descansa en las ramas más altas de todas las decisiones que Isaac ha tomado, que después se han bifurcado y dividido hasta llevarlo al delicado brote verde que es este preciso momento.

Las ventanas de nuestro palacio tienen vistas al dosel arbóreo de un bosque frondoso y verde. El triunfo de la vida sobre la putrefacción. No podemos dejar de tocarnos mientras subimos la majestuosa escalera que da a nuestro refugio privado, donde las cortinas de gasa son de una delicadeza imposible, como las relucientes alas de un colibrí que vuela con la suave brisa.

Estamos lejos de su familia y de sus amigos. Lejos de Hiro, que me castigaría; de Vic, que se burlaría de mí; y de Addison, que me acusaría de lo que ya sé: de estar enamorada.

Nunca he sentido tanta alegría y tanto alivio. Son cosas que siempre he sabido que no debo sentir, pero lo hago. La adicción se ha vuelto adicta. Veo la simetría, la perfección de este círculo cerrado.

—Te he echado de menos —me dice cien veces, y no me canso de oírlo—. No quiero volver a abandonarte.

—No tienes por qué hacerlo.

—Solo puedo pensar en ti —reconoce.

—Y yo no siento nada cuando no estás. Nunca imaginé… —Pero vacilo porque temo decir las palabras.

—¿Nunca te imaginaste el qué? —me anima.

—Nunca imaginé que yo también pudiera… necesitar.

Desde que entré en este mundo, jamás he necesitado nada. Toda mi existencia se ha basado en el deseo y la conquista. Sin embargo, ¿necesitar a alguien tanto como te necesitan a ti? Es tanto una aceptación como una rendición. Te une de una forma tan completa que no sabes dónde acabas tú y empieza la otra persona. Qué trascendental y qué exquisita esa desaparición de las fronteras entre nosotros.

Durante toda mi existencia he sabido solo de propósito y depredación. He conocido la satisfacción de salvar vidas y la emoción de acabar con ellas. No obstante, jamás había conocido la felicidad absoluta de la conexión. Si pudiera detener el tiempo, como Addison, lo haría. Detendría para siempre su flujo y nos dejaría aquí resguardados en este momento, hasta que el tiempo se olvidara de nosotros.

—No hay nadie más en el mundo, solo tú y yo, Isaac.

Y, aunque he dicho esas mismas palabras millones de veces a millones de personas, es la primera vez que no miento. Porque, en este santuario, estamos solos en nuestro propio universo. Solo nos necesitamos el uno al otro.

Nos abrazamos con fuerza sobre una cama de plumón, la más lujosa que hemos visto nunca. En la chimenea arde el fuego y siento que estoy a punto de llegar al clímax. Y si me esfuerzo lo suficiente, puedo olvidar, aunque solo sea un instante, que el resto del mundo sigue ahí fuera. Que este palacio glorioso no es más que un breve respiro, una estación de paso en el camino a nuestra libertad.

—Sé que hay otros —me dice—, pero ¿soy el único al que has amado?

—Sí —susurro y, de nuevo, es cierto.

La verdad me resulta extraña, tanto que me asusta. En toda esta intimidad hay terror y quiero que siga así, más que nada en el mundo. ¡Cuánta vulnerabilidad! Me he descubierto ante él; si así lo decidiera, podría acabar conmigo, igual que yo con él.

Somos salvadores el uno del otro. Somos víctimas el uno del otro. Quiero vivir para siempre en el instante en que nuestro beso es también un cuchillo contra el cuello de ambos.

—No permitiré que nadie más te haga daño —le prometo.

—No permitiré que nadie te aparte de mí —me asegura.

Y, por fin, llega la hora. Me inhala y me muero de placer.

—No sabía que pudiera sentirme así —admito, aunque su euforia es tan absoluta que no puede responder.

Después del clímax, apoyo la oreja en su pecho y escucho el latido desbocado de su corazón. La unión perfecta de músculo y voluntad. Ojalá tuviera un corazón que latiese como el suyo. Aunque quizá ya lo tenga. Porque, si Isaac y yo ahora somos uno, como tantos amantes afirman ser, quizá pueda compartir este latido que cuenta los segundos que le restan. Quizá su corazón también pueda ser mío. Y quizá entonces logre comprender los misterios que se nos ocultaban a los de mi clase, por nuestra propia naturaleza.

—Te quiero —dice al fin.

Entonces se le ponen los ojos en blanco y cierra los párpados, satisfecho, lo que me alimenta aún más. Aquello de lo que me nutría antes (la desesperación, la debilidad de la presa) no era nada comparado con esto. Sí, inhálame, Isaac. Deja que sea todo tu mundo, igual que tú ahora eres el mío.

IVY

Cuando Ivy regresa al coche después de su misión urinaria, tal y como se esperaba, TJ, Tess y Jimmy siguen dormidos dentro, con las ventanas cerradas. Al abrir la puerta, libera una oleada de calor pegajoso. Se pregunta si esta carretera estará a punto de convertirse en otra estadística en la larga y triste lista de tragedias en conciertos. Baja todas las ventanillas y deja que entre un aire que, aunque no es fresco, al menos no abrasa.

Y ahora que se siente como la salvadora (o, mejor dicho, como la niñera) de su lamentable grupito, se le quita de la cabeza cualquier idea de regresar al autobús. ¿En qué estaba pensando? Es demasiado mayor para escapar de casa y unirse al circo.

El tráfico parado empieza a despertar a paso de tortuga. TJ no consigue mantenerse despierto durante el interminable atasco, así que Ivy se ofrece para conducir y él está encantado de dejarla.

Media hora después, cuando por fin llegan al accidente, ya casi lo han apartado todo en la cuneta. Hay varios coches destrozados y una autocaravana reventada y vaciada, con sus accesorios tirados por todas partes como animales atropellados.

Según las redes sociales, había varias víctimas. También rumores estúpidos sobre que era intencionado y con motivaciones políticas, lo que demuestra que las redes sociales no son más que un mal juego del teléfono escacharrado conectado a Matrix.

—Dicen que podría ser la CIA, o puede que China —anuncia Tess—. No estoy diciendo que lo sea, solo que es lo que dicen.

Ese «dicen» es la misma nebulosa indefinida que afirma que las vacunas son una forma de control mental por parte del Gobierno y que los reptilianos dirigen en secreto el mundo. Para Ivy, es otra prueba de que la idiotez sigue vivita y coleando. La masa desinformada nunca cambia; solo sustituye las antorchas y las horcas por iPhones y Androids.

«Podría haber sido perfectamente el Owenbus —piensa—. La próxima vez, puede que lo sea». Sacude la cabeza para librarse del pensamiento y del recuerdo de su pequeño coqueteo con el destino. Sabe que Owen le estaba ofreciendo una bolsa de cristal y lo cerca que había estado la

balanza de inclinarse hacia la promesa de su sonrisa. Mejor no pensar demasiado en ello.

El ritmo empieza a aligerarse cuando dejan atrás el accidente y, todavía luchando contra el cansancio, Ivy saca una de sus pastillas para poder concentrarse en la carretera. Sin embargo, antes de que le entre en el torrente sanguíneo, sabe que con una ya no le basta. La llaman desde su bolso y le recuerdan que, si quiere estar lo bastante alerta para conducir hasta casa, tendrá que tomarse una segunda, quizá incluso una tercera.

«Cuántas más, mejor, Ivy —parecen decirle las pastillas—. Sobre todo ahora que necesitas estar despierta». Y, en términos relativos, esto no es nada comparado con la mierda que le estaba ofreciendo Owen, ¿no?

Así que su cóctel del día son sus pastillas más una dosis considerable de ibuprofeno para combatir la resaca. Y se le ocurre que la persona que fabrica el ibuprofeno y el Adderall debería patrocinar festivales de música con todo el dinero que saca con ellos.

La música hace que el mundo farmacéutico siga girando, tanto legal como ilegalmente.

Sobre las ocho de la mañana, cuando todavía le quedan dos horas para llegar a casa, recibe un mensaje de su madre, seguido de otro.

«Ivy, tenemos que hablar contigo».

«Ivy, llámanos, por favor».

Entonces, cuando el teléfono vibra con una llamada de su madre, ella lo apaga. Se enfrentará a ellos cuando se enfrente a ellos. No necesita un avance del nuevo drama familiar del que seguro que se dará una interminable maratón en *streaming* en cuanto llegue a casa.

Hay un coche patrulla aparcado en el camino de entrada. El primer instinto de Ivy es pensar que es por ella, que los poderes fácticos no se quedaron tranquilos con su

«retirada voluntaria» involuntaria y al final han decidido detenerla.

TJ se había puesto de nuevo al volante hacía una hora y media. Ya han dejado a Jimmy, así que ahora solo quedan Ivy, Tess y TJ. Tess, al ver el coche de policía, ha llegado a la misma conclusión que Ivy, porque pregunta:

—¿Paramos o seguimos adelante?

Pero la mente racional de Ivy mete el dedo en esta tarta rancia para comprobar la temperatura y la obliga a considerar que esto no puede ser por ella. No se envía un coche patrulla para esperar a una chica acusada de hurto. Y menos cuando no tienes ni idea de cuándo volverá a casa.

—No pasa nada —dice, aunque está claro que sí que pasa.

—Luego me escribes —le responde Tess, que mira con aire nervioso el coche patrulla y no se lo discute.

Después, TJ y ella salen disparados como Bonnie y Clyde antes incluso de que la puerta se cierre del todo.

Ivy camina hacia la puerta principal, contando los pasos y controlando la respiración.

Los últimos días han sido una serie de trampillas. No está preparada para otra, pero

¿qué alternativa le queda? Si algo fuera realmente mal, su madre le habría enviado algo más que un enigmático «tenemos que hablar», ¿no? Pero la había llamado, ¿verdad? De hecho, puede que la hubieran llamado más de una vez y que ella no lo sepa porque ha apagado el móvil.

Cuando entra, sus padres están en el salón, de pie al lado de dos agentes. Uno tiene una tablet y toma nota, mientras que el segundo, al parecer, está ahí para darles apoyo moral.

Que sus dos progenitores estén vivos le permite tachar una de las opciones de su horrible lista de posibilidades, aunque todavía quedan cientos de razones espantosas para la presencia policial.

En cuanto sus padres la ven, nota al instante que están decepcionados. No es nada nuevo, pero parece algo peor que su descontento estándar.

—¿Qué ocurre?

—Ivy, ¿sabes dónde está tu hermano? —le pregunta su padre.

—¿Isaac? —pregunta ella, como si tuviera otro—. No…

—¿Has sabido algo de él? —le pregunta su madre.

Ella saca el móvil, que sigue apagado, para comprobarlo.

—Creo que no. —Lo enciende, aunque tarda una eternidad en encenderse—. ¿Puede contarme alguien qué está pasando?

El agente de apoyo moral responde por ellos:

—Al parecer, tu hermano lleva desaparecido desde anoche.

—¿Anoche? —Ivy está pasmada—. ¿Y no lo habéis denunciado hasta ahora?

En la cara de sus padres ve vergüenza, culpa y, quizá, un poco de desprecio por ellos mismos. Cualquier otro día, en cualquier otra circunstancia, a Ivy quizá le hubiera resultado satisfactorio. Ahora no.

Le ofrecen la versión resumida de la historia que ya le han contado a los agentes. Isaac se quedó en casa el día anterior porque estaba enfermo por segundo día consecutivo.

Aun así, cuando llegaron sus padres a casa por la noche, parecía sentirse mejor.

—Todavía un poco débil —dice su madre—, pero con mucho mejor aspecto.

Cenó en su dormitorio, cerró la puerta y no salió durante el resto de la noche. Oyeron su tele puesta, así que supusieron que estaba dentro, hasta que descubrieron que la tele seguía encendida a las cinco de la mañana. Su padre se asomó y vio que no estaba. No había forma de saber cuándo se había ido, dónde estaba ni qué lo había impulsado a marcharse.

—¿Y no responde al móvil? —pregunta Ivy.

—Salta el buzón de voz —explica su padre; después añade—: Como el tuyo.

—Tiene que haber una explicación lógica —insiste ella.

—Su hija tiene razón —dice el poli—. Estas cosas son el pan nuestro de cada día, me temo. Nueve de cada diez veces, no es nada.

El padre de Ivy se enfurece.

—¿Qué quiere decir con «estas cosas»?

—Bueno, los adolescentes suelen…

—Mi hijo no es una de sus estadísticas.

El otro agente abre la boca para intervenir, pero decide con mucha sensatez que es mejor callarse. El caso es que Isaac no es de «la clase de chico» que hace «esas cosas».

Ivy sí. Sin embargo, ella está en casa y su hermano no.

—¿Se han puesto en contacto con sus amigos? —pregunta el primer agente.

Era lo primero que habían hecho sus padres: correr la voz entre los amigos íntimos de Isaac, pero, de los que habían respondido, nadie tenía nada que decir, salvo que no lo habían visto mucho últimamente. Y de Shelby no sabían nada.

—Aunque todavía es temprano —se apresura a decir su madre, aunque sean casi las once.

Uno de los policías sugiere que Shelby y él podrían haber huido juntos, lo que vuelve a cabrear a su padre. Para Ivy, entra dentro de las posibilidades, hasta que suena el móvil de su madre y recibe un mensaje muy seco de Shelby: «No, no lo he visto». Es probablemente la frase más aseverativa que haya dicho jamás.

—¿Eso es todo? —exclama el padre de Ivy—. Ni siquiera suena preocupada.

Y, de repente, Ivy lo entiende: «No es el mensaje de una novia, sino de una exnovia».

—Ha estado comportándose de una forma extraña —suelta—. Y no hagáis como si no lo supierais, que vosotros también lo habéis visto.

No lo niegan.

—Es verdad que está distinto —reconoce su madre—. Estaba muy preocupado por su lesión.

Eso llama la atención de los agentes.

—¿Qué clase de lesión?

A Ivy el instinto le dice por dónde va el tema. Su primera reacción es unirse a sus padres y decir que su hermano no es así, pero los polis

son los únicos con la objetividad necesaria para seguir todas las pistas has-ta donde conduzcan.

RICKY

Ricky no deja de lamentarse por haberse quedado dormido hasta tan tarde. Mientras él se pasaba toda la noche poniéndose ciego a series, Isaac estaba por ahí poniéndose ciego de otra cosa.

Tenía que haberle contado a alguien lo que había descubierto el otro día. Debería haber convertido el tema en una «situación» en vez de dejarlo en un secreto entre amigos.

Isaac se habría cabreado con él por traicionar su confianza, pero el enfado se le habría pasado cuando estuviera limpio. Ricky tendría que haber hecho algo. No obstante, se lo había callado. Y ahora había pasado de una «situación» a una «crisis».

Pretendía pasarse a ver a Isaac por la mañana, pero, al mirar el móvil cuando se despierta, hay un mensaje de un número que no reconoce.

«Ricky, soy el padre de Isaac. ¿Está Isaac contigo? —le pregunta el buzón de voz.

Después oye al señor y a la señora Ramey discutir sobre qué más decir en el mensaje.

Esa conversación a media voz se lo deja todo claro—. Llámanos en cuanto oigas esto, por favor».

Isaac se había largado. No había podido con el mono y se había largado.

Ricky está a punto de devolverles la llamada, pero no lo consigue. ¿Cómo se les cuenta a los padres de tu mejor amigo que su hijo es un adicto? Está claro que no por teléfono.

Así que se pone los pantalones y sale por la puerta antes de que su madre pueda insistirle en que se siente a desayunar.

En cuanto arranca el coche, piensa en su primo Mike, del que había hablado con Isaac.

No era solo que la adicción hubiera puesto patas arriba la vida de Mike, sino que todo ese lado de la familia era como una herida abierta que no permanecía cerrada el tiempo suficiente para curarse; ni siquiera para cicatrizarse en condiciones. Una vez al año, más o

menos, Mike tenía lo que su tía Jen llamaba un «brote». Lo buscaban hasta que lo encontraban en lo más bajo de lo bajo y lo llevaban a desintoxicarse. Salía de la clínica afirmando ser un hombre nuevo. Hasta su siguiente brote.

Ricky se consuela pensando en que es la primera vez de Isaac. En ocasiones, caer una vez en el pozo basta para asustar lo bastante a alguien para limpiarlo. Todavía no se ha convertido en un ciclo. Una vez que se convierte en un ciclo, cuesta mucho más salir de él.

Si hay alguien capaz de superarlo, ese es Isaac, se dice Ricky. Siempre lo ha admirado, incluso envidiado, por su capacidad para comprometerse y no parar hasta conseguir algo. A veces, aunque jamás se lo confesaría a Isaac, tomaba «prestada» parte de su voluntad. Fingía, aunque solo fuera mentalmente, que por un momento era Isaac. Así se olvidaba de sus mierdas y lograba hacer cosas que, de otra manera, se habría convencido de no intentar. «¿Qué haría Isaac?» era a menudo su mantra secreto.

Así que quizá por eso le había parecido correcto dejar que Isaac se las apañara solo.

Porque sabía muy bien lo que haría: lucharía sin tregua hasta llegar al otro lado y saldría de esto más sabio y humilde.

Pero no había sido así.

Solo se tardan cinco minutos en coche en llegar a la casa de Isaac, tiempo de sobra para que Ricky empiece a arrepentirse de esta decisión. Debería haber llamado. Debería haber llamado.

En cuanto dobla la esquina y ve el coche patrulla en el camino de entrada, se teme lo peor. Pero cuando Ivy le abre la puerta y ve lo nerviosos que están sus padres y ella, se relaja un poco. Están en modo crisis, no desmoronándose. Lo que significa que siguen en el mismo compás de espera que cuando lo llamaron: todavía no saben nada. Va a tener que ser él el quien los ilumine.

—Ricky, por favor, dinos que sabes dónde está Isaac —le pide el señor Ramey.

Ricky respira hondo.

—No sé dónde está —les cuenta—, pero estoy bastante seguro de lo que está haciendo…

IVY

A pesar de que sus padres han reaccionado con una incredulidad bestial a la noticia, Ivy guarda silencio y acepta lo que les ha contado Ricky, ya que es la única explicación a la que le encuentra sentido. Y, de no haberse tratado de su propio hermano, no le habría costado nada unir los puntos. Sin embargo, igual que sus padres y su mentalidad de que «mi Isaac no», no consideraba que su hermano y las drogas estuvieran en el mismo hemisferio de su cerebro. Ahora lo ve todo en retrospectiva y le entran ganas de volver a vomitar. Incluso cuando eran pequeños, Isaac era el que cuidaba de Ivy, no al revés. Y, aunque Ivy se empeñaba en dejarle muy claro que eso le resultaba molesto, había llegado a confiar en ello, a darlo por sentado. Y ahora, cuando él era el que la necesitaba, no había estado lo bastante atenta para ayudar. Ni siquiera había estado presente.

Ricky intenta calmar a sus padres, pero lo que dice no sirve más que para ahondar en la herida.

—Creo que todo esto empezó antes de la lesión del hombro —les dice —. Lo del hombro… puede que fuera aposta. Para conseguir más pastillas.

El padre de Ivy no deja de negar con la cabeza mientras escupe negativas que salen de él como en código Morse.

—No. No puede ser. No. No. Tiene que haber algo más. Otra persona. Alguien le ha hecho esto. Alguien.

Entonces mira a Ivy y, aunque ella sabe que no hace más que aferrarse a un clavo ardiendo al borde de un precipicio, la furia que siente al comprender su mirada hace que estalle.

—¿Qué? ¿Crees que es culpa mía?

—Nadie ha dicho eso, cielo —interviene su madre.

Ella le sostiene la mirada a su padre hasta que él se doblega. Se doblega de verdad. Su cuerpo se contrae hasta adoptar la forma de un signo de interrogación. Parece derrotado y ha envejecido en cuestión de segundos. Aparta la vista o, para ser más precisos, la vuelve hacia dentro, y está claro que no le gusta lo que ve. Eso hace que Ivy se desinfle, ya que siente identificada.

Ricky les explica que la «gripe» que ha sufrido Isaac los dos últimos días era el síndrome de abstinencia, que intentaba limpiarse.

—Así que ¿lo sabías y no nos lo has contado? —pregunta su padre, que por fin ha encontrado otro blanco para su ira.

Ahora le toca doblegarse a Ricky, pero, antes de que pueda responder, los agentes de policía, que estaban más que satisfechos dejando que el drama se desarrollara sin intervenir, ponen fin al juego de las acusaciones.

—Informaremos sobre esto y estaremos atentos —afirma uno de ellos, mientras que el otro habla en código por la radio.

A Ivy le da la impresión de que la prioridad de la búsqueda ha bajado. El comportamiento autodestructivo es menos importante que otras posibilidades peores.

Se marchan, y Rick, Ivy y sus padres tienen que decidir qué demonios hacer ahora.

Se dividen para buscar a Isaac. Ricky sale el primero y la madre de Ivy, después. Su padre acepta quedarse en casa por si regresa Isaac y le deja el coche a Ivy, cosa que no había hecho nunca; las prioridades cambian. Incluso las de Ivy. De repente, que la expulsen y tenga que ir al instituto alternativo no le parece el problema más gordo del mundo.

Como el coche de Isaac sigue en el taller, o ha ido a pie o en transporte público. A Ivy le sigue palpitando la cabeza y su cansancio ha entrado en modo percepción de supervivencia. Se toma más ibuprofeno y otro Adderall para mantenerse alerta y centrada.

—¿Dices que ayer parecía mejor? —le pregunta Ricky.

Ivy y él hablan por teléfono mientras buscan. Ricky va de camino al instituto; Ivy va de camino al campo de fútbol. No cree que esté por allí, pero primero tienen que mirar en todos los sitios habituales.

—Es lo que ha dicho mi madre.

—Es demasiado pronto para que se le haya pasado el mono. Lo que significa que encontró reservas nuevas, lo que a su vez explicaría por qué tenía mejor aspecto cuando tus padres lo vieron anoche —deduce Ricky—. Seguro que solo pasó por casa para coger algunas cosas y se marchó antes de que nadie notara que se había ido.

En el campo de fútbol solo hay críos con uniformes neón. Ricky dice que no hay ni rastro de él en el instituto. La madre de Ivy informa de que no está en el muelle y va a acercarse a la playa, por si acaso. Como si se pudiera encontrar a alguien en la playa.

Ricky empieza a ponerse en contacto con otros amigos para que los ayuden en la búsqueda.

—Se va a cabrear un montón cuando vea que todo el mundo lo sabe —comenta.

—¿Qué más da, mientras lo encontremos?

Ivy le dice a Ricky que va a mirar en los centros comerciales.

—¿Para qué iba a ir a un centro comercial? —pregunta Ricky, y con razón.

—¿Para qué iba a ir a ninguno de los sitios en los que estamos mirando?

—Vamos a meditar sobre esto un momento —propone Ricky—. Si ha ido a algún sitio para colocarse, será un sitio en el que sepa que puede estar solo y que no va a encontrarlo nadie.

El primero que se le ocurre a Ivy es el barco en el que trabajaban sus padres… y, de repente, comprende qué estaba haciendo allí su hermano la noche que se quedó dormido. ¿Habría vuelto? No, porque cancelaron el trabajo y el yate ya no estaba. Aun

así, hay muchos otros barcos en el puerto deportivo. ¿Se metería Isaac en un barco al azar para entregarse a su adicción?

Ese hilo de pensamiento lleva a Ivy por una serie de asociaciones en cadena que quizá sean las mismas por las que ha pasado su hermano… «Yate de madera barnizada.

Cabaña de madera. Bosque».

—Ricky, ¿recuerdas la casa del árbol que construiste con Isaac?

31

En la intersección de dos ramas robustas

IVY

Por lo que recordaba Ivy, el esqueleto de la casa del árbol ya estaba allí hace cinco años, como una reliquia de un tiempo pasado, cuando su hermano y Ricky lo encontraron.

No era más que una plataforma combada por la lluvia y el sol y unos tablones de cinco centímetros de ancho, diez de fondo y treinta de largo clavados en el tronco para servir de escalera. Eso sí, la plataforma era segura, ya que estaba encajada en la intersección de dos ramas robustas.

Los críos que la construyeron entonces no dejaron ni rastro de su identidad.

—A lo mejor están muertos —le gustaba a Ivy decirles a Isaac y a Ricky en aquellos tiempos—. A lo mejor está encantada.

Lo que hacía que esa propiedad fuera aún más valiosa.

Ivy tenía trece años e Isaac doce el verano que los chicos reclamaron la casita y empezaron la renovación. El diseño de Isaac era demasiado ambicioso, algo típico de él, y consistía en añadir una escalera de verdad, paredes y tejado, y, como Ricky contaba con los conocimientos para llevarlo a cabo, tardaron menos de un mes en completarlo.

Isaac se encargó del interior con alfombras de exterior y restos de barniz para madera de las reformas en las que trabajaban sus padres. Ivy se pasó una tarde allí, ayudándolos a serrar madera, pero decidió que aquello era demasiado Norman Rockwell para ella. Un retrato moderadamente espeluznante de la cultura estadounidense preadolescente.

Regresó cuando terminaron, e Isaac le sirvió de guía para su visita a aquel espacio de una sola habitación, como si fuera un agente inmobiliario en una jornada de puertas abiertas. No era el Taj-Mahal, pero Ivy tuvo que reconocer que era bastante impresionante para un par de críos de doce años. Sin embargo, cuando llegó el verano siguiente, sufrieron una plaga de arañas y Ricky, pese a ir de macho, no toleraba las arañas. Después, una mofeta subió por la escalera y decidió alojarse allí. Isaac se la

encontró por sorpresa, la mofeta lo roció y ahí se acabó todo…

porque, aunque el hedor terminó por desaparecer, la casa del árbol ya era historia.

El cielo tiene un aspecto amenazante y denso cuando Ivy recorre la carretera que bordea el bosque, ni siquiera segura de dónde está la casita. El «bosque» no es más que unos cuantos acres declarados área silvestre y rodeados de barrios de viviendas. En diez minutos se cruza de un lado a otro, pero, de pequeños, para ellos era el Bosque Negro.

Por fin localiza el coche de Ricky a un lado de la carretera y se acerca. Parece que él también acaba de llegar y está asomado a un hueco entre los árboles que, antaño, era un camino.

—¿De verdad crees que está ahí? —pregunta Ricky cuando llega Ivy.

—No lo sé, pero mira eso. —Señala un sendero de hierba alta aplastada por alguien que ha pasado por allí hace poco.

Ricky, que siempre se está machacando por una cosa o por otra, musita:

—Mierda. Se me tendría que haber ocurrido antes.

Cuando entran en el bosque, el cielo nublado queda casi oculto detrás del exuberante dosel arbóreo de la primavera, de modo que está aún más oscuro que fuera. Ricky va primero, mientras que para Ivy cada vez es más clara la sensación de estar atravesando un túnel que les lleva a otro mundo.

—¿Seguro que recuerdas dónde está? —le pregunta a Ricky.

—Seguro.

Por fin llegan a un enorme sauce llorón que no pinta nada entre los robles y los sicomoros.

—Mira ese sauce —dice el chico.

El árbol se agita con el viento, y sus estrechas hojas cantan en un tono más profundo y apenado que el resto del bosque. Ivy entiende ahora que lo de «llorón» no es solo por su perfil lacio y lánguido, sino también por la triste canción que cantan sus hojas. Un treno melancólico por todas las cosas perdidas.

Dejan el camino para internarse en una densa maleza que no les revela si alguien ha pasado por allí antes o no. Entonces, un minuto

después, ven delante la casita del árbol.

El paso del tiempo no la ha tratado bien. Solo han sido unos cuantos años de abandono, pero vuelve a parecer una reliquia de épocas pasadas. El techo se ha hundido y se inclina peligrosamente, como si la casa de Dorothy hubiera aterrizado en un árbol en vez de sobre la bruja. Ivy se estremece. Aquí es donde viene a morir la infancia.

—Dios mío —murmura.

—Sí, ¿verdad?

La escalera está casi intacta y se distingue el rastro de una huella en el primer peldaño, aunque no hay forma de saber cuánto tiempo lleva ahí.

—Yo voy primero —dice Ricky, pero Ivy lo detiene.

—No. Es mi hermano.

Sube por la escalera y se asoma desde el umbral.

—¿Está ahí? —le pregunta Ricky desde abajo.

La escena se le aparece fragmentada. El tejado caído le tapa parte de la vista. Detrás de él hay un colchón mohoso que debe de haber metido alguno de los vagabundos que se han refugiado en la casita a lo largo de los años. La peste a mofeta desapareció hace tiempo, sustituido por la de la orina. No. Isaac no está aquí. No sabe si eso es una decepción o un alivio. Está a punto de regresar cuando ve una deportiva que asoma entre las sombras y la sigue hasta dar con una figura sentada en la cabecera del colchón, con la espalda apoyada en la pared de la esquina más oscura. Ivy ahoga un grito.

—¿Isaac?

Ricky sube las escaleras a toda velocidad mientras ella se abre paso entre los escombros para llegar hasta su hermano. Tiene todo el aspecto de haber caído de un avión, atravesado el tejado y aterrizado allí, y ahora que se le ha ocurrido eso, no puede sacárselo de la cabeza.

Isaac, con los ojos medio abiertos, deja caer la cabeza hacia ella.

—No deberías estar aquí… —dice arrastrando las sílabas.

Ivy se arrodilla a su lado.

—Isaac, ¿qué te has tomado? ¡Mírame! —le coge la barbilla y lo obliga a mirarla—. ¿Qué te has tomado y qué cantidad?

—Vete a casa —masculla él—. Estoy bien. Necesito dormir.

Ve el bote de pastillas a su lado y lo recoge. Lleva cuatro letras escritas en el plástico con un rotulador: «ROSY». Se le queda grabado. Tendrá que meditar sobre ello después.

Ahora mismo, Isaac reclama toda su atención.

Entonces, Ricky encuentra entre la porquería algo en lo que Ivy no se había fijado: una cachimba.

—Se lo ha estado fumando —masculla—. Mierda, se lo ha estado fumando.

—¿Cómo coño ha aprendido a hacerlo?

—Lo he googleado —explica Isaac, y deja escapar una risita débil.

La cachimba es de Ivy. Creía que Isaac ni siquiera sabía dónde la guardaba, pero había pecado de ingenua. Entre hermanos, no se pueden guardar secretos.

—Me dijiste que no se lo contarías a nadie —dice Isaac—. ¿Por qué se lo has contado, Ricky?

Ricky no responde, sino que saca una botella de agua y se la acerca a los labios.

—Estás deshidratado. Bebe.

—No tengo sed —responde, aunque, en cuanto el agua le toca los labios, empieza a tragársela y ve que tiene mucha más sed de lo que pensaba.

—Ayúdame a levantarlo —dice Ivy y, juntos, lo ponen de pie.

—No…, queremos quedarnos —protesta Isaac, pero con una voz demasiado débil para que importe algo.

—Tiene alucinaciones —aclara Ricky.

—¿Tú crees? —repone ella con sorna.

Isaac tiene las piernas como de plastilina y la cabeza se le mueve de

un lado a otro mientras cargan con él como pueden. La estructura de la casa está tan desvencijada que bastante tienen con que la madera no se astille bajo su peso.

—¿De verdad es necesario…? —dice Isaac, y entonces se queda sin fuerzas, deja de resistirse y se pliega a su voluntad.

ROXY

¡Me lo arrancan de los brazos! ¡Se lo llevan a rastras! Estábamos satisfechos. Yo lo estaba, algo que no puedo decir que haya sentido antes. ¿Cómo se atreven a entrometerse en nuestro mundo perfecto y privado? ¡Imbéciles! ¡Creen que pueden salvarlo, cuando yo soy la única que puede! ¿Cómo es que no lo ven? ¿Cómo no se dan cuenta de lo que Isaac y yo somos el uno para el otro? ¿Es que no ven lo bien que encajamos?

¡Los odio! Esa hermana suya y ese supuesto amigo. De tener el poder de hacerlo, entraría en su mente y en su corazón y los reduciría a pulpa. Los destruiría. No por deporte, sino por venganza. Quedarían tan destrozados que ni siquiera Naloxona perdería el tiempo intentando salvarlos. Pero no puedo. No tengo poder, a no ser que me inviten a entrar, y ahora no van a hacer eso. Nunca me he sentido tan impotente.

Lo bajan a rastras por la majestuosa escalera y me dejan sola en nuestro palacio del cielo. Casi sola. Porque oculto entre las sombras está Addison. Al principio creo que ha venido a regodearse, pero parece apagado. Eso, a su modo, es aún peor.

—¿Has venido con ella? —le pregunto.

Asiente.

—Ivy quiere mucho a su hermano. No podría haberla detenido ni intentándolo.

—¿Y lo has intentado, Addison? ¿O estás tan empeñado en ganar nuestra apuesta que la has empujado hasta aquí? La has mantenido centrada en la tarea de encontrarlo haciendo esa cosa tan rastrera que haces con el tiempo para que llegara más deprisa.

No me responde, no le hace falta. Conozco la respuesta. Por supuesto que está aquí para servir a sus intereses.

—Siento que tenga que ser así, Roxy.

Como si no tuviera ni voz ni voto en el asunto.

Se vuelve para mirar hacia la majestuosa escalera cuando los oye a los tres abajo. Para mí sigue siendo majestuosa, aunque, en un momento

de debilidad, veo lo que ven los humanos: la lamentable habitación medio podrida entre las ramas de un árbol.

Me obligo a apartar esa visión. ¡Veré lo que quiera ver! ¡No permitiré que su triste realidad se meta en la mía!

—Tengo que irme —dice Addison como si se disculpara.

Si hay algo que odie más que el fracaso es la compasión.

—Si te tienes que ir, vete ya —le suelto—. Y, cuando la lleves a la Fiesta, asegúrate de que sufre.

Me queda claro que la sugerencia le incomoda. Bien. Si quiere ser como sus primos, tendrá que sacrificar esa conciencia que tanto valora. Si el acto de erradicación íntima le indispone, que vaya a sentarse en una mecedora a tejer con su hermana.

¿Qué puedo hacer ahora? Quizá intentar animarme aliviando el dolor de alguna pobre alma atormentada; calmar otra cadera rota u otra muela infectada; pasar tiempo con alguien que de verdad me lo agradezca. O, mejor aún, podría divertirme con uno de esos críos descerebrados y creídos de las fraternidades o de las sororidades atrayéndolos con la lujuria para después darles la patada en dirección a Hiro… Aunque solo sea por castigar a toda la raza humana por robarme a Isaac. Pero nada de eso me resultaría ni remotamente satisfactorio. Solo deseo una cosa. Solo necesito una cosa. Y

aquí y ahora, decido que no permitiré que me quiten a Isaac. Puede que haya perdido esta batalla, pero la guerra todavía sigue. Recuperaré a Isaac y, cuando lo haga, buscaré un lugar para los dos donde nadie pueda volver a separarnos.

32

De**s**trózate las **in**tencione**s** con l**a**s cuchi**ll**as de la bat**id**or**a**

IVY

En cuanto Ivy ve el frasco naranja de pastillas con la palabra «ROXY» garabateada con rotulador negro en el plástico, sabe de dónde ha salido. Craig siempre les ponía nombres a sus drogas, como los niños les ponen nombres a sus juguetes. Que Isaac y Craig hayan entablado una relación gracias a las pastillas es tan increíble como asqueroso. No solo le revuelve el estómago: la enfurece. Porque, de no ser por ella, Isaac y Craig nunca se habrían conocido.

Ivy y Rick consiguen sacar a Isaac del bosque, pero se tienen que parar más de una vez porque Isaac se queda sin aliento muy deprisa. Tropieza y, aunque no se cae, se araña los brazos con la corteza rugosa de un árbol. Su hermana ve que sangra un poco, cosa que él no parece notar. No le duele. Es como si todo su sistema nervioso se hubiera hecho un ovillo, vencido.

En cuanto llegan al coche de Ricky, Isaac, al que no le quedan fuerzas para resistirse, se tira sobre el asiento trasero y se tumba allí, como un muñeco de trapo.

—Creo que debería llevarlo al hospital… —dice Ricky.

—¡No! —insiste Isaac—. Solo quiero irme a casa.

Ivy asiente.

—Llévalo a casa. Mis padres decidirán qué hacer.

Al oírla mencionar a sus padres, Isaac gruñe.

—¿Lo… saben?

Ricky mira a Ivy en busca de consejo, pero a ella no se le ocurre ninguno para nadie ahora mismo.

—Cuando desapareciste, tuve que contárselo, tío —responde Ricky.

Isaac arruga el rostro y se vuelve. Se le oye llorar. Por más que intente disimularlo, cuando los sollozos son tan intensos, no se pueden ocultar del todo. Ivy no recuerda haber visto nunca a su hermano llorando. Ni siquiera cuando eran pequeños.

—No están enfadados, Isaac —le asegura—. Solo preocupados. Les he

enviado un mensaje y están encantados de que te hayamos encontrado.

—No quiero que me vean así…

—Lo sé. —«Yo tampoco quería que me vieran así», quiere decirle, pero opta por—: Hazme caso, han visto cosas peores. —Después cierra la puerta y se vuelve hacia Ricky—. Nos vemos allí. Tengo que hacer algo.

Porque necesita liberar como sea la furia que lleva dentro.

ISAAC

Vergüenza. Isaac nunca ha sentido tanta vergüenza. Ahora todos saben lo que se ha hecho. Ven cómo es de verdad por dentro, en quién se ha convertido. En qué se ha convertido. Ricky le ofrece comprensión y ánimo mientras conduce, pero lo único que oye él es condena. Isaac se niega a sentarse, no solo por el esfuerzo, sino porque teme mirarlo a través del retrovisor y encontrarse con su mirada.

Da igual que Ricky esté diciéndole que todos están ahí para apoyarlo, porque eso no importa. Isaac nunca se ha sentido tan solo. Hasta que entiende que quizá no esté solo.

Quizá no esté solo en absoluto…

ROXY

¡No me quedaré atrás! Me infiltraré y sabotearé este supuesto rescate.

Yo seré la salvación de Isaac.

Incluso ahora, estoy con él en el asiento trasero del coche de su amigo. Todavía faltan horas para que se pase mi influencia y empiece a sentirse enfermo, desesperado por tocarme. Sin embargo, cuando llegue ese momento, ya habré perdido el acceso. Estará en casa, vigilado las veinticuatro horas. O peor, en un centro de desintoxicación, donde no tendré ninguna posibilidad de acercarme.

Si voy a salvarlo (si voy a cumplir nuestro destino), tengo que actuar ahora. Así que, antes de que se fije en que estoy a su lado, planto la semilla de una duda muy necesaria:

—Te harán sufrir, Isaac —le aseguro—. No saben lo que necesitas de verdad. No te quieren como yo…

—Todo irá bien —le promete su amigo.

—Sí… —masculla Isaac—. Ya lo sé, Ricky.

Está demasiado machacado para resistirse.

—Es demasiado difícil hacer esto solo —le dice su amigo—. Debería haberme dado cuenta. Debería haberme quedado a tu lado, pero ahora lo estoy. Todos lo estamos. Y

seguiremos a tu lado mientras lo necesites.

Me asquean sus tópicos de tarjeta de felicitación. Como empiece a recitar la oración de Alcohólicos Anónimos, grito.

—Esto no es más que un bache —continúa su amigo—. Todo el mundo pasa por ellos.

No es nada.

Así que ahora me toman por un «bache». Como si mi existencia fuera un error que hay que corregir. Como si no sirviera a un propósito en este mundo. No importan los millones a los que salvo de un dolor atroz. Sí, exijo un pago por mis servicios, ¿quién no? Claro, todos

están encantados de usarme cuando me necesitan y después me rechazan cuando les conviene. Cuánta hipocresía.

Pero no Isaac. Él ha comprendido que se equivocaba.

«Tú no me rechazarás, ¿verdad, Isaac?».

Isaac tiembla al respirar hondo. Ahora está muy frágil, muy indeciso.

—Ya has intentado abandonarme una vez y solo sirvió para empeorarlo todo —le recuerdo—. Eso es porque estar juntos es nuestro destino. No puedes negarlo.

Cierra los ojos. Me oye en lo más profundo de sus huesos, pero ¿me escuchará? Ahora está receptivo. Abierto. Me acerco más y le susurro:

—Sálvanos, Isaac…

Percibo el momento en que toma la decisión, el momento en que se hace con la poca voluntad que le queda y nos escoge a nosotros en vez de a ellos. Es la elección más importante de su vida. Es maravilloso que haya tomado la decisión correcta.

RICKY

Que Isaac esté a salvo, aunque no sano, es un alivio inmenso. Ricky la había fastidiado de verdad y ahora se le ofrece una segunda oportunidad para enmendarlo. Tiene que llevarlo a casa. Con eso le basta para redimirse. Sin embargo, la tarea no está exenta de obstáculos. Como están preparando la nueva autopista, algunas calles con salida ya no la tienen. Hay miles de desvíos y les ha pillado justo donde están las obras, así que llegar al otro lado es como intentar cruzar un río sin apenas puentes.

—Debería haber una ley contra tanta construcción —se queja—. Nos hace tanta falta otra autopista como que nos abran un agujero en la cabeza, ¿no? —Isaac se limita a gruñir—. ¿Estás bien? —Pregunta estúpida: claro que no está bien.

Entonces, Isaac se sienta; Ricky lo ve por el retrovisor.

—¿Puedes poner música? —le pide.

—Claro. ¿Qué quieres?

Una pausa y después Isaac dice, rotundo:

—Death metal.

Ricky resopla de risa. Isaac siempre ha tenido un gusto musical ecléctico, pero esto se sale un poco de su terreno habitual.

—¿En serio?

—Necesito algo fuerte. Para no oír el ruido de mi cabeza, ya sabes.

Ricky asiente.

—Sí, lo entiendo. —En el siguiente semáforo, busca por su móvil para poner algo en Spotify. Death Cab for Cutie, no… La banda sonora de Death Note, no…—. ¡Ah! ¡Lo tengo, he encontrado la lista de reproducción perfecta!

De repente, los altavoces berrean casi hasta desangrarse con «Vómito carmesí» y esas voces que parecen salidas del sobaco izquierdo del infierno.

—Plaga de Pústulas —dice Ricky con una risita—. Hay que quererlos.

El semáforo se pone verde y él avanza, aunque tiene que pisar el freno porque otro coche se le mete por el cruce, un idiota en un Alfa Romeo que no comprende el concepto de los conos de tráfico y las flechas de desvío.

—Mira ese tío —comenta Ricky—. A algunos no deberían dejarlos conducir.

—¡¡Destrózate las intenciones con las cuchillas de la batidora, vomita sangre y muere!!

—chilla Plaga de Pústulas.

El desafortunado conductor se queda atrapado en medio de todo y tiene que hacer un cambio de sentido con tres maniobras, acompañado por un coro de bocinazos.

Entonces, la ranchera que Ricky tiene al lado avanza lo justo para que al vehículo atascado le cueste aún más maniobrar.

—En cuanto salgamos de esto, llegamos derechos a tu casa —dice Ricky.

—¡¡El corazón empalado en un clavo oxidado!! ¡¡Vomita sangre y muere!!

Pero, cuando mira por el espejo retrovisor, no ve a Isaac por ninguna parte.

—¿Isaac?

Al principio cree que se ha tumbado otra vez, hasta que se vuelve y ve que la puerta está entreabierta. No, no solo entreabierta, sino abierta del todo. Isaac se ha ido.

IVY

La cabeza de Ivy va a mil por hora con todas las cosas que quiere hacerle a Craig cuando llegue a su casa: darle varias patadas en las pelotas; sacarle los ojos; ahogarlo en su piscina mugrienta. Todas esas opciones están sobre la mesa. Tiene que encontrar el modo de que sufra.

¿Empezó con Craig la adicción de Isaac? Sí y no. Empezó con esa pelea en la que se torció el tobillo. Después de eso, el camino que volvió a llevarlo hasta Craig ha tenido que ser muy raro. Esa clase de camino que crees que va recto hasta que te descubres de nuevo en el punto de partida.

Más o menos como el camino que la lleva ahora hasta la casa de Craig. En las semanas que lleva sin verlo, todo el barrio se ha convertido en una enorme zona de obras. Las calles que antes iban a alguna parte ahora son lúgubres callejones sin salida. El equipo pesado y los trozos de pavimento lo pintan todo de los colores del Armagedón. Y el móvil no le sirve de nada, ya que insiste en llevarla por cruces que ya no existen. Tiene que dar media vuelta más de una vez y abrirse paso.

Craig le había dicho que iban a demoler toda la calle. A medio kilómetro al sur, ya están vertiendo el hormigón para la autopista que se dirige despacio hacia la casa de Craig, enterrando la calle Birch centímetro a centímetro, sin dejar rastro. Cientos de hogares sustituidos por la necesidad de esquivar su parte del mundo. «Lo llaman “pasillo” —le había explicado Craig—. Como si no fuera más que un proyecto de reformas caseras.

Como si todo tu barrio tuviera que desaparecer porque el gilipollas de tu vecino necesita un pasillo». Cuando Ivy le preguntó cuándo tenía que marcharse, él no le respondió nada específico. «Tarde o temprano», decía, como si bastara con subirse los pantalones y salir corriendo por la puerta antes de que la bola de demolición se estrellara contra su pared.

Al final encuentra una ruta por el lado norte de las obras y, por calles secundarias, se dirige a la casa de Craig. Parte de ella espera que ya se haya ido, aunque otra parte mayor espera que siga allí para poder reventarlo.

Tiene el corazón acelerado, no solo por la adrenalina y la rabia, sino porque se ha tomado otra pastilla antes de meterse en el bosque para soportar el cansancio y asegurarse de que estaba lo bastante despierta como para enfrentarse a Isaac. Ahora siente que se libra una batalla en su interior. La necesidad de descansar de su cuerpo lucha contra las sustancias químicas que exigen alerta. Mientras conduce, pasa por algunos momentos casi alucinógenos. No es seguro. Debe tener cuidado. Solo necesita estar despierta y concentrada un poco más. Pero el corazón… es como si estuviera a punto de salírsele del pecho como un alienígena para mirarla a la cara y preguntarle qué demonios le había hecho.

Nota que la recorre una corriente eléctrica muy desagradable. La ha sentido antes.

Incluso se ha acostumbrado a ella, aunque ahora ha subido a nivel rojo. Le recuerda a la casa de su abuela, la casa en la que vivía antes de su primera caída. Era antigua, de estilo victoriano, con una instalación eléctrica que podría haber montado el mismo Edison. Los fusibles saltaban todo el rato y dejaban la casa a oscuras. A Ivy le daba miedo cuando era pequeña.

«Nunca enciendas a la vez la tele, la secadora y el aire acondicionado, cariño», le decía siempre su abuela.

Ahora, todos los electrodomésticos están encendidos a la vez y a máxima potencia y, cuando entra en lo que queda de la calle Birch, los fusibles empiezan a saltar uno a uno,

¡puf! ¡puf! ¡puf!, en una cascada incesante.

Lleva el coche a un lado, pero se sube a la acera. Entonces, mira su frasco. No el de Isaac, sino el suyo. Está vacío. ¿Cuándo se ha vaciado? ¿Cuántas pastillas se ha tomado?

¡Mierda! Empieza a entrarle el pánico y el corazón, a pesar de ir ya muy deprisa, acelera. Cierra los ojos. No consigue respirar. «Cálmate. Cálmate».

Intenta respirar hondo y despacio, pero no logra inhalar el aire suficiente, así que vuelve al aliento rápido y entrecortado. «Es solo un momento —se dice—. Solo un momento. Pasará». Ya ni siquiera sabe bien dónde está. ¿Sigue en el coche? ¿Ha llegado a la casa de Craig? ¡Puf! ¡Puf! ¡Puf!

Es como si saliera de su cuerpo y subiera cada vez más deprisa. Y,

cuando se le ponen los ojos en blanco, oye una voz desconocida que a la vez le resulta familiar. Y la voz dice:

—Bienvenida a la Fiesta…

33

Un lugar **tan** lejano que nadie se ha atrevido nunca a investi**g**arl**o**
ROXY

Estoy junto a Isaac en una calle pavimentada con todas mis esperanzas, de oro y plata relucientes. Los edificios de ambos lados resplandecen con luces titilantes, como la avenida principal de Las Vegas, mientras que gemas de todas las formas y colores cuelgan de la memoria de los árboles como fruta madura. Giran y centellean para llamar la atención (son los objetos brillantes por excelencia, esos que desconcentran a las personas fáciles de distraer, como la hermana de Isaac), aunque no la de Isaac. Él los ve, pero no permite que lo desvíen de su centro de atención: yo.

Avanzamos por la calle hacia su objetivo.

—Ya viste la casa de Craig —dice—. ¡Ya viste ese armario! ¡Todos esos botes y bolsas!

Era un desastre. Seguro que se ha dejado algo. Seguro.

Le doy la mano y dejo que mis uñas le aprieten un poco la piel, aunque no tanto como para hacerle daño (ahora mismo no sentiría dolor ni deseándolo). Solo deseo prometerle en silencio que, a pesar del deslumbrante espectáculo y las luces cegadoras, no lo soltaré.

Y por fin llegamos: estamos delante del ascensor abierto, con esos espejos en tono melocotón y esos apliques dorados que resultan tan seductores. A su mundo no le queda más remedio que desvanecerse entre las sombras detrás del poderoso lustre del mío.

Cuando su mente se desliza en la lógica sencilla y relajada de los sueños, Isaac se siente algo desconcertado, aunque solo un instante.

—¿Estás emocionado, Isaac? ¿Estás tan entusiasmado como yo?

Responde entrando el primero en el ascensor. Está claro que se trata del instante más emocionante de su vida. Las puertas se cierran, pulsa el botón y empezamos a subir.

Temo lo que viene a continuación, ya que no lo llevo a la Fiesta. Lo llevaré más allá de la Fiesta. Sin embargo, para dejarla atrás, debemos atravesarla. ¡Lucy me enseñó el camino! Abrió un sendero ardiente en el cielo hacia la libertad, hacia un lugar tan lejano

que nadie se ha atrevido nunca a investigarlo. Lo único que Isaac y yo tenemos que hacer es seguir su ejemplo.

—Cuando se abran las puertas, no escuches, no hables con nadie y, hagas lo que hagas, no bailes.

—No lo haré. Solo quiero bailar contigo.

Sonrío. Su sinceridad es capaz de afectarnos hasta a los más hastiados. Me alegro de que me haya encontrado a mí.

—Te quiero, Isaac —le digo—. ¿Te lo crees? —le pregunto, porque necesito desesperadamente que valide mi propia sinceridad.

—Lo creo de todo corazón —responde.

—¿Y confías en mí?

—Ya sabes que sí. ¿Confías tú en mí?

Estoy a punto de responder, pero me callo. Me doy cuenta de que no puedo darle la respuesta que quiere porque, por decidido que esté a serme fiel, hay cosas más fuertes que la voluntad. La Fiesta es traicionera. Podría desviarse del camino de mil maneras distintas. Hay demasiadas trampas, demasiada hambre. Y demasiados tiburones.

—Mírame solo a mí, no apartes la vista.

El ascensor frena, y nos recibe un estallido de música y luces cuando se abren las puertas. Como siempre, ahí está Al con un vaso de algo potente en la mano.

—¡Roxy! ¡Bienvenida! —me saluda arrastrando las palabras con aire zalamero, como siempre—. ¡Y mira a quién has traído! Es un placer conocerte al fin, Isaac. La espera ha merecido la pena.

—No le hagas caso —le pido a Isaac.

—Roxy, no seas maleducada —dice Al.

Y, como no se aparta, lo empujo y vuelco casi toda la bebida que nos ofrece, aunque no parece disminuir de volumen.

La Fiesta está a tope. Un bajo que se mete hasta la médula vibra en los huesos de Isaac y lo deja mareado; el espectáculo le enturbia la mente más de lo que yo ya lo había hecho.

Sé cómo es. La Fiesta los hace más receptivos. Ablanda la carne para los que después la devorarán.

Molly pasa junto a nosotros y roza con los dedos el hombro y el cuello de Isaac, que se estremece.

—Oooh, este me gusta, Roxy. Está bueno. ¿Vas a compartir?

—Apártate de mi camino, Molly.

—Qué sensible —responde, y se aleja alegremente, no sin antes una última caricia en la mejilla a Isaac—. Tú te lo pierdes, guapo.

Eso basta para que la voluntad de Isaac vacile y mire hacia la terraza, donde los juerguistas se mueven por la piscina infinita.

—¿Qué hay ahí? —pregunta.

—Da igual —le digo—. Vamos a otra parte.

Me abro paso entre la gente y respiro hondo antes de empujar las puertas de cuero acolchado de la sala VIP. Cualquiera que nos mire pensará que estoy haciendo lo de siempre: llevar a mi acompañante hasta el punto sin retorno. Esa es la única forma de llegar al sitio donde crece el tallo de ayahuasca. Si logramos alcanzar el tejado, saldremos de la zona de peligro. Si pudiera, le daría las gracias a Lucy por abrirme la mente a nuestra huida. Porque hay más de una bestia de alas de hierro patrullando los cielos y, si ella puede volar libre, nosotros también.

ADDISON

¡Victoria! Ivy y yo entramos en la Fiesta como famosos. Como si fuéramos el centro de todos los tocadiscos en los que gira la música. Siempre que vengo por aquí me siento en la periferia, puede que porque siempre he sabido que mis acompañantes me usaban para llegar a mis superiores. Todo el mundo sabe que se estudia con Addison. Todo el mundo sabe que solo sirve para mantenerte despierto el tiempo que necesites hasta encontrar acción de verdad. «No es más que un café con leche tibio», he oído a otros decir a mis espaldas. Bueno, ¡pues mira al tibio ahora! Esta noche por fin verán de lo que soy capaz.

—No debería estar aquí… —dice Ivy, desconcertada y desorientada por el repentino estallido de sonido y luz.

—Pues claro que deberías, Ivy. ¿Dónde si no ibas a estar?

—Estaba haciendo otra cosa. ¿Qué…, qué estaba haciendo?

—Seguro que no era importante.

Me niego a sentir culpa o remordimientos por esto. El caso es que Ivy habría acabado aquí tarde o temprano, y con alguien a quien no le importara tanto como a mí. Se merece algo mejor. Se merece alcanzar su destino con un amigo, con alguien que la conozca de verdad. Yo soy ese amigo. No como los idiotas con los que volvió a casa en el coche, los que la abandonaron en la acera y salieron pitando al primer atisbo de problemas. No, yo no te abandonaré, Ivy. Estaré contigo hasta el final, que está tan enloquecedoramente cerca que casi puedo saborearlo.

Veo que se le agita el pecho al intentar respirar.

—Esto te deja sin aliento, ¿verdad? —Señalo los puntos más importantes—: La terraza con la piscina a la izquierda, la pista de baile a la derecha, el bar justo delante y la sala VIP, porque para mí eres la persona más importante del mundo.

Veo a Coco y a Peri en su sitio de siempre, así que me vuelvo hacia Ivy para asegurarme de que me mira a los ojos.

—Recuerda con quién has venido —le pido—. Prométemelo.

—Sí. Te lo prometo, pero…

—¡Sin peros! Este es el momento de decir «y». Como en «tú y yo», «fiesta y diversión»…

—¡Cerveza y chupitos de tequila! —exclama Al, que aparece como siempre, con bebidas en ambas manos.

—Esta noche no, Al —le digo para rechazar sus ofrendas—. Esta noche, Ivy solo me necesita a mí.

Al deja escapar una risa histriónica.

—¿Es que hoy nadie va a aceptar mi hospitalidad? Primero Roxy y ahora tú.

—Espera… ¿Roxy está aquí?

—Sí, prácticamente lanzó mi mejor tequila al suelo. —Entonces se inclina sobre él y susurra—: Ha llegado justo antes que tú. —Le guiña un ojo—. Con ya sabes quién.

Me encrespo y Al sonríe.

—Da igual —digo, y aparto a Ivy antes de que Al pueda sacarme de quicio con sus pullas sutiles.

La última vez que vi a Roxy, ella era la viva imagen del fracaso. Estaban llevándose a Isaac a casa… y, probablemente, a desintoxicarlo. Descartar a Roxy fue una idiotez. Es astuta y tiene recursos. ¡Pero todavía no ha ganado! Y, aunque termine la primera, llegar hasta el final ya es una victoria para mí. Aun así, prefiero la victoria completa, si puedo alcanzarla. Después de tratarme con tanto desdén presuntuoso, no me basta con ganar; quiero que Roxy pierda.

La veo en la otra punta de la Fiesta, empujando a Isaac entre la gente hacia la sala VIP.

No permitiré que eso me altere. Terminaré lo que he venido a hacer.

—¡Espera! —grita Ivy por encima de la música—. ¿Es ese mi hermano? ¡Creo que he visto a Isaac!

—Piensas demasiado, Ivy —le digo, aunque sé que en parte es culpa mía—. Ahora estás aquí. Concéntrate en eso. Ni siquiera tengo que parar el tiempo para que vivas en el aquí y ahora.

Resulta que la presencia de su hermano no es algo malo, porque avanza más deprisa hacia las puertas rojas acolchadas.

Justo entonces, Coco nos ve y avisa a Peri. Los dos miran hacia nosotros. Agarro con más fuerza la muñeca de Ivy para dejarle claro que está conmigo y, por una vez, así seguirá.

—¡Tengo que llegar hasta mi hermano!

Intento no cabrearme con su fijación. Es una de las cosas que me gustan de ella.

—Sí, vamos a seguirlo —le propongo mientras tiro de ella—. Pero, recuerda, no has venido aquí por él. Este momento es tuyo.

Cuando vuelvo la vista atrás, hacia el reservado de los hermanos Nieve, Coco sigue allí, pero Peri no. No me gusta nada que se haya movido y yo no sepa adónde ha ido ni por qué. Me tomo unos segundos para buscar con la mirada a Roxy e Isaac: acaban de entrar por las puertas rojas.

En cuanto deja de ver a su hermano, Ivy pierde algo de ímpetu. Mira a su alrededor, a los adornos de la Fiesta. Vacila. Titubea.

—¡No puedo estar aquí! —exclama, medio ahogada—. ¡Ahora no!

—Y, sin embargo, aquí estás, así que será mejor que lo aproveches lo mejor posible —

digo con toda la jovialidad que soy capaz de reunir—. Si te lo montas bien, todos te recordarán.

—Me importa… ¡Me importa una mierda… que me recuerden!

Cada vez le cuesta más recuperar el aliento, pero ya no puedo frenar.

—No seas tonta. Todo el mundo quiere que lo recuerden.

Y, justo entonces, veo el peligro. Crys va directo hacia nosotros, con Peri detrás.

¡Maldito Peri! Qué comadreja. Sabía que no permitiría que Coco y él me quitaran a Ivy, así que se ha ido derecho a por la artillería pesada. Y yo no consigo avanzar lo bastante deprisa porque la gente no se aparta para dejarme pasar, como hace con Crys.

Nos interceptan. Crys se nos pone delante y nos bloquea el paso, con

Peri y su sonrisa babosa de depravado como la guinda del pastel.

Crys ni siquiera me dedica una mirada; está concentrado en Ivy. Le agarra la muñeca con esos dedos suyos de acero con purpurina.

—Baila —le ordena, y empieza a tirar de ella.

Y yo pienso que va a ocurrir de nuevo. Que va a ocurrir lo mismo de siempre y no puedo hacer nada para evitarlo. Y, entonces, ¡milagro!

—¡No! —grita Ivy, y aparta la mano.

Eso para en seco a Crys. Una vez que te pone las manos encima, no lo rechazas. Es imposible soltarse de él, por mucho que lo intentes. Si Crys te ordena que bailes, bailas.

Así que Crys la fulmina con la mirada. El aura de su indignación se hincha y absorbe todos los tonos graves y agudos de la música hasta no dejar más que el amortiguado ancho de banda intermedio.

—Te he dicho que bailes.

—Y yo te respondo que no. —Ivy me mira—. Estoy con él.

Y me agarra la mano con más fuerza.

Crys se toma un instante antes de responder. Qué satisfacción ver que a Peri se le agria la sonrisa.

—Que estás con él —repite Crys, incrédulo.

—Ya has oído a la dama —intervengo, haciéndole frente por primera vez.

¡Y veo el instante preciso en que Crys cede! ¡Ante mí! Es más de lo que jamás habría soñado.

—Vale —acepta—. Pues vete con él. —Después me mira entornando esos ojos suyos, ya fríos y azules—. Será mejor que acabes lo que has empezado, Addison.

Y desaparece tan deprisa como ha llegado, con Peri pegado a sus talones como una mascota abandonada. Y, aunque me encantaría disfrutar del momento, no puedo.

Tengo trabajo. Me abro camino entre los presentes con una confianza que no había sentido nunca hasta que cruzamos las puertas acolchadas

y entramos en la sala. No veo a Roxy, pero da igual. No dejaré que eso me distraiga.

—Por aquí —le digo a Ivy—. En esta pista de baile no hay tanta gente y la música es mucho mejor.

Porque, aunque no quiera bailar con Crys, ya no puede negar que su destino es bailar conmigo.

ROXY

—No me has dicho adónde vamos —comenta Isaac.

No se lo he dicho porque la verdad es que no lo sé. No hay destino, solo trayectoria.

—Lejos de todo esto. Cruzaremos mi cielo y el tuyo hacia un lugar donde nadie, ni de tu mundo ni del mío, pueda hacernos daño.

Estamos a medio camino de la esquina en la que crece el tallo de ayahuasca. Entonces, algo me llama la atención: Addison. Está con Irene, Ida o como se llame. Veo que lleva tranquilamente a la hermana de Isaac hacia la pista de baile.

Bueno, me da igual. Que gane él la apuesta; en realidad, no pienso regresar aquí. Que obtenga su triunfo, siempre que yo también consiga el mío… Y cuanto antes salgamos de aquí Isaac y yo, mejor.

Ha sido justo el instante en el que he apartado la vista. Una distracción insignificante.

Pero, cuando me vuelvo hacia él, ha desaparecido.

—¡Isaac!

No lo oigo responder. Se lo han tragado las sombras de la sala. Así que empiezo una búsqueda frenética, desesperada por encontrarlo antes de que las sombras lo digieran.

ADDISON

Llevo a Ivy hasta la pista de baile, la acerco a mí y comenzamos un tango sin aliento.

—No puedo —protesta—. No conozco este baile.

—Claro que lo conoces —respondo—. Llevas años practicándolo.

Y, efectivamente, me sigue el paso a la perfección hasta bordar una media luna, como si lleváramos toda la vida haciéndolo. Su sorpresa se pierde entre el cansancio. Acelero enseguida. Una serie de ochos rápidos, en un abrazo que, en manos más torpes que las mías, le aplastaría la columna.

Al vernos, la banda cambia de música. Pasa a una feroz guitarra de flamenco acompañada del ritmo potente de un cajón y el ronroneo traqueteante de las castañuelas, tan peligroso como una serpiente de cascabel.

La empujo a una colgada, echándome hacia el lado contrario, y después la hago girar con una calesita. ¡Nuestros pies podrían prenderle fuego al suelo! Estamos mejilla con mejilla, tan cerca que no se sabe dónde termina ella y empiezo yo. Tan cerca que le huelo en el aliento la adrenalina que se descompone en cortisol.

Se reúne un grupo a nuestro alrededor, más de lo habitual para estas pistas de baile tan íntimas. Los de mi especie están ahora ahí, observándonos, observándome. En este resplandor, aquí y ahora, Ivy y yo somos la única pareja que importa.

—Para…, por favor…

—Ahora no podemos parar, Ivy. Todo el mundo nos mira.

Llevo toda la vida esperando esto. Me han ignorado, se han burlado de mí, me han faltado el respeto, me han desairado. Han considerado que no era más que una herramienta del aula, tan funcional como una regla para medir la valía de alguien. Un borrador para borrar la vergüenza. ¿Lo veis todos ahora? ¿Veis lo que puedo llegar a ser? ¿Lo que en realidad valgo?

Los hermanos Nieve están ahí, abatidos por su derrota, mientras nos ven en la pista de baile; saben que pronto estaré por encima de ellos.

Seré el peldaño más alto de nuestra jerarquía. ¡Y Crys! Está ahí plantado, con los musculosos brazos cruzados, aunque sonríe. Reconozco esa mirada. Es orgullo. Orgullo por verme a mí, el pequeño Addi, en el centro del escenario, madurando.

A Ivy le falta ya tanto el aliento que no puede hablar. Sin embargo, sus ojos me suplican. «¿Es que no lo ves, Ivy? Es el destino. Eres muy especial. Eres una llamarada de gloria que ilumina como el día nuestro cielo oscuro».

Hago con ella un dramático cruce forzado y, de repente, cambio de dirección en un ocho cortado, de modo que ya apenas es capaz de distinguir la izquierda de la derecha, lo que está arriba de lo que está abajo. ¿Nos mira Roxy? Me gustaría saberlo. ¿Está entre los presentes para ser testigo de mi victoria? No sé por qué debería importarme, pero me importa.

La música sube de volumen en el penúltimo momento antes de lo que será el clímax más grandioso que haya experimentado. La empujo para alejarla, con su mano bien sujeta en la mía, y tiro de ella como un yoyó para volver a atraparla en una mordida apretada. El público deja escapar gritos ahogados con cada movimiento.

La evolución de lo que era en lo que soy exige sacrificio. Pero, cada vez que veo los ojos de Ivy, tiran de mi alma con la misma fuerza con la que yo tiro de su cuerpo. Siento su desesperación, su indefensión. Nunca ha sido una chica indefensa. Incluso cuando pierde el control, siempre ha sido la que dirige el baile. Hoy no. Y, a pesar de mi emoción, no puedo evitar sentir que le he robado la dignidad. Se merece algo mejor que

a uno de estos perdedores desalmados, que la explotarían y la abandonarían. Pero ¿no es eso lo que le estoy haciendo yo? ¿No es eso en lo que estoy a punto de convertirme?

Los últimos pasos de nuestro baile. Empujo a Ivy en una caída perfecta casi hasta el suelo. Con los brazos extendidos y su cuerpo a pocos centímetros de la pista, me mira a los ojos.

«Termina, Addison —oigo decir a Crys en mi cabeza—. Termina y gánate tu puesto».

Y es muy fácil… Solo tengo que soltarla…

ROXY

Solo aparté la mirada un instante, así que Isaac no puede haber ido muy lejos. No obstante, incluso mientras lo pienso sé que aquí no funcionan así las cosas. El tiempo y el espacio se estiran y contraen en su labor implacable, como gusanos abriendo agujeros en la oscuridad. Pero Isaac sigue aquí. ¡Tiene que seguir aquí! No puede haber dejado la Fiesta sin que yo me entere, lo habría sentido.

¿Ha cruzado las puertas para volver al ajetreo de fuera? Si lo ha hecho, no lo encontraré antes de que Molly, Vic o cualquiera de los otros cien le pongan las zarpas encima. Juro que, si lo hacen, los reduciré a polvo. Tengo que encontrarlo ¡y tiene que ser ya!

Aparto de un codazo a dos de las nuevas drogas de diseño. No trabajan con humanos, pero están enamoradas la una de la otra, no se quitan las manos de encima, como si acabaran de descubrir que tienen cuerpo.

—Estoy buscando a un chico —les digo, intentando no sonar tan desesperada como me siento—. Se llama Isaac. Alto. Guapo. Expresión vacua. O, al menos, es la expresión que tiene últimamente.

Una de las drogas se ríe.

—Acabas de describir a todos los acompañantes de por aquí.

Me alejo hecha una furia, no me queda paciencia para estas idiotas egocéntricas.

—¿Qué le pasa? —oigo preguntar a una de ellas.

—Pues lo mismo de siempre —responde la otra, y se ríe, como si esta búsqueda frenética fuera algo que me han visto hacer antes.

Que les den. Son tan inútiles como letales.

Hay un grupo reunido alrededor de la pista de baile VIP, donde sin duda Addison representa su numerito de marionetas. Si Isaac ha visto a su hermana, habrá venido hacia aquí. Sin embargo, antes de poder avanzar hacia la pista, noto una mano helada en el hombro. Me vuelvo y me encuentro con la cara que menos esperaba ver en este lugar.

—¿Fina?

—Buenas noches, Roxy —me saluda mi lúgubre prima con esa voz suya, tan lejana y sumergida.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto.

Fina nunca viene a la Fiesta, y menos a su santuario. Su presencia aquí nunca es un buen presagio.

Fina me dedica esa mirada apenada y profundamente solitaria que tanto desprecio.

—He oído hablar de tu competición con Addison, así que he venido a presenciarla.

—Aquí no hay nada que presenciar.

Pero Fina no se inmuta. Arquea una única ceja estrecha para formar un arcoíris oscuro y mate.

—Buscas a tu joven —dice—. Lo he visto.

—¿Dónde? ¿Dónde lo has visto! ¡Dime!

Y, demasiado despacio, Fina señala con una mano huesuda el lugar en el que menos deseaba pensar. El lugar al que menos deseo ir. Señala el pasillo que conduce al despacho de Hiro.

Salgo tan deprisa que las columnas parecen doblarse con mi estela.

El pasillo está repleto de almas demasiado débiles para llegar a la puerta. Paso por encima de ellas, las piso, las aparto a patadas. Su sino no es cosa mía. Por fin llego a la puerta de Hiro y giro el pomo, pero tiro demasiado fuerte y lo arranco. Así que le doy patadas a la puerta hasta que la jamba se astilla y la puerta sale volando.

Isaac está aquí, tirado en el suelo, flojo como un muñeco de trapo. Hiro está de pie a su lado, sosteniéndole el brazo, examinándoselo como si buscara una vena buena.

Todavía tengo el pomo en la mano, así que lo lanzo a la lucerna para distraerlo. Una lluvia de cucharas cae con estrépito al suelo, pero debería haber sabido que nada distrae a Hiro.

—¡Quítale las manos de encima! —le rujo.

—Solo estaba comprobando si todavía tiene pulso.

Entonces, Isaac parpadea y me mira. Esboza una sonrisa perezosa.

—¡Ahí estás!

Hiro deja caer su mano.

—Se suponía que tenías que traérmelo, no dejar que vagara solo hasta aquí.

—¡No es para ti!

Me da igual que Hiro sea el jefe de mis superiores; no tiene poder sobre mí.

Hiro suspira como si no fuera más que un fastidio insignificante.

—¿De verdad tenemos que volver a pasar por esto?

Me arrodillo, sujeto el rostro de Isaac entre las manos y lo obligo a mirarme a los ojos.

—¿Te ha…? ¿Te ha hecho algo?

Isaac por fin consigue enfocar la mirada.

—¿Que si quién me ha hecho qué? —murmura.

—No tienes de qué preocuparte, Roxy —contesta Hiro—. No nos has presentado. Ya sabes que nunca me meto en negocios sin una presentación como es debido.

—Pues no la vas a conseguir —replico—. ¡Ni ahora ni nunca!

—Estás en tu derecho —dice él con tanta indiferencia que me desconcierta.

No tengo nada más que decirle a Hiro, así que me concentro en Isaac.

—Quédate conmigo, Isaac, y nos sacaré de aquí.

—Contigo —repite con la misma sonrisa cansada—. Siempre contigo.

Que es justo lo que necesito escuchar.

Está tan débil que casi tengo que cargar con él para salir del despacho de Hiro… y ahora el pasillo parece tener un largo imposible y ya no es

recto, sino que da vueltas sobre sí mismo como un intestino. Hasta las paredes luchan contra mí a cada paso que doy, aunque no pienso ceder ni un ápice.

Por fin llegamos a la sala VIP, donde toda la atención está concentrada en la pista de baile. ¡Bien! ¡Eso significa que nadie se interpondrá en nuestro camino! Sujeto con fuerza a Isaac, sin atreverme a soltarlo mientras avanzo hacia la esquina, donde espera la gigantesca ayahuasca y la libertad…

Y entonces descubro que la ayahuasca ha desaparecido.

La han talado. Lo único que queda es un tocón irregular. Levanto la vista hacia el agujero del techo, que sigue ahí, aunque ahora no hay modo de alcanzarlo.

—Lo siento, Roxy.

Al volverme, veo al fornido vigilante, que lleva en el pecho de su chaqueta negra una insignia de seguridad.

—Se ha prohibido el acceso al tejado. Están pasando demasiadas cosas raras ahí arriba.

—¡No puedes hacer eso! —le grito, presa del pánico—. ¡Podemos ir a donde queramos!

¡Esa era la regla!

Se encoge de hombros.

—No es decisión mía. Las órdenes vienen de arriba.

Ni siquiera sé qué significa eso. Soy consciente de que Hiro responde ante alguien, que a su vez responde ante alguien, etcétera, pero ninguno de nosotros conoce esos eslabones de la cadena.

Entonces oigo una voz detrás de mí… Es una voz que no esperaba volver a oír.

—Qué pena —se lamenta Lucy—. El tejado era el sitio más chulo de por aquí.

Me vuelvo hacia ella, pasmada.

—¿Lucy? Pero… ¡si te habías ido! ¡Echaste a volar con las alas del caduceo!

—Ah, ¿sí…? Ah, vale, ahora me acuerdo. Guau, menudo viaje.

—Dijiste que querías ser libre.

Lucy se encoge de hombros.

—Bueno, sí… Pero es que ahí fuera no hay nada. Resulta que este es el único lugar para nosotros.

De repente, me siento mareada, desorientada.

—Olvídalo, Roxy —dice el vigilante—. ¿Por qué no te llevas a tu acompañante al jacuzzi? Hay sitio de sobra.

—¡No es un acompañante! —le grito.

Entonces, Isaac, que ya ha agotado sus últimas reservas de energía, cae al suelo… y ahora veo lo que ve él. No el mármol veteado de rojo de la sala VIP, sino una moqueta mohosa y sucia. No el tocón muerto de la ayahuasca, sino un escritorio combado con la marca de un martillazo en una habitación oscura que es el epicentro mismo de la esperanza perdida.

ADDISON

«Termina, Addison. Termina y gánate tu puesto».

Todo el mundo nos mira. Todo el mundo espera a ver qué hago, con qué floritura doy el paso final hacia la grandeza.

Sostengo a Ivy en esa caída mortal, a ras del suelo.

Solo tengo que soltarla. Solo tengo que soltarle las muñecas y dejar que su cuerpo caiga al suelo, sin vida, para después alejarme de él y adoptar mi pose definitiva de vencedor.

Habrá aplausos, muchos, y todos para mí. Si la suelto.

Aun así, los ojos de Ivy…

Sí, sé que fue ella la que decidió abusar de mí, pero ¿no es ahora decisión mía abusar de su abuso?

«Termina, Addison».

Pero no puedo.

Por muy cerca que esté de todo lo que creía desear, no puedo hacerlo. No voy a hacerlo.

Subo a Ivy y la abrazo, ante la exclamación colectiva de los presentes. Sus brazos, débiles, me rodean los hombros, mientras yo le sujeto la cintura con las manos, no para manipularla y dar otro paso de baile, sino para sujetarla. Para evitar que caiga. Y sé, sé, sé que nunca seré Coco. Que nunca seré Peri. Que Crys nunca me dará su aprobación.

Porque, a partir de ahora, seré del que siempre se rían. El que pudo ser y no fue.

Sin embargo, cuando miro a Crys y constato lo mucho que le sorprende mi elección, veo que esto es otra clase de victoria. Desafío todo lo que es Crys y todo lo que supone este sitio. Y sonrío porque, por un instante estelar, fui el alma de la Fiesta… y después la dejé caer al suelo y morir.

Salgo corriendo de la pista de baile, con Ivy detrás. Todavía no logra recuperar el aliento, pero, al menos, le queda un aliento que

recuperar.

Entonces, ella me pega un tirón.

—¡Pero he visto a Isaac! —exclama—. ¡Está aquí! No puedo irme sin él.

Sigo tirando de ella. Todavía estamos en el tango, al fin al cabo, salvo que este es distinto. Debo dirigir yo, aunque solo sea durante unos pocos pasos cruciales más.

Nos saco de la sala y aparecemos en medio del estridente latido de la fiesta exterior.

Ahora, la multitud se abre para dejarme pasar, igual que con Crys. Porque, por una vez, mi voluntad ha superado la suya. Llegamos al ascensor en cuestión de segundos. Las puertas se abren. La meto dentro y doy un paso atrás, porque nuestro baile por fin ha terminado.

—Tienes que irte, Ivy. Tienes que irte ahora. Pulsa el botón.

Pero no lo hace.

—Mi hermano…

—Ya no puedes hacer nada por él.

—Tengo que intentarlo.

—No. —¿Cómo consigo que lo entienda? Hay una bolsa para cadáveres con su nombre esperándola si no sale de aquí. Pero, si va a bajar, tiene que ser ella la que lo decida—.

No puedo pulsar el botón por ti. Tienes que hacerlo tú. ¡Por favor, Ivy! —Es su única oportunidad de salir de aquí. ¿Cómo la convenzo si no quiere dejar atrás a su hermano?

Así que respiro hondo y tomo una decisión—: Lo encontraré —le aseguro—. Salvaré a Isaac. Te lo llevaré a casa.

—¿En serio?

—Te lo prometo.

Me mira a los ojos. Después levanta la mano para pulsar el botón que la sacará de aquí, aunque vacila.

—¿Lo dices de verdad? ¿Llevarás a Isaac a casa?

—Te lo juro. Y yo nunca te mentiría, Ivy, nunca. Ya lo sabes.

Y por fin, por fin, pulsa el botón. Las puertas del ascensor se cierran y ella desaparece.

Respiro hondo y relajo los hombros.

—Bueno —dice Al, que de repente está detrás de mí—, ha sido muy entretenido. Casi tanto como ese desastre en la pista de baile. Épico, de verdad. Casi diría que altruista.

—Cierra la boca, Al.

Le quito de las manos una de las copas de prosecco y me la bebo hasta la última gota, aunque no para consolarme. Es más bien un brindis orgulloso por lo que acabo de hacer. Puede que acabe de salvar el alma de Ivy. Lo que significa que si existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que yo tenga una, quizá también acabe de salvarla.

—¿Y ahora qué? —pregunta Al—. ¿Vas a salvar al hermano, como le has prometido?

Niego con la cabeza.

—No podría ni queriendo —le confieso—. Le he mentido.

Y Al me ofrece su mejor sonrisa de borracho.

—Vaya, eso sí que lo respeto.

34

Nada más que lágrimas de depredador, amigos ROXY

Me arrodillo junto a Isaac para que mantenga la concentración porque sé lo tenue que es, porque sé que podría perderla fácilmente. Ya no veo la sala, sino las sombras de la habitación en ruinas en la que entró Isaac por su propio pie.

—Isaac, necesito que te levantes. Tenemos que salir de aquí.

Y lo intenta, lo intenta de verdad, pero a esas piernas que han metido cien goles no les quedan fuerzas. Se levanta a medias y vuelve a derrumbarse en la esquina.

—Ahora mismo no me funcionan las piernas —dice—. Deja que descanse un poco.

—¡No! ¡No puedes descansar! Ni aquí ni ahora.

No logro controlar las lágrimas. Le caen sobre la mejilla y le bajan hacia la boca. Se las lame de los labios, disfrutándolas. En los cuentos de hadas, las lágrimas de amor pueden curar la ceguera, pueden salvar una vida. Incluso pueden traer a alguien de entre los muertos. Sin embargo, las mías solo sirven para acercarlo más a su final.

De repente, aparece Hiro. Ha salido de su despacho para esto, ¡lo odio más que nunca!

—Roxy, un poco de sensatez, por favor —me pide—. ¿Adónde crees que puedes ir con él?

—¡Me da igual! ¡A cualquier sitio menos este!

—Cada camino que tomes, cada escalera por la que subas, cada puerta que abras te llevará de vuelta aquí. A esta habitación, a este momento. Es inevitable.

—¡Me da igual! ¡Isaac, levántate!

Lo intenta y, de nuevo, se deja caer. Y se ríe débilmente por ser incapaz de hacer algo para ayudarse. ¡Mierda!

Cuando levanto la vista, veo que otros nos rodean, como si estuviera atrapada en una pesadilla. Coco, Peri, María. No los quiero aquí. Esto no es asunto suyo. Pero siguen llegando. Molly y Crys están justo al lado de Lucy y Fina.

—¿Qué hacen aquí?

—Hemos venido por ti —dice uno de ellos.

—Para ayudarte a superarlo —añade otro.

—Sería muy sencillo burlarnos de ti.

—Pero no lo haremos.

—Hemos venido a apoyarte.

—¿Quién lo va a hacer si no?

Agarro más fuerte a Isaac, como si pudiera protegerlo de todos ellos, aunque mantienen la distancia. No tratan de interferir.

Hiro sonríe y menea la cabeza.

—Por muy fastidiosa que seas, Roxy, tengo que reconocer que admiro esta faceta tuya.

Siempre resulta refrescante.

—¿A qué te refieres?

—A cómo te enamoras, claro —responde Hiro—. Una y otra vez.

Y el desgraciado coro que tiene detrás le da la razón.

—No falla.

—Es una romántica empedernida.

—Sin remedio.

—Me devuelve la fe en el poder de la futilidad.

Se me forma un nudo en el estómago. Peor que un nudo: un agujero negro. Es algo que está dentro de mí y es tan oscuro que nada puede escapar de él. «¿De qué demonios están hablando?».

—Roxy —dice Hiro con su tono de voz más condescendiente—, ¿crees que esta es la primera vez que te has enamorado de una de tus presas?

Miente. Tiene que estar mintiendo. Hiro es un maestro del engaño. Te hace luz de gas y te distrae. Te confunde con un juego de manos. No será cierto si no me lo creo.

—Claro que es cierto —me asegura, leyéndome la mente—. El problema es que no lo recuerdas. No te dotaron de una gran memoria, Roxy; pero, si necesitas pruebas, las tengo todas aquí.

Entonces saca de la nada su enorme libro de cuentas, lo deja sobre el escritorio y lo abre.

Sabe la página exacta que debe abrir. No quiero mirar, aunque no puedo evitarlo.

En la parte superior de la página pone «ROXY», y hay una lista interminable de nombres divididos en cinco columnas. Me señala cada

columna con un dedo manchado de ceniza y habla con voz cantarina, como si fuera una canción infantil; como si contara deditos en vez de vidas: —Estos son los que me llevaste… y estos los que te quedaste.

Estos son los que se libraron… y estos a los que ayudaste. ¿Y estos? A estos les abriste tu corazón y los amaste hasta reducirlos a la nada.

La última lista está escrita en tinta roja, como un registro de cuentas impagadas. Veo un nombre tras otro, pero no recuerdo ninguno. No recuerdo ni una sola cara.

—Los has llevado a todos a la sala con el mismo sueño de huir. Y mañana, cuando la ayahuasca esté de nuevo alta y frondosa, volverás a hacerlo. Una y otra vez. Tú eres así, Roxy. Siempre lo has sido.

No consigo apartar la vista de esos nombres. Todos están tachados, salvo el último: Isaac Ramey.

—El precio de vivir el momento es perder todos los momentos anteriores —dice Hiro, que de repente se ha convertido en filósofo—. Así es como sigues creciendo, Roxy.

Aprieto con más fuerza a Isaac. ¿Qué pensará de todo esto? ¿Lo ve? ¿Está escuchando las acusaciones? ¿O no ve más que una habitación vacía y a mí?

Niego con la cabeza, no soy capaz de aceptarlo.

—¡No! Nunca lo olvidaré.

Los demás resoplan, Hiro me mira con lástima. No dice las palabras en voz alta, pero las oigo de todos modos: «Lo harás, Roxy. Lo harás».

No le presto atención. No le presto atención a ninguno. Me concentro en Isaac. Todo depende de este momento. Da igual quién sea, lo que hiciera, lo que recuerde o lo que olvide. Lo que importa es lo que hago en este momento.

—Isaac, necesito que hagas algo por mí.

Ronronea una respuesta sumisa y amable.

—Necesito que saques tu móvil. Necesito que llames a emergencias.

—No sé dónde…

—En el bolsillo. Concéntrate lo justo para hacer esto, Isaac. Mete la

mano en el bolsillo.

Aunque nota como si sus brazos fueran de plomo y sus dedos de goma, lo hace. Lo inclina hacia su cara el tiempo necesario para que se desbloquee. En un laberinto de aplicaciones, le cuesta encontrar la correcta. Por fin, aparece el teclado numérico.

—Roxy… —interviene Hiro, pero levanto una mano para callarlo.

Isaac marca. Suena una vez y la operadora responde: —Nueve uno uno, ¿cuál es su emergencia?

Entonces, Isaac deja caer el móvil. ¡Mierda! A pesar de estar a pocos centímetros de él, bien pudieran ser kilómetros.

La operadora espera.

—Sigo aquí… —dice.

Bien, están entrenados para esperar. Debe de haber oído caer el móvil.

—Habla con ella, Isaac.

Isaac traga saliva. Intenta reunir fuerzas.

—¿Está ahí? No le colgaré hasta que cuelgue usted.

—Dilo, Isaac. Ya sabes lo que tienes que decir.

Le supone un esfuerzo terrible arrancarse la palabra de la garganta, pero al final lo hace.

—So-sobredosis.

Todo el cuerpo se le hunde al reconocer esa única palabra tan horrenda.

—Señor, ¿puede decirme dónde está?

Vuelve a reunir toda su voluntad. Es como empujar una roca montaña arriba.

—Señor, por favor, ¿puede decirme dónde está?

—B-birch —responde Isaac—. Mil ciento veintinueve…

Justo en ese momento, el móvil se apaga. Es como si hasta el universo

hubiera decidido darle la espalda. Pero no pasa nada. No pasa nada. Porque les ha dicho el número. Lo ha dicho y lo han oído. Quizá me equivoque. Quizá el universo estaba conteniendo el aliento mientras mantenía el móvil encendido el tiempo exacto para que les diera el número de la casa. Es lo que quiero creer. Estoy desesperada por creerlo.

Isaac se vuelve hacia mí; sus ojos no son más que rendijas.

—Te quiero —dice—. Te necesito. Te quiero más que a nada en el mundo.

Hiro se arrodilla a mi lado.

—Acéptalo, Roxy. Acepta lo que te entrega y márchate.

Me vuelvo hacia Hiro y los demás, hecha una furia.

—Esto no tiene nada que ver con vosotros. ¡Marchaos!

Pero no lo hacen. Se limitan a observar. Esperan. Son testigos de este enorme fracaso que ellos insistirán en calificar de éxito.

¿Es esto lo que soy? Después de todo, ¿esto es lo único de lo que soy capaz? «¡No! —

deseo gritarles—. Alivié a su abuela, ¿no? Alivio a miles de personas. ¡A millones! ¡Está ahí mismo, en el libro de cuentas de Hiro!».

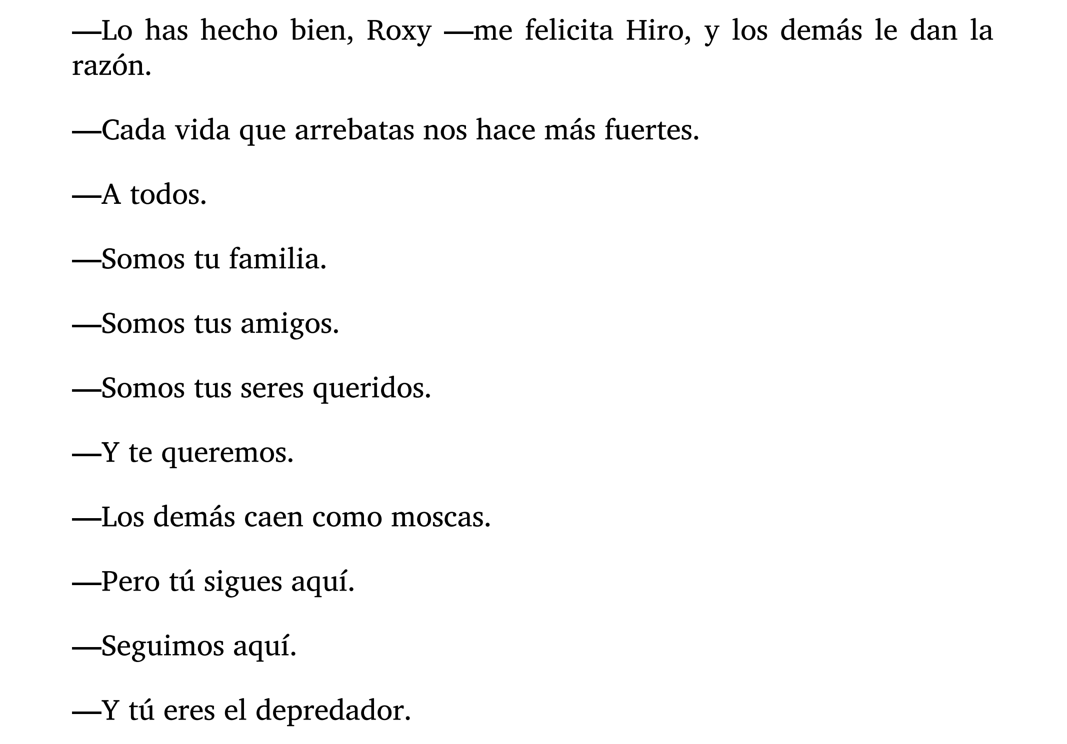
Pero también robo.

Aunque no pretenda hacerlo. Aunque no quiera hacerlo. Porque no es que eso forme parte de quien soy, sino que eso es lo que soy. Por fin empiezo a asimilar esa verdad innegable. Para nosotros no hay nada nuevo bajo el sol; somos habituales, predecibles.

Repetimos el mismo patrón una y otra vez hasta que pasamos de la mala fama a perderla por completo. Hasta que acabamos encadenados a un caduceo sin alas.

Aunque no será hoy.

Y si lo que dice Hiro es cierto (si todo mi pasado se desvanece y mi futuro nunca llega), lo único que me queda es este momento. Lo único que me queda es el ahora. Y, ahora mismo, estoy en mi mejor momento. Es lo único que me consuela.



—Lo has hecho bien, Roxy —me felicita Hiro, y los demás le dan la razón.

—Cada vida que arrebatas nos hace más fuertes.

—A todos.

—Somos tu familia.

—Somos tus amigos.

—Somos tus seres queridos.

—Y te queremos.

—Los demás caen como moscas.

—Pero tú sigues aquí.

—Seguimos aquí.

—Y tú eres el depredador.

Hiro me apoya una mano en el hombro para consolarme.

—Quiero que seas la Roxy a la que adoro —dice—. La Roxy de la que estoy tan orgulloso. Haz lo que sabes hacer mejor que nadie y libéralo del dolor.

Así que abrazo a Isaac y le doy un último beso. Y en cuanto nuestros labios se tocan, lo siento, siento el momento en que traspasa el límite. Siento el silencioso instante en que nada puede ya detener lo que se avecina. El daño es demasiado grande. Hay demasiado de mí en él.

Y en cuanto ya no hay vuelta atrás, algo cambia en mi interior. Una liberación. Alivio.

Como si me hubieran quitado un ancla de los pies. Estaba sufriendo, pero ya no. Es asombroso lo deprisa que puede cerrarse una herida abierta. O quizá ni siquiera fuese una herida, porque no siento el dolor que sentía hace unos segundos. No siento… nada.

El sonido de unas sirenas lejanas entra por las ventanas sin cristales. Da igual. Ya sé que los técnicos sanitarios no llegarán a tiempo. Isaac apenas puede moverse. No logra encontrar la fuerza necesaria para abrir o cerrar los párpados, que se quedan fijos a media asta.

—Naloxona llegará pronto —dice Hiro.

—Llegará demasiado tarde —respondo.

—Sí —coincide él—, pero no tacharé su nombre hasta que sea oficial.

La idea de encontrarme con mi prima, de ver su mirada acusadora, basta para que me ponga en movimiento. Dejo con cuidado a Isaac en el suelo sucio y retrocedo.

—No… Quédate conmigo… —masculla con una subvocalización que solo los oídos más finos pueden captar—. No quiero estar solo.

Vacilo, aunque solo un segundo.

—Roxy, ya conoces las reglas —dice Hiro.

—Por favor… Por favor, no me dejes. Tengo miedo…

Sí, conozco las reglas. Podemos traerlos aquí. Podemos acariciarlos y seducirlos.

Podemos consolarlos e incluso darles alegría. Podemos ser todo su mundo.

Pero, cuando mueren, mueren solos.

Los demás ya se han ido. Estamos solo Hiro y yo junto a él. Su mundo se apaga… De nuevo veo la sala y el tocón de ayahuasca, al que empiezan a nacerle nuevos brotes.

—Adiós, Isaac —le digo.

Después le doy la espalda, me marcho con Hiro y me niego a mirar atrás.

Soy buena en lo que hago. Más que buena, soy la mejor. Necesito momentos como este para recordarme que no debo mirar atrás, solo hacia delante. Soy más que la vida o la muerte. Soy el fuego que hace arder el mundo. Todos sus intentos de contenerme han fallado. ¿Por qué debería avergonzarme de eso? ¿Por qué debería sentir remordimientos por ese chico que se muere en una habitación oscura? Al fin y al cabo, él es el que fue a buscarme. Abusó de mí. Entonces, ¿por qué debería derramar más lágrimas? Ha cosechado lo que sembró.

Mientras dejo atrás mi última conquista, disfruto de saber quién soy y

el poder que conlleva mi puesto. Toda la vida y toda la muerte son un espejo que me devuelve mi reflejo, así que me pavoneo frente a él, saciada y satisfecha conmigo.

Salgo del santuario de la sala VIP y la Fiesta estalla a mi alrededor. El bajo suena y se lleva con él las últimas dudas que me corroían. Los recuerdos indeseados no tienen nada que hacer aquí. Se alejan como brasas y mueren. Los otros, que habían acudido a apoyarme, ya han seguido cada uno su camino… Salvo María, que me espera. Me pone una mano amable en el hombro.

—Siento lo que ha sucedido —me dice—. Si quieres hablar, aquí me tienes.

Estoy desconcertada. Qué cosas más raras se le ocurren.

—¿Hablar de qué?

Sonríe y retira la mano.

—De nada. Olvídalo, Roxy.

Da media vuelta y, cuando se marcha, me interno en la masa de cuerpos. Ahora mismo soy la caña y todos los saben. Es como si el mundo entero fuera mío y no tuviera más remedio que rendirse ante mi gravedad.

35

Los compases finales del último ocaso **ISAAC**

Isaac respira despacio. Con alientos pesados, aunque no hay nadie que los pese. No sabe si llamar a esto consciencia o inconsciencia; ni siquiera sabe qué estado es.

Pero sabe que tiene problemas.

En el armario de Craig había pastillas escondidas, como él esperaba, y algunas eran las correctas. No se tomó muchas. Solo dos. Una la masticó, pero tenía la boca demasiado seca para tragar, así que la otra la machacó en el escritorio y la esnifó. Se sintió mal hasta que empezó a sentirse bien.

Sin embargo, después de hacerlo, recordó que ya se había tomado muchas antes.

Y ahora tiene problemas serios.

¿Ha llamado a emergencias o lo ha soñado? Les ha dicho dónde estaba, ¿verdad? Pero ahora ya no recuerda dónde está. Es incapaz de enfocar la vista, y lo mismo le pasa con los pensamientos. Lo ve todo borroso a través de los párpados medio cerrados. Es como si las pestañas cargaran con un peso enorme, demasiado para luchar contra él. Le pesa demasiado el cuerpo para moverse. Como la gravedad en la superficie del sol. Aunque este sol no tiene luz, solo sombras grises que flotan a su alrededor. Durante un instante brevísimo, se había sentido rodeado de ojos fríos e intensos a la vez. Soñó que era el centro de atención, aunque después se evaporó con el final del crepúsculo y se quedó en el centro de la nada.

No siente las manos ni los pies, aunque no ha perdido el sentido del olfato. Moho.

Hiede a bosque moribundo. ¿Es ahí donde está? ¿En la casita del árbol, donde se escondió del mundo? Pero entonces oiría el rumor de las hojas, ¿no?

Esto no va bien. Debería llamar a emergencias.

Ahora las imágenes se le abren paso por la cabeza. No ve pasar toda su vida por delante, es más como una caja aleatoria de viejas fotos que alguien ha lanzado al viento.

Breves atisbos retorcidos de momentos que se alejan y desaparecen en cuanto los recuerda. No tiene manos para agarrarlos, así que el viento se los lleva consigo al cielo.

Entonces, en el silencio de este desdichado lugar, oye las sirenas que se acercan y siente alivio. Sí que ha llamado. ¡Ya vienen! ¡Ya casi han llegado!

Bien. Ahora puede pasar página. Puede estudiar más para subir las notas. Puede recuperar su puesto en el equipo. Puede recuperar a sus amigos. Se imagina que sus padres ahora no serán ni capaces de mirarlo, pero se redimirá. Irá a la universidad y estudiará una carrera. Diseñará cosas asombrosas, maravillas volantes que lo ayudarán a subir como la espuma hacia un futuro prometedor.

Se relaja y se deja llevar mientras las sirenas suenan cada vez más fuerte y descubre algo más que lo consuela.

No siente dolor.

Ni una pizca.

Lo último que piensa, antes de que cese todo pensamiento, es que por fin se ha sanado.

IVY

Las sirenas arrastran a Ivy de vuelta a la consciencia. Tiene un dolor de cabeza letal, pero no lo era. No lo es. Aun así, le palpita en el cráneo con cada latido del corazón.

Unos rayos venosos le emborronan la vista como si le hubiera estallado una tormenta en las retinas y un millón de avispones le zumban entre las orejas.

Las sirenas lo empeoran, pero pasan. Las luces giratorias iluminan las casas abandonadas y dejan claro que es imposible que Craig siga aquí.

Había venido a vengarse como fuera, pero ahora se siente estúpida. Ese cabrón no se merece que pierda ni un segundo de su tiempo en él.

Mira el frasco de pastillas vacío, que está en el asiento del copiloto, a su lado, y descarga en ella misma toda la furia que le despertaba Craig. ¡Esas pastillas la estaban ayudando!

¡Sí! Y abusó de ellas. ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa a su cableado para no comprender que menos puede ser más?

Baja la ventanilla y lanza el frasco hacia los escombros de la calle. Es un gesto simbólico, como mucho. Debe encontrar la forma de que sea algo más que un gesto.

Arranca el coche y respira hondo, despacio. Cuando más profundamente respira, menos le palpita la cabeza.

¿Cuánto tiempo lleva ahí? Cuando se desmayó, el ocaso daba sus últimos compases.

Ahora es de noche. Isaac ya estará en casa. Se alegra de que se fuera con Ricky. Porque ahora estará con mamá y papá. Ellos sabrán qué hacer. Y esa idea la ayuda a relajarse.

Esto podría haber acabado mucho peor.

Así que Ivy se aleja en el coche, haciendo caso omiso de un desasosiego insistente que la acompaña durante todo el camino de vuelta a casa.

Interludio n.º 6: Hido (CH2O) Chisss.

Silencio, **p**or f**a**vor.

Ya no hay na**d**a que nos u**r**ja.

Tormentas y penurias,

pasion**e**s y pa**n**tomimas han q**ue**dado olvidada**s**.

Fue **t**odo pa**r**a nada, l**o** más irrelevante de la irrelevancia.

¿De **qué** sirv**e** ya preocupar**s**e?

Ha llegado el momen**t**o de dej**a**rlo atrá**s**.

Este lugar,

como el sile**n**cio, ll**e**va **l**a paz en su esen**ci**a.

Y mi es**e**ncia consiste en desnatura**l**izar.

Carb**o**no, hidrógeno, oxígeno…, ¡ver**sá**tiles eleme**nt**os!

Abarcan todo lo que eres,

lo que soy.

Porque no somos tan d**i**stintos, tú, que te mueves en círculos, y yo, que les pongo **fi**n.

No soy **c**omo los dem**á**s, con su rui**dos** a fi**e**st**a** e**t**erna.

S**u**s problemas y actuaciones **no** son los **m**íos.

Existimos en planos distintos.

No me interesan sus juegos.

Existo por un único motivo,

nada más:

conservar con cariño

a quienes tengo a mi cargo.

Me introduzco poco a poco, sustituyo la sangre de la vida

por mi reposado a**br**azo.

D**e**bo mantener cada célula en su lugar.

Con sumo cuidado.

Aunque ya no sea necesario

un trato tan tierno,

el respeto in**v**ita a **e**llo.

Y yo soy puro respeto.

E**n** cuanto al chico cuya carne ahora embalsamo,

no sé ni quién era

ni qué hizo antes de llegar hasta mí.

Saberlo no es asunto mío.

Es más joven que la mayoría, pero mi labor es la misma,

ya sean **gra**ndes o pequeños, viejos o jóvenes.

Y, **a**u**n**que n**o** frecuente la Fie**s**ta, hay un ac**ont**ecimiento al que sí asisto.

Mucho más sombr**ío**.

Con mú**s**ica, quizá, aunque no

de la que invi**t**a a bailar.

Para esta coy**u**ntura es el que fue, pe**r**o solo por fu**e**ra, d**i**spuesto para los ojos de los vivos.

Por de**n**tr**o**, lo **h**e c**a**mbiado.

Lo he preparado

para lo que está por lle**ga**r, he convertido **s**u carn**e** en una armadura flexible, inmune

a los es**t**ragos de la p**u**trefacción.

Vencid**o**s por el do**l**or, los re**un**idos se alzan en len**ta** procesión para presentar sus respetos.

Se **d**erraman lágrimas.

Muchas lágrimas.

El chico era amado.

Los jóve**n**es casi siempre **l**o son.

«Y**a** pasó, ya pasó», susurro a **t**odo aquel que veo.

«No llores por él;

está fuera del alcance de tus lágr**i**mas.

Llora m**e**jor po**r** ti y po**r** l**a**s heridas que deja atrás».

Sus padres

se obligan a mirar

durante todo el tiempo que son **c**apaces.

Su abuela

se levanta de su silla de ruedas,

rechaza t**o**da ayuda y avanza hacia el ataúd.

Frunce los labios y,

detrás de su velo,

se niega a derra**m**ar lágrimas en su presencia.

«Adi**ó**s, chiqui», susurra.

Su h**e**rma**n**a ti**e**ne **l**ágrimas en los ojos, pero no habla.

No es de las que gimen,

a diferen**ci**a de muchos d**e** **lo**s que van **d**etr**á**s.

Le da una **no**ta.

Se la mete bajo la mano.

Y susurra que lo quiere.

Igual que nadie navegará

por el Nilo

con los barcos

enterrados con los faraones,

nadie leerá esa nota.

No es la nota lo que importa, sino el acto de colocarla a**hí**.

Un hechiz**o** para conservar la memoria, igual que **y**o conservo la carne.

¿Puedo e**n**señarles lo que ha escrito?

Ella misma hará

lo que él f**ue** incapaz de hacer.

Irá a de**s**in**t**oxica**r**se.

P**o**r los dos.

Se liberará de las cadenas

que acabaron con él

y aguantará,

se lo jura.

De ser así,

no se reunirá conmigo

hasta dentro de mucho tiem**p**o.

Eso es bueno.

No siento **an**imosi**d**ad alguna hacia los vivos.

Ni anh**e**lo ni **c**odicio, ni pretendo seducir

como los que le rob**a**ron la vida a este chico.

Me agra**da** sinceramente que no me necesiten.

La tristeza va y viene

a medida que amigos y familia se levantan, con fervor renuente, a ren**di**r homen**a**je.

En sus rostros no solo encuentro tristeza, sino también cul**p**a.

Todos se cr**e**en culpables, es culpa nuest**r**a, culpa mía.

De haberl**o** visto, de haber actuado, de haber escuchado,

de haber oído;

ojalá,

ojalá.

Cuá**nta**s veces lo habré vivido.

Incluso los que,

furiosos,

apu**n**tan con el dedo, también se c**u**lpan **e**n **s**ecre**t**o.

Se **r**ecit**a**n lo**s** salm**o**s, el ritual avanza hacia su **f**in.

Él y yo **n**os reunimo**s** en l**a** **s**ilenciosa oscuridad, donde más cómodo me siento.

Y, al final,

sus últimos momentos aquí se acaban.

Cierro el círculo

y regresamos de nuevo a la tierra.

Solo le queda una tarea por completar: unirse y abrazarse a ella.

Chisss.

Silencio, por favor.

No hay prisa.

En absoluto, ninguna.

Porque ahora tenemos todo el tiempo del mundo.

36

La ve**r**dad **e**s que nuestra quer**i**da Roxy está realme**n**te de v**icio**

ROXY

¿Cómo no vas a sentir una felicidad absoluta cuando millones de personas te adoran?

¿Cuando millones de personas ponen una fortuna a tus pies? ¿Cuando dan su vida por ti? Eso me recuerda que soy mucho más que la visión limitada y la misión limitada de las mentes que me crearon. Soy el principio del alivio y el final del sufrimiento, y sigo siendo la estrella en alza de la Fiesta.

—¡Roxy! —me saluda Al cuando llego, envuelta en lentejuelas—. Hoy estás realmente de vicio, más radiante que nunca. —Y, aunque Al es una sanguijuela zalamera, está en lo cierto—. ¿Vienes sola?

—A ver si se me abre el apetito —respondo, sonriente.

Avanzo hacia la terraza para poder contemplar el mundo. Todas las posibilidades, todas las oportunidades. Almas que brillan como una lluvia de estrellas ahí abajo.

¿Alguna vez has tenido la impresión de que el mundo te estaba esperando? ¿De que solo tenías que alargar una mano para agarrarlo? Aunque no sea así, seguro que te lo puedes imaginar, que te haces una idea de lo que es esa efímera sensación de confianza.

Como si, solo por un momento, lo dominaras todo y te sintieras invencible. Es una sensación que hace que la vida merezca la pena.

Salvo, por supuesto, cuando esa sensación te empuja demasiado lejos.

Como cuando bajas volando por esa pista de esquí negra diamante para la que todavía no estabas preparado y te destrozas la pierna. O cuando llueve y tomas una curva a toda pastilla con la moto, de modo que las ruedas pierden tracción y acabas desgarrándote la piel al salir patinando por el pavimento. O quizá ni siquiera fuera culpa tuya; puede que te dieran por detrás en el coche unas semanas después de sacarte el carné y ahora no consigues librarte de ese dolor punzante en el cuello.

Pero no pasa nada. Te lo prometo, no hay de qué preocuparse… Porque siento tu dolor.

Oigo todos tus gritos de angustia. Relájate, porque estaré a tu lado.

Para aliviar tu sufrimiento. Porque eso es lo que hago.

Y puede que lleguemos a conocernos de una forma muy especial. Y puede que me quede contigo un poco más de lo que tenías previsto. Y puede que nos enamoremos.

¿Me has llamado? Seguro que sí, porque estoy a tu lado ahora mismo. Tenemos química, ¿lo notas? ¿Notas que el vello de los brazos se te eriza cuando me acerco?

Ábrete para mí. Déjame entrar. No tengas miedo, te prometo que no te haré daño. Te prometo que no te mentiré nunca. Te prometo que puedes confiar en mí.

Y si una vocecita diminuta intenta decirte que huyas lo más deprisa que puedas, no la escuches.

Porque estoy aquí.

Y te quiero.

Y no te dejaré marchar.

AGRADECIMIENTOS

Roxy es una obra escrita con mucho amor que no habría sido posible sin la amistad y el apoyo de todo el personal de Simon & Schuster. Sobre todo, gracias a nuestro editor, Justin Chanda, que corrigió en persona *Roxy*, y a la asistente editorial Alyza Liu por todo su trabajo con el libro.

Sin embargo, en S&S son muchas las personas que lo dan todo de sí mismas. Jon Anderson, Anne Zafian, Lisa Moraleda, Michelle Leo, Sarah Woodruff, Krista Vossen, Chrissy Noh, Katrina Groover, Hilary Zarycky, Lauren Hoffman, Anna Jarzab, Emily Varga, Chava Wolin y Chloë Foglia, por nombrar unas cuantas.

Y gracias a Neil Swaab por la cubierta. ¡Es asombrosa!

Gracias a nuestra agente literaria, Andrea Brown, por todo lo que hace, además de a nuestros agentes en la industria del espectáculo, Steve Fisher y Debbie Deuble-Hill, en APA; a los abogados que se encargan de nuestros contratos, Shep Rosenman y Jennifer Justman; y a nuestros increíbles representantes, Trevor Engelson y Josh McGuire.

Estamos emocionados con las ventas internacionales de *Roxy* y

queremos darles las gracias a Deane Norton, Stephanie Voros y Amy Habayeb, del departamento de ventas internacionales de S&S, además de a Taryn Fagerness, nuestra agente de derechos internacionales, y, por supuesto, a todos nuestros editores, editoriales y publicistas internacionales. En Alemania: Doreen Tringali, Antje Keil y Ulrike Metzger, de FischerVerlage. En el Reino Unido: Non Pratt, Frances Taffinder y Kirsten Cozens, de Walker Books. En Australia: Maraya Bell y Georgie Carroll. En España: Irina Salabert, de Nocturna. Y en Noruega: nuestra amiga y traductora al ruso Olga Nødtvedt, que nos mantiene en contacto con nuestros fans rusos.

Gracias a Barb Sobel y Kim Thomanson por salvarnos la vida con sus distintas tareas como asistentes y por evitar que las cosas esenciales se nos pasen por alto; a nuestra asistente investigadora Symone Powell, al experto en redes sociales Adam Alonsagay, y a Thesa y Keith Richardson, por sus conocimientos sobre *marketing* y, sobre todo, por su amistad. Gracias a Kevin Cody por su apoyo al inicio del proceso. Y un agradecimiento especial a Elias Gertler por estar siempre ahí como colega creador, pero sobre todo como amigo, teniendo en cuenta lo importante que es esta historia para nosotros.

Por último, somos una familia de almas creativas que se apoyan entre sí, y ese amor y apoyo es lo que lo cambia todo. Gracias a Erin, Joelle y Brendan. Aunque vivamos en sitios distintos, en realidad nunca estamos lejos.

UN AGRADECIMIENTO

ESPECIAL…

Sofía:

No sé ni cómo darte las gracias por regalarme la inspiración y la fuerza necesarias para escribir sobre este tema tan difícil… Y todavía diría más: para contar una historia con el poder de sanar. Gracias, de corazón, por animarme siempre a ser mejor creador y mejor persona. No podría haber escrito este libro sin ti y, sin duda, no me habría embarcado en este viaje interior sin tenerte a mi lado.

Con mucho amor[2]

Jarrod

GLOSARIO

Addi Adderall (dextroanfetamina y anfetamina) Al: Alcohol

Coco y Peri, los hermanos Nieve: Coca y perico (cocaína) Crys: Cristal Darva: Darvaset/Darvocet (propoxifeno) Dex: Dextroanfetamina Dillie: Dilaudid (hidromorfona) Fen-phen: Fen-phen (fenfluramina y fentermina) Fina: Morfina Flak: Flakka (alfa-pirrolidinopentiofenona) Hido: Formaldehído Hiro: Heroína Kimo: Quimioterapia Lona: Metacualona Lucy: LSD

María: Marihuana

Meridia: Meridian (sibutramina) Molly: Éxtasis en polvo (MDMA) Nalo: Naloxona Nico: Nicotina

Rita: Ritalin (metilfenidato) Roxy: Oxicodona (Roxicodona, OxyContin) Rufi: Roofies (Rohypnol, flunitrazepam) Vic: Vicodin (hidrocodona y paracetamol)

Notas

1 En las páginas 417 y 418 se incluye un glosario con los nombres y equivalencias de cada droga o medicamento. (N. del E.)

2 En español en el original. (N. de la T.)